

Elusense Romántico

Efecto dominó

Chloe Santana

Una apasionante novela romántica repleta de intriga y amor

Efecto Dominó
Chloe Santana

Título: Efecto dominó

©Chloe Santana, por el texto.

©Susana León, por el diseño de portada.

©Dreamstime_m_28253305, por la imagen de portada.

Impreso en USA.

Queda prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, sin la autorización previa de los titulares del copyright.

*Para mis lectores, que día a día me transmiten su cariño.
El entusiasmo con el que recibís cada nueva historia es el mejor de los
regalos.*

*Para aquellas personas que creen en el poder absoluto del amor. Soy
de las que piensan que ser feliz es cosa nuestra, pero la felicidad es
más dulce si se disfruta en buena compañía, ¿No?*

PRÓLOGO

¿Se podía morir de amor? Nunca antes se había formulado aquella pregunta, pero mientras recorría el largo pasillo del hospital, sentía que su corazón se paralizaba a cada nuevo paso. Perseguía la camilla que transportaba al hombre que había jurado proteger de sí misma, y al tipo del que prometió no enamorarse. Aquellas alturas, sobraba admitir que era pésima cumpliendo las promesas que se hacía a sí misma.

La idea de perderlo la aterrorizaba.

Un pinchazo se apoderó de su pecho al contemplar el cuerpo inerte sobre la camilla. Había gritado tantas veces su nombre que el hecho de susurrarlo le dolía demasiado. Incluso deseaba que él se despertara para que volvieran a discutir como dos idiotas que estaban demasiado enamorados el uno del otro para admitirlo sin sentir miedo.

¿Miedo?

La había perseguido toda su vida, pero el sentimiento era incomparable a la agonía que le producía su posible pérdida. A veces era necesario que la realidad te abofeteara para que la contemplaras en toda su mediocridad. Con tus errores salvables y tus victorias factibles. Con todo lo que podías perder si no tenías valor para afrontar aquellas inseguridades que quizás merecieran la pena.

Entre el quizás y el miedo se había movido su vida. Un camino de probabilidades condicionadas en el que siempre eligió el atajo fácil. El atajo fácil del engaño feliz y pasajero. El de las lágrimas lloradas en silencio y a oscuras.

Se había esforzado en no demostrar debilidad. ¿Y todo para qué?

Para terminar llorando en el pasillo de un hospital, rogándole a Dios y a los médicos, a la vida y a la muerte, que no se llevaran al hombre del que se había enamorado de manera irremediable.

Una mano trezó la suya. Aquel gesto de apoyo la conmovió, porque en aquel momento no existía para ella mayor enemiga que la muerte. Abrazó a la mujer que tenía a su lado y sollozó como una niña pequeña y angustiada. Como una chiquilla enamorada, al fin y al cabo. —Tiene que vivir —exigió conmovida—. Lo necesito...

Treinta días antes.

Eran las seis y cuarto de la mañana cuando se despertó. No importaba a qué hora programara su despertador, pues había adquirido la indeseada habilidad de desvelarse unos minutos antes de que la alarma sonara.

Estiró los brazos y soltó un bostezo. Asu lado, el cuerpo del hombre le daba la espalda como solía hacer siempre que culminaba rendido tras el sexo. Se conocían desde hacía años y jamás habían cruzado la línea que los estabilizara más allá de los amigos con derecho a roce. Ambos hacían su vida y de vez en cuando se reencontraban pese a la distancia que los separaba.

Se puso en pie y lo zarandeó ofuscada para que se despertara. No toleraba que ningún hombre invadiera su intimidad, y la otra noche había ido demasiado lejos al permitir que Dominique se quedara a dormir en su casa.

El hombre se dio la vuelta, mostrándole un torso desnudo y esbelto que Mónica ya había contemplado otras veces. Unos ojos azules y somnolientos la saludaron con aquella sonrisa penderciera. El cabello rojizo y rizado le caía sobre la frente confiriéndole un aspecto bohemio y encantador. Dominique provocaba que las mujeres suspiraran por él y sollozaran al no comprender su carácter despreocupado, rebelde y en ocasiones ególatra. Mónica sabía que habría caído rendida al encanto del artista de no haberlo conocido en el momento más complicado de su vida. Tras aquel incidente se había cerrado al amor, y lo único a lo que se aferraba era algún que otro revolcón sin compromiso con un hombre tan interesante como Dominique.

—Bonjour, ma belle —la saludó, alargando la última vocal con una cadencia seductora.

Dominique llevaba al máximo aquello del artista bohemio. Hacía el amor de madrugada, se inspiraba por la noche y dormitaba hasta medio día. Pero Mónica detestaba la impuntualidad, por lo que le arrebató la sábana de un manotazo.

—Tienes que irte. En una hora tengo que coger el avión —lo instó en tono apremiante.

Él esbozó una mueca de fastidio. Incorporándose con lentitud, la atrajo hacia sí para mordisquearle el cuello. Mónica suspiró.

—Me encanta tu olor, ma douce... C'est tres sensuelle...

—Dominique, tengo que irme... —insistió, con menos énfasis del debido. El francés capturó su boca e hizo caso omiso a su petición. Las manos pálidas le recorrieron los hombros desnudos hasta asentarse en la curva de la cadera, consiguiendo atraerla hacia sí. Apretó su cuerpo contra el de ella y tumbó todo el peso sobre Mónica, por lo que esta se tensó y apoyó las manos sobre el pecho para apartarlo de un empujón. Él se disculpó con una sonrisa triste y forzada.

—Tus reglas, lo sé —intentó tranquilizarla al tomar su barbilla con dos dedos y depositar un beso suave sobre los labios, pero ella se removió incómoda—. Ma belle... jamás haría nada que pudiera incomodarte. Pese a que Mónica lo sabía, se levantó de un golpe y se encerró malhumorada dentro del cuarto de baño. Nunca superaría su terror al contacto físico. Ni siquiera los años de intimidad y la amistad compartida con Dominique lograban tranquilizarla, pues cada vez que un hombre se colocaba encima suya el terror la invadía y las náuseas se apoderaban de todo su cuerpo.

Treinta minutos después salieron de la vivienda. Pese a que

Dominique insistió en acercarla al aeropuerto, Mónica arrastró su maleta hacia un taxi cercano. El hombre se encogió de hombros tras contemplar como se subía al vehículo. Si existía un tipo capaz de comprender a esa mujer, él mismo le estrecharía la mano para ofrecerle su más sincera enhorabuena. Desgraciadamente, hacía años que la conocía y seguía diciéndose a sí mismo que ella era un verdadero misterio.

Volar no le producía ningún sentimiento más allá de la indiferencia, pero aquel día era distinto. Se sentía nerviosa pese a que se esforzaba en disimular lo contrario. Por culpa de su mejor amiga y de un trabajo aceptado a última hora, volvería a encontrarse con él.

Hacía un año que no se veían, pero los recuerdos de su último encuentro latían en su memoria para avivar su nerviosismo. Pese al fuego inicial, ninguno de los dos había hecho nada para comunicarse con el otro. Quizás debería haber contactado con él, pero siempre que caviló aquella opción terminó por desecharla como algo absurdo.

Tal vez él no había sentido lo mismo, pese a que la atracción fue palpable desde el principio. Y para colmo, ahora se veía obligado a recogerla en la parada del aeropuerto por culpa de Sara. Su amiga le sugirió que le ofreciera un tour por la ciudad antes de dejarla en el hotel, pero todos sabían que lo que en realidad movía a Sara era su intención de ejercer como Celestina.

Recordó la primera vez que se vieron y no pudo evitar sonreír. Ella había sido consciente del influjo sexual ejercido sobre el hombre, pero se mantuvo aparentemente inconsciente con el deseo de saber hasta dónde era capaz de llegar.

Lástima que hubiera sido tan educado...

Erik... Erik...

Se reclinó sobre su asiento, cerró los ojos y las imágenes de aquel día regresaron a su memoria con total nitidez. Los recuerdos la devolvieron a aquella habitación de hospital en la que dormitaba junto a Sara. Unos pasos la habían despertado, pero se hizo la dormida al percibir la presencia que se acercaba hacia la cama. Entonces sucedió. El extraño se inclinó sobre ella y la observó durante unos segundos en los que el corazón le latió deprisa. Se sintió incómoda y extrañamente excitada.

De pronto, una mano caliente le colocó un mechón de cabello tras la oreja, permaneciendo con sus labios a escasos centímetros de los suyos. Entreabrió la boca para tentarlo con descaro, pues quería saber de qué sería capaz aquel hombre en apariencia tan osado. La respiración cálida le acarició la boca, y sin saber por qué, Mónica deseó con todas sus fuerzas que él la besara. Un beso húmedo y carnívoro con un completo desconocido. Él pareció pensárselo durante un instante que le resultó eterno, hasta que al final suspiró y se alejó de ella.

AMónica le fastidió que lo hiciera.

El cuerpo de Sara se removió a su lado. Su amiga se despertó y cruzó algunas palabras con aquel extraño al que llamó por el nombre de Erik.

—¿Quién es? —le preguntó Erik. Su voz destilaba curiosidad.

Percibió un acento sureño que la estremeció.

—Una amiga. No lo está pasando nada bien. No la mires así —utilizó el tono sobreprotector de quien se preocupaba por su amiga.

—Es guapa —admitió.

Acto seguido, los dos salieron de la habitación para dejarla sola.

Mónica no pudo evitar saltar de la cama y observarlo marchar por el pasillo. Atisbó una espalda ancha ataviada con una cazadora de cuero y un cabello castaño cortado a cepillo. Como si hubiera notado que alguien lo espiaba, se detuvo con brusquedad y giró la cabeza para pillarla con los ojos detenidos sobre su trasero. Mónica no fue capaz de reaccionar. Se quedó parada junto a la puerta, hechizada por la mirada intrigada que el extraño le dedicaba. Le ardieron las mejillas y le tembló todo el cuerpo, por lo que se adentró en la habitación tras contemplar la sonrisa ladeada del hombre, que con un atisbo de socarronería que parecía decir: *sí, estoy tan bueno como parece*, acababa de pillarla in fraganti.

—Bienvenidos a la ciudad de Sevilla. El tiempo es de treinta y nueve grados. Disfruten de su estancia —comunicó la voz del interfono. Mónica volvió a la realidad. Se desabrochó el cinturón de seguridad, agarró su maleta de mano y salió del avión para esperar su equipaje junto al resto de pasajeros. Cuando tuvo su maleta en la mano, caminó hacia la salida para reencontrarse con Erik.

Todavía podía recordar las sensaciones contradictorias que le generó aquel encuentro tan raro. Había conocido a muchos hombres atractivos, pero la simple respiración cálida de aquel tipo bastó para avivar sus instintos más primitivos. Porque algo oscuro y desconocido se apoderó de ella en cuanto lo tuvo cerca.

—¡Qué calor! —se quejó, en cuanto puso un pie fuera del aeropuerto. Se abanicó con la mano y buscó a Erik con la mirada. No había rastro de él por ninguna parte.

Erik se apeó del vehículo y fue directo hacia la puerta principal del aeropuerto. Llevaba más de una hora esperando en aquel lugar

porque intuía que Mónica era la clase de mujer estricta que adoraba la puntualidad. No obstante, tuvo que retirar su coche de la larga fila de vehículos frente a la puerta que esperaban para recoger a sus familiares y amigos cuando un policía uniformado le advirtió que lo multarían. Por suerte, pudo librarse de la sanción tras enseñar su placa de policía y mover el vehículo hacia el parking.

¿Cuánto había pasado desde la última vez que se habían visto? Un año, tal vez.

Había apartado la mano del teléfono cientos de veces tras caer en la tentación de hacerle una llamada. Y por supuesto, había esperado con cierto entusiasmo una llamada que jamás llegó. No se trataba del orgullo, en realidad. Había algo extraordinario y místico alrededor de aquella mujer que lo frenaba y lo mantenía ansioso.

Al fin iban a reencontrarse, y para ser sincero, no le había costado aceptar la petición de Sara para que recogiera a su amiga. De hecho, él mismo se ofreció en cuanto escuchó que Mónica pasaría un mes entero en la ciudad. Estaba tan emocionado ante la idea de volver a verla que incluso se dispuso a regalarle un tour por la ciudad.

Aún atesoraba en la memoria el momento exacto en el que la contempló por primera vez. Tumbada en la cama de aquel hospital, le pareció una mujer de belleza sobrecogedora y una fragilidad extrema. Debido a su trabajo en la brigada de homicidios y desapariciones de la policía judicial, estaba acostumbrado a colocarse en el lugar de las víctimas. Pero hubo algo en la expresión tensa de aquella mujer que lo inquietó. Poseía una mezcla de salvaje temor en el rostro, como si viviera continuamente a la defensiva y estuviese dispuesta a defenderse con uñas y dientes.

Si el primer encuentro lo dejó intrigado, verla por segunda vez en la

boda de Sara sólo consiguió avivar su curiosidad.

Ataviada con un vestido en tonos cítricos muy escotado a la espalda, se dirigió a él en una actitud sumamente seductora. En toda su vida había conocido a una mujer que se mostrara tan segura de sí misma.

Compartieron miradas de rejos, sonrisas y algún que otro comentario repleto de sexo implícito hasta que ella salió a fumar al balcón y él la siguió embobado, atrapado por algo que ella poseía y que no supo descifrar en aquel momento.

Ella estaba apoyada en la barandilla con una copa de champagne en la mano. Miraba al frente, como si en cierto modo lo estuviera esperando pero permaneciera recluida en sus propios pensamientos. A su lado, Erik imitó su postura y la contempló con curiosidad.

—Así que eres periodista... —murmuró, tratando de encontrar un tema de conversación—, ¿Te gusta tu trabajo?

Mónica dejó la copa olvidada sobre la barandilla.

—Es una pregunta complicada —respondió en tono ausente—. Me ha costado mucho llegar hasta donde estoy.

—No te gusta hablar de ti misma —intuyó él.

Por primera vez, ella ladeó la cabeza para mirarlo a los ojos. El vaivén de su cabeza provocó la leve fricción de sus labios, y él se percató de que acababa de contener la respiración. Mónica le dedicó una mirada sagaz, de ojos rasgados y verdes como los de una gata.

—Entonces háblame de ti —sugirió provocativa.

Erik no se dejó amilanar, e inclinándose hacia ella, absorbió su olor y apoyó un brazo sobre la barandilla hasta rozarle la cadera. Percibió el leve temblor del cuerpo femenino contra el tacto de sus dedos.

—Soy policía, me encanta mi trabajo y esta noche estás preciosa.

Mónica dejó aflorar una sonrisa, y él se percató del vello erizado de la

piel. Despojándose de la chaqueta, la colocó sobre sus hombros mientras murmuraba a su oído que estaba helada.

—Qué atrevido, agente. Vas a por todas, pero te advierto que puedes quemarte si sigues por ese camino.

Él soltó una carcajada, y ella se acurrucó dentro de la americana.

—¿Siempre eres así de... directa? —inquirió asombrado.

Mónica se encogió de hombros.

—Cuando me gusta algo lo digo —insinuó con una sonrisa.

Se acercó más a ella.

—En ese caso estamos de acuerdo.

—Sí, en efecto tienes una americana muy bonita —bromeó.

Erik enrojeció debido al comentario, y ella le dedicó una mirada pícaro antes de echarse a reír.

—Qué graciosa.

—No se ponga colorado, agente. Ya le he dicho que puede quemarse si juega conmigo.

Ella se mordió el labio, y él pareció complacido. Aquella mujer era coqueta y estaba jugando con él, pero lo cierto es que estaba disfrutando de lo lindo con aquel juego de seducción.

—Creo que estás deseando que te cachee, Mónica.

Ella parpadeó atónita.

—¿Le gusta esposar a las chicas que acaba de conocer? —preguntó con falsa inocencia.

Él se inclinó hacia ella y le apartó el pelo de la cara.

—Solo a las chicas malas.

Mónica lo agarró de la corbata para atraparlo antes de que retrocediera, y a él se le hizo un nudo en la garganta al contemplar la mano pequeña que aferraba el nudo. Joder, sólo era una mano. Pero

imaginó que podría hacer miles de cosas con ella.

—Lástima que yo solo sea una buena chica... —ronroneó.

Erik ladeó una sonrisa.

—¿Estás segura?

Ella abrió la boca para responder, pero entonces el sonido de su teléfono móvil los devolvió a la realidad. Erik cruzó unas palabras con el agente que le informó de la desaparición de una chiquilla de doce años, y para cuando quiso darse cuenta, Mónica ya se había separado de él, devolviéndole la chaqueta con una mano.

—El trabajo es el trabajo... —lo excusó.

—Quédatela —le pidió, refiriéndose a la prenda—. Así tendrás algo que te recuerde a mí. Ha sido una noche muy agradable, Mónica.

—La compañía, agente.

Tras aquellas tres palabras tan sugerentes, ella salió del balcón sin dirigirle una última mirada. Por supuesto, él contempló ensimismado el vaivén de unas caderas que sabía que de repetirse aquel encuentro lo traerían de cabeza.

El sonido de unos gritos de mujer lo devolvieron a la realidad. A lo lejos, parada frente a un taxi y con expresión impaciente, Mónica consultaba su reloj. Y a pocos metros de él, una mujer berreaba a voz en grito que le habían robado el bolso. El ladrón pasó corriendo delante de Erik, e imbuido por su espíritu al servicio del ciudadano, no dudó ni un segundo en perseguirlo.

Aburrida e irritada por la impuntualidad, Mónica empezó a cavilar la opción de que la habían dejado plantada. Cuanto más barajaba aquella posibilidad, más furiosa e indignada se sentía. Excitada ante la idea de volver a ver a Erik, no había estimado posible que para él la escena compartida en aquel balcón no hubiera significado nada.

—Estás haciendo la payasa. Lárgate de aquí —se dijo a sí misma en voz alta.

Pese a ello, permaneció donde estaba y oteó el horizonte por última vez. Lo buscó entre la hilera de coches, en las anodinas caras de los extraños y regresó al interior del aeropuerto para cerciorarse que no se habían ignorado por casualidad. Solo entonces admitió que lo mejor sería marcharse con la cabeza alta. Con la cabeza alta y el cuerpo dentro de un taxi.

Al mirar por la ventanilla, sintió una desagradable decepción que le apretó el estómago. Frunció los labios y fingió que todo iba fenomenal, pero en realidad, su vida hacía aguas por todos lados. Erik había sido el primer hombre en años que lograba entusiasmarla, y había mandado toda su reticencia al garete al aceptar la oferta de viajar a Sevilla. La tentación de conocerlo le pareció revitalizante y novedosa. Cruzó las manos sobre el regazo y se irguió sobre el asiento. Aquel tipo no era más que un estúpido, y si volvía a verlo, le dejaría claro —a su manera— que no se podía ir por ahí creándole falsas expectativas a las chicas.

Al cabo de unos minutos, sin embargo, Erik regresó a la puerta del aeropuerto con el sincero agradecimiento de la señora y un improvisado detenido al que trasladar a comisaría. Ofuscado, buscó a Mónica entre el resto de la gente y comenzó a mosquearse. No podía creer que se hubiera largado sin más.

—¡Te digo que me ha dejado tirada! —explotó contra su interlocutor. Sara no parecía proclive a ponerse de su parte, y ella trataba de disipar su enfado caminando de un lado a otro de la habitación.
—Estoy segura de que debe existir una explicación —terció en su

defensa—. Erik siempre cumple sus promesas.

—Erik por aquí..., Erik por allá...; ¡Estoy hasta las narices del tal Erik!
La oyó suspirar.

—Voy a llamarlo. Es evidente que ha existido un malentendido.

—Malentendido es el que vamos a tener tú y yo como se te ocurra llamarlo —le advirtió malhumorada. Decidió cambiar de tema porque la simple mención del tour sevillano que hizo Sara provocó que Mónica volcara toda su frustración contra ella—. ¿A qué hora pasará a recogerme el taxi mañana?

—Alas siete y media. Los empleados de Musa te esperan a las ocho en punto —hizo una pausa, como si no supiera enfocar lo próximo que iba a decir—. Mónica, no seas muy dura con la plantilla...

—Querrás decir con esa patraña de inútiles que has contratado —la cortó con frialdad.

—¡Mónica, no hables así! Detesto ese tipo de comentarios y lo sabes.

—¿Detestas la honestidad? De acuerdo. Pero entonces has elegido a la persona equivocada para este trabajo.

Percibió que su amiga sonreía al otro lado de la línea.

—Opino todo lo contrario. Héctor cree que tú eres la persona idónea para encauzar la nueva revista. Está encantado con las ventas de Musa y quiere que traslades ese espíritu a *Al Sur*.

—Aver si lo he entendido... ¿Quieres que relance *Al Sur* con la ayuda de una cincuentona, una vedette venida a menos, una rata de biblioteca y demás bichos raros por los que tú has sentido algo de compasión?

—¡Te has leído los currículum! —la alentó complacida.

—Sí, y permíteme que te diga que no sé de donde has sacado a semejante pandilla de frikis. ¿De un congreso de solteros de eDarling?

¡Esto es la prensa rosa, no el nuevo programa de Isabel Gemio en el que cumplimos los sueños de todo el mundo!

—Todas las rubias sois malas.

Sara le colgó el teléfono tras aquel comentario tan común en ella que decía más de sí misma que de la propia Mónica. Extenuada por los acontecimientos del día, estiró los brazos y se dejó caer sobre la enorme y mullida cama repleta de almohadas. Estaba alojada en la habitación Deluxe Queen del hotel Alfonso XIII porque Héctor Brown, el marido de Sara y el propietario entre otros negocios de éxito de la revista *Musa*, no escatimaba en gastos para que sus empleados se sintieran cómodos y valorados.

Por desgracia, mucho se temía que aquel encargo estaba fuera de su alcance. Sabía de sobra que Héctor poseía una visión de negocio más cercana a la suya que la de la comprensiva y generosa Sara, pero estaba tan enamorado de su esposa que por ella era capaz de enviar a Mónica a aquella ciudad para arreglar un entuerto que se solucionaría de forma más sencilla despidiendo a la plantilla.

La habitación en la que estaba alojada era opulenta y de estilo morisco, lo que la adentraba en un ambiente de *Las mil y una noches* que la encandiló. Las vistas daban a un patio sevillano que ofrecía una atmósfera relajante y exquisita que la apartaba de su bulliciosa y ajetreada agenda en Madrid. El centro del patio estaba coronado por una fuente de mármol rodeada de geranios y plantas autóctonas, y desde su posición podía escuchar el leve y constante rumor del agua. Se incorporó para adentrarse en el cuarto de baño, más propio de una actriz de cine clásico que de una mujer cosmopolita de negocios que carecía de tiempo para dedicar a sí misma. Aquella noche, sin embargo, decidió quedarse más tiempo del normal dentro de la espaciosa ducha

rodeada por azulejos de color chocolate y caramelo que la transportaban a un desierto de caricias y recuerdos indeseados. Trató de poner la mente en blanco al acordarse de que Erik vivía a escasa distancia del hotel, enclavado en el centro histórico de Sevilla. Por tanto, decidió que aquella noche la pasaría recluida dentro de los muros del hotel, pues el día siguiente le deparaba una jornada extenuante y cargada de posibles despidos.

Pese a que se había vestido con un vaporoso vestido de gasa a mitad del muslo y unas sandalias atadas al tobillo, el asfixiante calor de la ciudad la atosigó en cuanto recorrió el pasillo del hotel. En pleno agosto, en una de las ciudades más calurosas del mundo, ni siquiera uno de los hoteles más selectivos lograba sofocar la elevada temperatura nocturna.

Mientras deambulaba por el pasillo sin rumbo fijo, embobada en los detalles decorativos y en la abundancia de la ornamentación, no pudo evitarlo y sacó su cámara de fotos del bolso. La fotografía era un pasatiempo que la apasionaba, y la arquitectura interior del edificio era digna de ser captada por su objetivo. El nombre del hotel pertenecía al de un rey porque sin duda aquel lujo era tan excéntrico como la antigua realeza.

Fotografió cada detalle de aquel hotel palaciego que llamó su atención. Desde las columnas de mármol hasta las paredes repletas de azulejos de inspiración barroca y estilo mudéjar del siglo XV, todo ello engalanado con elementos moriscos y españoles de la tradición histórica de aquella ciudad repleta de una mezcla que la hacía única.

Situado en un enclave exclusivo entre la puerta de Jerez, el palacio de San Telmo y la fábrica de Tacabos, el hotel Alfonso XIII se abrió al

mundo y recuperaba el nombre del monarca que lo vio nacer. Tras la Segunda República las cosas habían vuelto a ser lo que eran, convirtiendo aquel alojamiento en un lugar al alcance de muy pocos. Tras la escasa y deliciosa cena que degustó en uno de los restaurantes del hotel, decidió visitar la terraza y degustar un cóctel refrescante antes de irse a la cama. La terraza estaba rodeada de abundante y espesa vegetación, butacas y sillones en tonos grises, tablones de madera y una barra de coctelería que creaba un ambiente informal y chic, más alejado de la suntuosidad inicial del hotel. Se sentó en un taburete alto frente a la barra y pidió un cóctel recomendado por el maître a base de cachaca, zumo de lima y chocolate picante. Su curiosidad periodística hizo que recorriera de un vistazo la terraza, escrutando las caras desconocidas hasta que deparó en una que provocó que fijara la vista de golpe en la bebida que tenía frente a ella. Sin dudarlo, pidió la cuenta y se dispuso a marcharse mientras trataba de pasar desapercibida.

¿Qué demonios estaba haciendo Erik en aquel lugar? Ese hombre de supuesta palabra, con su mediocre sueldo de policía, su musculatura pétrea y su atractivo de polvo salvaje. Se imaginó a sí misma recorriéndole la espalda con los dedos, hasta que recabó en la voluptuosa morena que lo acompañaba y le hirvió la sangre. Él no debería estar en aquel lugar, y los nervios la traicionaron cuandoladeó la cabeza para observarlo de reojo. Asu lado, una pequeña mujer de rasgos dulces le susurraba algo al oído. Pese a que Erik mantenía la distancia con aquella desconocida, Mónica no pudo evitar sentirse molesta.

No solo la había dejado tirada, sino que se empeñaba en restregárselo por las narices acompañado de una preciosa mujer a la

que odió de manera instintiva sin poder remediarlo.

Un sentimiento lacerante y explosivo le oprimió el estómago mientras ella trataba de aliviar aquella sensación tan agri dulce. Sabía de sobra que no debía concederle mayor importancia porque ambos eran dos completos desconocidos, pero no podía borrarse de la cabeza la estúpida certeza de que entre ellos existió algo maravilloso y único que aquel imbécil acababa de estropear para siempre.

A escasos metros de donde ella se encontraba, Erik escuchaba sin interés lo que Martina le contaba acerca de su traslado a un nuevo apartamento. Su turno empezaba en menos de una hora, y debido al malhumor que había mostrado durante todo el día, su compañera de trabajo insistió en que se tomaran una copa para aliviar aquel malestar del que no lograba desprenderse.

No podía dejar de pensar en Mónica y en lo caprichosa que había sido al largarse sin avisar. De acuerdo a su perfecta memoria, la mujer que conoció en aquel balcón era divertida y cordial, cualidades que poco tenían que ver con la mujer voluble que se marchó en cuanto se sintió ofendida.

Y lo sabía porque había contactado con Sara, quien lo informó de que Mónica había decidido viajar en taxi en cuanto creyó que él la había dejado plantada.

¿Por quién lo tomaba? Y por todos los Dioses, ¿Por qué le importaba a él tanto?

No debería sentirse irritado por haberle granjeado una mala opinión a la rubia, pero lo cierto es que lo cabreaba que ella pensara que Erik carecía de palabra. De hecho, empezaba a creer que lo que sucedió en aquel balcón no fue más que un espejismo urgido por una mujer a la que le encantaba llamar la atención.

Y entonces la vio.

Frente a la barra, con la inconfundible cascada de cabello dorado sobre la espalda descubierta, Mónica jugaba con el borde de su copa. Tenía el semblante adusto, lo que no impidió que él se disculpará con su acompañante y avanzará sin dudar hacia ella.

Tenía derecho a exigirle una explicación e iba hacerlo en aquel preciso momento, pues era la clase de hombre directo y algo brusco que siempre iba al grano.

—Hola Mónica, cuánto tiempo sin vernos —la saludó.

Sintió que ella se erguía al escuchar su voz, y supo de inmediato que aquella mujer no lo había olvidado. La delicada mano aferró la copa mientras se ponía en pie y se giraba para encararlo.

—Erik —siseó de manera glacial.

La mirada furiosa que le dedicó no le pasó desapercibida.

—Así que te acuerdas de mi nombre...

Lo que fue un comentario inocente ella lo recibió como una burla hacia su orgullo. Sin dudarlo, volcó el contenido de la copa sobre el rostro del atónito subinspector y asió su bolso para largarse de allí a paso ligero.

Erik soltó un juramento y se secó con una servilleta la humedad de su rostro, mientras contemplaba anonadado a aquella mujer que se largaba con la copa vacía en una mano y el bolso cargado sobre el hombro.

¿Aqué demonios había venido eso?

Las miradas curiosas de los clientes se difuminaron en cuanto él los fulminó iracundo, lo que no evitó que Martina se acercara hacia él con la expresión descompuesta.

—¿Quién es esa loca? —preguntó, colocándole una mano sobre el

hombro.

—Una completa desconocida que está mal de la cabeza —bramó. Martina optó por guardar silencio al percatarse del ánimo de su compañero. A los pocos segundos, Erik recibió una llamada telefónica que cortó el tenso silencio en el que se habían sumido. Como si la noche no pudiera desembocar en más sorpresas estrambóticas, escuchó sin parpadear el aviso recibido. Cuando colgó, asintió a Martina y los dos se dirigieron hacia el coche. Tenían un asesinato que resolver.

Mónica no podía creer lo que había hecho hacía unos minutos. Ni siquiera se reconocía en la mujer histérica y fuera de sí que había volcado el contenido de su cóctel en el rostro atónito de Erik. Se sentía furiosa consigo misma por haberse comportado de una manera tan imprudente, y se juró a sí misma que de volver a encontrarse a Erik por casualidad lo trataría de manera comedida e indiferente. Agobiada por la situación y deseosa de huir de él, se montó en un taxi sin rumbo fijo. Quería escapar de allí antes de que él le exigiera una explicación que se merecía, por lo que pidió al taxista que se detuviera frente a un edificio eclesiástico que refulgía en un tono anaranjado en la oscuridad de la noche sevillana.

—¿Cómo se llama esa iglesia? —se interesó.

—Es la iglesia del Salvador, pero a esta hora está cerrada. ¿Seguro que quiere quedarse aquí? —inquirió el conductor.

Interesada por la arquitectura del edificio, pagó el importe al taxista y se apeó del vehículo para tomar algunas fotografías y liberar su mente del abotargamiento en el que estaba sumida.

Mónica contempló ensimismada el imponente edificio. La puerta central estaba separada de las otras dos por enormes pilastras. Situado intramuros, coronado por un campanario y ubicado frente a una plaza peatonal que recibía a la Iglesia con una hilera de naranjos.

Se percató de que la valla de forja que prohibía el acceso estaba abierta de par en par, y que dos clérigos temblorosos oteaban el horizonte en busca de algo. Sin dudarlo, disparó la cámara para captar varias fotografías de aquella imagen tan extraña que ya tendría tiempo de analizar en otro momento.

Al cabo de unos minutos, un vehículo se detuvo frente a la iglesia y dos personas salieron a toda prisa del interior. Sin dudarlo, Mónica se apoyó contra una farola y capturó la imagen de una poderosa espalda masculina. Al instante, como si se hubieran atraído con la simple presencia del otro, él giró la cabeza y ella apartó la cámara de su rostro para mirarlo a los ojos.

Erik puso mala cara, apartó la mirada y continuó su camino. Mónica le tembló todo el cuerpo, y supo que si había existido algo entre ellos, se acabó definitivamente en el instante en el que ella regó su rostro con la bebida.

A los pocos minutos, del interior del edificio salió una figura vestida con harapos oscuros que ella capturó con la cámara por casualidad. Antes de marcharse, echó un último vistazo a la Iglesia y se largó de allí sin detenerse a cuestionar una acción espontánea que dentro de poco le saldría muy cara.

El párroco acompañó a los dos agentes hacia la escena del crimen. Rodeó la estancia a toda prisa, pese a que sabía que aquel hombre estaba muerto. No fue necesario que le tomara el pulso, pues la atroz escena que habían contemplado sus ojos le habló de una crueldad innecesaria para el fallecimiento de aquel pobre desdichado.

—¡Por aquí, síganme!—los apremió, todavía conmocionado por la situación.

Se detuvo frente a la portezuela que daba acceso al Patio de abluciones, y señaló con un dedo el camino que debían recorrer los agentes de policía.

—No volveré a entrar ahí a menos que ustedes lo estimen oportuno—el párroco se santiguó repetidas veces y dedicó una última mirada de pesar a la puerta entreabierta—. Mis ojos ya han visto suficiente...

Erik se percató del rastro de sangre que salpicaba el suelo de la Capilla de los desamparados y conducía hacia la entrada del patio.

—Descuide, padre. Lo avisaré si requiero sus servicios.

Empujó la pesada puerta y accedió al patio exterior. El inconfundible olor metálico de la sangre invadió sus fosas nasales antes de que sus ojos captaran la escena del crimen. De inmediato, el grito de Martina resonó contra las paredes del patio. La mujer se llevó las manos a la boca y soportó la arcada que le sobrevino al contemplar la sanguinaria imagen.

—¿Has visto alguna vez algo como esto?

Erik no respondió. Se limitó a acercarse a la escena del crimen sin pronunciar una sola palabra.

Sobre la fuente de piedra blanca que se erigía orgullosa en el centro del patio rodeado de naranjos, se exponía el cuerpo sin vida de un hombre al que habían abierto en canal. El cadáver tenía las extremidades amputadas y presentaba numerosas puñaladas en el rostro y el cuello. Erik avanzó sin dudar y dejó a su compañera rezagada en la entrada.

El agresor se había ensañado de manera cruel e innecesaria con la víctima, derramando toda la sangre en el receptáculo de la fuente. Las paredes blancas rebozaban del espeso líquido rojo que se derramaba por el pavimento, discurriendo hacia un husillo cercano. En el suelo, una de las extremidades amputadas yacía con un dedo señalando en dirección a unas letras que Erik transcribió a su cuaderno.

E 7,14-25

—¿Nos ha dejado un mensaje? —inquirió Martina.

Erik se encogió de hombros.

Pese a su aparente frialdad, no podía evitar sentirse sobrecogido por el ensañamiento que había demostrado el agresor. Aquel crimen se parecía más al método de un carnicero que al de un homicida movido por la rabia.

Contempló los altos muros que rodeaban el patio, la puerta cerrada que daba al exterior y el resto de puertas que conectaban a través de galerías con el interior de la Iglesia. Al finalizar su escrutinio, frunció el ceño y regresó junto al párroco.

—¿Quién habita en esta Iglesia?

El párroco se llevó las manos a la cabeza y comenzó a hiperventilar.

—¡No estará insinuando...!

—Responda a la pregunta —ordenó impaciente.

—El sacristán, el campanero y yo.

Sopesó aquella respuesta y echó un vistazo en derredor. Algo no encajaba en la sucesión de los hechos.

—¿Cómo se puede acceder hacia el patio? —inquirió.

—Por la puerta principal y por el pasadizo que conduce a la Calle Córdoba. Pero ambas se cierran al atardecer.

Erik consultó su reloj de muñeca. Eran las doce y cinco de la noche.

—¿A qué hora descubrió el cuerpo?

—Alrededor de las doce menos veinticinco. Estaba dormido, pero me desvelé al escuchar unos pasos en el piso inferior. En seguida llamé al sacristán y al campanero, y descubrimos lo que usted acaba de ver.

—¿Dónde se encuentran?

—En la sacristía. El campanero ha sufrido un desmayo y el sacristán lo está atendiendo. Estábamos esperándolos en la entrada de la Iglesia, pero en cuanto han llegado, el sacristán ha regresado a cerciorarse del estado del campanero. Parece que se encuentra mejor.

—¿Dónde se encontraba a la hora de la muerte del hombre?

—Estaba durmiendo, naturalmente. Siempre me voy a la cama antes de las nueve y media de la noche, señor agente.

—¿Podría explicarme cómo alguien ha salido de la Iglesia tras cometer este crimen? Todas las salidas están cerradas.

—No tengo la menor idea —se enfureció el párroco—. Ese es su trabajo.

—Desde luego —admitió Erik sin perder la calma. Entonces se dirigió a su compañera—. Martina, escolta al párroco junto a sus dos compañeros. Voy a echar un vistazo. El forense y el equipo de apoyo deben de estar al llegar.

Se escabulló de regreso al interior de la capilla mientras la mujer le dedicaba una mirada inquieta. En el interior de la pequeña capilla, Erik

descubrió unas salpicaduras de sangre sobre la pared. Se agachó para rastrear las pisadas y comprobó que no existía pista sobre el agresor. El rastro de sangre se perdía por el pasillo que conducía al patio.

Se irguió y colocó las manos sobre las caderas, preguntándose cómo se había escabullido el agresor sin ser visto. Una idea estrambótica y surrealista cruzó su mente. Definitivamente era imposible que el asesino hubiese esperado la llegada de la policía mientras aguardaba agazapado entre las sombras. Pero en realidad, la única salida posible coincidía con el momento en el que los dos clérigos los recibieron para conducirlos directamente a la escena del crimen.

Al cabo de unos minutos, el forense acudió a la iglesia para certificar la muerte de la víctima.

—¿Y bien? —preguntó Erik.

—Aproximadamente hace dos horas.

Erik se rascó la barbilla en un gesto pensativo.

—Según el párroco, descubrió el cuerpo sin vida un hora y media después de que lo asesinaran. Dime una cosa: ¿Alguien con semejantes heridas no gritaría y trataría de pedir auxilio?

—Probablemente, a no ser que le hubieran atravesado la tráquea y cortado la lengua —explicó el forense. Con las manos enguantadas, abrió la boca de la víctima y descubrió la garganta vacía—. Lo más extraño es que el asesino parece que quiere llevarse algún trofeo. Falta la lengua y las otras tres extremidades, a excepción de la que señala ese mensaje.

—¿Hay huellas dactilares en torno al mensaje? —preguntó Erik, pese a que suponía la respuesta.

—No. Utilizó la extremidad de ese pobre hombre para grabar el

mensaje. No hay huellas en el cuerpo, pisadas ni nada que pueda ofrecer alguna pista. El asesino ha sido muy cuidadoso y sabía lo que hacía —hizo una pausa y señaló hacia la capilla—. Le sesgó la tráquea y le cortó la lengua allí. Eso explica las salpicaduras de sangre en la pared y el rastro que conduce hacia el patio. El resto ya lo sabes. Recordó las pisadas escuchadas por el párroco, y regresó a su suposición inicial hasta que la rabia se apoderó de él. En dos zancadas, salió de la escena del crimen y cruzó la Iglesia para ir al exterior mientras maldecía en voz alta.

—¡Joder! —gruñó enfurecido.

Aquel no era su primer caso, pero en toda su carrera jamás se la habían colado de tal forma. Nadie en su sano juicio esperaría que un asesino aguardara tranquilamente la llegada de la policía para escapar a sus anchas mientras todos visualizaban el cadáver. El asesino sabía que estarían mirando hacia otra parte mientras él salía de la Iglesia, pero se suponía que su formación y su larga trayectoria como subinspector lo preparaban para situaciones como aquellas.

—¡Erik, a dónde vas! —lo persiguió Martina—. Acabo de hablar con los otros dos clérigos y poseen una coartada sólida.

—Lámame en una hora —le pidió, bajando la escalinata que conducía hacia la plaza—. Tengo que averiguar si se han reído de mí en mis propias narices.

—Roldán viene hacia aquí —le advirtió.

A Erik se le heló la sangre. Su jefe había sido su mentor desde la entrada en la policía judicial, y a punto de jubilarse, no le permitía ningún error puesto que deseaba que Erik fuera su sucesor. Apretó la mandíbula y se dirigió en busca de la única mujer que podía ayudarlo a desentrañar aquel misterio.

Mónica estaba sumida en un sueño muy profundo cuando la ventana de su habitación se abrió de par en par, y una figura vestida de negro se adentró en el interior del cuarto. Ladeó la cabeza y observó a la hermosa mujer que dormitaba con el cabello desparramado sobre la almohada. Una verdadera lástima que tuviera que acabar con la vida de un bocado tan apetitoso. Por desgracia para ella, se encontraba en el sitio equivocado en el momento equivocado.

Se acercó hacia la cama y observó la cámara de fotos que había sobre la mesita de noche. La guardó en el bolsillo trasero de su pantalón y acercó la brillante hoja del cuchillo al delgado cuello femenino. Ella entreabrió los labios y emitió un suspiro al percibir el tacto frío y metálico contra su cuello.

Dudó. Por primera vez en toda su vida, dudó. Pensativo, la estudió con curiosidad mientras se enfrentaba a aquella jaqueca que estallaba contra sus sienes. Finalmente tomó una decisión que lo sorprendió incluso a sí mismo.

Era demasiado hermosa para granjearle un final tan anodino, por lo que retiró el cuchillo y tomó asiento en el borde de la cama. Se consideraba a sí mismo un genio con una mente brillante al alcance de muy pocos. Si aquella mujer merecía una final, él estaría dispuesto a ofrecerle uno a la altura de su belleza.

Unos golpes resonaron contra la puerta de la habitación, y el hombre retrocedió hasta ocultarse entre las sombras. La mujer frunció el entrecejo y murmuró una queja somnolienta. Antes de escabullirse por la ventana, la contempló por última vez mientras se relamía de anticipado placer.

—Volveremos a vernos —prometió en un susurro.

Mónica abrió los ojos de par en par y se encogió sobre sí misma. No fueron los incesantes golpes en la puerta lo que acababa de despertarla, sino la sensación de sentirse observada. Se llevó la mano al corazón y trató de sofocar aquel sentimiento aterrador que se apoderó de ella.

—Aquí estás a salvo... no seas absurda —se regañó.

Se retiró el cabello húmedo del rostro y echó una mirada alrededor de la habitación. Habría jurado que su cámara de fotos estaba sobre la mesita de noche, pero quizás el cansancio le estaba jugando una mala pasada.

Se cubrió el cuerpo desnudo con una sencilla camiseta ancha antes de acercarse hacia la entrada. Alguien llamaba con tanto ímpetu que temió que pudiese echar la puerta abajo. Malhumorada ante el escándalo formado, abrió la puerta y se encontró con la imponente presencia de Erik. Tuvo que alzar la barbilla para mirarlo a los ojos, pues aquel hombre le sacaba varios centímetros.

Aturdida y bastante nerviosa ante la inesperada visita, se cruzó de brazos tratando de adoptar una pose neutral. Pese a todo, no pudo evitar fijarse en el innegable atractivo que destilaba el policía, mientras que ella acababa de recibirlo por sorpresa con una ajada camiseta y la ausencia de ropa interior. Subió los brazos para cubrirse los pechos en cuanto recordó que no llevaba sostén, pero a él no pareció importarle. La miraba a la cara con una furia palpable que logró intimidarla.

—Si vienes por lo de la copa... —insinuó con voz queda.

Entró en la habitación sin ser invitado y cruzó la estancia en pocos pasos, dejándola con la palabra en la boca.

—¿Dónde está tu cámara? —exigió con brusquedad.

Mónica enarcó una ceja.

—¿Disculpa?

Erik se giró hacia ella con la expresión tirante e impaciente.

—¡Tu cámara!

—Ya te oí la primera vez. Si te miro con cara de total desconcierto es porque acabas de irrumpir de madrugada en mi habitación como si fueras un bárbaro.

—No me hagas perder la paciencia, rubia. Te concedo un minuto para que me des la cámara antes de que yo mismo empiece a revolver todas tus pertenencias y te demuestre lo bárbaro que puedo llegar a ser. ¿Acababa de llamarla rubia?

Ni siquiera aquel acento sureño y seseante, ronco y tremendamente sexual que empleó para pronunciar aquel calificativo, logró sofocar el cabreo que se estaba apoderando de ella a pasos agigantados. Haciendo uso de una calma que empezaba a desvanecerse, se dejó caer sobre la cama y le dedicó una mirada guasona.

Erik fue incapaz de desviar la mirada de los muslos desnudos, y ella cruzó las piernas en cuanto se percató de que aquella postura dejaba poco a la imaginación.

—¿Tienes una orden judicial o pretendes hurgar entre mis bragas como Pedro por su casa?

—lo retó.

Él se sobresaltó un poco ante la insinuación. Al ir a buscarla, no se había imaginado encontrarla de una guisa tan... sexual, ni lo incómodo que aquello podría resultarle. Aél, sin dudarle, pues ella parecía sumamente orgullosa de su aspecto. Forzó una sonrisa que estuvo a punto de provocarle una úlcera estomacal.

—¿Podrías mostrarme tu cámara, por favor? —le pidió con toda la educación que pudo reunir.

—Eso está mejor —se tranquilizó ella—. No tengo ningún problema en mostrártela.

Se inclinó hacia delante para abrir el bolso que estaba colgado de la silla, y percibió los ojos de Erik clavados en su trasero. Una sonrisa presuntuosa le curvó los labios al cerciorarse de que seguía ejerciendo cierto poder sobre el policía. En ese instante, dedicó una mirada furtiva hacia su mesita de noche.

—Juraría que... —murmuró para sí.

—¿Hay algún problema? —la cuestionó él.

Mónica sacudió la cabeza y sacó su Canon 1200D del bolso. Aquella era la cámara que había utilizado aquella noche. Pese a que la perseguía la extraña sensación de que había dejado su segunda cámara de fotos sobre la mesita de noche, ya tendría tiempo de buscarla y pensar en ello cuando Erik se largara de su habitación. En cuanto se giró hacia él, se encontró con el brazo extendido y la palma de la mano abierta y apremiante. Era evidente que como agente de la ley, aquel hombre estaba acostumbrado a lanzar órdenes que no eran cuestionadas. Mónica balanceó la cámara por el cordoncillo, negándose a ofrecerle su posesión.

—¿Es mucho preguntar para qué la necesitas con tan urgente necesidad?

—No es asunto tuyo.

Su hostilidad comenzó a irritarla.

—En ese caso, lo que hay en esta cámara tampoco es asunto tuyo.

—Vamos a ver... mujer. No voy a discutir contigo sobre algo tan simple, pero entiende que puedo quitártela sin el menor esfuerzo. Así que haz el favor de dármela por las buenas.

—Lamento lo sucedido en la terraza, y siento que estés enfadado por

un gesto que no es excusable

—se disculpó Mónica, creyendo que su humor brusco estaba relacionado con el incidente de la copa

—. Te aseguro que no volverá a suceder.

—Por supuesto que no volverá a suceder —sentenció con voz grave.

Con un movimiento rápido, le arrebató la cámara sin que ella opusiera la menor resistencia. No obstante, ella se colocó a su lado para visualizar lo que el policía buscaba con tanto ahínco.

—En esa cámara hoy fotos íntimas mías.

A Erik se le resbaló la cámara de las manos tras aquel comentario, y Mónica la sostuvo para devolvérsela al instante tras soltar una risilla.

—No sabía que una mujer desnuda te diera tanto miedo —bromeó.

Sintió que él se tensaba a su lado, ofuscado por el dardo envenenado que acertó en su orgullo.

—No son tus tetas lo que me interesa.

Mónica apretó los labios, molesta por aquella respuesta despectiva que la dejaba a la altura del betún. No obstante, trató de aparentar una indiferencia que no sentía hacia un comentario que con toda probabilidad, estaría justificado por el comportamiento que tuvo al arrojarle la copa a la cara.

Era lo suficiente perspicaz para atisbar el brillo carnívoro con el que los ojos de él la habían devorado hacía unos segundos.

Erik apretó el botón de la cámara, pasando una a una las fotos que contenía. Resopló al comprobar que había más de una centena de imágenes, pero continuó con su búsqueda murmurando entre dientes.

—Si me dices lo que estás buscando, puedo ayudarte a encontrarlo

—se ofreció, tratando de ser más cordial de como se había mostrado en aquella terraza.

Estiró el brazo para alcanzar la cámara, pero Erik se apartó de ella con evidente malhumor, por lo que Mónica retiró el brazo y le ofreció una caricia descarada que recorrió la piel desde la musculada muñeca hasta el codo. Sintió que él la observaba de reojo algo confundido, pero no dijo nada.

Tensó la mandíbula tras el breve contacto, por lo que Mónica no supo descifrar si el leve roce le gustó, o por el contrario le resultó sumamente desagradable.

—¿Vas a seguir comportándote como un crío? —lo retó ella.

Esa vez, él ladeó la cabeza para mirarla de frente con un par de ojos castaños repletos de motitas pardas. La mirada asesina que le dedicó provocó la sonrisa presuntuosa de ella.

—Aquí la única cría que hay eres tú —le espetó de mala gana—. ¿Tengo que recordarte que me tiraste una copa a la cara delante de un montón de gente? Ese comportamiento se asemeja más al de una niña que al de la mujer resuelta y presuntuosa que conocí en aquel balcón.

—No tienes que recordármelo, porque me acuerdo perfectamente de tu cara de imbécil —respondió tan ancha.

Erik abrió mucho los ojos, asombrado por la poca vergüenza de aquella mujer. Como si estuviera agotado, se masajeó las sienes con la mano libre, en un intento por ignorarla. Pero fue incapaz. La mujer que tenía a su lado poco se parecía a la atractiva rubia que llevaba robándole los sueños desde hacía un año. Se negaba a creer que fueran la misma persona.

—Si no tuviera tanta prisa, estaría dispuesto a enseñarte modales, rubia —le advirtió, volviendo su mirada a la cámara.

—Se me ocurre la clase de modales que un neandertal como tú estaría dispuesto a enseñarme, y no me interesa lo más mínimo —replicó, y tuvo

el descaro de soltar un bostezo de aburrimiento—. Cuanto te largues, cierra la puerta y no hagas ruido.

Se tumbó de lado en la cama para darle la espalda, y Erik tuvo que soltar el aire por las fosas nasales para reprimir las ganas que sentía de acariciar aquel trasero redondo que apuntaba hacia él, y tras deleitarse, soltarle una buena cachetada.

—Se le está agotando la batería, si fueras tan amable de decirme dónde tienes el cargador... —le pidió por las buenas.

—Las fotos que necesitas están a partir del número noventa y dos. Es evidente que buscas las fotos que hice en aquella Iglesia, ¿No? —se dio la vuelta para mirarlo a la cara, y Erik tuvo una vista perfecta de sus senos. Con gran esfuerzo, logró desviar la mirada de aquella visión erótica que consiguió trastocarlo—. Pero te advierto que no tienes derecho a borrarlas. No sé lo que ha sucedido en el interior de esa Iglesia, pero esas fotos son mías y tengo todo el derecho del mundo a fotografiar edificios públicos.

Pese a que mantenía los ojos fijos en la pantalla de la cámara, Erikladeó una sonrisa ante la exigencia de aquella mujer. Sin duda tenía carácter.

—La única que va por ahí haciendo gala de su falta de modales eres tú, rubia —la observó un instante con aquella sonrisa que Mónica deseó besar. Entonces volvió a clavar la mirada en la pantalla—. Yo soy muy agradable cuando me lo propongo.

Mónica se inclinó sobre la cama. Tenía los brazos en jarra.

—Ya te he pedido disculpas por lo sucedido. Es evidente que no me siento orgullosa de mi comportamiento, si es lo que estás insinuando...

—Te tengo —soltó en voz alta sin poder contenerse.

AMónica tan solo le hicieron falta un par de segundos para descubrir

que él no se refería a ella, sino a la fotografía que observaba con tanto interés. Sin poder evitarlo, se levantó para contemplar la pantalla de la cámara, en la que aparecía la figura oscura de un hombre al que era imposible descifrar el rostro.

—¿Quién es? —le preguntó.

—¿Sabes, rubia? En este momento, incluso me alegro de volver a verte. Al fin y al cabo, me has resultado muy útil.

Mónica abrió la boca en un gesto de pura indignación, pero antes de que pudiera replicar, Erik recibió una llamada telefónica, lo que lo obligó a meterse en el cuarto de baño. Sin poder evitarlo, Mónica pegó la oreja a la puerta y escuchó aquella conversación.

—¿Qué han conseguido identificar a la víctima? —lo oyó decir—. ¿Un párroco jubilado? Vaya... eso sí que no me lo esperaba —se hizo un corto silencio hasta que él volvió a hablar—. Tengo una fotografía en la que aparece el supuesto asesino. Buscamos a un hombre de complexión alta y fuerte. El laboratorio tendrá que analizar la fotografía. Tal vez, con algo de suerte, podamos verle el rostro. Te veo luego, Martina.

Mónica se apartó de la puerta en cuanto escuchó los pasos.

—Un asesinato... —musitó, un tanto descolocada.

Al cabo de unos segundos, ya le estaba buscando cierta utilidad a su reciente descubrimiento. Si empleaba aquella exclusiva, su revista sería la primera en desvelar aquel homicidio, lo que con toda seguridad ayudaría a relanzar las ventas.

En cuanto Erik apareció en la habitación, se acercó a él para encararlo.

—Así que han asesinado a un párroco en la Iglesia del Salvador...

Erik le dedicó una mirada atravesada.

—No te atrevas, Mónica —le advirtió, intuyendo su intención.

Ella se encogió de hombros.

—Soy periodista. Es mi trabajo.

—Tu trabajo consiste en hablar de trapitos caros, cosméticos absurdos y famosillos del tres al cuarto —desdeñó.

Mónica se puso roja de ira. ¿Cómo se atrevía él a menospreciar su trabajo de aquella manera? De acuerdo, quizá no fuera el trabajo más profundo del mundo... pero frivolidades aparte, le pagaba las facturas y le daba de comer.

—¡Y tú eres tonto del culo! —explotó.

Él soltó una carcajada al comprender que acababa de sacarla de sus casillas, lo que se granjeó la ira de Mónica. Sin poder contenerse, agarró la botellita de agua que tenía sobre el minibar y quiso arrojársele a la cara, pero esta vez, él fue más rápido. De un tirón, le arrebató el envase y la sostuvo con un brazo alrededor de su estómago. Mónica pateó rabiosa, como una chiquilla que no iba a salirse con la suya.

Erik la apretó más contra su cuerpo, disfrutando de las suaves curvas femeninas. La respiración cálida acarició la nuca de ella. El olor de Mónica lo volvía loco, y al parecer su pene opinaba lo mismo. El miembro se envaró contra el trasero de ella, y sintió que Mónica ahogaba un gemido.

—Calma... fiera... —le susurró al oído. Sin poder evitarlo, acarició la piel del cuello femenino—. Te dije que no volvería a suceder —le advirtió. Ella comenzó a aflojarse, pese a que siguió resistiéndose con cierta debilidad. Erik recorrió el pómulo con la boca, y Mónica suspiró. Sus labios continuaron acariciando la suavidad de su piel, hasta que recorrieron el cuello y se detuvieron sobre la clavícula. No debía dar el

siguiente paso, pero se moría de ganas de tomarla allí mismo.

—Aléjate de mí... —musitó ella.

—No es lo que tu cuerpo me pide—le soltó con atrevimiento. Pero la apartó con cierta brusquedad, hasta que ella se revolvió furiosa para encararlo con ojos llameantes—. Pero que no se diga que no soy un caballero.

Mónica apretó los labios hasta que le rechinaron los dientes, y él le guiñó un ojo, lo que terminó por ponerla histérica.

¿Cómo se podía ser tan descarado y a la vez resultarle tremendamente sexy? Ah... la ponía de los nervios

—Te juro que voy a publicar mi reportaje —lo amenazó furiosa.

De repente, los ojos de Erik se convirtieron en el reflejo de la ira.

—Ni se te ocurra hacerlo.

—¿O qué? —alzó la barbilla para encararlo—. Yo no recibo órdenes de un bruto.

—Me estás haciendo perder la paciencia —le advirtió.

—No obstante, podemos hacer un trato... —insinuó.

Erik visualizó cada curva femenina. Desde los muslos desnudos, hasta los pechos que se intuían bajo la holgada camiseta. La boca se le hizo agua, por lo que tragó con dificultad el nudo de deseo que palpitaba en su garganta. Podía tener un carácter de mil demonios, pero aquella mujer era una diosa descendida del mismísimo cielo para tentarlo. Lo contempló todo, y cuando ya no pudo más, tuvo que obligarse a mirar los rasgos de aquel rostro tan bello.

—¿Qué clase de trato? —percibió su propia voz pesada.

Mónica se sintió desnuda y débil ante la mirada de aquel hombre tan grande.

—No la clase de trato que a ti te interesa —zanjó, pero le temblaron las

piernas.

—¿Tirarte en esa cama y quitarte esa cara de amargada con un buen polvo? Ni por caridad, rubita.

AMónica le llamearon las entrañas. Lo mataba. Por un instante, disfrutó ante la idea de soltarle un buen derechazo en las pelotas, pero se contuvo.

Inspiró aire y trató de mantener la calma. Al fin y al cabo, sólo era un hombre. ¡Pero qué hombre!

Trató de imprimir un hálito de fría calma a su voz mientras le hablaba.

—Tarde o temprano, los medios de comunicación se harán eco de la noticia. Solo es cuestión de tiempo. Mientras tanto, te prometo que no la sacaré a la luz si me dices algo que yo no sepa. Es un trato justo. Te doy tiempo para que ese asesino no tenga ventaja. Si publico lo que sé, sabes que la tendrá.

Por un instante, Erik caviló aquella posibilidad.

—¿Y por qué no te mantienes al margen? —sugirió.

Mónica sacudió la cabeza, como si aquella petición le resultara descabellada.

—Porque la gente tiene derecho a conocer la verdad.

Erik arrugó la nariz, como si hubiera olisqueado un hedor apestoso.

—Esa es la razón más barata de cualquier periodista. Venga, te doy otra oportunidad.

—Porque me da la gana —espetó de malhumor.

Erik apretó los dientes. Ante aquella respuesta tan brutalmente sincera, poco le quedaba a él por hacer. En realidad, Mónica tenía razón. Tarde o temprano, todos los medios de comunicación de Sevilla se harían eco de aquella noticia, y teniendo en cuenta que ella le había prestado su ayuda, podía ofrecerle alguna primicia para su reportaje.

—Supongo que podemos hacer un trato —concedió. Ella sonrió por primera vez, lo que provocó que Erik opinara que aquella sonrisa era preciosa—. Pero ni se te ocurra jugármela.

—¿Por quién me tomas? —se indignó—. Puedes confiar en mí. La evaluó durante un segundo.

—Lo sé —admitió convencido. Entonces le dijo—: Había una inscripción frente al cuerpo sin vida de ese hombre.

—¿Qué clase de inscripción? —exigió saber.

—Tú nunca descansas, ¿Eh? —preguntó con suavidad.

Le resultaba encantador aquel aire sagaz e incisivo que ella desprendía. Al parecer, la rubia siempre estaba a la caza del mejor reportaje. No podía culparla, al fin y al cabo, era su trabajo por mucho que a él los periodistas lo importunaran.

Supuso que a Mónica aquel dato no le serviría de mucho, por lo que se limitó a enumerar la secuencia de letras y números pintada con la sangre de la víctima en el suelo de aquel patio.

—E siete, catorce... —repitió ella. Entrecerró los ojos, pensativa. De pronto, los abrió de par y en par y exclamó—: ¡El Éxodo!

Él la contempló asombrado.

—¿Cómo dices?

—El Éxodo es el segundo libro de la Biblia. No es que sea una erudita de los textos bíblicos, pero es una secuencia muy fácil de reconocer —se restó importancia. Aún así, Erik se quedó sorprendido. Aquel conocimiento de los textos bíblicos no casaba con la imagen que se había fraguado de la mujer distante y algo frívola que se dedicaba a reseñar barras de pintalabios—. Ese pasaje se corresponde a las plagas de Egipto. En concreto, a la primera de las plagas —relató emocionada, como si el tema le interesara de verdad—. Es aquella en

la que las aguas se convierten en sangre.

Erik empezó a sentirse enfermo. En efecto, aquel mensaje tenía mucho sentido si lo conectaba con la escena del crimen. La sangre de la víctima bañó la inmaculada fuente de piedra blanca, convirtiendo así el agua en sangre, tal y como se exponía en el Éxodo.

—¿Cómo sabes tanto sobre los libros canónicos? —se interesó.

Ante el inesperado interés de Erik, Mónica sintió que regresaban a ella ciertos fantasmas del pasado. Su etapa universitaria no formaba parte del pasado que deseaba recordar. Pese a todo, le ofreció una respuesta escueta.

—Estudí historia en la universidad. Había una asignatura llamada Historia de las religiones, y realicé mi trabajo de fin de grado sobre la misma. Era... interesante.

—Creí que habías estudiado periodismo —la contradijo confundido. Mónica no respondió. Prefería omitir aquel tema. No estaba dispuesta a explicarle a nadie, y mucho menos a un policía, las razones por las que el rumbo de su vida se había desviado del camino trazado en un principio.

—Supongo que es hora de que te largues —lo apremió. Como de costumbre, el pasado volvió a ponerla de malhumor.

Erik pareció molesto ante aquel comentario, pero se limitó a asentir. Antes de que Mónica fuera consciente de lo que estaba sucediendo, él abrió el compartimento de la cámara y se hizo con la tarjeta de memoria que contenía todas las fotos.

—¡Pero qué haces! Eso es... ilegal —se quejó con impotencia.

Erik se guardó la tarjeta en el bolsillo, y detuvo a Mónica con un brazo cuando ella trató de arrebatársela. Tuvo que sostener los hombros femeninos con ambas manos para controlarla, por lo que la pegó

contra su cuerpo. La respiración cálida de Erik bañó la boca de Mónica, que entreabrió los labios por pura inercia.

—Te la devolveré. Siempre cumplo lo que prometo —le aseguró.

Pese a ello, no fue capaz de tranquilizar a una alterada Mónica. Trató de resistirse a la fuerza del policía, pero la superioridad física terminó por extenuarla. Lo que más la fastidiaba era la sonrisa engreída de Erik, que además de atractiva, insinuaba que él estaba haciendo el mínimo esfuerzo para controlar sus ataques.

—¡Esto es abuso policial! —bramó.

—¿Quieres saber lo que es abuso policial? —la desafió él.

Mónica no pudo responder. Con un brazo, Erik rodeó su cintura para acercar cada curva femenina a su cuerpo. Los pechos de Mónica se apretaron contra el torso masculino, provocando una explosión de deseo contenido que terminó desatándolo. Antes de que ella lograra reaccionar, la boca de él se aplastó contra la suya, y un sentimiento cálido le acarició el vientre. Erik besaba de una forma que le producía vértigo, y pese a que trató de resistirse, cuando el mordisqueó su labio inferior todo su autocontrol se fue al infierno. Colocó las manos sobre el duro pecho masculino, y percibió el calor que se traspasaba a las yemas de sus dedos. Cuando la lengua de él encontró la suya, algo primitivo y salvaje se apoderó de ella. Gimió contra la boca ancha y suave, y descubrió que aquel beso era tan prometedor como había imaginado.

Con un suspiro, él se apartó de ella, sosteniéndole el rostro entre las manos. Acarició con ambos pulgares los pómulos, como si no quisiera separarse de ella. Hasta que habló.

—Esto... es abuso policial —le soltó con chulería.

Mónica quiso replicar. Reaccionar. Soltarle una bofetada. Hacer algo...

lo que fuera. Sin embargo, sus pies se quedaron pegados al suelo. Erik abrió la puerta, pero antes de marcharse, se inclinó sobre ella y le ofreció un beso rápido que supo a despedida.

—Adiós, rubia. Ha sido un placer volver a verte.

Lo contempló caminar resuelto por el pasillo, mientras toda la ira que había contenido se apoderaba de ella. Se sintió tremendamente estúpida y frágil, por lo que cerró de un portazo.

—Desgraciado —susurró con voz imperceptible, como si el pudiera escucharla pese a la puerta cerrada, echarla a bajo y terminar lo que había empezado.

Antes de que lograra conciliar el sueño, tuvo la inquietante sensación de que si él se lo proponía, sería incapaz de detenerlo.

Quince minutos después, Erik recorría el largo pasillo de las dependencias policiales en dirección a la oficina de la Brigada de homicidios y desapariciones de la policía judicial. El departamento dependía de la Brigada Central de delitos contra las personas, que a su vez estaba vinculado a la Unidad central de delincuencia especializada y violenta.

A Erik, toda aquella burocracia siempre le había traído sin cuidado. Él prefería estar del lado de la acción, y su trabajo como subinspector del Grupo IV de la Brigada de homicidios y desapariciones consistía en dirigir las actuaciones de su grupo, y en ocasiones, aguantar los reproches del Inspector Jefe.

El suyo era un trabajo vocacional, pues desde que tenía uso de razón, siempre había querido seguir los pasos de su padre. Con el trascurso del tiempo, algún día llegaría a ocupar el rango de Inspector Jefe, tal y como lo fue su progenitor.

Ni siquiera le importaba que su trabajo consistiera en una labor silenciosa, en la mayoría de ocasiones mal valorada. Aél lo movía el ansia de justicia y la lealtad hacia las víctimas. Y en aquel momento, no había nada que deseara con más fervor que encarcelar al criminal que asesinó a aquel párroco con tanta crueldad.

Jesús y Gonzalo, oficiales de policía de su grupo, lo saludaron con vasos de café en sus manos. Antes de adentrarse en el despacho del Inspector jefe, inspiró para hacerse a la idea de que aquella noche sería muy larga.

Ambos lo siguieron en cuanto cruzó el estrecho despacho, y Martina lo saludó desde su asiento. Por todos era sabido que Pepe Roldán, su jefe, adoraba a aquella joven desde que era una chiquilla. La razón era un misterio, pero lo cierto es que a nadie pasaba desapercibido que el Inspector jefe la trataba con mayor suavidad que al resto.

En cuanto todos estuvieron dentro, Pepe se quitó las gafas y las dejó sobre el escritorio con un gesto brusco. Se masajó las sienes, evidenciando un cansancio que se debía más a los achaques de la edad que a los quebraderos producidos por el trabajo. El tipo estaba hecho a toda esa mierda, y Erik se preguntó si a su edad, él también sería un lobo solitario y huraño. Desde luego, a ese paso se quedaría igual de solo que su jefe.

—¿Me puedes explicar cómo escapó aquel hombre sin ser visto? —le recriminó con dureza.

Erik apretó los puños, irritado por ser cuestionado en público. Tanto él como Roldán sabían de sobra que aquel asesino no era un criminal cualquiera. El tipo había sido cuidadoso en extremo para un crimen de tal calibre, y al parecer lo tenía todo previsto.

—No fue culpa suya... los dos estábamos allí —trató de defenderlo

Martina.

Ella siempre salía en su defensa a la menor oportunidad, pero Erik detestaba mostrar debilidad en público, por lo que le tocó el hombro para que se mantuviera al margen.

—Cállate, Martina —la censuró Pepe. Entonces clavó los ojos hundidos en Erik—. Supongo que tendrás algo para mí...

Erik soltó la tarjeta de memoria sobre el escritorio, granjeándose la mirada curiosa de todos.

—Tengo una fotografía del sospechoso. Hay que llevarla al laboratorio para que la analicen. No se le ve bien el rostro, pero algo es algo

—sacó su teléfono móvil y le mostró la inscripción que había fotografiado—. Las aguas se tiñen de sangre, Inspector.

—No te sigo, hijo.

Siempre que se mostraba satisfecho con él, lo llamaba por aquel calificativo cariñoso que demostraba que se conocían desde hacía años.

—Yo tampoco —respondió Jesús, clavando los ojos en la fotografía.

—Qué tipo más sanguinario —puntualizó Gonzalo.

—Peor aún —Erik sacó la libreta en la que había apuntado la cita del Éxodo. La había numerado con el número uno—. El mensaje que nos dejó corresponde con la primera plaga de Egipto. Y hay diez, Pepe. Nos está poniendo a prueba.

—Un asesino en serie... —el inspector se rascó la barbilla pensativo—. Tienes razón. No tiene mucho sentido que hiciera referencia a la primera plaga si existen otras diez restantes.

—Por Dios... ese crimen ha sido demasiado sórdido para que se produzca otro —lamentó Martina.

Erik estaba de acuerdo, pero algo le decía que aquel tipo no dejaría

de asesinar hasta que concluyera su mensaje. Y quedaban nueve plagas restantes.

—Tenemos que poner vigilancia en todos los edificios eclesiásticos. Si este crimen es motivado por razones religiosas, volverá a intentarlo

—señaló Erik.

—Eso es absurdo, ¿Sabes cuántas Iglesias y Capillas hay en Sevilla?

—lo contradijo Gonzalo.

Erik le dedicó una mirada glacial. Por supuesto que lo sabía, y el número era demasiado grande. Sevilla era una ciudad de enorme tradición y fervor católico, y los ciudadanos pondrían el grito en el cielo en cuanto conocieran lo sucedido.

—Erik tiene razón. Por ahora no tenemos nada con lo que trabajar

—acordó Pepe—. Será mejor tener vigiladas las principales Iglesias de la zona.

—¿Qué se sabe de la víctima? ¿Tenía enemigos? ¿Algo que motivara a alguien a asesinarlo con tal ensañamiento? —inquirió Jesús.

—La víctima era un párroco jubilado que residía en Málaga. Sus familiares denunciaron la desaparición el lunes pasado. Pasó sus años de clérigo en Sevilla, y hace cinco años se jubiló y regresó a su ciudad natal —informó Martina.

—Puede estar relacionado con alguien de su pasado. Fue párroco en Sevilla, y el asesino lo ha devuelto a la misma ciudad para asesinarlo

—comentó Erik—. Iré a interrogar al nuevo párroco de la Iglesia en la que impartía misa, y trataré de encontrar a algunos feligreses que lo hubieran tratado. Tal vez así, logremos arrojar algo de luz a este asunto.

—Ni el párroco ni el campanero de la Iglesia del Salvador dicen conocer a la víctima —dijo Martina—. Pero recuerdan haberlo visto

rezando horas antes de que la Iglesia cerrara sus puertas.

—Eso no tiene mucho sentido. Si desapareció, ¿Por qué estaba por su propio pie en la Iglesia de Salvador, a cientos de kilómetros de su ciudad? —preguntó Pepe.

—No pudo ser por casualidad. El asesino lo tenía todo programado. Por cómo actuó, los utensilios que utilizó... —un leve estremecimiento se apoderó de él—. El párroco tuvo que estar en ese lugar por algún motivo que el asesino conocía de antemano.

Pepe dio instrucciones a Jesús y Gonzalo para que interrogaran a la familia de la víctima y descubrieran si el párroco tenía algún tipo de problema. Acto seguido, ordenó a Martina que trasladara las fotografías al laboratorio, y se quedó a solas con Erik.

—¿Cómo has conseguido esas fotos? —se interesó.

—Conseguí que la fotógrafa me las cediera por buena voluntad —mintió. Entonces, recordó el cuerpo delgado y suave de Mónica contra el suyo, y el sabor de aquella boca tan apetitosa. Se obligó a desterrar aquel pensamiento tan placentero de su mente—. Pero no vamos a mantener a los medios de comunicación alejados de la información durante mucho tiempo. Les bastará con preguntar a los vecinos, y averiguaran que algo ha sucedido.

—Intentaremos ocultarlo el mayor tiempo posible. Si se trata de un asesino en serie, crear alarma social es lo peor que podemos hacer. Esa clase de tipos necesitan a la prensa para acrecentar su ego. Erik no estuvo de acuerdo. Algo le decía que la alarma estaba creada, y que en cualquier momento un nuevo crimen le explotaría en las manos. Solo esperaba ser lo suficiente rápido para evitar una nueva muerte.

Mónica se echó una última mirada en el espejo del vestíbulo. Los pantalones de pinza color crema lucían remangados sobre los tobillos, y la blusa holgada de la misma tonalidad dejaba al descubierto parte de la espalda. Se había trenzado el cabello, que caía en una coleta dorada sobre el hombro izquierdo. Pese a su aspecto impecable, para ella nunca sería suficiente. Jamás estaría satisfecha porque en el fondo, por mucho que tratara de ocultarlo, era una enferma.

Cruzó el vestíbulo subida a sus stiletos color frambuesa, y en cuanto salió al exterior, una oleada de calor le crispó los nervios.

—¡Por Dios, qué calor! —se quejó sin poder evitarlo.

Aquel clima tan tórrido estaba empezando a pasarle factura. Maldita fuera su amiga Sara por haberla convencido de visitar la ciudad en pleno Agosto, pero lo cierto era que la situación de la revista era demasiado crítica para ignorarla.

Se subió al taxi sin cesar de abanicarse con ambas manos.

—¿Le importa encender el aire acondicionado? —le pidió al conductor. El hombre le dedicó un gesto desconcertado.

—Pero señorita, ya está encendido.

Mónica resopló. Moriría asfixiada ante aquel calor inhumano. Se le derretirían las piernas y acabaría licuada en un charco de sudor que discurriría por los jodidos husillos. Con semejante temperatura, pensó que salir a la calle debería estar prohibido. Por la ventanilla del coche, observó los hombres de torso desnudo y espalda achicharrada que trabajaban de sol a sol en las obras de la ciudad. De inmediato, la imagen de Erik desnudo y sudoroso acudió a su mente.

Bórratelo de la cabeza. Ese hombre es abrumador, y por si fuera poco, un chulo egocéntrico que te dejó con cara de estúpida. Pero cómo besa...

Sí, cómo besaba. Hambriento, salvaje; a caballo entre la rudeza y un deseo descontrolado que acabó por absorberla también a ella. El simple roce de sus labios bastó para seducirla, porque en cuanto cerró los ojos para sucumbir a aquel beso, adivinó que las emociones de su cuerpo le pertenecían a él.

—¿De qué parte de España viene? —le preguntó el taxista.

Mónica no estaba acostumbrada a entablar conversación con un extraño, por lo que parpadeó sorprendida. Desde que había llegado a la ciudad, todo el mundo era abierto y solícito con ella. Empezaba a preguntarse qué mosca le picaba a aquellos andaluces para ser tan sociables con una completa desconocida como ella.

—Vengo de Madrid.

—¿De vacaciones?

—Por trabajo.

El hombre chasqueó la lengua con desaprobación.

—Mal asunto. No es la mejor época para visitar la ciudad.

No me digas...

—¿Cómo puede soportar este calor? —inquirió agobiada.

—La costumbre, señorita. No me queda otra, y de todos modos, no me iría de esta ciudad aunque me pusieran un piso en primera línea de playa.

Entonces eres idiota. Pues yo me largaré de aquí cuanto antes

Se despidió del taxista en cuanto aparcó frente a las oficinas de la revista, y aceptó de buen grado su tarjeta por si requería de nuevo sus servios. Ni loca regresaría al hotel utilizando el transporte público. Lo último que necesitaba era ser aplastada por un montón de cuerpos sudorosos debido al sofocante calor matutino.

De todos modos, debía admitir que las calles empedradas de aquella

ciudad eran preciosas. Tomaría algunas instantáneas con su cámara fotografía al atardecer. Le interesaba la mezcla arquitectónica de la ciudad, el pasado visigodo y almohade, el olor a azahar impregnando las calles, la abundancia de terrazas soleadas en las que tapear, el brillo dorado con el que resplandecía la ciudad al anochecer...

De pronto, su tacón se incrustó en un adoquín, por lo que se dobló el tobillo y fue incapaz de mantener el equilibrio. Clavó las rodillas en el suelo, aulló de dolor y sintió una quemazón dolorosa que se extendió hacia las articulaciones.

—¡Malditos adoquines!—bramó cabreada.

Esperó escuchar risillas maliciosas, por el contrario, algunas personas se acercaron a auparla y le preguntaron si se encontraba bien. Tras agradecer el gesto cívico, Mónica metió la cabeza entre los hombros y cruzó avergonzada la acera para plantarse en el interior del edificio.

Al Sur era una revista de actualidad política que no acababa de despegar. La idea de su amiga había sido la de crear un tipo de periodismo en el que cupieran tanto los reportajes a escritores y artistas famosos, como la cobertura mediática del último ataque a la Franja de Gaza. Fue ideada como una mezcla cultural y política a nivel regional. Había sido un proyecto ambicioso del que alguien como Sara podría sacar su mejor jugo, pero por desgracia, su amiga no contó con quedarse embarazada y disponer de escaso tiempo que dedicar a la revista. Así que mientras la pequeña Laura crecía y encontraban al redactor jefe adecuado, Sara le había pedido el favor de relanzar la revista, pues Héctor quería cerrar el negocio antes de que las deudas ahogaran cualquier beneficio mínimo.

En cuanto subió a la segunda planta y cruzó las acristaladas puertas, supo que algo iba mal. En aquella oficina reinaba el caos, y todo el

mundo pululaba a su aire sin que nadie les dijera que formar un corrillo en torno a la máquina del café no era sinónimo de trabajar. En su opinión, si los empleados de *Al Sur* no ponían todo su empeño en renovar la revista, nadie sería capaz de salvar las ventas.

Oteó cada cara mientras nadie reparaba en su presencia. Aquella plantilla tan dispar comenzó a incomodarla sin tan siquiera conocerlos. Por todos era sabido que Sara era una persona generosa y de lágrima fácil, por lo que Mónica no dudó que los problemas económicos y personales de aquellos individuos habían hecho mella en su corazoncito para contratarlos.

—Buenos días—saludó con tono autoritario. De inmediato, todos se volvieron para observar a aquella voz femenina que consiguió ponerlos firmes con un simple saludo—. Quiero que todos paséis por mi despacho en orden alfabético según el primer apellido. Será mejor que penséis en algo útil que podáis aportarme, porque de lo contrario entraréis en el despacho para firmar el finiquito. Yo no he venido aquí a perder el tiempo ni a tolerar a vagos.

Se adentró en el despacho acristalado y dejó la puerta abierta para que pasara el primero. En cuanto observó el desordenado escritorio, soltó un gruñido de desaprobación. Al parecer, alguien había estado trabajando en su despacho y ni siquiera se había esforzado en disimular la presencia para su llegada.

Se sentó sobre la desvencijada silla, prueba de que había sido utilizada en numerosas ocasiones, y encendió el portátil para revisar su correo. Al percatarse de que nadie entraba al despacho, ladeó la cabeza y clavó la mirada en las caras asustadas de quienes la observaban paralizados como si ella fuera a echarlos de una patada en el culo. Ganas no le faltaban.

¿Pero qué hacían ahí parados como peleles? ¡Pandilla de inútiles!
¡Ella tenía una revista que dirigir y poca paciencia con la que dedicarse a tal actividad!

—¡Qué pase el primero! —vociferó irritada.

Una joven de alborotado cabello rizado y rostro surcado de pecas se movió con torpeza en dirección al despacho. Mónica la estudió con desinterés, hasta que la joven tropezó en la entrada y tiró al suelo todos los documentos que portaba en los brazos. Genial, para colmo le había tocado Betty la fea. Una oleada de papel desordenado sobrevoló el despacho mientras la chica enunciaba una disculpa acelerada y nerviosa.

Mónica suspiró.

—Síenta... —se interrumpió al vislumbrar un correo electrónico.

Por un instante de absurda fantasía, tuvo la intención de borrarlo e ignorar la amenaza. Todo su cuerpo se congeló de temor al comprobar el remitente. El miedo le ahogó los pulmones, y sintió unas desesperadas ganas de echarse a llorar que a duras penas logró controlar.

Por favor... otra vez no

Leyó el contenido del email y tragó el nudo que acababa de formarse en su garganta. Un nudo de terror fruto de aquel pasado que jamás la abandonaría. Estaba destinada a ser perseguida por aquella pesadilla recurrente que le hacía la vida imposible. Desde el instante en el que apareció, su vida dejó de pertenecerle. Y por desgracia, hacía tanto tiempo de aquello que ya no recordaba los momentos de una existencia tranquila y apacible en la que ser libre.

Mi querida Mónica,

No importa donde vayas, no importa cuánto te alejes de mí... Porque estés donde estés, siempre te encontraré. Tú me perteneces, jamás lo olvides.

D.

Con mano temblorosa, consiguió borrar el correo electrónico. Se llevó la mano a la boca cuando le sobrevino una arcada de asco. La chica que había sentada frente a su escritorio le preguntó si se encontraba bien, pero Mónica acababa de olvidarla. Como cada vez que aquella amenaza regresaba a su vida, sintió que la oscuridad se la tragaba y la enviaba al mismísimo infierno. Porque sí, en eso se convertiría su vida si él volvía a encontrarla.

Salió corriendo del despacho en dirección al cuarto de baño, abrió la taza del inodoro y vomitó el contenido de su escaso desayuno, mientras dos lágrimas discurrían por sus mejillas. Paralizada por el miedo, no supo cuánto tiempo pasó tirada en el suelo de aquel cuarto de baño, suplicando a un Dios en el que había dejado de creer.

—Te lo ruego, no dejes que me encuentre. No puedo volver a soportarlo...

Casi veinticuatro horas sin dormir y su búsqueda le había resultado infructuosa. En la primera iglesia lo recibió un cura bastante huraño al que sonsacó un par de palabras. Negaba haber conocido a la víctima, pues apenas llevaba un año como párroco de aquella iglesia. Le había costado más de dos horas interrogar a los feligreses de aquella parroquia. Descartó a los jóvenes y optó por hablar con las personas que pudieran haber coincidido con la víctima durante la etapa en la que impartió misa, pero no logró sacar nada en clave. Al parecer, el párroco apenas pasó un par de años en aquella iglesia, tras lo cual fue trasladado a otra parroquia.

Consiguió la dirección al amanecer, y a aquellas horas, extenuado pero movido por el ansia de conocer la verdad, se dirigía hacia la segunda iglesia, situada en el barrio de Santa Cruz.

Cruzó los Reales Alcázares para situarse en una de sus zonas preferidas de la ciudad. El barrio de Santa Cruz era la cuna de la judería medieval de Sevilla. Los laberintos de calles estrechas y las paredes pintadas de cal para escapar del abrasador sol de verano así lo atestiguaban. En la actualidad, era un conjunto idílico formado por callejones, casas señoriales, patios cuajados de flores, tascas y terrazas en las que disfrutar de la gastronomía andaluza y un perpetuo olor a azahar.

Era una zona repleta de idiosincrasias. Porque donde existía un callejón estrecho acababa una plaza alejada de la urbe. Porque en los palacios señoriales encontrabas inscripciones sobre azulejos. Y por

aquel encanto fruto de leyendas, duelos y amoríos diversos. No quería armar un excesivo revuelo con su llegada, por lo que decidió acceder a la Iglesia de Santa Cruz por la parte trasera, tomando la Plaza de la Escuela de Cristo. Debido a las reducidas dimensiones, más que una plaza parecía un patio interior de paredes encaladas y ventanas enrejadas. En cuanto puso un pie en el interior, se quedó paralizado al contemplar a la mujer que observaba ensimismada la pintura sobre una cerámica. Parecía leer con interés la inscripción del azulejo, que explicaba que la pintura de la Natividad se trataba de una copia ya existente en la Catedral de Puebla de los Ángeles, en México.

No quiso hacer ruido, porque por primera vez, podía disfrutar del placer de observarla a sus anchas sin que aquellos incisivos ojos verdes lo estudiaran a él a su vez. El cabello dorado lucía trenzado sobre el hombro, lo que consiguió que sintiera deseos de soltárselo sobre la espalda desnuda. En su imaginación acarició aquella piel cremosa y suave.

Era preciosa.

Sintiéndose observada, Mónica se dio la vuelta con brusquedad para encontrarse con la figura masculina de Erik, quien la miraba con una profundidad que no se esforzó en disimular. Los acontecimientos sucedidos en la oficina la habían obligado a distraerse con un paseo que la llevó hasta aquel rincón apartado del bullicio de la ciudad. No esperó encontrárselo en aquel lugar tan escondido.

¿Es que acaso no podía caminar sin encontrárselo?

Empezaba a temer que si su mente lo tenía siempre presente —desnudo y fogoso en la mayoría de ocasiones—, su cuerpo se convertiría en un imán para el de aquel hombre tan desagradable

como atractivo.

De todos modos, no era un buen momento para hablar con nadie. Menos con aquel hombre que le recordaba lo débil e ingenua que podía llegar a ser si se desprendía de aquella coraza forjada con el paso de los años. Los acontecimientos sucedidos en la revista así se lo recordaban.

—Hola rubia, ¿Qué haces en este lugar tan apartado? —la saludó. Caminó hacia ella, hasta que se colocó a su lado. AMónica el aire le resultó más enrarecido, como si la atmósfera se hubiera prendido fuego en cuanto el hombro de él rozó el suyo, y una corriente de electricidad le acarició hasta la punta de los dedos.

—El ladrón de tarjetas de memoria... —musitó con desagrado. Apenas le dedicó una mirada de reojo, pese a que él la observaba con intensidad. Sonreía, como si encontrarla por sorpresa le hubiera resultado agradable.

—Te dije que te la devolvería —le dio un leve codazo con el hombro para animarla. Mónica se apartó irritada. Definitivamente, aquel no era un buen momento para su sociabilidad—. Ey, ¿Te has perdido, verdad? El tono suave que utilizó consiguió sorprenderla. Parecía preocupado por ella, y en su voz afectuosa pervivía la intención de hacerla sentir mejor.

—En realidad quería perderme —insinuó ella. Miró en derredor, y supo que no sería capaz de salir de allí sin un poco de ayuda. Llevaba plantada frente aquella inscripción más de quince minutos—. Pero no de este modo. No tengo ni idea de dónde estoy.

—Este lugar es un pequeño laberinto —le tendió una mano que Mónica contempló con recelo—. Vamos, te sacaré de aquí. La mano continuó extendida entre ambos, tentadora e inerte a escasos

centímetros de Mónica, que se negaba a aceptarla.

—La última vez que confié en ti, me robaste y me diste un beso sin pedir permiso —lo acusó.

Los ojos de Erik centellearon con una emoción que ella no supo descifrar.

—Cogí algo prestado, y el beso te gustó lo suficiente para que estés agradecida. Si quieres fingir lo contrario estás en tu derecho, pero no seré yo quien me lo crea.

Parpadeó aturdida por su atrevimiento.

—No te recordaba tan egocéntrico.

De pronto, él movió la mano inerte hasta que encontró la suya. El pulgar de Erik trazó círculos alrededor de su palma, sofocando los sentidos de ella. Mónica abrió la boca para murmurar una queja que se perdió en cuanto él tiró de su mano y la arrastró contra su pecho.

—Si me pidieras otro beso, sí que acrecentarías mi ego —le aseguró él. La voz ronca le acarició la punta de la nariz, justo donde apuntaba la boca de él. Si se erguía de puntillas, podría besarlo—. Rubia, lo estás deseando.

—Creo que el alcohol de la copa que te tiré en aquella terraza te está afectando al cerebro. Te has quedado tonto, pobrecito —le soltó.

Pese a la sonrisa agria de él, se negó a soltarla. La estudió de cerca con suma curiosidad, como si estuviera diseccionando a un bicho raro.

—Eres preciosa —confesó embelesado. Acarició el pómulo derecho con la boca hasta que la oyó jadear—, apuesto a que te lo han dicho más de una vez—. Dijo, y aproximó una mano para tomarle la barbilla con dos dedos. La obligó a mirarlo a la cara, sin ambages ni escapatoria. Entonces habló—: pero también eres incoherente. En ese balcón me hiciste creer que te interesaba, y aquí finges lo contrario. Sinceramente,

no tengo tiempo para descifrar a una mujer tan complicada y volátil. La soltó con cierta brusquedad, por lo que avivó el malestar de Mónica.

—No sabes nada de mí.

Él asintió.

—Tienes razón —admitió, con una frialdad que ella identificó como desinterés—. Ni tampoco tengo tiempo para averiguarlo.

Mónica se dio la vuelta para marcharse, pero él la detuvo con sus siguientes palabras.

—Todavía sigues perdida —le recordó.

—Sólo dime cómo salir de aquí.

Se colocó tras ella y señaló un callejón largo y estrecho. Pese a que intentó ignorar la calidez que sentía cada vez que lo tenía tan cerca, Mónica percibió un cosquilleo en la parte baja de su vientre. Si aquel hombre la desarmaba con un simple roce, no quería ni imaginar lo que sucedería al tenerlo desnudo en la cama, expuesto a las caricias que ella deseaba profesarle.

Bobadas

—Toma esa calle, y gira en la primera a la derecha. Encontrarás una plaza que desemboca en la Catedral. Si continúas por la Avenida de la constitución, encontrarás el hotel.

En cuanto recibió sus indicaciones, se largó de allí tras ofrecerle un escueto agradecimiento. Apenas llevaba unos metros emprendidos cuando ambos escucharon el inconfundible sonido de un disparo. Erik se lanzó hacia Mónica, la agarró de la cintura y la pegó contra la pared, cubriendo el cuerpo de ella con el suyo. En aquel momento, su instinto le ordenó que la protegiera con su propia vida. Permaneció pegado a ella, cobijándola con su propio cuerpo, hasta que sintió que el peligro había cesado. Asustada, Mónica agachó la cabeza y se

abrazó a él cuando Erik trató de apartarse.

—Tengo que ir —insistió él, al percatarse de que no lo soltaba.

Mónica sacudió la cabeza.

—¿Qué? ¡No! ¡No vayas! —trató de detenerlo por la fuerza, pero Erik ni siquiera se inmutó.

Se la quitó de encima como si fuera una molesta mosca.

—Llama a la policía —le ordenó. Entonces, la mirada se le oscureció con algo peligroso—. Aléjate todo lo que puedas de este lugar, Mónica. Es peligroso que sigas aquí.

Trató de seguirlo en un vano intento por disuadirlo, pero Erik la detuvo con una mirada de advertencia.

—¿Y tú qué, eh? —replicó aterrada.

La dejó con la palabra en la boca, y se perdió dentro de los muros de aquella iglesia mientras Mónica sacaba su teléfono móvil y llamaba a la policía. Tartamudeó lo sucedido, demasiado asustada para tener otro pensamiento que la desagradable sensación de que a Erik podía sucederle algo terrible.

Erik corrió sin dudarle hacia la planta del campanario. El sonido de aquel disparo provino de allí, por lo que subió los escalones a toda prisa mientras desenfundaba su arma. No fue necesario que llegase al final, pues en el último tramo de la escalera encontró el cuerpo sin vida de un hombre. Erik le tomó el pulso pese a que le habían disparado en la cabeza, y cerró los ojos de aquel hombre al comprobar que estaba muerto.

De repente, sintió que algo presionaba contra su zapato. Sacudió el pie, y se encontró con una estancia atestada de ranas. Estaban por todas partes, por lo que tuvo que cubrirse la boca preso del asco cuando los anfibios comenzaron a posarse sin pudor sobre el cuerpo

sin vida.

—¿Dónde estás? —susurró a la oscuridad.

Con el arma desenfundada, avanzó por la estrecha sala hasta que encontró el interruptor de la luz. Fue demasiado tarde para revolverse contra la presencia que sintió a su espalda. El aliento de aquel extraño le acarició la nuca un instante antes de golpearle el cráneo con algo afilado. Erik estuvo a punto de derrumbarse, pero consiguió mantener el equilibrio al apoyarse sobre una estantería. La pistola se le cayó al suelo. Tomó aire e impulsó el codo contra la costilla del tipo, que soltó un gruñido. Aprovechando su momentánea debilidad, derribó la estantería contra el cuerpo. El hombre consiguió recular justo a tiempo de que el peso lo aplastara, y Erik se giró para contemplarle el rostro. Llevaba una máscara de un grotesco personaje que le impidió identificarlo.

Ambos contemplaron el arma sobre el piso, luego se miraron. El hombreladeó la cabeza, y a Erik le pareció que la máscara sonreía. Entonces, sacó una pistola y le apuntó al cráneo. Erik supo que iba a disparar, por lo que se abalanzó hacia su propia arma en un último intento. Se oyó un disparo.

Mónica se quedó paralizada por el miedo. En la calle se escuchaban los gritos de las personas, pero ella solo podía oír su propia respiración. El segundo disparo solo podía significar algo terrible. Ni siquiera había sido capaz de obedecer a Erik y largarse de allí tras haber llamado a la policía. Sabía que ella le sería de escasa ayuda, pero no razonó al cruzar la puerta de la iglesia y echar a correr hacia la zona en la que se habían escuchado los disparos. Se quedó paralizada al encontrarse de frente con un hombre

enmascarado que portaba un arma en la mano izquierda. Tuvo la inquietante impresión de que la máscara dejaba traslucir una intensión perversa. El tipo ladeó la cabeza, estudiándola con lo que a ella le pareció interés. Mónica retrocedió de manera instintiva. El hombre avanzó hacia ella.

No iba a rogar por su vida. Había deseado su propia muerte tantas veces que no tenía miedo. El dolor, el sufrimiento de estar en las manos de otro sí que la aterraba. Había experimentado la crueldad y las vejaciones. Y lo que la humillación te hacía desear era la muerte. Su deseo la liberaba, pero permanecer al antojo de un desconocido la aterraba.

La mano del hombre atrapó un mechón de su cabello, y ella se apartó asqueada. El desconocido soltó un suspiro de sorpresa, como si no comprendiera la altivez de aquella mujer que en vez de estar aterrada, se mostraba esquiva y fiera.

—He llamado a la policía —le advirtió.

El hombre la agarró del cuello, aplastando su cuerpo contra una columna de mármol. La asió en el aire y los pies de Mónica patalearon en un intento por defenderse. Estiró los brazos para atacarlo, pero la debilidad se apoderó de ella cuando el aire comenzó a faltarle. El pecho le ardió, hasta que el extraño la soltó con brusquedad. El tipo se llevó las manos a la cabeza, como si pensara qué hacer con ella.

Mónica se llevó las manos al cuello, confusa por su cambio de parecer. Pegó la espalda contra la columna cuando el hombre se inclinó sobre ella. Esperó agazapada el golpe y el dolor, pero sus ojos se abrieron de par en par al recibir el beso de aquella boca enmascarada que se aplastó contra la suya. Apenas un segundo después, el hombre desapareció dejándola a salvo, completamente

aturdida.

No tardó en reaccionar.

—¡Erik! —gritó desesperada.

Subió las escaleras, y soltó un chillido al encontrarlo tirado en el suelo. Un charco de sangre se había formado alrededor de su cabeza, donde el cuerpo inerte del policía rozaba el de otro hombre. Las pisadas de las ranas salpicaban todo el suelo de sangre, y Mónica las apartó histérica del cuerpo de Erik.

—¡No lo toquéis! —bramó enfurecida. Acarició las mejillas heladas de Erik, y apoyó la cabeza sobre su pecho sin saber qué hacer. Las lágrimas empaparon la camisa del policía, que prorrumpió un quejido apenas imperceptible que ella no escuchó—. No te mueras, por favor... te pediré ese beso que acrecentará tu ego. ¡Todos los que quieras, idiota!

—Rubia... —musitó dolorido.

Sentía que la cabeza le iba a estallar en mil pedazos, y apenas podía comprender que la bala lo había rozado.

Mónica inclinó la cabeza y lo contempló con los ojos muy abiertos, anegados por las lágrimas. Abrió la boca para decir algo, pero la barbilla le tembló. Toda ella temblaba de miedo, hasta que un creciente alivio se apoderó de su cuerpo. Entonces se echó a reír, al borde de un ataque de nervios. Erik le acarició el pelo, y ella atrapó su mano para llevársela a los labios.

—Joder, cómo me duele la cabeza... —se quejó.

—Sssssh —lo calmó, para que no hiciera ningún esfuerzo.

Sin poder evitarlo, él la atrajo hacia sí.

—No sé qué haces conmigo —pronunció contra sus labios—, pero funciona.

Entonces volvió a desmayarse.

Mónica aguardaba el diagnóstico del doctor en la sala de espera del hospital, pero estaba segura que tras el susto inicial, Erik solo tenía algunas magulladuras externas. Sus protestas y el malhumor que destilaba cuando el médico trató de auscultarlo así lo evidenciaban.

—¡Estoy perfectamente, doctor! Usted mismo ha dicho que la bala solo me ha rozado —lo oyó decir desde la sala de espera.

Ella sonrió. Sí, al parecer estaba en perfectas condiciones, por lo que la angustia que había sentido al verlo tirado sobre su propia sangre comenzó a abandonarla.

—Ese cabrón tiene mala puntería, ya ve.

—De todos modos, me gustaría hacerle unas pruebas. Esa herida de su cabeza...

Escuchó el resoplido inconfundible del policía. Acto seguido, el médico sacó la cabeza por la puerta para pedirle que entrara.

—¿Puede quedarse un momento con él? No estoy seguro de que se esté quieto si salgo por esa puerta —su voz destilaba irritación.

Mónica le dedicó una mirada breve a Erik antes de centrar la atención en el médico.

—Por supuesto.

En cuanto los dejó a solas, los ojos de Erik llamaron con una emoción violenta que ella fue incapaz de descifrar. Se suponía que el subinspector debía mostrarse agradecido por no estar en una bolsa de cadáveres, pero en cuanto centró la mirada en ella, supo que algo iba mal.

—Lo importante es que estás bien. Que ese asesino haya escapado no es...

Él la interrumpió con brusquedad.

—Te dije que te marcharas —le reprochó furioso.

Mónica parpadeó asombrada.

¿Qué le sucedía a aquel hombre? ¿Por qué seguía teniendo motivos para discutir con ella? Desde luego, no estaba de humor para enfrascarse en otra batalla dialéctica cuando hacía unos minutos creyó que él había muerto. Por tanto, decidió preguntarle lo que le sucedía. Abrió la boca para hablar, pero en el instante que lo hizo, la habitación comenzó a atestarse de gente. Los compañeros de Erik y aquella mujer que vio junto a él en la terraza, acompañados por una mujer que adornaba su cabeza con un pañuelo floreado, entraron de súbito en la habitación.

La mujer del pañuelo se inclinó sobre Erik y le llenó el rostro de besos.

—¡Cariño! ¿Te encuentras bien? —se alarmó, al contemplar el vendaje de la cabeza.

—Estoy perfectamente, mamá. Ni siquiera he necesitado puntos, porque la bala solo me rozó.

—¡Qué solo te rozó! ¡Y lo dices tan tranquilo! —la mujer soltó un sollozo—. Vás a acabar conmigo, Erik.

—No digas eso ni en broma, mamá.

El rostro de Erik se volvió ceniciento, y entonces Mónica recabó en el pañuelo de aquella mujer, lo cual solo podía significar algo horrible. Un nudo se formó en su estómago, pues a pesar de no tener razones para sentirse así, la compasión se apoderó de ella.

Apenas lo conocía, pero un sentimiento irracional la hacía desear que él no sufriera.

—Martina, ¿Puedes acompañar a mi madre a la sala de espera?

La susodicha asintió solícita, y Mónica atisbó el entusiasmo que se

apoderó de su rostro en cuanto el subinspector se refirió a ella.

Un hombre de pelo canoso y otro de edad parecida a Erik permanecieron en la habitación junto a ella. Mónica descubrió que Erik sólo la contemplaba a ella, con algo oscuro y violento en los ojos. Incómoda, desvió la mirada hacia la pared.

—Señorita Laguna, permítame que me presente. Soy el Inspector Pepe Roldán —el hombre canoso le tendió una mano que ella estrechó—. Según la versión que ha ofrecido a los agentes que la interrogaron, tuvo un breve encuentro con el hombre que disparó al subinspector Rodríguez.

Mónica se estremeció al recordarlo. Si se esforzaba, aún podía sentir la boca gélida de la máscara contra la suya.

—Así es.

Percibió que los ojos de Erik se clavaban en ella.

—¿Podría relatarme lo sucedido? Nos sería de gran ayuda si recordara cualquier cosa que pudiese identificarlo.

—Bueno, eso sería complicado. Llevaba una máscara de Guy Fawkes

—dijo Erik.

Mónica todavía recordaba el aspecto siniestro que aquella máscara de papel maché, bigotes puntiagudos y sonrisa dimensionada le otorgaba a aquel extraño.

—Era zurdo —dijo, y se granjeó las miradas del resto de hombres—.

Portaba la pistola en la mano izquierda.

Y me asfixió con ella

—Eso nos será de gran ayuda —ironizó Erik.

Ella le dedicó una mira gélida. No sabía a qué se debía su comportamiento maleducado y cortante, pero estaba empezando a cabrearla.

—Al menos, la señorita Laguna aporta más datos que un simple balazo en la cabeza. No deberías haber entrado sin esperar refuerzos —lo regañó el Inspector.

Erik apretó la mandíbula, disgustado consigo mismo. Al hacerlo, un agudo dolor le abrasó las sienes, instalándose en la herida vendada. No se arrepentía lo más mínimo, pues actuó de tal forma con la intención de salvar la vida de un hombre. Lo único que lo molestaba era el hecho de haberlo dejado escapar de nuevo, y que Pepe se lo restregara en las narices, aludiendo a esa impulsividad que decía que él debía corregir.

—Una pregunta, ¿Cómo escapó del hombre enmascarado? —se interesó Pepe.

Mónica tensó los labios. Eso no era algo que quisiera recordar, pero de todos modos, accedió porque deseaba ayudar a la policía.

—Intentó asfixiarme —se llevó las manos al cuello de manera inconsciente. Por el rabillo del ojo, vislumbró que Erik apretaba los puños.

—¿Y qué sucedió después?

—Él me soltó —seguía estando asombrada—. Y luego me besó.

Todos la contemplaron perplejos.

—¿La besó?

—¿Te besó? —gruñó Erik.

Mónica asintió.

—Disculpe si es una pregunta muy incómoda, ¿Trató de forzarla?

Mónica se sintió enferma ante tal pregunta.

—No... él sólo... me besó y se marchó. Fue algo rápido y extraño.

Desconcertante.

—Gracias por su declaración, Señorita Laguna.

—Si no me necesitan para nada más... —dijo, deseosa de salir de allí.

—Un momento, Mónica —la poderosa voz de Erik la detuvo—. ¿Podéis dejarnos a solas un segundo?

Los dos hombres asintieron, por lo que Mónica empezó a ponerse nerviosa en cuanto salieron de la habitación.

Haciendo un gran esfuerzo por contenerse, inclinó la cabeza hasta que encontró la mirada centelleante. Abrasadora. Él destilaba furia, y al parecer estaba dispuesto a desquitarse con ella.

—No sabes lo que me alegro de que estés sano y salvo —suspiró aliviada, haciendo caso omiso a la ira de él.

Necesitaba abrazarlo, y estuvo a punto de hacerlo de no ser por el brazo que él interpuso entre ambos.

—Te dije que te largaras —le recriminó con frialdad.

Mónica se detuvo. Aquella hostilidad no era algo para lo que estuviera preparada. No tras haber estado a punto de perderlo.

—¿Qué demonios te pasa? —lo encaró al fin.

Con un movimiento rápido, él le agarró la muñeca, atrapándola a escasos centímetros de su rostro tenso.

—¿Qué me pasa? ¿Quieres saber lo que me pasa? —le espetó furioso.

Ella comenzó a sentir un calor incómodo donde él la apretaba—. ¡Te dije que te marcharas y no me hiciste caso! ¿Y si te hubiera sucedido algo, eh? ¡Yo sería el maldito culpable, Mónica! Deberías haber actuado con sentido común y haberte largado cuando yo te lo dije.

Recibió la recriminación como una dolorosa bofetada.

—Disculpa por haber sido incapaz de dejarte tirado como a un animal cuando escuché el segundo disparo —replicó con voz gélida.

Durante un breve instante, Erik pareció reflexionar. Dudó mirándola a la cara, hasta que su rostro se convirtió en una máscara de ira.

—¡Podría haberte matado, joder! —tironeó de ella para acercarla a su rostro—. ¡Fuiste una estúpida!

AMónica le escocieron los ojos por sus palabras, hasta que se percató de su muñeca enrojecida. Recordó la ansiedad de sentirse desamparada ante alguien más fuerte, el dolor y las náuseas por no poder defenderse.

—¡Suéltame! —exigió histérica.

Él lo hizo de inmediato. Entonces, Mónica retrocedió con paso titubeante hasta que alcanzó el bolso olvidado sobre una silla, se lo colgó al hombro y caminó hacia la puerta entreabierta. Erik la contempló marchar, con el pecho subiendo y bajando, sofocado por haber perdido la compostura de aquella manera.

Mónica acarició el pomo de la puerta, pero en vez de salir, le habló sin volverse, demasiado dolida por sus palabras como para mirarlo a la cara.

—Cuando recobres tu sentido común, espero que vuelva junto con un poco de valentía para que seas capaz de pedirme disculpas —le soltó. Erik quiso saltar de la cama e ir tras ella, pero se quedó parado como un monigote cuando la contempló marchar. Sintió tal impotencia que cerró los ojos porque no quería convivir con la imagen de una desgastada Mónica huyendo de él a toda prisa. Tal vez fuera mejor así, porque no se perdonaría a sí mismo volver a ponerla en peligro.

Mónica salió de aquel hospital con los ojos nublados a causa de la congoja que le habían producido aquellas palabras. Ni siquiera fue consciente de las personas que la observan preocupados en la sala de espera, y que habían escuchado los gritos provenientes de la habitación.

Pepe Roldán carraspeó incómodo, y se dirigió a la mujer que tenía a su

lado.

—Trini, será mejor que nos vayamos. Hay que dejar descansar al chico

—le puso una mano en el hombro, en un intento por consolarla.

Pero en cuanto se marcharon, la mujer accedió a la habitación y clavó una mirada censuradora en su hijo.

—No sabía que te hubiera educado para que le gritaras a una mujer

—le reprochó.

Erik rehuyó su mirada. En aquel momento, deseaba estar solo.

—Mamá, no tienes ni idea de...

—De que estabas completamente asustado —lo cortó con suavidad. Se

acercó a él para besarle la mejilla—. Cariño, te conozco lo suficiente para saber cuándo tienes miedo, y antes estabas aterrorizado ante la idea de pensar que a esa mujer le sucediera algo. Pero será mejor que te disculpes.

—No voy a hacerlo —sentenció obstinado—. Le di una orden.

Todavía experimentaba la amarga sensación de saber que alguien la había besado a la fuerza. No quería imaginar a Mónica desamparada ante la perversidad de un lunático, y la simple idea lo golpeó muy profundo. Aquel tipo había intentado estrangularla...

¡Por Dios! ¿Y si la hubiera matado?

Se enfureció.

No es algo que esté dispuesto a permitir. Aunque tenga que gritarle y ganarme su odio, pero esa mujer no volverá a ponerse en peligro.

¿Quién se cree que es, Tom Raider?

Las palabras de su madre le taladraron el cerebro, pues había acertado de pleno. Carecía de sentido que él se preocupara por una completa extraña, por lo que se esforzó en creer que aquella atracción sexual que los unía lo estaba volviendo loco. Loco de deseo, entre

otras cosas. De un deseo que le corría por las venas, impidiéndole dormir por las noches. De un deseo que le endurecía la polla y le impedía razonar con claridad.

—Mamá, ¿Cómo has llegado tan pronto? —le preguntó alarmado.

Su madre forzó una sonrisa que ambos no se creyeron.

—He sufrido un pequeño desmayo, pero no ha sido nada. Por suerte, estaba a dos calles del hospital cuando sucedió —le restó importancia. La impotencia de saber que la iba perdiendo poco a poco lo consumió. Había buscado a los mejores especialistas, pero el desenlace parecía inevitable. Agobiado, se incorporó para ir a buscar al médico.

—Quiero que el doctor te haga algunas pruebas, voy a llamarlo.

La mano de su madre se colocó sobre su pecho.

—Erik, no es necesario —lo detuvo con tranquilidad—. Algún día me iré, y tienes que asimilarlo.

—¡No, mamá! Claro que no voy a asimilarlo, porque tú no vas a irte

—decidió, furioso con el mundo.

Antes de que su madre pudiera responder, la habitación fue invadida por el grito de su hermano, acompañado de su padrastro. El hombre le estrechó la mano en un saludo amistoso, y su hermano lo abrazó hasta dejarlo sin respiración.

—Eh... colega, ten cuidado —lo despeinó con una mano.

Su hermano había sido una bendición para la familia. Tras la muerte de su padre, su madre conoció a Carlos, un hombre completamente enamorado que vivía por y para ella. A los pocos años nació su hermano Alberto, por el que Erik había luchado contra las burlas que aún seguían cabreándolo.

El chico tenía síndrome de Down, y Erik detestaba que otras personas lo menospreciaran por ello. Cuando era más joven, había llegado a

utilizar los puños si alguien osaba insultarlo. Asu edad, una simple mirada bastaba para que las burlas cesaran, pues su corpulencia hablaba por sí sola.

Estrechó a su hermano y contempló a su familia. Su madre y su padrastro se abrazaban, muestra del amor que se profesaban el uno al otro. Se preguntó si algún día él encontraría a alguien a quien estrechar de aquella forma, y de repente pensó en Mónica.

Arrugó el entrecejo, deseoso de ser capaz de sacarla de su mente.

Lo primero que hizo al llegar a la habitación del hotel fue descalzarse los incómodos zapatos que la estaban matando. Pero en realidad, sabía que su malestar se debía al resquemor que le había producido recibir la furia de Erik. Sobre todo, cuando lo único que ella había deseado era abrazarlo.

Llenó la bañera porque necesitaba distraerse, si bien, en cuanto introdujo el cuerpo en el agua tibia, las furiosas palabras de Erik se incrustaron en su mente como un molesto recuerdo. No comprendía el motivo de su recriminación, aunque soportaba la sensación agria que le producía.

¿Por qué se había comportado de aquella manera? ¿Por qué había tenido que verter su cólera contra ella? ¿Por qué no la había abrazado, como tanto deseaba ella en realidad?

Su mente se esforzó en ofrecerle una razón que la satisficiera, pero Mónica se encontró con una respuesta que consiguió avivar su desasosiego. Una que tenía que ver con la expresión de Erik cuando su jefe lo reprendió en público. Porque tal vez, su enfado se debía a que él no deseaba cargar con la culpa de saber que ella estaba en peligro, pues aquello sería desastroso para su carrera policial.

En ese caso, pensó molesta, ella no volvería a ofrecerle ningún problema. Y no lo haría, sencillamente porque se apartaría de él para siempre. Jamás volverían a verse. Demasiado humillada se había sentido a lo largo de su existencia como para ser el objeto de las recriminaciones absurdas de un subinspector arrogante.

Se envolvió en una gruesa toalla de algodón tras salir de la bañera, encendió el portátil y comprobó los mensajes de su teléfono móvil. Tenía una decena de llamadas perdidas de Sara, pero no se sentía con el ánimo suficiente para ponerla al corriente respecto a su nefasto día en la revista.

Al fin y al cabo, ¿Qué iba a decirle? ¿Qué había pillado a los empleados criticándola mientras ella vomitaba en el cuarto de baño? Cerró los ojos y recordó.

Tras recuperarse de la impresión que le produjo aquel correo electrónico, Mónica se refrescó el rostro antes de regresar por el pasillo. Amitad del camino, se detuvo al escuchar la algarabía de unas risas.

—Esa mujer es insoportable —comentó Bárbara, la vedette que su amiga había contratado—. Si tengo que irme a la calle, juro por Dios que le gritaré que ha llegado hasta donde está a base de hincar las rodillas y chupar muchas...

Aquel comentario fue recibido con risas maliciosas. Mónica apretó los labios, rabiosa ante tal mentira.

—No es más que la amiguita de la jefa. ¿Qué se cree que va a enseñarnos? ¡Esa niñaata solo escribe chorradas sin importancia en una revista frívola! —se quejó un tipo.

—Ni siquiera la conocéis —trató de apaciguar los ánimos la chica a la que había estado a punto de entrevistar en su despacho antes de que

huyera horrorizada.

En aquel momento, Mónica no pudo más. Salió de su escondite y los encaró a todos, granjeándose las miradas compungidas y atónitas de sus nuevos empleados. No necesitaba las críticas ni la compasión de aquellos Don nadie, y estaba a punto de hacérselo saber.

—Si tuvierais tanta experiencia en hacer periodismo serio como en criticar, probablemente esta revista no se iría a pique. Pero escuchadme bien; antes de permitir que la cierren, os echaré a patadas y me limpiaré el culo con vuestro finiquito —rugió.

Chasqueó los dedos y señaló su despacho.

—¡Qué pase el primero, ahora!

Regresó a su habitación, se echó sobre la cama y colocó el portátil sobre las rodillas, mientras se hacía la eterna pregunta que le había rondado durante todos los años de su miserable vida: ¿Es que acaso puede ir a peor?

Entonces, comprobó su nuevo correo electrónico y supo que siempre podía ir a peor. Sintió el frío del miedo recorriéndole la columna vertebral, como un centenar de arañas que trepaban por su espalda.

Mi querida Mónica, mi dulce niña grande...

Sevilla tiene un color especial, pero eso no significa que yo no pueda encontrarte.

Vigila por donde caminas, pues te he echado de menos.

Te encontraré,

D.

El hombre se quitó la máscara y la arrojó al suelo. La habitación estaba sumida en la oscuridad porque era en los entornos lúgubres donde se sentía seguro. Al contemplar el carmín rojo que manchaba la máscara, acarició su propia boca mientras recordaba el tacto suave de aquellos delicados labios femeninos. Aún percibía el sabor afrutado de aquella mujer.

Un deseo carnívoro le recorrió la piel hasta asentarse en su entrepierna. En realidad no era un individuo dado a las bajas pasiones, pero la extraña a la que besó lo había cautivado como ninguna mujer. Atisbaba en ella el mismo miedo y recelo que lo había embargado a él durante todos aquellos años. Un temor que la convertía en una presa que siempre estaba a la defensiva, dispuesta a luchar para alejarse del peligro.

Lo había intrigado.

Deseaba saber más de ella. Recorrer su piel con la lengua, hundir la nariz en su cabello y aspirar el embriagador aroma femenino. Mientras la imaginaba retorciéndose de placer, se desabrochó los pantalones y agarró el miembro con una mano. Jadeó.

De pronto, la imagen de aquel policía ensangrentado acudió a su mente. Furioso, movió su mano con frenesí mientras se prometía que la próxima vez no volvería a fallar. Dos veces había cometido un error. Al dejarse llevar por la belleza de aquella mujer, había escogido la cámara de fotos equivocada. Al dejarse llevar por la ira, había errado un tiro que debió ser mortal.

Soltó un gruñido antes de dejarse ir. Las convulsiones se apoderaron de todo su cuerpo, cerró los ojos y esbozó una sonrisa pernicioso. Por su mente vagaron imágenes macabras; la del paisaje dantesco que él dibujaría con la sangre de sus enemigos.

Erik contempló la pantalla de su ordenador. Aquella máscara parecía sonreírle. Se frotó las sienes en un intento por arrojar algo de luz al misterio, pero entonces rodó los ojos hacia la fotografía que había captado la cámara de Mónica. La imagen borrosa de una silueta masculina capturada desde la distancia, y lo poco que habían podido averiguar es que se trataba de un hombre de metro setenta. El laboratorio no pudo hacer nada con el rostro borroso. No tenía nada. Absolutamente nada.

Fastidiado, arrojó la fotografía sobre el escritorio.

—Jodido Guy Fawkes —murmuró cabreado.

¿Qué se suponía que simbolizaba aquella máscara?

Ese antifaz era utilizado para distintas protestas. Desde grupos antisistema hasta el famoso personaje creado por Alan Moore la empleaban para sus diversos fines.

Alguien entró a su despacho sin llamar, por lo que Erik intuyó que se trataba de Gonzalo. Entre su compañero y él no existían las formalidades, pues habían trabado una amistad consolidada a base de los años compartidos en la comisaría.

—La nueva víctima conocía a la anterior. Ambos eran párrocos y amigos. Este último estaba a punto de jubilarse. Un par de semanas más y ese cabrón no lo habría pillado —lo informó su compañero.

—¿Tú crees? —lo contradijo.

Gonzalo lo contempló expectante, a la espera de una respuesta.

—No actúa al azar. Selecciona a sus víctimas con sumo cuidado. No tengo ni idea de por qué, pero los dos fallecidos estaban relacionados, y estoy seguro de que el tercero también lo estará. Es una maldita venganza.

—¿Cómo V de Vendetta? —ironizó.

—V de Vendetta deseaba derrotar a un sistema corrompido. Este tipo es un asesino, y si no lo detenemos, se llevará a ocho personas más por delante —recordó la espeluznante imagen de las ranas—. Tenemos que averiguar quién es su siguiente víctima.

—He hablado con la familia de Antonio Ramírez, el primer párroco. Tiene una única hermana que dice que el hombre tenía una reputación intachable, pero admite que últimamente lo notaba distante.

—Define distante.

—Le dijo que alguien quería asesinarlo, pero cuando ella intentó contactar con la policía, su hermano simplemente desapareció. Intentó comunicarse con él hasta que se enteró de que había regresado a Sevilla y que lo habían asesinado.

—Pero mantiene que su hermano tenía una reputación intachable.

—Hay algo más —Gonzalo deslizó una carpeta por encima del escritorio—. Tras un segundo barrido, las hemos encontrado en la rendija de la ventilación de la casa de la víctima. Hay dos anónimos.

—Lo estaban amenazando.

—Y cumplieron lo prometido. Las he llevado a analizar, así que puedes quedarte con las copias.

Erik sopesó toda la información.

—¿Qué hay de la segunda víctima?

—La hermana admite que eran amigos, pero hacía años que no se veían.

—No parece que lo conociera del todo. Al fin y al cabo, desconocía la existencia de esos anónimos. Quiero una lista de las llamadas de ambos hombres, y la necesito lo antes posible.

En el rostro de Gonzalo se reflejó un destello de preocupación.

—¿No deberías tomarte un descanso? —le aconsejó. Echó un leve vistazo a la zona en la que le habían disparado—. Apenas hace veinticuatro horas que una bala te rozó el cráneo.

Erik endureció la expresión, molesto ante una consejo que no había pedido.

—He dicho que lo necesito lo antes posible —insistió con voz grave. Gonzalo hizo una mueca, pero enseguida asintió.

—Hablaré con la compañía telefónica. Tendrás la lista en unas horas —resolvió.

Antes de que se marchara, Erik lo detuvo.

—¿Qué tal están las cosas entre tú y Sandra? —se interesó.

Su amigo llevaba dos años casado, pero ahora no estaban pasando por su mejor momento. La presión del trabajo, las dudas y la rutina habían hecho mella en una relación que parecía idílica para el resto del mundo.

—Tarde o temprano me pedirá el divorcio —dijo, con falsa indiferencia.

Erik se levantó, recorrió la escasa distancia que los separaba y le colocó una mano en el hombro.

—¿Vas a esperar a que lo haga o vas a hacer algo por remediarlo? —le reprochó.

Lo hizo porque durante años, él había envidiado una relación como la que tenían Sandra y Gonzalo. Añoraba a la persona que lo esperara en casa, a la que besar y abrazar por las noches, y de la que despedirse con un gesto cariñoso antes de marcharse a trabajar.

—El problema es que ya no sé lo que quiero —se desahogó. Por primera vez en todos los años que se conocían, Erik vislumbró a un hombre derrotado por la incertidumbre—. Creí que lo nuestro sería para siempre hasta que escuché sus palabras. Me dijo que tal vez

habíamos confundido cariño con amor, y que estaba demasiado volcado en mi trabajo.

—Estamos demasiado volcados en el trabajo —admitió Erik.

Lo sabía porque poseía un trabajo atípico que conlleva una responsabilidad que a veces le impedía conciliar el sueño. Pensaba en las víctimas y en la injusticia, en el dolor de la familia y en su incapacidad para resolver ciertos casos. Lo sobrepasaba la satisfacción del trabajo bien hecho, y le enturbiaba el sueño la obligación que recaía sobre sus hombros.

—De todos modos, Erik. ¿Y si ella tiene razón? Puede que me haya acomodado a una vida fácil a su lado, porque esté demasiado obsesionado con el trabajo como para preocuparme por las cuestiones sentimentales.

Erik no supo qué responder ante aquella perorata cargada de sinceridad, por lo que le palmeó la espalda en un intento por transmitirle algo de ánimo. En cuanto se quedó solo, abrió la carpeta que contenía los anónimos dirigidos a la primera víctima.

Quizá sea mi ego el que me obligue a escribir esta carta, pero llevo tanto tiempo soñando con este momento que sería imposible no concretarlo en palabras. Durante años me obligaste a vivir con miedo, por eso deseo que tus días transcurran con la sensación agónica de que tu final se acerca.

¿Podrás vivir sabiendo que voy a matarte? ¿Te quitarás la vida antes de que consiga alcanzarte? Sería mejor que lo hicieras, pero me relamo de placer ante la certeza de que eres un cobarde.

Erik dobló el pliego de papel, como si con aquel gesto tan simple

podiera borrar la sensación de espanto que lo acuciaba. Imaginaba el pánico que invadió al párroco al leer aquella carta sin firmar, pero al mismo tiempo se preguntaba por qué razón aquel asesino quería acabar con su vida. Algo debía haber sucedido para que sus palabras destilaran tanto odio.

Tu final se acerca, y me complace saber que no has sido capaz de acabar con tu miserable existencia. Te encomiendas al destino que yo he trazado para ti. ¿Quieres saber lo que te he preparado? Te daré una pista: no he olvidado cada una de las afrentas sufridas en el pasado, y ni con mil vidas vividas lograrías resarcir el daño que me provocaste.

Tu dolor será mi venganza.

Venganza.

Sin duda, aquellos asesinatos respondían a tal fin, pero necesitaba encontrar un nexo entre ambas víctimas. Que se conocieran solo indicaba que ambas muertes estaban relacionadas, pero debía descubrir la razón de aquel odio.

¿Qué habrían hecho aquellos dos hombres para granjearse a aquel enemigo?

Se sintió enfermo al hacerse la siguiente pregunta; ¿Qué sucedería con las próximas víctimas?

Supo que debía adelantarse a aquel hombre enmascarado si quería salvar la vida de la siguiente víctima, pero no tenía ni idea de hacia dónde encauzar la investigación. Lo acuciaba la incertidumbre.

Tras acatar las órdenes de Pepe, salió de la comisaría para tomarse un descanso. Sabía que su jefe estaba preocupado por su estado de

salud, pero no podía evitar sentirse frustrado consigo mismo. Mientras él trataba de relajarse, aquel tipo urdiría el siguiente asesinato.

Incapaz de tranquilizarse, se puso la ropa de deporte y le colocó la correa a su pastor alemán. Pese al asfixiante calor que hacía a las siete de la tarde, echó a correr sin dirección fija. A los treinta minutos, empapado de sudor y con Simba jadeando, se detuvo frente a una fuente para que su mascota se hidratara.

Parpadeó confuso al percatarse de la zona en la que se había detenido. Frente a sus ojos se encontraba el majestuoso hotel Alfonso XIII, donde Mónica residía de manera temporal. Apretó la mandíbula y refunfuñó en voz baja. Quería creer que se había parado frente a aquel edificio de manera casual, pero algo le decía que la inercia lo atraía hacia ella.

Agobiado por no ser capaz de controlar sus impulsos sexuales, tironeó de la correa de Simba para largarse de allí antes de encontrársela por casualidad. El perro obedeció su orden, pero de pronto, olisqueó algo y echó a correr sin que Erik pudiera detenerlo. Gritó su nombre y fue tras él.

El perro se encaramó a una atractiva mujer rubia que trató de quitárselo de encima, y Erik supo que iba a tener un problema.

Mónica caminaba tranquila en dirección a la revista, cuando de repente, un gigantesco perro se encaramó a sus hombros y trató de arrebatárle la barrita de cereales integrales que portaba en la mano izquierda. Asustada, se impulsó hacia atrás.

—¡Fuera, largo de aquí chucho!—ordenó, haciendo aspavientos con la mano derecha.

El perro se impulsó sobre los cuartos traseros y le arrebató la comida

de un bocado, granjeándose la mirada atónita de Mónica.

—¡Esto es el colmo! —se enfadó.

No contento con su recompensa, el animal apoyó las patas delanteras sobre el pecho de Mónica y trató de lamerle el rostro. Mónica soltó un resoplido, mezcla de asco e irritación. El único animal al que toleraba era su gato atigrado, y puesto que en el hotel no permitían animales, se había visto obligada a dejarlo custodiado en una residencia canina. Mientras trataba de quitarse al perro de encima, percibió que el dueño del animal corría hacia ella a toda prisa. Cuando la distancia se acortó, reconoció el rostro de líneas duras y ojos pardos. Tragó el nudo de su garganta, y enmascaró la expresión de sorpresa por otra que correspondía al fastidio.

—¡Simba! —ordenó Erik. El perro hizo caso omiso a la llamada de su amo, y movió la cola, feliz de granjearse la atención de aquella mujer.

—¡Quítame a este baboso de encima! —exigió iracunda.

Erik agarró la correa de Simba.

—Lo siento —se disculpó. Entonces puso mala cara al recabar en el apelativo desdeñoso con el que ella había denominado a su perro—. Se llama Simba.

Ella se sacudió la ropa.

—Simba el baboso se ha comido mi merienda —lo acusó.

El perro jadeó alegremente, y Erik le lanzó una mirada atónita.

—¿En serio? No suele hacer esas cosas.

Mónica se apartó de él.

—Bueno, resulta que es tan maleducado como su dueño —determinó, alejándose en la dirección contraria.

Erik se quedó paralizado durante unos segundos, hasta que sus pies cobraron vida propia. Sin ser consciente de lo que hacía, persiguió a

aquella mujer, impulsado por un resorte desconocido.

—¡Mónica, espera!

Ella ni siquiera se detuvo.

—Déjame en paz. No tengo tiempo para otro de tus numeritos —dijo, sin dedicarle una mísera mirada. Su voz destiló una rabia que no supo encubrir.

En tres pasos, Erik la alcanzó y se detuvo frente a ella. Mónica trató de esquivarlo, pero él se movió en su dirección, cortándole de nuevo el paso.

—Quiero disculparme por mi comportamiento en el hospital.

Ella pareció algo sorprendida, aunque enseguida enmascaró aquella expresión tras un hálito de gelidez.

—De acuerdo, acepto tus disculpas. Y ahora, tengo mucha prisa...

No dispuesto a dejarla marchar, la sostuvo del codo en un intento por detenerla. Ella ladeó la cabeza, clavó los ojos en la mano que la agarraba y luego lo fulminó con la mirada. Pese a su reacción, él no la soltó. Por el contrario, aflojó el agarre y deslizó los dedos por su antebrazo, en una caricia descarada que no se esforzó en disimular. Qué Dios se apiadara de él, pues se moría de ganas por tocarla... una y otra vez.

—Sé que si te marchas, estarás en todo tu derecho —admitió, captando su atención. Mónica se cruzó de brazos, rompiendo su contacto, pero mantuvo el interés en él con una ceja enarcada—. Me comporté como un idiota, y no existe justificación alguna para mis gritos —se detuvo un instante que a ella se le hizo eterno. Necesitaba valor para lo siguiente que iba a decir, aunque estaba dispuesto a ser sincero si con ello se ganaba su perdón—. Pero estaba preocupado por ti.

A Mónica le tembló la barbilla, presa de la emoción, pues estaba

preparada para una disculpa cortante, pero no para aquella confesión que lo cambiaba todo. O eso quería creer.

—Yo también estaba preocupada por ti —le reprochó, en un susurro. Erik acortó la distancia que los separaba, y sin poder evitarlo, le acarició la mejilla.

—Lo sé —respondió encantado—. Pese a todo, gracias por volver. Cualquiera otra persona se habría largado al escuchar el segundo disparo, pero tú no lo hiciste —frunció el entrecejo, como si tratara de hallar una explicación razonable. Entonces habló—. ¿Por qué? Mónica reculó incómoda. Ella se había formulado la misma pregunta, y lo que le rondaba la cabeza no era agradable de admitir en público. Sencillamente, había regresado porque su corazón se paralizó al imaginarlo muerto.

—Ya te lo dije. No eras un animal para dejarte allí tirado. De todos modos, ni siquiera razoné. Si lo hubiera pensado fríamente... —mintió, esquivándolo.

—¿Sabes? Creo que me estás mintiendo —respondió muy tranquilo. Mónica inclinó la cabeza, molesta por ser contradecida. Erik le dedicó una sonrisa cargada de ternura. Aquella mujer le inspiraba tantas sensaciones... que sentía una mezcolanza difícil de asimilar. Pero sin lugar a dudas, en aquel instante le resultaba tremendamente dulce—. Siempre me miras a la cara, excepto cuando tratas de esquivarme. —¡Yo no te estoy esquivando! —estalló, y para probarlo lo miró a los ojos.

Unos ojos pardos, cargados de un deseo que ambos percibieron. Que la desnudaban para mirarla sin pudor. Que la hacían sentir incómoda, pero también anhelada.

Erik soltó una carcajada. Echó la cabeza hacia atrás, y su sonrisa se

amplió, otorgándole un brillo magnético. Atractivo.

—Puedes admitir por una vez que te sientes atraída por mí.

Su descaro la dejó anonada. La tónica habitual es que fuera ella quien provocara a los hombres, y no al contrario. Su desparpajo la hizo sentir insegura.

—No voy a admitir tal cosa, pues es mentira.

—Yo tampoco lo negaré —resolvió, encantado de provocar su rubor—.

Que me atraes como la miel al oso, quiero decir.

Mónica se desinfló, pues aquel carácter pendenciero la desarmaba.

—Será mejor que me vaya. Estás delirando —comentó, con menos énfasis del debido—. Puede que el tiro en la cabeza te haya afectado algún nervio. Ve al médico, parece grave.

—Dilo, rubia. Soy algo así como... irresistible —enunció aquella palabra con una cadencia peligrosa.

Realmente, disfrutaba sacándola de sus casillas.

—Irresistiblemente estúpido.

Mónica estuvo a punto de marcharse, pero las siguientes palabras la detuvieron.

—Te recojo esta noche a las diez —se ofreció, pese a que lo enmascaró bajo una decisión unánime.

Mónica dudó.

—¿Me estás pidiendo una cita? —lo encaró.

Con las manos metidas en el bolsillo para disimular el nerviosismo que le producía su probable rechazo, asintió con una sonrisa.

—No quiero presionarte, pero quedaré como un idiota si me rechazas

—bromeó.

Por primera vez en mucho tiempo, Mónica se echó a reír.

—Nunca he conocido a una mujer como tú —le soltó de pronto.

Incluso él se asombró al enunciar aquella frase que salió de su boca sin ser medida, pero era la verdad. Quiso añadir *nunca he conocido a una mujer que me haga sentir tan desconcertado, a una a la que deseé poseer y abrazar al mismo tiempo, a una que me haga sentir lo que tú*. Se quedó en silencio, a riesgo de parecer un verdadero idiota si continuaba poniéndose en evidencia.

Mónica no logró sofocar aquel calor que se apoderó de ella. Una frase. Una sola y su mundo se tambaleaba.

¿Qué tenía él? ¿Qué?

Aléjate antes de que sea demasiado tarde. ¡Aléjate!

—Alas diez en punto. Sé puntual —claudicó.

Se alejó a toda prisa para que él no pudiera incomodarla con un nuevo comentario que la inquietara. Hasta la hora de su cita tenía trabajo por hacer, así que mejor que mantuviera la cabeza ocupada en otros menesteres. Apoderar ser, apartada de la tórrida imagen de aquel policía tan atractivo.

Iba camino del trabajo cuando se detuvo frente a un edificio a medio construir. Un grupo de personas se manifestaba con pancartas mientras la policía trataba de disolverlos aludiendo que la manifestación no había sido previamente anunciada.

Mónica leyó algunos de los mensajes que exponían aquellos carteles: “¡No a la explotación!”, “Quieren destruir nuestra cultura, pero no lo permitiremos” ...

Creyendo que tal vez podía sacar una buena noticia para *Al Sur*, pues buena falta le hacía, se acercó a uno de los manifestantes.

—Disculpe, ¿Contra qué se manifiestan? —se interesó.

El hombre le dedicó una mirada recelosa, pues al parecer, su sofisticada apariencia no estaba a la altura de aquella improvisada

manifestación.

—¿Acaso te interesa? —dudó de su buena voluntad.

—Trabajo para un periódico local, y podría ofreceros cobertura mediática. Pero si no quieres serme de ayuda, siempre puedo cubrir la última inauguración del McDonald de la esquina, que al parecer va a crear veinte puestos de trabajo...

—¡Espera! —la detuvo el hombre—. Nos manifestamos contra la construcción de este edificio porque en las excavaciones se han encontrado yacimientos arqueológicos de gran valor histórico. Pedimos a la Junta que permitiera hacer una excavación a la universidad, pero al parecer, los sobornos de Trevor Pitt, el magnate de la construcción, han conseguido que nos ignoren.

—¿Tienes pruebas que demuestren lo que dices?

—Por supuesto que no. Sólo soy un modesto profesor de instituto —se acercó a ella para hablarle con mayor intimidad—. Pero he escuchado miles de rumores. Ese tipo está metido en más de un chanchullo, y consigue acallar a todos los ayuntamientos con sobres, ¿Me sigues? Mónica asintió.

—Sería un buen reportaje para una intrépida reportera como tú. Se armaría un buen escándalo si logras demostrar lo que yo te he contado.

Cavilando aquella posibilidad, Mónica se despidió de aquel tipo y emprendió su camino hacia la oficina de la revista. Realmente, lo que *Al Sur* necesitaba era un buen escándalo. Una noticia lanzada en primicia que hiciera volar los ejemplares.

Los tacones repiqueteaban sobre el pavimento brillantado anunciando su llegada. Desde las puertas acristaladas, divisó que todos hundían la cabeza en la pantalla de sus monitores, fingiendo que estaban

trabajando. Se dirigió a su despacho cuando alguien la interrumpió con un vaso de papel que plantó frente a su rostro. Al parecer, tras el inoportuno comentario, Sonia, la vedette, trataba de ganarse su simpatía.

—He pensado que le gustaría un café antes de iniciar la jornada laboral —le ofreció.

—Detesto que me hagan la pelota tanto como que hablen de mí a mi espalda —dijo, en un tono lo suficiente alto para que todos la escucharan—, así que en lo sucesivo, piensa por qué no debería despedirte y cubrir tu sección con una persona que no me recuerde a la caricatura de Lina Morgan.

Sonia dio un respingo, por lo que derramó parte del líquido en su blusa blanca.

Mónica continuó su camino hacia el despacho, y ni siquiera se molestó en cerrar la puerta, pues prefería visualizar desde su jaula acristalada quién trabajaba y quién fingía hacerlo. Su cabeza bullía de ideas con las que revitalizar la revista, pero antes tenía que encontrar las aptitudes necesarias en aquel equipo humano.

Echó un leve vistazo a las fichas de los trabajadores. Contaba con una vedette retirada, una periodista recién licenciada sin experiencia previa, un padre soltero, un hombre que tartamudeaba si lo miraban fijamente y una sexuagenaria a punto de jubilarse.

—No se pude negar que son variopintos —musitó.

Se dedicó a hacer las llamadas pertinentes para convencer a los anunciantes de que continuaran patrocinando *Al Sur*. Consiguió el beneplácito de algunos mientras recibió las evasivas del resto. Sabía que las ventas del siguiente número de la revista serían decisivas para el destino de la revista, por lo que se esforzó en encontrar un

contenido original y exclusivo que marcara el sello del *Al Sur*. Revisó los números anteriores, y percibió que el mayor error de la revista era que no se distinguía por nada especial. Rellenaban las páginas reportajes que nada tenían que ver entre sí, fruto del ego desmedido de unos trabajadores que estaban más preocupados en lucir su artículo que en ponerse de acuerdo para ofrecer un contenido que interesara al comprador objetivo.

Llamó a su despacho a la única persona de todo el equipo que le transmitía cierta confianza. Elena la joven recién licenciada y de aspecto amable, entró en su despacho como un vendaval.

—¿Necesita algo, señorita Laguna? —preguntó solícita.

—Cierra la puerta, por favor —en cuanto lo hizo, le pidió que tomara asiento frente a ella—. ¿Cómo describirías al anterior redactor jefe de *Al Sur*?

—Rodrigo era una persona encantadora —respondió sin dudar. Mónica bostezó. De personas encantadoras estaba plagado el mundo. Y de inútiles.

—¿Y cómo profesional?

—En realidad, nos dejaba ir por libre. Cada uno de nosotros podía escribir sobre lo que estimara oportuno.

—Ya me he dado cuenta...

Se masajeó las sienes tratando de encontrar una salida. Necesitaban una noticia impactante que encabezara la portada, y si aquel tipo de la manifestación tenía razón...

Como era una persona que se dejaba guiar por su instinto —que le había servido en numerosas ocasiones para salvarle el pellejo —, decidió optar por aquello que la había llamado desde un momento.

—Trevor Pitt, averigua todo lo que haya sobre él. No me importa cómo,

pero quiero que destapes todos sus trapos sucios. Sospecho que puede estar metido en una trama de chantajes y expoliación arqueológica —el rostro de Elena delató temor, pues no estaba segura de estar a la altura. Consciente de ello, Mónica trató de animarla, a su manera—. ¿Ves a todos tus compañeros? Bueno, pues te he elegido a ti porque me resultas la opción más... razonable. Si haces un buen trabajo, optarás a un puesto de mayor calibre. Si me fallas, te despediré y habrás perdido una buena oportunidad.

Elena tragó con dificultad.

Mónica se contempló en el espejo, al tiempo que el nerviosismo le sacudía el estómago. En general, los hombres no la inquietaban si respetaba sus propias normas. Con Erik se las saltaba todas.

Inspiró.

Había algo en Erik que la descolocaba, y ella siempre se había apartado de la clase de tipos problemáticos que querían más de lo que ella podía ofrecerles. Sin embargo, se encontraba en la tesitura contraria: sabía que el policía le causaría problemas, pero aun así era incapaz de apartarse de él. Fuera lo que fuera que poseía, era demasiado adictivo para ignorarlo.

Quizá porque con él, muy a su pesar, ella no mantenía las distancias. Incluso con Dominique, al que le unía una amistad con derecho a roce desde hacía años, jamás se había saltado sus reglas. Y aquellas consistían básicamente en que los hombres tomaran solo lo que ella les ofrecía. Ni más ni menos.

Yo decido cuándo, cómo y dónde

¿Por qué? Existía una razón primordial que, pese a la década transcurrida, continuaba atormentándola. En el pasado, alguien le había arrebatado la libertad de decidir, por lo que ahora no lograba mantener una relación sana y consensuada con cualquier hombre decente. De todos modos, aunque lo hubiera superado, no creía que fuese posible, pues *él* siempre aparecía en los momentos más inesperados.

Ni siquiera era capaz de murmurar su nombre sin sentir un pánico atroz

que le consumía las entrañas. El mismo miedo que la invadía al mantener contacto físico con un hombre, a no ser que fuese ella quien estableciera los límites.

Dónde tocar... cuándo parar...

Desde los trece años no acataba la voluntad de nadie, salvo la suya propia. Excepto, por supuesto, si él aparecía para chantajearla. *Él*. Siempre *él*. Porque en el fondo, se sentía una desgraciada sin vida propia. Una mujer sin libertad ni capacidad para decidir, enclaustrada en sus propios miedos, condicionada por un error que había pagado muy caro.

Desterró aquel pensamiento de su mente y trató de centrarse en Erik, pues quería estar perfecta para él. Sabía cómo acertar con los demás, presentando una imagen perfecta a base de ejercicio intenso y una patología alimentaria que trataba de solucionar. Perfecta para los demás, pero jamás satisfecha consigo misma. Era imposible, porque al contemplar su reflejo, en el fondo odiaba a la mujer hermosa y hermética —cualidad que todos equivocaban con una falsa frivolidad—, en la que se había convertido.

Había formado una coraza para que nadie pudiera volver a herirla. Un armazón a base de recelo hacia todo lo desconocido, hacia las terceras personas y hacia sí misma. Estaba envuelta por toda aquella mierda del pasado que era mejor olvidar, salvo que aquel acosador no se lo permitía.

La tenía atada de pies y manos, condicionada a una posible aparición en su vida que la aterrorizaba, y eso era tan frustrante...

Antes de salir de la habitación, se alisó una arruga apenas imperceptible en su vestido aguamarina. Llevaba el cabello suelto sobre la espalda porque intuía que a él le gustaba así. No importaba

que en el exterior hiciera un calor de mil demonios, pues ansiaba fascinarlo. Había combinado aquel atuendo con unos zapatos de tacón alto en color coral y un clutch de la misma tonalidad. Sabía de sobra que los zapatos eran cosas de mujeres, pero deseaba poder mirarlo a la cara sin tener que ponerse de puntillas, pues la enervaba la superioridad que implicaba la altura de Erik.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando su teléfono sonó. Al comprobar la pantalla, dudó si descolgar, pero al final claudicó. No podía seguir rehuyéndola durante más tiempo, pues sabía que pese a su recién estrenada maternidad, Sara se plantaría en Sevilla si creía que las cosas andaban torcidas.

—¡Por fin me coges el teléfono! Creí que iba a tener que contactar con Erik para que fuera a buscarte y se cerciorara de que no te habías caído al río Guadalquivir —estaba cabreada.

Mónica consultó su reloj. Llegaba dos minutos tarde a su cita, y adoraba la puntualidad. Comenzó a impacientarse porque conocía lo suficiente a su amiga para anticipar su retahíla de reproches absurdos.

—Bueno, no sería del todo necesario que viniera a buscarme, pues vamos a cenar juntos.

—¿Tenéis una cita? ¡Pero eso es...! No quiero decir que no me alegre, es solo que me siento un poco excluida, ¿Sabes? He engordado más de diez kilos, estoy aburrida en Nueva York y mis dos mejores amigos me mantienen apartada de su vida mientras hacen manitas. Así que por favor, si vais a casaros, ruego me enviéis la invitación de boda con un poco de antelación —se quejó.

En ocasiones Sara podía ser la reina del drama.

—Es solo una cena. Supongo que es buena idea que él me enseñe la ciudad —mintió.

Lo que quería que Erik le enseñara tenía poco que ver con aquella ciudad. Con abrirse la bragueta le bastaba.

—Oh... no nací ayer —respondió escéptica—. Si quieres conocer la ciudad, hay miles de guías turísticos. Nadie en su sano juicio queda con un policía macizo si no quiere tirárselo.

Sara soltó una risilla.

—Te tengo que colgar.

—¿Habéis follado? —insistió su amiga.

Mónica resopló.

—En ocasiones eres imposible. Te llamaré cuando pueda para ponerte al tanto de la situación de la revista.

Colgó el teléfono, lo guardó en su minúsculo bolso y salió de la habitación. Bajó en ascensor hacia la recepción del hotel, y los segundos de recorrido se le hicieron eternos. En cuanto las puertas se abrieron, escapó del receptáculo y caminó ansiosa, oteando con la mirada las caras desconocidas.

Un sentimiento desagradable se apoderó de ella; ¿Y si la había dejado tirada?

Empezó a mosquearse consigo misma por aquel pensamiento tan patético, cuando de pronto lo contempló apoyado sobre la mesa de recepción, charlando de manera distendida con la atractiva recepcionista.

Vestía una camiseta negra con el característico logo de los ACDC, unos vaqueros que se estrechaban sobre su prieto trasero y unas zapatillas deportivas. Irradiaba esa clase de sensualidad que te impelía a girarte en mitad de la calle para observarlo. Ese tipo de magnetismo feroz que a veces concedía la madre naturaleza. Olor a sexo. La visión de unas sábanas arrugadas. Al contemplarlo, dudó si se había tomado aquella

cita demasiado enserio, pues iba de punta en blanco.

Sin dudarle, se acercó a él y le colocó una mano en el hombro. En el instante que él percibió su contacto, ladeó la cabeza y clavó los ojos en ella, olvidando a la mujer con la que estaba hablando. Dedicó un rápido pero intenso vistazo a su aspecto, lo que consiguió que a ella se le ruborizaran las mejillas.

—Te has puesto así de guapa para mí, ¿Aque sí? —afirmó convencido. Le guiñó un ojo.

—No te concedas tanta importancia, me he puesto lo primero que cogí del armario —mintió.

Ambos soltaron una carcajada.

—Fingiré que no he escuchado esa mentira.

Se volvió hacia la recepcionista para despedirse, tras lo cual, sobresaltó a Mónica agarrándola de la mano. Sintió un cosquilleo agradable en los dedos, le devolvió el apretón y salieron al exterior. En cuanto se detuvieron frente a una inmensa moto, Erik se volvió hacia ella.

—No te pongas celosa, rubia. Amí siempre me han gustado del color de tu pelo —la provocó.

Ella arqueó una ceja. Ella sí que era una experta en provocaciones, e iba a demostrárselo.

—Me lo tomaré como un cumplido —murmuró, enroscándole las manos alrededor del cuello. Se sintió satisfecha al comprobar que él le miraba la boca con deseo—. Porque a mí siempre me han gustado los hombres de uniforme.

Erik la apretó contra sí.

—Hoy vengo de paisano, espero que te sirva.

—Eso depende —señaló la moto negra que había frente a ellos—. ¿Esa

preciosidad es tuya?

Erik asintió orgulloso mientras le ofrecía un casco.

—Pues seguro que la has escogido para obligarme a abrazarte —soltó con arrojo.

Erik se mordió el labio.

—Rubia, conseguiré que me abrases sin que tengas que montar de paquete en mi moto. Algún día serás tú la que me pida un abrazo.

—Puede que seas tú el que no quiera soltarme —insinuó.

Ella tomó asiento detrás de él y se asió a su cintura. Con disimulo, palpó los abdominales que se intuían bajo la camiseta. Sonrió como una boba. *Sí que estaba bueno*. Le quemaron los dedos y ahogó un suspiro. Entonces, Erik ladeó la cabeza, provocando el leve y cálido roce de sus labios.

—Es que yo nunca quiere soltarte —admitió.

Mónica sintió una oleada de calor, pero antes de que pudiera asimilar sus palabras, él arrancó la moto y ella se apretó contra su espalda. Erik sorteaba el tráfico con habilidad y haciendo gala de una prudencia que tal vez tuviera algo que ver con su papel como agente de la ley. Durante el viaje, Mónica contempló ensimismada la oleada de luces doradas que bañaban la ciudad. Erik le dedicó una ruta privilegiada, tan solo perteneciente aquellos nativos de la ciudad que conocían cada recodo mágico al dedillo. Le explicaba que algunos de los distintos pabellones de la Expo habían caído en desuso —lo cual era una verdadera lástima—, mientras que otros lucían majestuosos. Comentaba que el puente de Isabel II siempre sería en realidad el puente de Triana, o incluso que las mismísima diosa Astarté, prendada por la belleza del lugar, había bautizado a aquella tierra como Triana. Con leyendas o sin ellas, Mónica disfrutó de una ruta alternativa que

avivó su curiosidad por la ciudad. Tal vez fuera la compañía, pero tenía que reconocer que pese a los contratiempos sufridos, aquella ciudad se estaba clavando en su alma.

Erik detuvo la moto cerca del barrio de Triana, frente a un edificio de hierro con base rectangular y un conjunto de cuatro bóvedas de cañón, dotadas de inmensas cristaleras por las que se observaban numerosos puestos gastronómicos.

—Tiene un aire a la torre Eifel —comentó ella.

—Cuenta la leyenda que Eifel fue su arquitecto —le explicó Erik, granjeándose el interés de Mónica—. Fue ideado como una lonja de pesca, y luego cayó en desuso hasta su reciente reinaguración como mercado gastronómico.

Mónica se cruzó de brazos y le dedicó una mirada burlona.

—Supongo que todo esto no lo haces para impresionarme.

Él puso cara de total inocencia, hasta que habló.

—Creí que ya te tenía impresionada —fanfarroneó, granjeándose la risa de Mónica. Entonces, se acercó hacia ella y le apartó el pelo del rostro—, Eres preciosa cuando sonríes —murmuró con voz ronca. Ella entrecerró los ojos cuando él deslizó sus dedos por la mejilla, en un roce tan anhelante como sensual—. Diría que eres casi perjudicial para mi salud, porque no puedo pensar en otra cosa más que en besarte cuando te tengo cerca.

Ella quiso gritarle que la besara; por algún extraño motivo no pudo hacerlo, pues se sintió tan nerviosa que fue incapaz de articular palabra. Aquel hombre la hacía sentir desamparada, como una cría inexperta que apenas sabía nada de los hombres. Aunque con él, supo que aún le quedaba mucho por descubrir.

La aturdió al aproximar su boca hacia ella, y en vez de besarla en los

labios, plantar un casto y caliente beso sobre su frente. Mónica suspiró, tan complacida por su cercanía como necesitada de una mayor intimidad.

—Hoy no has traído tu cámara —dijo él, como si con aquel comentario tan simple pudiera distender la tensión que se había formado entre ellos.

Tensión sexual, de aquella que siempre te dejaba con hambre, insaciable y sediento de más.

—Lo único que quiero fotografiar lo tengo delante de mí —musitó ella. Erik ladeó una sonrisa. Tomó su mano y jugueteó con sus dedos.

—Qué mala eres —replicó abrumado—. Me cuesta mucho contenerme, pero tú me lo pones muy difícil, rubia.

Se inclino hacia él.

—Pues no te contengas —lo animó.

La boca de él capturó la suya, y ambos perdieron el control. Con un brazo le rodeó la cintura, y con la mano libre le asió el rostro, para conducirla en un beso salvaje que deseaba tomar todo lo que ella le permitiera. Pese a que estaban en mitad de la calle, parecía como si el contacto de sus labios los hubiera transportado a un lugar que les pertenecía solo a ellos.

Erik invadió su boca, la saqueó con la lengua hasta que la oyó jadear de puro placer. Entonces, sonrió triunfal y la apretó más contra sí, lamiendo su labio inferior hasta que Mónica no pudo más. Turbada por un cúmulo de sensaciones intensas, colocó las manos sobre su pecho y soltó un suspiro trémulo.

—Tengo hambre —declaró.

—Vámonos a cualquier lugar en el que podamos estar solos —decidió él, necesitado de más.

Mónica esbozó una mueca temblorosa. El pecho le subía y bajaba, todavía conmocionada por el beso.

—Erik... no me pidas...

¿Qué le sucedía? Ella jamás había sido cobarde, pero la asustaba ser incapaz de controlarse. Quería más de él, y a la vez necesitaba mantener cierta distancia, porque sentía que él la consumía.

—Vayamos despacio... o deprisa... como quieras —respondió algo nervioso—. Pero no me prives de estar contigo. Al menos hasta que le ponga nombre a lo que me haces sentir. No huyas de mí.

Ella le ofreció un beso rápido, cargado de dulzura.

—No quiero huir de ti.

Erik se relajó, le pasó un brazo alrededor de los hombros y tomaron asiento en una mesa dispuesta en la terraza que ofrecía unas inmejorables vistas al río. Mónica se sentía desbordada ante el numeroso menú, por lo que permitió que él escogiera un sinfín de tapas que le entraron por los ojos, pero que apenas pudo llevarse a la boca. Porque se sentía inquieta, y de vez en cuando, se descubría a sí misma escrutando la distancia en busca de su acosador particular. Erik captó su atención al deslizar una tarjeta de memoria por encima de la mesa.

—Lo prometido es deuda. Puedes hacer con ella lo que estimes oportuno. Reconozco que no soy muy partidario de los periodistas, pues siempre entorpecen una investigación policial —ella fingió sentirse ofendida, pues estaba acostumbrada a aquel recelo hacia su gremio—. Pero estás en tu derecho de publicar las fotos, si es lo que quieres.

—¿Y qué es lo que quieres tú? —lo sorprendió con aquella pregunta. Él quiso responderle que lo que quería no podía decírselo a la cara,

pues acabaría escandalizándola. Mónica continuó—. Si me lo pidieras, no las publicaría.

—¿Por qué tienes escrúpulos?

Ella ahogó una risilla.

—Porque me gustaría ayudarte.

—Tal vez la foto lo ponga algo nervioso y lo haga cometer algún error

—comentó pensativo.

Mónica estiró la mano para alcanzar la suya, sobresaltándolo con el contacto.

—Erik, ¿Cómo de grave es? —se preocupó.

—¿Tienes que pasar mucho tiempo en la ciudad?

Mónica resopló.

—No seas exagerado.

—No lo soy —respondió con voz grave—. Ese hombre intentó hacerte daño, maldita sea.

El tono de él demostraba una rabia que consiguió asustarla. Aún así, trató de convencerse de lo contrario.

—Pero me dejó en paz. Tuvo la oportunidad de matarme y no lo hizo.

Por extraño que resulte, me dio la impresión de que no quería hacerme daño —lo tranquilizó.

Erik giró la cabeza y plantó la mirada en las calmadas aguas del río.

—Deberías marcharte de aquí.

—¿Y dejar de disfrutar de tu compañía? —bromeó, para distender la tensión.

Erik la miró de golpe, con una furia que no consiguió desterrar. Todavía se sentía conmocionado por lo sucedido, lo cual era preocupante.

Había recibido un balazo casi letal, pero no había tenido tiempo de sopesar aquel tema, pues estaba más aterrado por el ataque que

Mónica sufrió a manos de aquel sanguinario.

—No tiene ninguna gracia —de pronto, su humor se agrió. Mónica supo que no era el momento de hacer bromas, por lo que se quedó callada, a la espera de soportar una ira que identificaba como preocupación. Pero en vez de eso, él la miró a los ojos sin ambages—. ¿Tienes idea de lo que sentí cuando descubrí que él trató de estrangularte? Ante la intensidad con la que manifestó aquella pregunta, ella no supo qué responder.

—Sentí que el mundo se hundía bajo mis pies, y que si te hubiera sucedido algo, jamás me lo habría perdonado. Te grité porque no estoy dispuesto a permitir que te pongas en peligro por mi culpa, y si vuelves a hacerlo, te aseguro que no serán palabras de agradecimiento lo que recibas.

—Erik, no fue culpa tuya —trató de calmarlo, enternecida por la manera brusca en la que él se había desnudado sin pretenderlo ante ella. Él se mordió el labio inferior, en un gesto tan espontáneo como tremendamente sexy para ella.

—Lámame loco, pero el mundo me parece un lugar más bonito si tú estás en él.

AMónica le dio un vuelco el corazón.

—¿Por qué... dices ese tipo de cosas? —ella arrugó el entrecejo, ...

—me desconciertas.

—Porque me gustan las rubias —se burló.

—Eres imposible.

—Debo de serlo. Me prometí a mí mismo que me alejaría de ti y no te pediría disculpas, pero al cabo de una hora conseguiste que rectificara.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tal vez... —murmuró, clavando su mirada incendiaria en ella—, porque en cuanto te veo haces que me olvide de todo.

Mónica asintió.

—Qué casualidad. Amí me sucede exactamente lo mismo cuando estoy contigo —insinuó.

Él la hacía sentir más libre y relajada que en presencia de cualquier otra persona, como si todos sus problemas y miedos se desvanecieran en su compañía. No era de extrañar, pues tan sólo podía pensar en besarla y acariciar aquel cuerpo por el que ardía de deseo. El dolor; la ansiedad producida por su pasado, se esfumaba con un leve roce de sus labios.

—Apenas has probado la comida —le dijo él, con la necesidad de cambiar de tema.

—No tengo gran apetito.

—Qué pena. He preparado algo para lo que deberías coger fuerza —comentó, levantándose de su asiento.

Mónica hizo lo mismo, sobresaltada por aquella indirecta de remarcado carácter sexual.

—¿Cómo dices? —replicó sofocada.

—Un paseo, boba —respondió encantado, al comprender la verdadera naturaleza de sus pensamientos. Entonces se echó a reír. Una risa poderosa, masculina y que a ella le recorrió la piel hasta ruborizarla—. Pero si estás pensando en lo otro, también puedo ofrecértelo. De las dos formas pasarías un buen rato, aunque soy tremendamente bueno y generoso con la última.

Ante la indirecta, Mónica puso los ojos en blanco, tratando de aparentar indiferencia ante una declaración que la había avergonzado.

—Prefiero el paseo, gracias —fue todo lo que pudo decir.

—Tú te lo pierdes.

Erik se encogió de hombros, si bien Mónica fue consciente de la mirada insinuante que él le dedicaba de reojo.

Sin ser consciente de lo que estaba haciendo, caminó a su lado con la mano entrelazada con la suya. De todos modos, no es que fuera a poner objeción a un tímido contacto que la agradaba. Caminaron por la orilla del río, ella siguiéndolo a él mientras Erik le formulaba preguntas sobre su vida privada que comenzaban a importunarla. Por las razones evidentes, no era muy abierta a hablar sobre su intimidad, e incluso se había forjado una coartada falsa con Sara para que la dejara tranquila, pues su amiga —al igual que el subinspector—, se empeñaba en meterse en sus asuntos.

—¿Por qué dejaste de lado tu vocación por la historia? —le preguntó. Mónica apretó los labios al recordar aquel momento en el que se vio obligada a rechazar la oferta de trabajo con la que siempre había soñado. Entonces, entornó los ojos hacia un punto lejano y optó por obsequiarlo con la versión mejorada de la historia. Aquella que había forjado a base de mentiras hiladas para protegerse de todos.

—No la dejé de lado, tan solo aproveché una oportunidad —respondió evasiva. Al sentir el interés persistente de él, añadió—: en mi último año de carrera, encontré un puesto de becaria en *Musa*. Era justo lo que necesitaba en aquel momento; un trabajo sencillo y que no requiriera demasiada responsabilidad mientras terminaba mis estudios. Tenía que hacer fotocopias y ese tipo de cosas... pero un día, uno de los reporteros se ausentó y la revista estaba desbordada de trabajo. La directora de la revista me señaló con un dedo y me gritó que terminara su reportaje, y simplemente lo hice lo mejor que pude. Les gustó, y

poco a poco me hice un hueco dentro de la revista. Al cabo de un par de años era la redactora jefa, hasta que Héctor me concedió una oportunidad y me convertí en la directora de Musa España.

—No suena como si te apasionara —comentó él.

Mónica detestaba que la evaluaran, por lo que se cruzó de brazos para romper el contacto que los unía.

—¿Ati te apasiona tu trabajo? —contrarrestó. Entonces se detuvo para contemplarlo agotada—. Pero qué cosas digo... por supuesto que te apasiona tu trabajo. Has estado a punto de morir por cumplir con tus obligaciones.

Erik le colocó las manos sobre los hombros, en un intento por serenarla. Intuía que había traspasado la línea que Mónica trazaba con todo el mundo, pues ella se mostraba más alterada que de costumbre.

—No suena como un cumplido.

—Sí, no... ¡Sí! —exclamó nerviosa. Se forzó a relajarse al sentir que él masajeara sus hombros con dulzura—. Debe de ser gratificante dedicarte a un trabajo que te apasiona.

—Lo es —admitió él.

Sus manos ascendieron hacia su rostro, que acunó con suma ternura.

—Lo siento si he hecho demasiadas preguntas, pero me intrigas —la atrajo hacia sí. Apesar de que se moría de ganas por besarla, no lo hizo, pues advertía su reticencia—. Me gustaría saberlo todo de ti, aunque me quedaré con aquello que tú quieras mostrarme.

—Erik, deberías alejarte de mí —le aconsejó, imbuida por una tristeza infinita.

Ella no era alguien con quien trabar una relación duradera, ni siquiera una amistad fomentada en la confianza.

—Tonterías —desdeñó su sugerencia—. Porque aunque quisiera, no puedo.

La besó tomándola por sorpresa, y ese fue el instante en el que Mónica supo que estaba perdida. Su voluntad siempre sería derrotada por sus besos; devastada por el sentimiento que le invadía el pecho cuando estaba en los brazos de él.

Apartándola con cierta brusquedad, la miró a la cara.

—¿Ves? —intentó convencerla—. No puedo alejarme de ti.

Mónica se desinfló.

—No quiero complicarte la vida —insistió, rehuendo su mirada.

—Me complicas hasta los sueños, Mónica —ladeó una sonrisa irresistible—. Te deseo como nunca antes he deseado a otra mujer. Las cosas dejaron de ser lógicas o simples cuando tú llegaste a mi vida, pero me da igual.

Invadida por un sentimiento desconocido, Mónica atrapó la mano de él y se la llevó a la boca, besándole los nudillos.

—Si sigues así, seré yo la que no quiera alejarme de ti —musitó.

En realidad, quiso decir *la que no podía*, pues su verdadera voluntad era la de disfrutar de su compañía, de sus besos y de todo lo que él le ofreciera.

Continuaron caminando muy cerca el uno del otro; ella de mejor humor, quizá más calmada por permanecer junto a un hombre que la hacía sentir segura. De vez en cuando, Erik le relataba alguna curiosidad de la ciudad, por lo que el largo paseo se le hizo muy ameno hasta que se detuvieron frente al Parque de María Luisa.

El parque recibía su nombre de la Infanta María Luisa de Borbón, quien había donado a la ciudad los jardines privados del Palacio de San Telmo. Rodeado de una espesa y singular vegetación, su principal

seña característica eran las numerosas glorietas repletas de estatuas, que conferían al paisaje un aspecto romántico y bucólico.

Los coches de caballo, los triciclos y el gentío se daban cita en un entorno exótico cuyo mayor atractivo era la Plaza de España, lugar hacia el que ambos se dirigían. Había sido construida para la Exposición Iberoamericana de 1920, y su forma semielíptica simbolizaba el abrazo de España a las colonias.

Un canal semicircular se exponía frente a la edificación de estilo renacentista, que había sido escenario de películas tan emblemáticas como *Lawrence de Arabia* o *La guerra de las galaxias*. Al contemplarla de cerca, Mónica entendió el porqué.

Coronaba el centro de la plaza una imponente fuente de piedra blanca que brillaba bajo la luz de la luna. El canal estaba bordeado por cuatro puentes que simbolizaban los cuatro antiguos reinos de España, y el majestuoso edificio estaba compuesto por una parte central y dos alas que terminaban en dos torres denominadas Norte y Sur.

Entusiasmada, Mónica señaló las barquitas con remo que flotaban sobre la ría.

—Me encantaría subirme a una de esas—imploró, como una niña a la que acababan de liberar en un parque de atracciones. De repente, se volvió hacia Erik con los brazos en jarra—. ¡No me digas que aquí es donde traes a todas tus citas, porque me encantaría sentirme especial! Erik se metió las manos en los bolsillos, con rostro circunspecto.

—Lo confieso. Eres la número siete.

Mónica trató de golpearlo, pero él atrapó sus muñecas para robarle un beso.

—¡Mentiroso, dime la verdad!—exclamó divertida.

Él trató de hacerle cosquillas mientras Mónica escapaba de su abrazo

retorciéndose de la risa. Se dio la vuelta para echar a correr, pero él la abrazó contra su pecho, pasándole un brazo alrededor del vientre. Mónica sintió aquella parte de su anatomía apretada contra sus nalgas y trató de ignorar tal hecho en vano.

—¿Qué quieres saber? —sugirió él.

Su respiración le acarició el lóbulo de la oreja, provocando un leve temblor en sus rodillas.

—¿Siempre haces de tus citas algo tan especial?

—No lo sé, dímelo tú cuando acabe la noche —la soltó, mirándola a la cara—. Es mi primera vez.

Dejándola anonada, echó a caminar en dirección al canal. Mónica lo persiguió, demasiado desconcertada para pensar en lo que él acababa de decirle.

Subidos a la barca, Mónica trataba de remar mientras Erik esbozaba una sonrisa burlona que no podía disimular. La barca se desplazaba en círculos alrededor del agua a pesar de que ella se esforzaba en mover el remo con toda su fuerza.

—Sería útil que utilizaras los dos remos a la vez —sugirió él, al borde de un ataque de risa.

Mónica lo fulminó con la mirada.

—No puedo. Pesan demasiado para mí —se quejó, dándose por vencida.

Hacia diez minutos que se había empeñado en remar ella sola mientras Erik la contemplaba con escepticismo y ella se esforzaba en demostrarle su falsa habilidad en aquel quehacer.

Erik se incorporó para ayudarla, lo que provocó el vaivén de la barca de madera. Mónica se agarró al borde, soltando un grito histérico.

—¡Quédate dónde estás, no quiero caerme a ese montón de agua sucia y estancada!

—Hace cinco minutos te pareció buena idea —le recordó.

Ella ignoró el comentario insidioso.

—Date la vuelta. Remar de espaldas es más sencillo —le aconsejó.

—Y me lo dices ahora...

Mónica se volteó, postura que él aprovechó para colocarse a su espalda y colocar las manos sobre las suyas. En aquella posición tan íntima, él le pidió en un susurro que volviera a intentarlo. Ella percibió su aliento cálido sobre la nuca, cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Preferiría que lo hicieras tú.

—De eso nada —replicó él, que intentaba estar cerca de ella con cualquier pretexto—. Tú nos has traído hasta aquí y tú vas a devolvernos hacia el embarcadero.

—Es una forma muy elegante de enmascarar que vas a meterme mano —argumentó.

Ante aquel comentario tan descarado como verídico, él sólo pudo echarse a reír.

Pese a todo, Mónica reconoció que era él quien hacía todo el esfuerzo de mover los remos. Conforme transcurrieron los minutos, ella se fue relajando y apoyó por completo la espalda sobre el pecho de él, pues debía admitir que no existía refugio más acogedor que el que le ofrecían los brazos de Erik.

Al llegar al embarcadero, él salió de la barca para ofrecerle luego una mano que ella no dudó en aceptar. Atrayéndola hacia sí con mayor fuerza de la necesaria, la acercó hacia su boca para robarle un beso que ella recibió con total entrega.

—Ha sido sin querer —dijo él, con cara de inocencia.

—Ya... —Mónica lo agarró de la camiseta, atrapándolo en sus garras—. Anda, dame otro.

Y él se lo concedió con premura. Con aquella sonrisa de canalla embrujado por ella, la apretó por la cintura y la besó con urgencia. Sus manos volaron hacia las caderas de ella, enredándose en aquella piel tan suave que lo enloquecía, para apretarla contra la urgencia de sus pantalones. Mónica jadeó, e introdujo las manos por dentro de la camiseta para acariciarle el abdomen. Tan cálido, tan duro..., todo lo que encontraba en él la fascinaba.

—Si son como éste, te doy todos los que quieras —admitió él, arrastrándola consigo hacia el interior del parque.

Se besaron en cada rincón, descubriendo en el otro los anhelos que solo creían propios. Pasión desatada, incontrolable, insaciable... de aquella que urgía por los besos del otro, y que siempre prometía el último beso pero acababa sucumbiendo a uno más. Arrastraban las palabras mientras jadeaban contra la boca ajena, demasiado excitados para apartarse de la tentación carnal.

En los brazos del contrario, todo era primitivo y catártico. Mónica lo sabía, llevaba intuyéndolo desde su primer encuentro en aquel hospital, pero en sus brazos la certeza la golpeó con inclemencia, advirtiéndole que él era todo lo que siempre había deseado mas nunca podría tener.

Agobiada por sentirse tan completa y vacía a la vez, lo separó con ambas manos, demasiado atontada por el beso como para actuar con cierta racionalidad. Erik la contempló dubitativo, pero enseguida asintió, quizá porque una parte de él esperaba que en algún momento ella se empeñara en marcar las distancias.

Si hubiera conocido la verdadera razón, supuso Mónica, no rondaría

en sus ojos el reflejo del fastidio.

—¿He ido demasiado deprisa? —insinuó. De todos modos, si pretendía ser una disculpa no había empleado el tono adecuado.

—No soy una cría —replicó molesta.

Él la devoró con la mirada.

—De eso ya me he dado cuenta —respondió, mirándole las tetas.

—Sé lo que quieres de mí, es solo que...

Erik la cortó con aquella voz de barítono que conseguía estremecerla.

—No sabes lo que quiero de ti.

Mónica inclinó la cabeza hacia él, y por un instante, tuvo la intención de preguntarle lo que quería. No lo hizo porque intuía la respuesta.

Porque la intuía y la aterraba.

Se habían detenido frente a una cascada que confería al paisaje un aspecto exótico. Mónica leyó el nombre que rezaba en el cartel, más por distender la atención que porque en realidad tuviera verdadero interés.

—Monte Gurugú ...—enunció pensativa—. ¿Cómo el que hay en Melilla?
Erik asintió.

—Supongo que para rendir homenaje a los caídos españoles en las batallas. Al igual que en el Cabo de tres forcas, este es el punto más alto del parque.

—¿En serio no has aprendido toda esa información de guía turístico para impresionarme? —bromeó ella.

A Erik se le encendió una sonrisa de marcado hoyuelo en la barbilla.

—¿Por qué, funciona?

Mónica se mordió el labio inferior, negándose a responder a su pregunta.

—Así que desde ahí arriba se puede observar todo el parque...

—Me estás evitando —murmuró a su espalda.

Ella se estremeció al sentir la boca de Erik sobre su nuca. Cerró los ojos y se dejó llevar durante unos segundos, hasta que recobró la razón y comenzó a subir la escalera pedregosa que conducía hacia la cúpula de la cima. Apoyada sobre la barandilla, contempló maravillada las vistas que ofrecía del parque.

—Me gusta este lugar.

—Amí me gustas tú —susurró él a su lado.

Mónica sonrió porque era inevitable.

—Ahora comprendo por qué eres amigo de Sara —replicó, en un intento por evadirlo—. Ambos sois igual de sinceros.

—No estoy hablando de Sara —replicó.

Mónica ahogó la respiración. Se sentía demasiado nerviosa para mirarlo a la cara, por lo que clavó los ojos en un riachuelo repleto de patos y cisnes.

—¿Has oído lo que te he dicho?

Apretó las manos en torno a la barandilla.

—Sí —musitó al fin.

—¿Y no tienes nada que decirme? —perseveró.

Mónica soltó un suspiro trémulo. Con él todo era tan emocionante como aterrador.

—Erik... —se giró hacia él, encontrándolo de cara. Los brazos de Erik la atraparon contra la barandilla, y Mónica sintió una oleada de pánico que intentó disimular—. En general los hombres no me impresionan, pero tú me pones nerviosa.

Él la estudió con curiosidad, aflojando una sonrisa tierna que era solo para ella.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Ella se relajó por completo al sentir que él la liberaba.

—Algo así —acordó.

Entonces, Mónica señaló aquel recodo romántico que había llamado su atención.

—¿Podemos ir a ese lugar? Me gustaría hacer algunas fotografías.

Erik la ayudó a descender por la escalinata.

—Creí que no habías traído tu cámara —comentó extrañado.

—Dije que quería fotografiarte a ti, no que la hubiera olvidado

—respondió. Su voz destiló cierto atrevimiento cuando añadió—: podrías posar para mí.

—Qué graciosa.

Ella se encogió de hombros.

—No estoy bromeando —sentenció, esta vez seria.

El rostro de Erik proyectó una mueca de disgusto.

—¿Qué? —hizo aspavientos con las manos, como si con ello fuera a defenderse de los posibles efectos adversos del flash. Mónica puso las manos en jarra, demasiado acostumbrada a los hombres que detestaban ejercer de modelo fotográfico—. ¡No voy a posar para ti! No soy un monigote.

Mónica comenzó a caminar.

—Tienes razón. Eres un hombre muy atractivo.

Pese al cumplido, Erik resopló.

—Detesto las fotografías.

—Amí en cambio me encanta hacerlas —lo contradijo, captando la imagen de una fuente que expulsaba un potente chorro de agua. Se volvió hacia él con la intención de insistir una última vez. Lo hacía porque cuando se separara de él, estaría encantada de poseer una imagen perpetua de Erik

— Me harías muy feliz.

Él arrugó el entrecejo.

—No es justo.

—¿Por qué?

—Porque me encantaría hacerte feliz —dijo, dejándola sin habla. Con tal naturalidad que ella permaneció asombrada—. Cumpliría cada uno de tus deseos si con ello te hiciera sonreír, Mónica.

—Eso... ¿Significa que me dejarás hacerte una foto? —titubeó.

—Todas las que quieras.

La adelantó con facilidad para adentrarse en la Isleta de los patos, con certeza el lugar más romántico de todo el parque. Cruzaba el estanque repleto de patos, cisnes y pavos reales un puente empedrado por el que se accedía hacia un templete.

—Quítate la camiseta.

Erik resopló.

—Sólo bromeaba —sonrió ella. Ajustó la cámara y disparó varias veces. Al contemplar la pantalla, sacudió la cabeza, disgustada por el resultado —. Simplemente actúa como si no estuviera. Estás demasiado rígido.

—Es complicado. Me gusta mirarte.

Mónica sintió una oleada de calor.

—Date la vuelta.

Asintiendo de mala gana, él obedeció a la fotógrafa. Mónica capturó el perfil de su rostro al pillarlo desprevenido, por lo que consiguió una foto perfecta. Al percatarse de que ella contemplaba la fotografía complacida, él se apropió de la cámara para visualizarla.

—No la borres —exigió.

Él pareció encantado ante tal reclamo.

—Si te gusta, no voy a hacerlo.

Ella asintió.

—Eres buena.

Mónica le restó importancia con un leve cabeceo que él aprovechó para acariciarle la mejilla.

—Sólo consigo reflejar la belleza de lo que ya la posee.

Erik enarcó una ceja.

—¿Me estás llamando guapo?

—Lo eres —respondió sin dudar.

—Me alegro de que te guste lo que ves, supongo.

¡Y tanto que puedes alegrarte! No he conocido en mi vida a un hombre que me resulte más descaradamente atractivo que tú.

Mónica se dedicó a fotografiar a una pareja de cisnes que estrechaban sus picos hasta formar un corazón. Mientras lo hacía, Erik vislumbró la expresión relajada y placentera en el rostro de ella, alejada de la tensión en la que solía permanecer su cara. La fotografía la extasiaba, cosa que él estaba encantado de contemplar, aunque si por él fuera, la extasiara de una forma más íntima que la haría explotar de placer.

—Acabo de descubrir mi lugar preferido de este parque —comentó sin cesar de fotografiar todo lo que llamaba su atención—, todo aquí es romántico e idílico, ¿Sabes? Tan sólo le faltaría la banda sonora para que formara parte de la escena de alguna película.

—¿Qué clase de música le pondrías tú?

Ella se colgó la cámara en el cuello, girándose para prestarle toda su atención.

—Oh... alguna de Ellie Goulding. Love me like you do, en particular me encanta.

Él se rascó la barbilla, pensativo.

—Ah... esa no me la sé, pero que no se diga que no intento ponerle música a tus deseos —murmuró, con un leve carraspeo de garganta para entonar una canción que provocó que Mónica abriera los ojos de par en par—. Why do birds suddenly appear..., every time ...you are near?

Pese a que lo intentaba, la voz de Erik era demasiado grave para aquella canción tan delicada. Mónica trató de taponarle la boca mientras se echaba a reír.

—Ssssshhh, ¡Vas a espantar a los pájaros, me muero de vergüenza! Él le mordisqueó los dedos para continuar como si nada.

—Just like me, they long to be... close to you... —finalizó.

Mónica aplaudió, demasiado divertida por aquel humor que solo pretendía sacarle una sonrisa.

—Muy apropiada —concedió—, aunque me sigo quedando con Ellie Goulding. Tendrás que aprenderla para la próxima.

—Al menos he conseguido que tengas ganas de volver a verme.

—Bueno... no te habría hecho falta demasiado. Siempre tengo ganas de verte —admitió, incapaz de mantener la boca cerrada. Al percatarse de que acababa de dejarse en evidencia, se apresuró a decir

—: Así que The Carpenters...

—Me trae buenos recuerdos. Mi madre solía cantarme esa canción cuando trataba de dormirme. Era un poco nervioso.

—Creo que lo sigues siendo.

—Bueno, eso ya da igual. De haber sabido que... —se arrepintió, deteniéndose en un hecho que le hacía demasiado daño para relatar. Inspiró, fijando la vista en ninguna parte. Primero había perdido a su padre siendo un niño, y ahora el maldito destino se empeñaba en arrebatárselo a la persona que más amaba en el mundo.

Mónica comprendió su dolor, por lo que apoyó una mano en su hombro y se aproximó a él. Aunque se negara a admitirlo, sabía lo que el sufrimiento ajeno podía causar en uno mismo. Lo sabía porque ella había renunciado a todos sus sueños para salvar la vida de su propia madre, y ahora contemplaba como un hombre en apariencia fuerte se derrumbaba ante el temor de perder a un ser querido.

—Lo siento mucho, Erik.

Acarició su hombro porque necesitaba calmarlo y porque detestaba que las personas que menos se lo merecieran sufrieran en una vida que —según lo que ella había experimentado— jamás castigaba a los verdaderos culpables, pero se empeñaba en llevarse a quienes menos lo merecían.

Ella creyó que Erik rehuiría su contacto, pero no fue así. Posó una mano sobre la suya, como si temiera que ella fuese a soltarlo. Al parecer, necesitaba desahogarse con alguien porque llevaba demasiado tiempo aparentando ser fuerte.

—Le diagnosticaron cáncer terminal hace dos años —dijo, en un susurro.

Mónica lo escuchó sin apenas respirar.

—Le dieron dos años de vida —su voz se rompió. Erik tragó con dificultad, inclinó la cabeza hacia abajo y cerró los ojos, tratando de contener las lágrimas—. Lo peor de todo es que soy incapaz de disimular mi dolor ante ella. Siempre fue una mujer fuerte, desde la muerte de mi padre. Ella está tan tranquila... tan en paz con lo que va a suceder, que yo...

Mónica lo rodeó con sus delgados brazos para abrazarlo, ofreciéndole un lugar en el que volcar su dolor. Sobresaltado, Erik escondió su rostro en el cabello y respiró con dificultad. Algo se removió en su

interior al sentirse arropado por ella, pues desde la enfermedad de su madre, había temido que nadie volvería a ofrecerle aquel cariño y protección que solo la mujer que lo había traído al mundo podía brindar sin medidas. Pero con Mónica, pese a ser el hombre fuerte e inquebrantable que aparentaba, sentía que había encontrado aquel hogar al que regresar siempre que se sintiera perdido y asustado. Permanecieron abrazados y callados hasta que perdieron la noción del tiempo.

Una estela dorada rodeaba el puente de Triana al caer la noche. Todo era brillante y mágico, como una escena extraída de alguna historia narrada en las Mil y una noches. Se habían detenido frente a la barandilla, tan cerca el uno del otro que Mónica estaba segura de que él podía leer los pensamientos que le avasallaban la mente. Todo se había vuelto demasiado íntimo desde que ella lo había abrazado en un intento por paliar su dolor, o consumirse con el mismo. Tras separarse, él simplemente la había mirado de una manera demasiado profunda para no sentirse cohibida. Luego habían emprendido el camino de regreso sin apenas cruzar palabra, hasta que se detuvieron frente al puente.

Con los codos apoyados sobre la barandilla, Mónica sintió la necesidad de saber más de él. Tal vez, si descubría todos sus secretos y anhelos, cesaría la voracidad que la acuciaba por todo lo relacionado con Erik.

—¿Por qué te hiciste policía? —inquirió.

—Desde que tengo uso de razón, siempre quise serlo. Creo que todo estaba relacionado con imitar los pasos de mi padre, porque todos lo admiraban y yo deseaba convertirme en alguien como él. Luego me dí cuenta de que verdaderamente me gusta lo que hago, eso es todo. Hablaba de ello con total naturalidad, como si fuera una cuestión a la que ya había respondido en más de una ocasión. Mónica se preguntó cuántas mujeres se la habrían formulado antes que ella.

—¿Te pudo preguntar qué le sucedió?

Erik asintió tranquilo. Durante niño, su recuerdo lo había estremecido, pero siendo adulto tan solo sentía respeto y devoción por su padre.

—No estaba de servicio cuando sucedió. Mi padre me había llevado al cine, y cuando regresábamos en medio de una riada, el coche que iba delante derrapó por el puente y se cayó al río con una mujer y su hija dentro. Mi padre saltó al agua y consiguió rescatar a la pequeña.

Luego volvió a por la madre, pero ninguno de los dos logró regresar

—le relató. No fueron las imágenes de la noche en la que acompañaba a su padre y él le pidió que fuera valiente y sostuviera la mano de aquella niña empapada las que acudieron a su mente, sino el instante en el que el féretro descendió bajo tierra, advirtiéndole que nada volvería a ser lo mismo.

Había sido duro crecer sin un padre al que adoraba, pero todo fue más llevadero con la dulzura de su madre, que jamás se dejó vencer por las adversidades. Al cabo de los años, su padrastro y el nacimiento de su hermano consiguieron encauzar su vida, y ahora el aciago destino regresaba para desbaratarla de nuevo.

—¿Sigues en contacto con esa niña? —lo sorprendió aquella pregunta. Nadie se la había formulado antes. Generalmente, todos se quedaban en la parte superficial de la historia, sin palabras para profundizar en lo que había sucedido después. En lo complicado que le resultó sobreponerse al dolor de haber obedecido la orden de su padre: contemplar el agua desde la barandilla sin soltar la mano de aquella niña.

Dejarlo morir.

—Lo siento si ha sido una pregunta inoportuna —se excusó, al percibir su malestar.

—No es eso —negó él—. Nadie me lo había preguntado antes. Sí, sigo en contacto con ella. De hecho, se convirtió en una buena amiga. Ahora vive en Los Ángeles, está casada y soy el padrino de su hijo. Aflojé los nudillos alrededor de la barandilla, pues atrás había quedado el tiempo en el que su odio por la muerte de su padre estuvo a punto de consumirlo.

—Sabía que eras un buen tipo, Erik. Pero a veces me sigue sorprendiendo lo que descubro cada vez que ahondo un poco más en ti.

Él no comprendió a lo que se refería, por lo que ella continuó.

—Seguir en contacto con esa niña dice mucho de ti. Yo no sé si habría sido capaz, ¿Sabes? Creo que tenerla cerca me habría...

—¿Hecho culparla de lo sucedido? —anticipó su comentario—. No voy a negar que en un principio fue así. Me decía a mí mismo que si aquella niña desconocida no se hubiera cruzado en nuestro camino, mi padre seguiría con vida. Pero entonces sucedió algo que me cambió la vida —se detuvo para tomar aire, pues no había vuelto a hablar de ello con nadie—. Una semana después de que mi padre falleciera, mi madre me llevó a casa de aquella niña. Antes de entrar, me dijo que yo había perdido a un padre al igual que aquella niña a su madre. Que si quería superar lo sucedido, tenía que empezar por dejar de culpar a todo el mundo de la muerte de mi padre. Ella siempre ha dicho que vivir sin odio es más fácil y nos hace más felices. Solo seguí su consejo. Lo contempló con creciente interés.

—¿Y qué pasó después?

—Aquella niña tenía un padre que al igual que mi madre había perdido a alguien. Creo que se enamoró de mi madre en cuanto la vio, pero no reunió el valor para decírselo hasta que transcurrieron diez años.

Ahora es mi padrastro y el padre de mi hermano.

Mónica escuchó la historia algo sorprendida por lo bien que él se había tomado una situación en principio inverosímil, hasta que comprendió que la felicidad de su madre jugaba un papel primordial en la suya propia.

—Ahora lo sabes todo de mí —le susurró al oído, sobresaltándola. Ella asintió.

—¿Qué es lo que escondes, Mónica? —le preguntó sin rodeos. Ella ahogó una risilla nerviosa.

—Demasiado para contar en una sola noche —lo esquivó, si bien era cierto.

Ocultaba tantos temores y secretos que no sabía por donde empezar. Tampoco podía.

—Tienes todo mi tiempo, porque contigo nunca será tiempo perdido. Mónica se estremeció.

—¿Te conformarías si te digo que no sólo depende de mí? —necesitó hacerle entender.

Porque pese a que pretendía fingir lo contrario consigo misma, en realidad jamás había dependido de ella. La verdad condenaría a alguien a quien amaba por encima de todo, y no estaba dispuesta a ello.

—No, la verdad —respondió resignado—. Sabes que puedes confiar en mí, ¿Cierto?

Ella rehuyó su mirada. Llevaba años sin confiar por completo en alguien.

—Apenas nos conocemos, y no sabes nada de mí.

—Me es suficiente para mantener mi palabra —le aclaró muy seguro. Se aproximó a ella para rozarle la frente con los labios—. Daría lo que

fuera por desterrar esos demonios que te atormentan, porque no sé lo que escondes, pero sí que me gustaría que dejaras de estar a la defensiva.

—Tengo motivos y no te gustaría conocerlos, te lo aseguro —respondió con impotencia.

—Cuando una mujer es tan bella como tú, no puede ocultar nada tan terrible —la contradijo. Ante un argumento tan banal como halagador, ella quiso contradecirlo, pero él la detuvo con sus siguientes palabras—: pero lo más importante es que me fío de mi instinto, y me dice que no te deje escapar, Mónica. Porque me vuelves loco. Ella cerró los ojos, estremecida. Irritada consigo misma por querer doblegarse y abrirse ante él. Por ser tan crédula.

Apretó las manos entorno a la barandilla y sacudió la cabeza.

—Por Dios, sólo soy una chica guapa. Me lo han dicho tantas veces que ha dejado de tener su encanto. Y créeme, algún día conocerás a alguien mejor que yo. No es tan difícil —su voz destiló rabia.

—Lo eres, maldita sea. Pero cuando estoy cerca de ti no eres una chica guapa más. Eres esa mujer llena de secretos que necesito desvelar. La que me ha dado el abrazo más extraño y reconfortante de mi vida, y la que sonríe haciendo que todo lo demás deje de existir. No sé qué es lo que tienes, pero del mismo modo que sé que no tiene nada que ver con tu belleza, te aseguro que voy a descubrirlo.

Mónica respiró aceleradamente.

—Bésame.

La atrajo de la cintura de forma tan brusca que ella entreabrió los labios para recibir un beso que la devastó. Mónica enredó las manos en su nuca, se colocó de puntillas y se dejó llevar. Gimió contra la boca de él, y susurró su nombre en un delirio de placer que fue incapaz de

contener. Extasiado, Erik deslizó las manos hacia los delgados brazos, como si al sujetarla a ella pudiera sostenerse a sí mismo.

Tal vez fuera así.

—Me gusta que me beses como si no hubiera un mañana —musitó ella.

—Amí me gusta besarte como si pudiéramos hacerlo todos los días de nuestra vida.

Mónica se mordió el labio, demasiado maravillada para obligarse a escuchar a su conciencia. No, no le daba la gana. En aquel momento quería soñar a su lado... mejor aún, ¡Quería vivirlo a su lado!

Suspiró embelesada, junto a él, contemplando el río. Erik la miraba de reojo.

—Esta ciudad tiene algo, ¿Sabes? —observaba el reflejo dorado de la luz sobre el río, y Erik estuvo seguro de que no había nada más bello que la felicidad reflejada en los ojos verdes de Mónica.

—Amí me gusta más desde que estás tú.

Ella se giró sorprendida, esbozando una sonrisa sincera y nerviosa, señal de que el comentario la había halagado e inquietado. Puede que estuviera hecha a los cumplidos que cualquier extraño podía dedicarle, pero en su gesto Erik advirtió algo que lo dejó traspuesto: no estaba acostumbrada a las demostraciones de cariño sinceras.

—Qué tonto... —bromeó, enmascarando su nerviosismo.

Erik le apartó el pelo de la cara con ternura.

—Así que los tontos dicen la verdad...

Descubrió que cada vez que se inquietaba, mordisqueaba su labio inferior, por lo que cesó de mortificarla con comentarios que afloraban de él sin preverlo. Al percatarse de que se abrazaba a sí misma, se colocó detrás suya para arroparla.

—Tienes frío.

—No me acostumbro. A veces refresca por las noches, pero de día hace un calor horroroso —se excusó.

Le frotó los brazos mientras le besaba el cuello.

—¿Mejor?

Ella cerró los ojos.

—Ni te lo imaginas.

Suspiró.

No te haces a la idea de lo maravillosamente bien que me siento. Me quedaría aquí contigo toda la vida, porque me encantas.

Sentía el pecho duro y cálido de Erik contra su espalda, y el contacto del cuerpo masculino proyectaba en ella las sensaciones más deliciosas y reconfortantes. Las que hablaban de cariño, ternura y un *para siempre* que le acariciaba el alma. Quería creer que con él sería posible desterrar el pasado que la atormentaba para construir un futuro que solo le perteneciera a ella. Y si le pertenecía a ella, tal vez fuera precipitado admitirlo, pero deseaba elegirlo a él. Descubrirlo a él. Si no podía ser, al menos necesitaba soñarlo.

Cerró los ojos para evadirse, pero los abrió al percibir que Erik se apartaba de ella para saludar a dos personas que se había encontrado por sorpresa. Reconoció el rostro de una de ellas como la mujer morena y bonita que siempre contemplaba a Erik con algo cercano a la adoración. El hombre que la acompañaba la miraba con una mezcla de simpatía y curiosidad, mientras que la mujer lo hacía con recelo y un rechazo inequívoco.

—Así que esta es la razón por la que no podías salir a tomar una copa con nosotros —el desconocido la evaluó de arriba a abajo, pero Mónica sólo percibió un interés amigable que no la hizo sentir incómoda—. He de reconocer que mi compañía no debe serte tan grata

como la de esta belleza.

Mónica sonrió agradecida por el cumplido. La otra mujer esbozó una mueca agría que se esforzó en disimular como pudo.

Erik le pasó un brazo alrededor de la espalda, acercándola hacia sus amigos.

—Mónica, estos son mis amigos y compañeros de trabajo.

—Es una forma muy educada de decir que es nuestro jefe —bromeó el hombre.

Erik ignoró el comentario.

—Él es Gonzalo, y ella es Martina.

Quiso estrecharles la mano, pero el hombre fue más rápido y le plantó dos afectuosos besos en cada mejilla. Por el contrario, Martina la recibió con una sonrisa tirante.

—Encantada de conocerlos

Martina la evaluó con descaro.

—Me suena tu cara —insinué.

Mónica sabía a lo que se refería, por lo que optó por hacerse la ingenua.

—Lo dudo; soy de Madrid. Si te conociera lo recordaría —se excusó.

Martina la señaló con un dedo insidioso.

—Oh, ya lo sé —continuó en sus trece. Mónica supo que iba a dejarla en evidencia, por lo que se preparó para recibir el comentario mordaz de una mujer que sin duda estaba colada por Erik—. Tú eres la loca de la terraza, ¿Verdad? La que le tiró la copa a Erik a la cara y huyó de allí como si se le llevara el diablo. Menudo espectáculo montaste.

Mónica sintió deseos de abofetear a aquella entrometida, pero logró contenerse. Asu lado, Erik parecía más divertido que preocupado por la situación.

—No sabía que tuviera que ofrecerle explicaciones a su guardaespaldas.

Gonzalo soltó una carcajada, y Martina la atravesó con la mirada.

—¿Así es cómo saluda la gente de Madrid, tirándose una copa a la cara? —bromeó el hombre, para distender la tensión.

—Me gustan las mujeres apasionadas —dijo Erik.

Todos se echaron a reír, a excepción de Martina, que continuó con la expresión agria. Los dos hombre siguieron bromeando, y Mónica se apartó hacia un lado al recibir un mensaje de texto. Al contemplar la pantalla, se sintió enferma.

*Tienes cinco minutos para alejarte de ese estúpido policía antes de que convierta tu vida en un jodido infierno. No me pongas a prueba.
D.*

El teléfono se le cayó al suelo, por lo que se agachó para recogerlo e introducirlo dentro del bolso con mano temblorosa. Se le nubló la vista al contemplar a los dos hombres riendo, y de pronto, la distancia que la separaba de Erik se le hizo eterna e inalcanzable. En un arranque de pánico, incapaz de razonar con claridad, aterrada por las terribles consecuencias que sucederían si no acataba la amenaza, se dio la vuelta y echó a correr hacia el final del puente. Ni siquiera escuchó a Erik gritar su nombre, pues aceleró los pasos y cruzó un callejón desierto. Mareada por su propio miedo, resbaló en un adoquín y estuvo a punto de caer al suelo, pero logró mantener el equilibrio al pegar la espalda contra la pared. Entonces, una mano la aferró por el brazo.

—¡Suéltame! —bramó fuera de sí.

De inmediato, la mano se deslizó por su codo hasta romper el contacto. Mónica se giró hacia el rostro encendido de Erik, que sin duda había emprendido una carrera acelerada par alcanzarla.

—Erik...

No estaba preparada para enfrentarse a su recriminación, por lo que alargó las manos para interponerlas entre ambos cuando él intentó tocarla. Dolido por su injustificado rechazo, él la contempló como si fuera una verdadera histérica.

—¿Se puede saber por qué demonios te has largado de esa manera?

—inquirió furioso.

Ella apartó la mirada, temerosa de que él leyera su pánico.

—Tengo que irme.

—¿Qué te tienes que ir? ¿Así, sin más? —inquirió perplejo.

Se llevó las manos a la cabeza para mecerse el cabello, como si tratara de encontrar un motivo razonable a su inexplicable comportamiento.

—Quiero irme al hotel, Erik. Así que aléjate de mí ahora mismo —insistió con dureza.

Porque si no lo hacía, aquel maldito hombre que la acosaba sería capaz de hacer cualquier cosa, incluso atacar a un hombre por el que ella empezaba a sentir demasiado.

—Es evidente que quieres irte —respondió asqueado. Su expresión destilaba una creciente decepción que Mónica era incapaz de soportar—. Tan sólo dime por qué.

—¡Porque me da la gana, porque he cambiado de opinión, porque no te soporto, porque sí! —explotó agobiada.

Tenía que marcharse antes de que él los encontrara, o de lo contrario...

—Tendrás que mentir mejor, cariño.

La agarró de los hombros para pegarla hacia su cuerpo. Ella

retrocedió con la necesidad de apartarse, pues sabía que Erik no era como los demás. Con él no le serviría aquella consabida regla impersonal de “si te he visto no me acuerdo”, pues no podía quitarse de la cabeza lo que ni siquiera había probado, por lo que con mayor seguridad sería peor poner remedio a un deseo que la consumía. Le daba miedo necesitarlo. No solo en su cama, sino también en su vida. Quizás para siempre.

Su espalda chocó contra la pared, y Erik pegó el cuerpo a las curvas femeninas. Sus manos accedieron por los brazos delgados y pálidos. Era escuálida, como una estatua moldeada con barro dorado. Se sintió más débil que nunca. Entre aquellos brazos era consciente de que estaba expuesta a unas caricias que la transportaban a la gloria.

—Te deseo —gruñó él, molesto porque así fuera. Sus dientes mordieron el labio inferior de ella antes de encontrar su boca en un roce suave y caliente. Mónica tembló, y la boca de Erik subió como una caricia anhelante hasta posicionarse sobre la frente femenina. Sus labios sellaron la piel y hablaron contra ella, con una voz ronca y pesada—. Pídemelo que te toque y no pararé de hacerlo, Mónica...

Mónica apartó el rostro, a punto de echarse a llorar. Logró contener su llanto para responderle con voz monótona.

—No voy a pedirte tal cosa.

—De acuerdo.

Erik se apartó de ella con una frialdad que la desoló.

Será mejor que me odie por los motivos equivocados.

—Al menos dime por qué te largas, maldita sea. Tengo derecho a saber si he hecho algo que te haya molestado.

—No has sido tú —atajó, para quitárselo de encima.

Pero él no se detuvo, pues volvió a la carga.

—¿Ha sido por el comentario de Martina?

—¡Sí! —mintió.

Él abrió los brazos, como si tratara de hacerla entrar en razón. De pronto los dejó caer a ambos lados de su cuerpo.

—Ella solo... —frunció el entrecejo, mosqueado—. Eso es una gilipollez.

—Muy bien, soy una gilipollas. Y ahora lárgate con tus puñeteros amigos —insistió, mirando de reojo hacia uno y otro lado de la calle desierta con ansiedad.

Se me acaba el tiempo..., vamos Erik, no me mires así, por favor...

—¿Eso es lo que quieres? ¿Qué me largue con mis amigos y me olvide de ti? Porque te aseguro que en este momento cualquiera sería una mejor compañía que tú, Mónica.

—Especialmente Martina, ¿No?

No supo por qué dijo eso. Algo se removió en su interior al percibir el sabor amargo de los celos, pese a que tenía que separarse de él.

—No eres la clase de mujer que se volvería loca de celos —él la estudió desconcertado—. Dime que no. Porque, con lo bien que lo hemos pasado, yo...

—Déjame en paz —lo interrumpió con brusquedad.

Erik asintió, apretando la mandíbula de una manera que le rechinaron los dientes.

—Te llevo al hotel —se ofreció.

—No, no quiero.

—¡Maldita sea! —rugió, asustando a Mónica—. Tan solo trato de ser amable contigo. ¿Por qué cojones me lo pones tan difícil?

—Lo sé, yo...

La agarró de la mano con cierta violencia para arrastrarla hacia una calle concurrida, donde la soltó para llamar a un taxi con un potente

silbido. El taxi se detuvo frente a ellos, y Erik abrió la puerta para que Mónica se sentara en el asiento de atrás.

—Sé que mi comportamiento no tiene justificación, pero créeme cuando te digo que será mejor que no volvamos a vernos.

Él torció una sonrisa.

—¿Qué te hace pensar que quiero volver a verte?

Cerró la puerta del taxi y echó a caminar con las manos metidas en los bolsillos. Mónica estuvo segura de que no había nada que pudiera hacerle más daño que aquella última frase.

No se aclaraba. ¿Había sido un sueño o una pesadilla?

Tirada en la cama de su habitación, cavilaba sobre la segunda opción mientras sonreía con tristeza al afirmar la primera, pues en realidad debía admitir que había sido un sueño precioso hasta que se dio de bruces con su asquerosa vida.

¿A quién pretendo engañar? Me maquillo el rostro y me subo a unos tacones de veinticinco centímetros para encontrarme con un hombre que jamás será para mí. Fue un espejismo maravilloso mientras duró, pero un espejismo al fin y al cabo.

Sostenía la cámara de fotos encima del rostro. En la radio de la habitación sonaba *I put a spell on you*.

Lo de escuchar canciones tristes para regodearse en su miserable existencia siempre funcionaba con ella, pero nunca lo había intentado al mismo tiempo que contempla un rostro como aquel en la pantalla de su cámara. Uno que le transmitía paz, amor, rabia... que la consumía. Y sin embargo, allí estaba. Contemplándolo.

Qué injusta era la vida al colocar en su camino a una persona a la que deseaba con todas sus fuerzas, pues cada parte de su piel palpitaba

por él. Qué injusta por brindarle un momento de esperanza que sólo dejó espinas; las de un recuerdo placentero que no volvería a experimentar.

Observó el perfil de Erik y supo que había hecho bien en tomarle aquella fotografía. Porque nadie podría arrebatarle un recuerdo como aquel.

Y mientras tanto, Annie Lennox cantaba:

You know I can't stand it
You're running around
You'd know better daddy
I can't stand it because you put me down

Por supuesto que había tomado la decisión adecuada al fotografiarlo, porque al fin y al cabo; ¿Qué la hacía pensar que él querría volver a verla?

Las burbujas de aire se disipaban en el río salpicado de lluvia mientras las gotas de agua le empapaban el flequillo. La mano pequeña, húmeda y fría deslizó los dedos alrededor de los suyos, aferrándose a él. Ambos contenían la respiración con los ojos clavados en el agua, como si de una vez por todas, los cuerpos fuesen a emerger a la superficie para desterrar todos sus temores.

Pero no sucedió.

—Tranquila, todo saldrá bien —le dijo a la niña.

La pequeña se apretó contra él. Mechones rubios se pegaban a su rostro empapado y lloroso, confiriéndole un aspecto frágil.

Clavó los ojos en el río cuando una zapatilla roja flotó en el agua,

provocando que su mundo infantil se derrumbara para siempre.

Adiós, papá.

Soltó la mano de la niña de golpe, demasiado aturdido para continuar fingiendo. La pequeña sollozó, pero en sus oídos el llanto resonó como un sonido lejano parecido al rumor del agua. Un ráfaga de viento helado le golpeó la espalda hasta calarle los huesos, pero no lloró. No consiguió hacerlo pese a que sentía que un millón de esquivas lo habían destruido por dentro.

Entonces se miró las manos y comprendió que aquellas extremidades ya no eran las de un niño, sino que pertenecían al adulto en el que se había convertido.

En un arranque de lucidez, se giró hacia la pequeña, descubriendo desconcertado la presencia de Mónica. Flotaba sobre sus pies, a escasos centímetros de él, con dos lágrimas silenciosas discurriendo por sus pálidas mejillas. Todo en ella resultaba aterrador y quebradizo, por lo que alargó una mano para borrarle la lágrima que acariciaba su pómulos. El cuerpo de Mónica fue azotado por el vendaval, alejándola de él. Erik gritó su nombre y echó a correr en su dirección, pero entonces ella se detuvo frente a la barandilla, con una sonrisa que auguraba las peores intenciones. Entre hechizada y fascinada ante la idea, clavó los ojos en el fondo del río.

Él contempló como pasaba primero una pierna y luego otra por encima de la baranda hasta colocarse de puntillas sobre la estrecha plataforma.

Lo recorrió un estremecimiento.

—No lo hagas —suplicó con la voz ahogada.

Ella se llevó un dedo a los labios, ladeó la cabeza, estiró los brazos como un pájaro libre y se dejó caer. Erik se lanzó hacia ella, pero su

mano apenas consiguió rozar los dedos femeninos mientras contemplaba como Mónica se adentraba en la oscuridad, envuelta en una nebulosa inalcanzable y lúgubre.

—¡Mónica! —gritó, despertándose de aquella pesadilla.

Se inclinó en la cama, sentándose sobre el colchón. Se frotó el rostro con ambas manos. Todavía respiraba de manera entrecortada a causa de la conmoción. Hacía años que no soñaba con la muerte de su padre. De pequeño, aquella pesadilla lo había perseguido una y otra vez, torturándole con un recuerdo que lo destrozaba. Pero jamás había aparecido ninguna presencia en aquel sueño, sino que era él, a solas en el puente, el que terminaba despertándose agazapado en los brazos de su madre.

¿Qué significaba la presencia de Mónica? ¿Por qué se había arrojado al puente? ¿Por qué había sido incapaz de salvarla?

Olvidala.

Se esforzó en conciliar el sueño, pero le fue imposible. Pese a que se había prometido a sí mismo que lo sensato era apartar a aquella complicada mujer de su vida, algo le advirtió que ella tenía problemas. ¿Qué iba a hacer? ¿Olvidar a la primera mujer que lograba transmitirle algo más que un deseo carnal y primitivo, o ir a por ella pese a que Mónica tratara de apartarse de él?

Se despertó sobresaltada. En la calle llovía a mares, y la tormenta de verano había logrado desvelarla, pues desde los trece años tenía miedo a los rayos. Sin duda, que tronara el día que su vida cambió para siempre tenía mucho que ver con aquel temor poderoso que la invadía en las noches de tormenta.

La ventana estaba abierta de par en par, por lo que se destapó para

cerrarla. Antes de hacerlo, una extraña sensación la impelió a buscar con la mirada la cámara depositada sobre la mesita de noche, y lo que descubrió provocó que gritara con todas sus fuerzas.

La sombra masculina se deslizó hacia ella, engulléndola. Mónica tembló de la cabeza a los pies, consciente de lo que sucedería en pocos segundos. Las lágrimas le atenazaron la garganta y el corazón le latió desbocado, produciéndole una punzada dolorosa en el pecho. —¿Cómo has entrado? —su voz sonó como un susurro quebrado. Aquella era una pregunta estúpida, pues él siempre conseguía encontrarla.

Mónica advirtió que él estaba más cabreado que de costumbre. Las líneas cenicientas de su rostro así lo demostraban, al igual que la sonrisa malévola y torcida que sólo ofrecía para ella. A los demás les regalaba un rostro impecable y unas maneras cuidadas que lo hacían parecer un perfecto caballero.

Él era un monstruo.

Percibió el leve destello de la pantalla de su cámara, que él aferraba por el cordoncillo. No supo lo que la llevó a desafiarlo, pues siempre se había mostrado sumisa y conciliadora. Tal vez, la necesidad de salvaguardar algo bello de las garras de aquel chacal, o la intención perversa que descubrió en él al contemplar la fotografía de Erik. Se arrojó contra él, atacándolo con uñas y dientes para arrebatárselo que le pertenecía. Deseaba aquel recuerdo para ella. Debía protegerlo.

Antes de que lograra alcanzar el preciado objeto, la gigantesca mano le abofeteó el rostro con fuerza, lanzándola boca arriba sobre el colchón. Jadeó mareada, paladeando el sabor metálico de la sangre. No logró recomponerse cuando el cuerpo pesado del hombre se

cernió sobre el suyo, inmovilizándola por completo, provocando aquella sensación de terror y asfixia que la embargaba al sentirse indefensa, expuesta a sus repulsivas atenciones.

Con inusitada calma —había realizado aquello miles de veces—, él le acarició el pómulo derecho. Luego acercó la boca a su rostro, lamiendo el cuello de Mónica hasta provocarle una arcada que trató de controlar. Él no deseaba aquel tipo de comportamiento en ella, y su furia no se haría de rogar.

Rodeó el delgado cuello femenino con una mano, mientras con la otra zarandó la cámara frente al rostro de Mónica. Los ojos llameantes y desquiciados encontraron los suyos, increpándola en silencio mientras el oxígeno abandonaba su cuerpo.

—¿Prefieres a ese madero gilipollas antes que a mí! ¿Verdad?

—exclamó enloquecido.

Mónica envolvió sus manos alrededor de la de él, sacudiendo la cabeza. Mintiéndole en un intento por sobrevivir.

Él hombre no cernió su agarre, pero comenzó a besarle el rostro con violencia. Frotaba su cuerpo con la mano libre, susurrándole cosas lascivas al oído que Mónica era incapaz de razonar. Le pesaba todo el cuerpo, y sintió que todo sería más llevadero si le profesaba sus atenciones a una Mónica moribunda que se alejaba de aquel mundo miserable para siempre.

Se estaba ahogando. El pecho le ardía, como si alguien la hubiera apuñalado. Los párpados le pesaban y a su alrededor la envolvía una nube borrosa que se hacía cada vez más oscura. Todo se apagaba, excepto la cámara de fotos en la que Erik posaba solo para ella.

Se apeó de la moto en el momento que su teléfono móvil volvió a sonar por tercera vez. La falta de sueño le había provocado un malhumor que amenazaba con pagar con la primera persona a la que dirigiera la palabra aquella mañana, por lo que estuvo a punto de colgar el teléfono hasta que recabó en el nombre que aparecía en la pantalla. Podía encontrarse a miles de kilómetros de distancia, pero Sara era una mujer lo suficiente tozuda incluso para tener en cuenta tras una línea telefónica. Antes de descolgar, se hizo a la idea de que aquella llamada tendría mucho que ver con la mujer que le había robado el sueño esa noche, por lo que inspiró con pesadez.

—Qué quieres, Sara —saludó con más frialdad de la habitual, para dejarle claro que aquel no era un buen momento.

—¡Qué manera es esa de saludar a una amiga! —exclamó risueña. Podía escuchar el murmullo de un bebé, al que Sara ofrecía palabras cariñosas antes de volver a prestarle atención—. Parece que no te alegras de hablar conmigo. Yo por el contrario siempre lo hago.

—Siempre me alegra hablar contigo, pero hoy no es un buen momento.

—Oh —se lamentó ella—. La cita de ayer no fue bien, ¿Me equivoco?

Erik sintió un resquemor en el estómago. *Desastrosa* era la palabra que utilizaría para definirla, pues todo había discurrido de forma perfecta hasta que Mónica huyó de él como si padeciera una enfermedad contagiosa.

—¿De qué hablas, Sara?

—No te esfuerces en disimular conmigo. Mónica me dijo que habíais

quedado, y por tu malhumor, es obvio que las cosas no salieron como planeaste.

—Sólo fue una cena entre conocidos —le restó importancia, pese a que todavía paladeaba el sabor amargo de aquel final—. Está sola en la ciudad y me pareció una buena idea. Me equivoqué, eso es todo.

—Sí, estás equivocado —admitió ella—. Es evidente que los dos sentís por el otro algo más que simple curiosidad, pero...

—Sara, estoy harto de decirte que no te metas donde no te llaman —le espetó agotado.

Ella lo ignoró.

—Mónica es una persona algo compleja a la que merece la pena conocer. Así que no tengo ni idea de lo que sucedió la otra noche, pero créeme si te digo que ella se esfuerza en apartarse de todos los que queremos ayudarla, y ahora que no estoy a su lado... —Erik percibió el tono alarmado que desprendían las palabras de su amiga, y un murmullo inquieto le taladró la cabeza.

Pese a todo, su orgullo lo obligó a interrumpirla.

—¿Compleja? Tu amiga es la persona más volátil e histérica que he conocido en toda mi vida.

—Te conozco y sé que en este momento habla tu orgullo —lo contradijo muy tranquila—. He visto cómo la miras.

—¿Ah sí? —se jactó con falsa chulería—. ¿Y cómo lo hago?

—Como si quisieras comértela con los ojos, tonto.

Con los ojos, la lengua, la boca y todo lo que se terciara, para qué engañarse.

—Es una mujer muy atractiva, cualquiera se da cuenta de ello —se justificó.

—Cualquiera no la invitaría a dar un paseo romántico por la ciudad si

lo único que quiere de ella es llevársela a la cama. Sé cómo es Mónica, así que no me vengas con milongas. Estás dolido y lo entiendo.

—¿Para qué me has llamado, Sara? —fue directo al grano porque si continuaba pensando en Mónica cometería alguna locura que lo dejaría en evidencia.

—Necesito pedirte un favor.

Él respondió sin dudar.

—No.

—¡Pero si aún no lo has escuchado! —se quejó.

—Sospecho que tiene algo que ver con una amiga tuya de melena rubia y piernas kilométricas, y te aseguro que ya tuve suficiente con la otra noche.

—Erik... Mónica está en la ciudad por mi culpa. Le pedí que relanzara un proyecto muy importante para mí, y tal vez fui muy egoísta al hacerlo. Estoy preocupada por ella.

A Erik le dio un vuelco el corazón.

—¿Por qué? ¿Le ha sucedido algo? —exigió saber. Su voz sonó más ronca de lo habitual.

—Si te contara lo que sé, Mónica me mataría —se excusó algo nerviosa—. En Madrid tenía ciertas obligaciones de las que se ha apartado al viajar a Sevilla. Obligaciones buenas para ella... y me gustaría...

—Por el amor de Dios, ¡No te vayas por las ramas! —perdió la calma—. Si le ha sucedido algo, necesito saberlo.

—Lo sabrás si ella decide contártelo, pues es muy celosa de su intimidad. De hecho, estoy segura de que a mí me oculta muchas cosas. La verdadera razón por la que es... —se cortó de repente, y Erik adivinó lo mucho que le costaba contenerse, al igual que lo

preocupada que estaba por su amiga—. Necesito que te cerciores de que acude a un lugar. Desde Nueva York no puedo estar segura de que cumple lo que me ha prometido. Tan sólo tienes que llevarla.

—¿Adónde?

Sara le relató una dirección.

—Sara, ¿Qué demonios le sucede a Mónica? —insistió furioso.

—¿Sabes? Creo que tú mejor que nadie puede descubrir lo que de verdad le sucede. Me da la sensación de que ella acudirá a ti... —soltó esperanzadora.

Entonces colgó.

Erik se despegó el teléfono de la oreja para contemplarlo con impotencia. No sabía a qué había querido referirse Sara con sus últimas palabras, pero dudaba que Mónica acudiera a él cuando ella misma había huido de su presencia hacía algunas horas.

De una cosa estaba seguro; descubriría lo que le sucedía a Mónica, pese al silencio de Sara y al de la propia rubia que lo traía de cabeza. Y lo haría porque, le gustara o no, estaba loco por ella. Así que mejor buscarle un remedio a su locura antes de que fuera demasiado tarde.

En cuanto llegó a las dependencias policiales, se cruzó con Jesús, que hablaba distendidamente con Martina acerca de la investigación de los dos asesinatos. Al parecer, aquel era el tema principal en la comisaría. Pero al acercarse hacia ellos, vislumbró el periódico que Jesús ondeaba frente al rostro de Martina.

—Nos tachan de incompetentes, pero es él quien dirige la investigación

—le dijo.

Martina le arrebató el periódico para arrojarlo a la papelera.

—¿Acaso crees que tú podrías hacerlo mejor? —lo puso en duda.

Jesús hizo un ademán desdeñoso con la mano. Antes de que Martina desechara el periódico, Erik se lo arrebató para leer el titular.

Doble asesinato en la ciudad. Un asesino en serie tiene en jaque a la policía hispalense.

Arrugó el periódico mientras sentía como una ira lenta y ardiente se apoderaba de todo su cuerpo. Alguien había filtrado la información a la prensa, y como descubriera al malnacido que lo había hecho, descargaría toda su ira contra él.

—Hay ciertas personas que carecen de escrúpulos —comentó Martina, desviando una mirada acusadora hacia Jesús

El hombre no se dio por aludido.

—¿La mujer con la que estuviste ayer no es periodista? —sugirió al subinspector con descaro.

Erik clavó una mirada gélida en él.

—Cuidado —le advirtió con una calma peligrosa—. Si vas a insinuar algo que me ponga en evidencia, más te vale que se lo digas a Roldán. No estoy de humor para aguantar tus gilipolleces, ¿Entendido?

Jesús asintió con cara de asco.

—Por supuesto, jefe —remarcó la última palabra con sorna.

Ambos se batieron con la mirada, hasta que Jesús le tendió un sobre precintado que provenía de la compañía telefónica. Acto seguido se largó silbando con las manos metidas en los bolsillos, con una chulería que Erik deseó arrebatarle de un puñetazo.

—Es un idiota —dijo Martina, pasándole una mano por la espalda—.

Además de un envidioso.

Erik la miró sorprendido.

—No soy la persona idónea a la que envidiar ahora.

Ella le acarició el brazo en un gesto que denotaba cariño y ansiedad,

pero él no lo notó. Martina le resultaba una mujer encantadora, compañera de trabajo y amiga sin más, por lo que percibió el contacto como un simple gesto que denotaba simpatía.

—Te exiges demasiado.

Él no estaba de acuerdo. Se excusó para adentrarse en el despacho, y en cuanto cerró la puerta, rasgó el sobre para comprobar el contenido. Había una sola llamada entre las dos víctimas, un par de horas antes de que se produjera la muerte de la primera. El primer muerto había telefonado al segundo.

¿Para advertirlo?, sopesó aquella posibilidad. Tal vez, ambos sabían que sus muertes estarían relacionadas, pero lo cierto era que no se habían encontrado cartas amenazadoras en la vivienda del segundo fallecido.

Alguien llamó a la puerta de su despacho.

—Adelante —gruñó.

Gonzalo asomó la cabeza por la puerta.

—Una mujer insiste en hablar contigo —lo informó.

Erik se levantó de golpe del asiento con la esperanza de que se tratara de Mónica.

—Dile que pase.

Gonzalo asintió, dedicándole una mirada furibunda a su gesto ansioso antes de indicarle a la mujer que accediera al interior del despacho.

Erik trató de no parecer decepcionado al contemplar a la extraña morena y de avanzada edad que se introdujo como una sombra temblorosa en el interior.

—Me han dicho que es usted quien lleva la investigación de los asesinatos de los dos párrocos —su voz era tan inestable como la agitación que le recorría el menudo cuerpo.

—Así es. Subinspector Erik Rodríguez, ¿En qué puedo ayudarla?

Le tendió una mano, y la mujer hizo algo que lo sobresaltó. Se abalanzó hacia él, aferrando su mano entre las suyas como si su vida dependiera de no soltarla.

—Quieren asesinarme —sollozó.

Estaba mareada y exhausta, como si las ganas de luchar la hubieran abandonado por completo en pos de la resignación. Su cuerpo permanecía inerte, los ojos abiertos de par en par fijos en el techo blanco y la cabeza apoyada sobre el pecho de él, acatando una orden inquebrantable. La mano grande le acariciaba el cabello con calma. Tras los golpes, él siempre trataba de mostrarse delicado y cariñoso con ella, pero lo que desconocía era que Mónica prefería una paliza que la dejara moribunda a la obligación de fingir que sus atenciones la agradaban, cuando en realidad la repugnaban.

Gracias a Dios que no me ha violado.

Aquella vez, sencillamente, había permanecido a su lado sin tocarle un pelo.

De todos modos, había aprendido a fingir con el transcurso de los años. Aevadirse hacia un lugar que tan solo le pertenecía ella, mientras la voz del hombre resonaba como un eco percibido desde la distancia.

Aquel día no la había tocado, lo que no implicaba que su actitud le resultara más asquerosa que de costumbre. Percibía el temblor de la mano que le acariciaba el cabello, señal inequívoca de que por un instante, él había sido incapaz de controlarse, lo que lo había aterrorizado. Sin ella no era nada, por eso la había amenazado con arrebatarle lo que más quería si ella lo amenazaba a su vez con

quitarse la vida.

La necesitaba, pues le otorgaba un inmenso poder. Sabía que jamás tendría de ella más que una actitud sumisa, retraída y distante, pese a que él deseaba que ella lo contemplara con la devoción que solo le dedicaba a Erik.

Jamás.

Una lágrima recorrió su mejilla al fijar la vista en la cámara de fotos que yacía destrozada en una esquina de la habitación. Cada vez que reaparecía en su vida, la devolvía al maldito mundo real, destrozando sus ilusiones y aniquilando sus sueños.

Erik, Erik, Erik...

El hombre le secó la lágrima con el pulgar, y Mónica se revolvió furiosa. Él empezaba a percibir su resistencia, por lo que se tensó sobre su cuerpo. Incluso la propia Mónica estaba asombrada consigo misma, pues jamás había mostrado una actitud que pudiera hacerlo cumplir sus amenazas.

Pero estaba tan hastiada de todo...

—Sssssssh ... —musitó, depositando un beso helado sobre su boca.

Mónica hizo una mueca con los labios. Él gruñó.

—Jamás te haría daño, ha sido culpa tuya, ¿Lo entiendes? —exigió alterado, tratando de convencerse a sí mismo. En general, siempre se mostraba cauto y glacial, sin que las emociones lo descontrolaran. Avasallarla en la habitación de un hotel no entraba dentro de sus planes, pero la presencia de aquel policía lo había puesto nervioso. Con Dominique todo era distinto, pues sabía que la existencia de aquel estúpido no significaba nada para ella. Pero aquel subinspector, la manera en la que lo miraba... — Culpa tuya, mi querida niña. Siempre me he mostrado demasiado comprensivo, e incluso he

permitido que te relacionaras con otros hombres mientras tú pensabas que no te vigilaba, pero con el subinspector te has pasado de la raya... Mónica se estremeció.

Había sido muy discreta con sus anteriores relaciones, cortándolas de raíz cuando creía que podían causarle problemas, pero jamás imaginó que él la vigilaba desde las sombras. Al fin y al cabo, llevaba más de cuatro años sin aparecer en su vida. Hasta que Erik lo inundó todo, aterrorizándolo.

Llamaron a la puerta, por lo que el hombre la zarandeó por los hombros.

—¿A quién has invitado? —le espetó.

—¡Anadie! —exclamó asustada—. Hice lo que me pediste... yo...

El hombre se incorporó de un salto, dirigiéndose enfurecido hacia la mirilla de la puerta. Entonces, chasqueó la lengua contra el paladar, sobresaltado ante la inesperada visita. Regresó a su lado, dedicándole una sonrisa cínica.

—Es ese franchute libertino —desdeñó, como si no le preocupara—. Ese tipo me cae bien. Me gustan sus cuadros.

Ella lo escuchó con recelo. Sabía que tras sus palabras se ocultaba una amenaza velada.

—¿Cómo crees que reaccionaría si adivina lo que ha sucedido aquí?

—insinuó con malicia.

Mónica se tiró al suelo, abrazándose a sus rodillas en una súplica desesperada.

—¡No, por favor! —rogó, negándose a soltarlo cuando él quiso desprenderse de ella con una patada desdeñosa—. ¡No es nada para mí, lo juro!

El hombre se rascó la barbilla, pensativo.

—Lo sé —admitió convencido. Se inclinó para alzarla por los hombros hasta dejarla frente a su cara, dedicándole una sonrisa siniestra—. Tranquila... tranquila... le he encontrado cierta utilidad, mi querida niña.

—No le hagas daño. ¡Pídeme lo que sea, pero Dominique no tiene la culpa!

Él le puso un dedo en la boca para silenciarla, molesto por su insistencia.

—Quiero que poses para él —le ordenó.

Mónica abrió los labios, desconcertada ante la extraña petición.

—¿Cómo?

—Desnuda —le dio un beso en la frente, empujándola hacia la puerta—. Quiero un cuadro pintado por Dominique Anjou y quiero colgarlo sobre mi chimenea. Será un bonito recuerdo.

Ella se detuvo de golpe.

—No.

El hombre le sostuvo el rostro por las mejillas, clavándole los dedos en la tierna carne hasta hacerle daño.

—¿No? —soltó una carcajada áspera, poniéndolo en duda—. Lo harás. Entonces, abrió la puerta de golpe, encontrándose frente a un perplejo Dominique, que lo contemplaba con recelo. El hombre sonrió mientras Dominique se hacía a un lado para permitirle la salida, y accedió a la habitación sin quitarle la vista de encima.

Mónica forzó una sonrisa, pero la palidez de su rostro no le pasó desapercibida.

—¿Te encuentras bien, ma belle? —se preocupó él.

—Sí, es solo que no te esperaba —mintió.

Él trató de besarla, pero Mónica lo rechazó inclinándose hacia atrás.

—Parece que las cosas han cambiado un poco desde la última vez que

nos vimos —comentó sin rencor. Se dejó caer sobre la cama, colocando los brazos bajo la cabeza—. Supuse que algún día sucedería.

Ella se mordisqueó el labio inferior.

—Dominique, eso no es...

—Ven aquí —pidió, haciéndole un hueco en el colchón.

Mónica se cruzó de brazos, espantada ante la idea de compartir el contacto físico con otro hombre tras lo sucedido. Creyó que en sus siete años de ausencia, no volvería a verlo. Al único hombre que necesitaba en aquel instante era a Erik, y tuvo la sensación de que un simple abrazo suyo la reconfortaría.

—Ma douce... ¿Qué sucede? —insistió él, irguiéndose de lado.

Le había crecido el cabello, y los mechones pelirrojos se colaban en sus ojos, confiriéndole un aspecto travieso y etéreo. Dominique le atrapó la mano, atrayéndola hacia él. No intentó volver a besarla, sino que la contempló alarmado.

—Sabes que te quiero, ¿Verdad? —le reclamó. Ella asintió distante, y él le besó los nudillos—. Deseo lo mejor para ti. Mereces ser feliz con alguien que te trate bien. No importa quien sea, pero me temo que me estás ocultando algo.

Ella lo abrazó en un impulso. El pecho de Dominique era cómodo, pero nada podía equipararse a la calidez y la protección que le brindaba el cuerpo de Erik.

—El trabajo me tiene absorbida.

—Uhm... desearía creérmelo —se resignó—. ¿Quién era ese hombre?

—Nadie en particular. Un antiguo conocido —respondió apresurada.

Su nerviosismo fue palpable, pero él decidió no insistir.

—Si te pidiera un favor, ¿Me lo concederías?

Él asintió sin dudar, con aquella actitud risueña que enloquecía a las

mujeres.

—Lo que sea. ¿De qué se trata?

Mónica se desinfló. Si le quedaba algo de dignidad, la perdería si accedía a lo que él le había exigido. Se hallaba en una encrucijada de complicado camino, pues intuía su venganza si ella no acataba sus perversos deseos.

—No es nada.

—Me quedo en la ciudad un par de días por trabajo. Si cambias de idea, sabes que siempre puedes contar conmigo —resolvió él.

Ella asintió.

—Podríamos almorzar juntos, ¿Te parece bien?

Ella rehusó su invitación. Necesitaba estar sola. Quería estar sola.

—No es un buen momento, tengo que ir a un sitio y tomaré algo rápido por el camino.

—Puedo acompañarte.

—He dicho que no.

Dominique se incorporó de la cama, dispuesto a marcharse. En otra ocasión, ella habría intentado detenerlo, pero en aquel instante se sentía derrotada por las circunstancias. Llevaba siete años huyendo de un pasado que acababa de encontrarla, atizándole un doloroso golpe. Siete jodidos años creyendo que todo iría bien. Pero él había regresado.

—Dios sabe que te adoro con toda mi alma, por eso me desconcierta que en todos estos años sigas sin confiar en mí —estaba dolido.

—Podemos almorzar mañana —sugirió con falso entusiasmo.

Él la contempló apenado.

—Un nuevo almuerzo no cambiaría los hechos, pero lo cierto es que no estoy dispuesto a marcharme de la ciudad sin despedirme de ti. Te

recojo mañana a las dos y media —se despidió, besándole la mejilla.
¿Y qué vas a hacer mañana, pedirle que te retrate desnuda para entregarle el cuadro a un psicópata pervertido?

Erik tendió un vaso de agua a aquella mujer a la que los sollozos comenzaban a abandonar. Era delgada y pequeña, una de aquellas personas a la que descifrar su edad sería complicado. Tal vez cincuenta o sesenta años, a razón de algunas canas dispersas por el cabello.

Mientras que permitía que aquella extraña se tranquilizara, él desdobló el pliego de papel que ella le había entregado segundos antes de derrumbarse sobre la silla dispuesta frente al escritorio.

Mía es la venganza y la retribución; a su tiempo el pie de ellos resbalará, porque el día de su calamidad está cerca, ya se apresura lo que les está preparado.

—Es... una cita del Deuteronomio —murmuró, tomando otro sorbo de agua.

—¿Es usted una persona religiosa, señora García?

—Sí, lo soy —respondió sin atisbo de duda.

Erik recabó en los dos párrocos fallecidos.

—¿Qué le hace pensar que una simple cita del Deuteronomio está relacionada con los anteriores crímenes?

La mujer se llevó las manos al rostro, ahogando un sollozo. Con un cabeceo, señaló la bolsa de tela que había dejado olvidada a la entrada del despacho. Un rastro carmesí se intuía bajo la tela, por lo que Erik se colocó dos guantes de látex antes de abrir el envoltorio.

Apartó la nariz para no inspirar el olor putrefacto del miembro ensangrentado. Un oscuro vello hirsuto poblaba la mano del que estaba seguro que era el primer clérigo fallecido.

—Conocía a los dos fallecidos —adivinó Erik.

—Tan solo al primero. Me dediqué a ayudar en las labores sociales de su parroquia durante un par de años.

Así que todo estaba relacionado con la primera víctima

—¿Dónde lo ha encontrado?

—En el buzón de mi casa. Gracias a Dios que vivo sola y ninguno de mis hijos lo ha visto.

—Señora García, ¿Qué edad tiene?

La mujer parpadeó confundida, pero en seguida respondió.

—Tengo sesenta y un años, señor.

—¿Durante qué periodo permaneció dedicándose a las labores sociales en aquella parroquia?

—Apenas un par de años permanecí por la zona, pues me mudé de vivienda y continué dedicándome a las labores sociales en una parroquia más cercana. Hace veinticinco años de aquello.

—¿Tenía algún enemigo por aquel entonces?

Vislumbró un gesto de duda en el rostro femenino, antes de que se recompusiera.

—No tengo enemigos.

—¿Los tenía el párroco?

—Me es indiferente, la verdad. Nuestra relación era cordial y poco más. Apenas sabía nada de él.

—Y sin embargo, está segura de que esa mano le pertenece.

El rostro de la mujer se encendió.

—Si pretende acusarme de algo...

—Sucedió hace veinticinco años, pues usted estaba presente. Al parecer, el asesino que andamos buscando la culpa a usted de algo que sucedió por entonces, pero me temo que no voy a poder ayudarla sino es sincera conmigo.

—¡No he hecho nada que...!

Ojeó la amenaza vertida contra la primera víctima.

Ni con mil vidas vividas lograrías resarcir el daño que me provocaste.

Tu dolor será mi venganza.

Venganza.

Hace veinticinco años sucedió algo por lo que una persona se estaba vengando, y él pretendía descubrir la razón. Aquella mujer mentía, no le cabía la menor duda.

—¿Fue consciente de un pecado cometido por su párroco y no fue a la policía, se trata de eso? El asesino la hace a usted tan culpable como a los anteriores fallecidos.

—No tengo la menor idea de lo que pudo suceder —insistió tajante—, pero exijo que descubran a ese malnacido. Y quiero protección.

Erik empezó a impacientarse.

—¿Cree que eso va a evitar que se descubra la verdad?

—No tengo nada que ocultar.

—En ese caso, no debe preocuparse. Seguro que esas amenazas han sido una equivocación —replicó, reclinándose en su asiento.

La mujer soltó un alarido, y el vaivén de su cuerpo provocó el destello de la cruz plateada que pendía de su cuello. Erik no era creyente; el fallecimiento de su padre lo había convertido en un cínico respecto al Más Allá. Y su intuición le advertía que aquel crimen no estaba relacionado con los fieles, sino con las personas que ocultaban secretos tales como los de aquella mujer que evitaba mirarlo a la cara.

—¿Es que no va a hacer nada? —inquirió, aterrada y a la vez furiosa—. ¡Mi vida está en peligro!

—¿Por qué razón?

—No busque razones a las perturbaciones de un psicópata.

—Un psicópata que clama venganza. Su silencio no evitará que otras personas sean asesinadas, ¿Podrá soportar esa carga sobre sus hombros mientras le ofrezco protección policial? Lleva veinticinco años ocultando un secreto que ha acabado con la vida de dos hombres. A diario me enfrento con personas que mienten, y usted es la clase de mujer que pretende irse al infierno con un secreto que matará a más gente. No crea que su fe puede salvarla.

—Yo...

Erik la contempló expectante, convencido de que sus palabras habían obrado el efecto adecuado. Podía percibir cómo se derrumbaba entre la duda y la vulnerabilidad, demasiado hastiada por un secreto que ocultaba desde hacía años.

—Engañaba a mi marido —dijo, en un susurro.

Erik se inclinó sobre el escritorio, para escucharla mejor.

—No entiendo qué relación guarda su infidelidad con la muerte de...

—Se suponía que el párroco debía mantener el sigilo sacramental, y yo necesitaba sincerarme con alguien porque no aguantaba más aquella carga —confesó derrotada—. Mi marido era un hombre de familia adinerada, y poseía los contactos suficientes para arrebatarme a mis hijos si me decidía a divorciarme de él. Yo no era más que la hija de un tendero, ¿Lo entiende? Me habría destrozado la vida. No estoy orgullosa de lo que hice.

—¿Qué hizo?

—Guardar aquel secreto que me ha torturado durante veinticinco años

—buscó su mirada, clamando por un perdón que Erik no era el indicado para otorgarle—. Un día llamé a la puerta de la casa particular del párroco para entregarle la colecta de la obra social, y lo que encontré...

Se llevó las manos a los ojos, prorrumpiendo en un nuevo sollozo. Tomó un pañuelo de tela de su bolso para enjugarse las lágrimas, e inspiró para continuar con la narración de aquella historia que la torturaba.

—Lo encontré medio desnudo, abusando de un chiquillo de apenas seis o siete años.

Erik contuvo el aliento.

—Al ver aquella escena, vestí al pequeño y comencé a gritar al párroco. No podía creer lo que veían mis ojos, y le dije que lo denunciaría.

—Pero no lo hizo.

—No pude —su voz sonó ahogada por la culpabilidad.

—Porque la amenazó con desvelar su infidelidad —intuyó en voz alta.

La mujer asintió, resignada por un pasado que la atormentaba.

Durante años, había ocultado su pecado bajo la contribución a distintas obras benéficas que ocupaban la mayor parte de su tiempo.

Había sido una esposa y madre anegada, olvidándose de sus propias ilusiones.

—Todos los días me arrepiento de mi decisión. Todos los días recuerdo la mirada de aquel niño, implorando mi ayuda.

Erik se sintió asqueado.

—¿Qué sucedió con el niño?

—El momento más duro de mi vida fue cuando tuve que soltar la mano de aquel pequeño para siempre. Lo dejé a expensas de aquel abusador... —se limpió las lágrimas que le empañaban el rostro—. ¡Qué

Dios me perdone, porque yo no puedo!

—¿Recuerda el nombre del niño, algo que pudiera identificarlo?

—No lo sé. No lo había visto antes, la verdad. No lo recuerdo como uno de los niños del vecindario.

Erik asintió.

—Le colocaremos protección, señora García.

—Merezco morir, pero el Más Allá me aterra —acarició con los dedos la cruz que pendía sobre su pecho—. ¿Usted cree en Dios?

—Creo que tarde o temprano, todos pagamos por los crímenes cometidos.

La mujer asintió, forzando una débil sonrisa.

Tras informar a su superior de lo averiguado, la mujer fue encargada a una patrulla policial que le ofrecería protección. Al cabo de unos minutos, Pepe Roldán apareció en su despacho, dejándose caer sobre la silla con enorme esfuerzo.

—Venganza —se rascó la barbilla pensativo—. Tenemos que encontrar a ese niño que ahora es adulto, pero será como buscar una aguja en un pajar.

—Tal vez no. En la parroquia existe un registro, podemos empezar por ahí. Además, buscamos a un varón que ronda la treintena. Aunque hay algo que aún no entiendo; ¿Qué pinta en todo esto el segundo párroco?

—Buscaremos en los registros de la segunda parroquia, por si puede arrojar algo de luz al asunto.

Pepe se incorporó para marcharse, pero antes de abrir la puerta, se detuvo pensativo.

—Jamás serás un buen inspector si no eres capaz de liderar un equipo humano, hijo —le aconsejó.

—Jesús quiere mi puesto, señor.

—Lo sé —admitió Roldán. Abrió la puerta y dijo—: tendrás que demostrarnos que tú eres la mejor opción.

Aquella conocida sensación de calor que le hormigueaba todo el cuerpo, acompañada de la expectación. Y el hambre. Seguida por una ansiedad que lo atizaba cada vez que se producía el reencuentro, que era inminente. Enloquecido de deseo, porque no había conocido a una mujer como aquella. Una diosa de cabello dorado y facciones felinas repleta de secretos que anhelaba descubrir.

Si existía una palabra para definirla, encabezaría la lista el término *complicada*. Exótica, volátil, misteriosa y magnética. Así, con un carácter de mil demonios que él deseaba aplacar con sus besos, hasta que aflorara la ternura interior, imbuida por una dulzura subyugante, de aquellas que podían vencer la templanza de un hombre con una simple sonrisa.

A veces atrevida y otras receptiva, pero siempre se mostraba cauta. Había descubierto que era la clase de mujer que destapaba las cartas sobre la mesa, exponiéndote sus reglas.

¿Por qué razón era incapaz de dejarse llevar? No quería ejercer la voz cantante ni ser autoritaria, es que no podía ser de otro modo. Él lo intuía, desconcertado ante aquella personalidad tan ambigua y voluble, sopesando si merecía la pena adentrarse en un misterio llamado Mónica.

Se debatía entre regresar por donde había venido o continuar su camino, cuando la presencia de un hombre pelirrojo abandonando la habitación de Mónica lo obligó a cruzar el pasillo con paso acelerado. El pelirrojo poseía un aire melancólico, de artista bohemio. Erik no

sabía si lo había reconocido por la arrogancia con la que firmaba sus cuadros o por aquel acento parisino que empleó para dirigirse a él con una palabra que no comprendió. Le devolvió el saludo, más cortante de lo que habría deseado.

El hombre lo rodeó con interés, y él le dedicó una mirada fulminante.

—Siempre supe que la cambiaría alguien como tú —comentó, observándolo con la curiosidad propia de un artista. Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, él añadió—: no se ha acostado conmigo porque te desea a ti.

Algo violento se removió en el interior de Erik, abrasándole las entrañas.

—Guarda tu lengua o te la corto, imbécil.

El desconocido retrocedió, pero no borró su sonrisa impertinente. A Erik lo descolocó, pues parecía satisfecho ante aquella respuesta.

—Sí, pareces su tipo... —decidió. A Erik le importaba poco su opinión, pero lo cierto era que en aquel momento lo deseaba todo lo lejos posible de Mónica —Ya es hora de que la vida le sonría, ¿No crees? Pero si le haces daño, te mataré.

No fue el aire despreocupado con el que formuló aquella advertencia la que provocó que lo tomara en serio, sino la mirada desafiante que clavó en él. Debía reconocer que aquel pelirrojo desgarbado y flacucho poseía las agallas suficientes para plantarle cara a un hombre que le sacaba una cabeza.

—En todo caso lo intentarías.

—Lo haría, no te quepa la menor duda —dedicó una breve mirada a la puerta cerrada—. Parece otra persona, como si la hubiera conocido hace siete años —comentó distraído. De nuevo, Erik no lo comprendió—. No es la clase de mujer que habla abiertamente de sus

problemas, Tu sais? Me preocupa... que algo le haya sucedido. Tal vez esta ciudad...

—Nada puede sucederle en esta ciudad —zanjó Erik.

Ni conmigo.

Dominique abrió los ojos como platos.

—Cuidala, si te deja.

Antes de que Erik pudiera ofrecerle un comentario impertinente a aquel francés metomentodo, la puerta de la habitación se abrió de par en par, descubriendo a una atónita Mónica. Erik percibió que ella ladeaba la cabeza con nerviosismo hacia ambos lados del pasillo, como si buscara a alguien. No pareció del todo tranquila al comprobar que no existía nadie en el pasillo aparte de ellos, y lo sobresaltó al agarrarlo de la camiseta y empujarlo al interior de la habitación.

—¿Qué haces aquí? —le recriminó.

Pese al desencanto que experimentó, trató de enmascararlo con cordialidad.

—Hola, ¿Qué tal estás? Me alegro de verte..., es lo que se suele decir a la hora de saludar a una persona.

—¿También si el anterior encuentro con esa persona fue un desastre?

—El final fue un desastre, pero todo lo anterior me resultó muy agradable —la corrigió.

Ella suavizó la expresión, complacida aunque fingiera lo contrario.

—Dijiste que no querías volver a verme en la vida.

—Puse en duda tu afirmación, que no es lo mismo. Estaba cabreado, me otorgaste razones para estarlo. Y sin embargo, aquí estoy —se adentró en la habitación caminando a sus anchas, pese a que ella trató de impedirselo—. Llámame loco. Me gusta estar contigo.

Mónica no pudo disimular más, por lo que clavó la vista en el suelo. Si

inclinaba la cabeza hacia arriba, él descubriría su sonrisa de idiota, pues había fantaseado durante demasiado tiempo con el hombre que lamiera todas sus heridas. Siete años, para ser exactos. Y ahora que encontraba a alguien que le brindaba justo lo que necesitaba, el pasado regresaba poderoso para atizarle un nuevo golpe.

—¿Qué haces aquí, Erik?

Quería escuchar que él estaba allí porque la echaba de menos, la necesitaba tanto como ella a él y deseaba conocerla un poco más, aunque fuera imposible. El mundo estaba repleto de imposibles maravillosos, al fin y al cabo.

—Sara me ha pedido que te acompañe a un lugar. La tienes preocupada.

Todo su ego se desinfló, catapultándola de regreso a la realidad. Un azote de cordura llenó su cerebro para hacerla sentir como una mierda.

—Ah, eso.

De repente, él la cogió de los hombros para estrecharla contra su cuerpo. La cercanía la sobresaltó hasta que el deseo de fundirse con él inundó cada poro de su piel. Miró sus labios, tentadores y carnosos. Un hombre no podía poseer una boca tan ancha y apetecible y pretender que una mujer no deseara besarlo.

—No creas que no quiero estar contigo —confesó.

La revelación le produjo un cosquilleo en el estómago.

—Todas y cada una de las partes de mi cuerpo quieren estar contigo, Mónica —la apretaba con fuerza, como si soltarla fuera una locura—. No te voy a engañar. Me moría de ganas de verte, pese a lo sucedido anoche. La petición de Sara no ha sido más que una excusa barata para plantarme delante de tu habitación.

—Por favor, no sigas. Haces que desee quedarme toda la vida a tu lado.

No la tomó por sorpresa al besarla; era inminente. La subyugó el contacto de sus labios y la forma delicada y anhelante que él empleó al hacerlo. Un beso que denotaba cariño, casi devoción. De aquellos que te hacían regresar a por más, o quedarte a recordarlo para siempre.

—Quédate cuanto quieras —le habló contra los labios.

Volvió a besarla.

—Días, semanas, meses...

La besó otra vez.

—Te pedí que no te marcharas hasta que lograra ponerle nombre a lo que siento.

Le dio un nuevo beso. Mónica permanecía con los ojos cerrados, extasiada ante las sensaciones que la desbordaban. En toda la vida la habían besado así.

—Sé que no te soy indiferente —le hizo saber. No sabía si la confianza que denotaba en sí mismo la agradaba o la irritaba, el caso es que tenía razón—. Todo explota cuando nos besamos. Lo sientes, debes sentirlo...

Esa vez, su voz denotó cierta ansiedad. Vulnerabilidad.

—Atracción —calificó ella con voz queda.

—Es más que eso. Bien lo sabes —rugió.

—No lo es —mintió. A él y así misma.

Si se convencía de lo contrario tal vez fuera más fácil separarse de él. Erik se apartó de ella, agotado por su reticencia. Comenzaba a sentirse como un estúpido que corría tras una mujer que le daba largas, pero la intensidad de los besos compartidos y el deseo que vislumbraba en los ojos gatunos lo desconcertaban.

—Dime una cosa, ¿Eres así con todos los hombres o solo te diviertes conmigo para hacerme quedar como un idiota? —habló su resentimiento.

Ya era tarde para arrepentirse.

Mónica intuyó que se refería a Dominique, al que probablemente habría descubierto saliendo de su habitación. El odio la embargó. No tenía derecho a insinuar que era una mujer frívola y coqueta, sobre todo si su vida se alejaba tanto de la realidad.

—Son tus palabras las que te hacen quedar como un idiota. Si vas a insinuar algo, dímelo a la cara.

—No hace falta que lo insinúe, rubia. Es evidente.

Aquello fue demasiado para contenerse. Si él supiera... si él supiera... La rabia se apoderó de ella, eclipsándolo todo. El beso, las anteriores palabras amables y la mirada cálida fueron desterradas por un arrebatado de rencor contra la vida, la injusticia y el pasado.

—Me voy a callar mi opinión porque no existen insultos suficientes que te califiquen..., ¡Gilipollas! —terminó explotando.

Se dio la vuelta con brusquedad porque si continuaba contemplando aquella sonrisita ladina le estamparía un puñetazo. Trató de calmar la respiración agitada, pero todo se fue al garete al percatarse de que él se aproximaba. Aquella respiración pesada y caliente le bañó la nuca hasta que el vello de su piel se erizó. Si eso es lo que producía en ella sin tantearla, no podría soportar que le pusiera las manos encima, pues cada vez que la tocaba se desataba un infierno en su interior.

—Qué contradictoria —murmuró a su espalda. Pudo imaginar la sonrisa ancha y provocadora de él. Entonces, Erik deslizó las manos sobre sus hombros en una caricia lenta y estudiada—. Me insultas pero estás deseando correrte con mis manos.

Se revolvió como una fiera para golpearlo. Aporreó los puños contra su pecho en un alarde de histeria del que no se reconoció. Erik ni siquiera se inmutó. Parecía que aquella reacción no lo había tomado por sorpresa. Con inusitada calma, agarró sus muñecas para detenerla mientras que Mónica no oponía resistencia, pues se sentía aturdida de su propio comportamiento.

Una vez se hubo tranquilizado, le habló con la barbilla alzada y toda la mala leche que pudo reunir.

—Estoy segura de que ya estás conforme. Acabas de demostrar que puedes sacarme de mis casillas.

A Erik le brillaron los ojos mientras recorría el cuerpo de ella. Mónica esquivó la mirada, se le acercó el pulso y sintió la tentación de echar a correr, pero sus pies se quedaron anclados al suelo. Frente a él. A su lado. Porque era lo que en realidad deseaba.

—No lo estoy —sacudió la cabeza y aproximó su cuerpo al de ella—. Si lo estuviera no me moriría de ganas de hacer esto.

La atrajo hacia sí para besarla sin tomarla por sorpresa. No lo hizo porque a ella le pareció la opción más razonable, pero en cuanto la boca de Erik se aplastó contra la suya una maraña de emociones le oprimió el estómago. Las manos de él le sostuvieron el rostro y los pulgares le acariciaron las mejillas. Tenía una forma de besarla a caballo entre la rudeza y la dulzura. Denotaba hambre y cariño. Pasión y todas las cosas bonitas por las que el mundo merecía la pena.

El cuerpo de Erik se sacudió contra el suyo.

—Abre la maldita boca... por favor —suspiró—. Me muero de ganas por hacerte tantas cosas que no sabría por donde empezar.

Aquella súplica la hizo espabilar. Sus labios se entreabrieron para dar acceso a una lengua que la devoró. Sabía al café compartido de la

mañana y a una promesa de sexo que la drogaba. Gimió contra la boca de él mientras Erik le sostenía el rostro como si no quisiera dejarla escapar. Fue un beso largo y cargado de afecto. Y de disculpas. Se habían dicho demasiadas cosas que ahora no tenían sentido.

Cuando se separó de ella, posó la frente sobre la suya y suspiró.

Mónica temblaba de la cabeza a los pies, porque desconocía cómo alguien podía hacerla sentir de aquella manera con un simple beso.

—Si vuelves a besarme otra vez te juro que te obligaré a que continúes —musitó.

Él la miró a la cara.

—No sería necesario que me obligaras, Mónica.

Se alejó, perturbada por la intención salvaje que descubrió en sus ojos. No estaba preparada para el sexo tras lo sucedido en su habitación. Siete años atrás, había conseguido superar su temor al contacto físico, pero el regreso de aquel acosador había avivado los demonios que le hablaban de un sexo que no podía coexistir sin el dolor.

De repente, un pensamiento la aterrorizó.

¿Y si él descubría que Erik la había visitado en su propia habitación? Su ira no se haría de rogar...

Necesitaba apartarse de él, pese a que su corazón le rogaba lo contrario. Rodó los ojos hacia otra parte que no fueran los de él, que clamaban por su atención emanando una emoción salvaje.

—Llego tarde a... —se detuvo, pues carecía de valor para admitir que asistía a un psicólogo nutricionista.

—Sí, Sara me ha pedido que te acompañara. Dice que es importante para ti.

Mónica tensó todo el cuerpo, sintiéndose traicionada. Se suponía que

su trastorno nutricional sería un secreto entre ambas, por lo que no comprendía por qué Sara le había pedido a Erik que la acompañara. A no ser que temiera que ella abandonara el tratamiento mientras estaba lejos de Madrid. De hecho, se había mostrado insistente para que Mónica acudiera a una clínica de la ciudad, pues la asustaba que volviera a recaer si su psicólogo habitual no la trataba durante el viaje.

—Prefiero ir sola, Erik —decidió. Intentó no irritarse al comprobar el gesto de escepticismo de él —. Esto no es agradable para mí, y tenerte pululando a mi alrededor solo conseguirá que me sienta más incómoda.

—Lo entiendo —dijo sin más.

—¿Lo entiendes? —preguntó aliviada. Lo tomó del antebrazo, y él asintió esquivo—. Agradezco tu preocupación, de veras que lo hago. Es solo que...

—No quieres sentirte juzgada.

Que el adivinara la razón de su angustia la asombró.

—Debe de ser agotador.

—¿Aqué te refieres?

—Fingir frente a todo el mundo que no tienes ningún problema.

—Deja de aparentar que me conoces —reclamó irritada.

Él le tomó la mano para acariciarle los nudillos.

—Si te conociera no me moriría de ganas por descubrir todos tus secretos.

—No necesito que nadie me consuele —decidió enfadada—, y mucho menos que sienta lástima por mí.

—¿Por qué, es lo que suele sucederte cuando le cuentas a la gente la verdad?

Que la encarara de aquella forma comenzó a sacarla de sus casillas.

—No voy por ahí contando mis secretos.

—Me lo suponía. Por eso eres tan intrigante.

—¿Te resulto intrigante? —lo encaró—. Pues tal vez deberías replantearte tus convicciones. Padezco bulimia desde los trece años. Apuesto a que ahora no te resulto tan atractiva, ¿Verdad? No te resultaría agradable sujetarme el pelo mientras vomito —su voz destiló rabia. Contra todo pronóstico, Erik trató de acercarse a ella, pero Mónica se lo impidió soltándole manotazos que él esquivó mientras se aproxima a su cuerpo—. ¡Déjame, no necesito ni tu compasión ni tu lástima!

No podía mirarlo a la cara tras aquella confesión, pero necesitó comprobar su expresión delatora. Aquella con la que todos la juzgaban, para humillarla un poco más. De reojo, se encontró con la mirada atenta de él, que insistía en encontrar la suya. No halló rastro de repulsión, sino un interés desmedido y sincero por conocer su historia.

No la estaba juzgando.

—Estate quieta. Vas a hacernos daño a los dos —le ordenó tajante. Al comprender que él no se dejaba impresionar por su arrebato histérico, y que pese a su actitud fuera de lugar continuaba a su lado, ella se quedó paralizada—. Quiero conocer tu historia, y luego déjame decidir a mí lo que me provoca.

Respiró de manera acelerada.

—Debes de tener muchísimos defectos —comentó enfurruñada—, algo más aparte de mostrarte comprensivo y persistente conmigo, ¿No?

El temblor de su voz la delató, lo que provocó que Erik le dedicara una sonrisa cargada de ternura. Deseaba a aquella mujer, y ni siquiera su empeño por mantenerse apartada de todo aquel que le tendía una

mano lograría disuadirlo.

—Algunos tengo. Los descubrirás si te quedas conmigo el tiempo suficiente.

Toda la vida. No me lo pidas dos veces.

Ella se cruzó de brazos, esforzándose en mantener una actitud defensiva.

—No debes sentir vergüenza, cariño —extendió sus brazos para ofrecerle un consuelo que nadie le había brindado antes—. Ven aquí. Mónica contempló su pecho con duda, pues se moría de ganas de recibir un abrazo. Era todo lo que necesitaba en aquel momento, pero no debía ser egoísta. La vida la había enseñado a ser cauta y rechazar sus propios sueños.

—Mónica.

Su nombre pronunciado por aquella voz grave fue decisivo para que arrastrara los pies con vacilación hacia él. En cuanto la tuvo a una distancia cercana, él tiró de ella hasta apoyarla sobre su pecho.

—De ninguna manera voy a permitir que pases sola por algo semejante —le susurró al oído.

Mónica apretó los labios. Él no debería haber aparecido en su vida justo en el momento más complicado.

—No es justo... eres la primera persona que lo sabe y no piensa que es una chiquillada.

Creyó que lo había dicho en silencio hasta que él respondió.

—Cuando te miro no veo a una niña, sino a una mujer. Alguien inteligente, hermosa y que se enfrentó a un asesino con tal de salvarme. ¿Crees que un trastorno alimentario puede alejarme de ti? No sabes lo equivocada que estás. Soy persistente, voy a demostrártelo.

—¡No quiero que me demuestres nada!

¿Cómo decirle que los ponía en peligro a ambos si no se apartaba de ella?

—Dame una oportunidad.

Ante aquella petición inesperada, Mónica lo miró desconcertada. Sin poder evitarlo, alargó una mano hacia su rostro para acariciarle el mentón, hasta que llegó a la boca. Él no dejaba de mirarla a los ojos, como si esperara una respuesta.

—Eres un hombre bellissimo.

Parecía extasiada, y aunque una parte de él se sentía halagada, abrió la boca para mordisquearle los dedos y así captar su atención.

—Solo una.

Mónica jadeó al sentir aquel contacto en apariencia inocente.

—No puedo hacer tal cosa. Si te doy una oportunidad, me enamoraré de ti.

La máscara continuaba en el mismo escritorio sobre el que la había abandonado. En general, era un hombre ordenado, pero los últimos acontecimientos lo habían puesto nervioso. Todo estaba revuelto en la habitación, desde los papeles dispersos por el suelo hasta los instrumentos que utilizaba para torturar a sus víctimas. Todo, a excepción de aquella máscara sobre la que ella había posado sus labios.

Una sacudida de excitación le recorrió el cuerpo.

Se dejó caer sobre la silla, agarrándose el cabello. Tirando de él con fuerza para hacerse daño a sí mismo por haber errado por segunda vez.

—¡Tú! —gritó fuera de sí.

Señaló la fotografía de un hombre pegada en la pared, rodeada del resto de personas que alguna vez en la vida se habían burlado de él. Tan solo dos estaban tachadas. La venganza contra la tercera mujer debería esperar, pues el haber acudido a la policía había alterado sus planes. Debía ser prudente, pero lo cierto era que tarde o temprano se vengaría de aquella devota furcia. De ella y de todos los demás. Había un hombre en el centro. Su décima víctima. El final de su obra de arte.

—Subinspector Erik Rodríguez —murmuró con desprecio.

Lanzó un dardo puntiagudo que acertó sobre el ojo derecho del hombre. Maldito fuera él y el resto por haberlo hecho sufrir. Todos tenían la culpa, pero la venganza sería su salvación. Había esperado

veinticinco años para iniciar su obra de arte.

Veinticinco largos años, sollozando por las noches debido a los abusos sufridos.

Tomó lápiz y papel para escribir una carta a la que sería su víctima número diez. Su víctima favorita. Pues el subinspector Erik Rodríguez poseía todo lo que él había deseado, incluida la atención de aquella deliciosa mujer rubia que pronto sería suya.

La venganza era una plato que se servía frío... y lleno de sangre.

Si te doy una oportunidad, me enamoraré de ti.

¿Qué cojones significaba aquello?

Asu cabeza acudía siempre la misma frase, martirizándolo. Mientras permanecía sentado a su lado dentro de aquella sala de espera, deseó preguntarle por qué demonios sería tan terrible que ella se enamorara de él.

Se sentía dolido, pese a que se empeñaba en mantener una expresión inescrutable y distante. Deseaba ayudarla, pero la conmoción que las palabras de Mónica le habían producido persistían en su humor.

No quería enamorarse de él. Al parecer, aquello le causaría más dolor que placer.

Tras aquella sinceridad tan aplastante, había tenido tiempo de ver la cámara destrozada en un rincón de la habitación. La cámara con la que lo había fotografiado. No pudo evitar preguntarle por lo sucedido a su preciado objeto, y ella se había mostrado muy nerviosa.

—La rompí en un arrebato —respondió.

A Erik le pareció que mentía.

—*Me resulta muy extraño que rompieras algo a lo que le tienes tanto aprecio.*

—*¡He dicho que la rompí! Me arrepentía de haberte hecho una fotografía, ¿De acuerdo?*

Desde entonces no se habían dirigido la palabra, y Erik se sentía confuso. No podía comprender que una mujer se mostrara a veces abierta y otras reacia a su contacto. Su parte orgullosa le decía que ella estaba burlándose de él, pero su instinto rechazaba aquella hipótesis. Había percibido su dolor y su pánico.

¿De qué tenía miedo Mónica? Tal vez, la explicación a su comportamiento se debiera a un factor externo... o a una tercera persona.

No era estúpido, y su trabajo lo había enseñado a ser observador. La otra noche no le concedió importancia a aquel gesto tan corriente, pues su enfado no le había permitido ir más allá. Pero ahora, pensativo, recordaba el instante en el que mientras él charlaba con sus compañeros de trabajo, Mónica había observado la pantalla de su teléfono móvil y su gesto había cambiado. Acto seguido había echado a correr.

Una tercera persona.

Estaba profundizando en aquella hipótesis cuando la recepcionista entró en la sala de espera.

—Mónica Laguna, la doctora la está esperando en la consulta —le informó la mujer.

Ella se incorporó con gesto adusto, pero el brillo carmesí de su boca le indicó a Erik que estaba nerviosa. Le rozó la mano para infundirle ánimo.

—Todo saldrá bien —le dijo.

Si ella lo escuchó no dio muestras de ello, pues siguió a la mujer como si se tratara de un robot. Parecía abstraída de la realidad.

¿Qué ocultas, Mónica? Sea lo que sea, te prometo que lo descubriré

Iba allí obligada, así que aquella mujer que la recibió con una sonrisa profesional no debía esperar a una jovencita displicente que deseaba contentar a sus padres. Cuanto antes acabaran con aquello, antes podría largarse de allí.

Su psicólogo habitual no había efectuado ningún avance en ella, pese a que Mónica obedecía las pautas que él le marcaba. Tenía que admitir que siempre le había resultado un hombre antipático, por lo que mostrarse soberbia con él le otorgaba cierto placer.

En el fondo detestaba a los hombros, desde su maldito padre hasta su acosador. Así que encontrarse con una mujer en lugar de con el típico psicólogo de rostro distante la desconcertó. Detestaba que la tomaran por sorpresa, y Sara lo sabía. Debía ser ella quien manejara la situación, y Sara lo sabía. Fuera de sus reglas se sentía perdida y asustada, y Sara lo sabía.

Maldita seas, Sara Santana. Te juro que esta es la última vez que acato tus estúpidos consejos.

—Buenos días, señorita Laguna —la mujer le tendió una mano que ella estrechó, pero cuando quiso soltarla, la condujo hacia un sofá de dos plazas en el que tomó asiento a su lado. La cercanía de aquella terapia la desconcertó—. Mi nombre es Marta, y desearía que nos tuteáramos.

—Si te sientes mejor así, no hay problema —su voz destiló desdén. Marta no perdió la sonrisa. Desplegó un cuaderno repleto de

anotaciones sobre sus rodillas, y frunció los labios al comprobar algo que había llamado su atención.

—He estado charlando con tu psicólogo habitual, un tipo de lo más... correcto —dijo, buscando la palabra adecuada.

Imbécil era el término con el que ella lo habría descrito. Detestaba aquel aire de autoridad que él trataba de imponerle, pues aquel tipo suponía que su trastorno se debía a un motivo frívolo por el que ella trataba de concederse cierta importancia.

—Quiero que sepas que mis métodos no son los habituales —la informó. Mónica afloró una mueca. Había escuchado aquella patraña tantas veces que empezaba a resultarle divertida. La psicóloga no se percató de su escepticismo—. Si aceptas mi ayuda, dejarás de tomar antidepresivos y la sinceridad entre nosotras será fundamental.

—No tomo antidepresivos —la corrigió.

El rostro de Marta no se alteró. Al parecer lo intuía.

—En las notas que me ha pasado tu psicólogo habitual, determina que padeces bulimia nerviosa purgativa. Te ha prescrito varios fármacos antidepresivos a los que dice que te resistes.

—Ir grogi no es mi estilo.

Le pareció que Marta sonreía, o tal vez fue un espejismo.

—Trabajas en una revista de moda.

Mónica empezó a divertirse. Ahora era el momento en el que aquella licenciada le diría que el frívolo mundo textil era la causa de su trastorno.

—Sí.

—Pero el trastorno empezó cuando cumpliste trece años. Y estudiaste historia, sin embargo.

Monica asintió, tensa como una vara. No le agradaba lo que implicaban

las palabras de aquella psicóloga, pues controlaría la situación mientras Marta caminara por la parte superficial de su historia.

—Todo trastorno alimentario tiene una causa, un porqué. Si logramos identificar el motivo de tu desorden alimentario, erradicarlo será más sencillo. La bulimia nerviosa es una patología en la que la persona se autoinflige daño a sí misma. Al contrario de lo que opinan ciertos psicólogos, la búsqueda de la perfección física no es más que una de las muchas causas que pueden propiciarla.

—Tengo mi diario de comidas, podría echarle un ojo por si he hecho algo mal —le ofreció Mónica, inquieta ante el curso que habían tomado los acontecimientos.

—Sí, las pautas de alimentación son básicas en la terapia. Me consta que sueles seguirlas, pero tu verdadero problema son los atracones que intentas disimular con vómitos y ejercicio intenso —determinó, desechando el cuaderno que Mónica le ofrecía—. Me gustaría probar algo contigo.

—Tú eres la psicóloga —contestó con sequedad.

—¿Te relajas con facilidad? ¿Te cuesta conciliar el sueño por las noches?

Mónica pensó en sus constantes pesadillas, que la desvelaban cuando el sueño había conseguido vencerla.

—Yo... no sé. A veces, supongo.

Marta se incorporó para dejarle espacio en el sofá.

—Túmbate.

Mónica se echó con los ojos abiertos como platos.

—Sería conveniente que cerraras los ojos.

Hizo lo que le ordenaba tras soltar un suspiro.

—Respira tranquila, inhala y exhala el aire. Coloca ambas manos

sobre el vientre y siente como se llena de aire. Inhala y exhala. Inhala y exhala.

Mónica comenzó a impacientarse. La sensación de permanecer con los ojos cerrados junto a una completa desconocida le provocaba náuseas, pese a que trató de relajarse. Se removió sobre el sofá mientras escuchaba las indicaciones de Marta.

—Respira hondo y profundo. Inhala, exhala... —la voz de Marta era firme y cálida—. Aprieta tus puños y nota la tensión en tus manos y antebrazos —transcurrieron cinco segundos hasta que volvió a hablar—. Ahora libera la tensión y relájate, comprobando la diferencia. Inhala, exhala... inhala, exhala...

Sintió el hormigueo placentero que le recorría los antebrazos. En realidad, se sentía relajada y en paz al liberar la tensión acumulada. Los segundos transcurrieron y repitió la acción con sus bíceps, tríceps y hombros.

—Inhala y exhala... tú eres la dueña de tus emociones. Libera la tensión; inhala y exhala... —Mónica expulsó el aire por la nariz, destensado los hombros—. Inclina la cabeza hacia delante para tocar tu pecho con la barbilla, y mantén la posición durante varios segundos. Al hacerlo, Mónica sintió una presión incómoda en la garganta. Todo se volvió oscuro y deprimente. Recordó las manos de él, aferrando su garganta hasta que le faltó la respiración. Aquella conocida sensación de asfixia, la sensación de sentirse vulnerable... la tensión...

Me asfixio, me asfixio... ¡Aire!

—¡No! —gritó.

Abrió los ojos de par en par y se incorporó de golpe, abrazándose sus rodillas. Marta no hizo comentario alguno. Se alejó para ofrecerle espacio y regresó al cabo de unos segundos con un vaso de agua que

Mónica devoró.

—Tienes problemas para relajarte —determinó, colocándole una mano sobre el hombro. Mónica se apartó de su contacto, molesta por la cercanía de aquella extraña que había acertado de pleno—. Recuerda que tú eres la dueña de tus emociones. Nadie puede hacerte daño aquí —señaló su cabeza con un leve toquecito.

Le pidió que se colocara frente a un espejo de cuerpo entero en el que Mónica se vio reflejada. Vestida con aquel mono color champagne, su cabello resaltaba sobre los pálidos hombros.

—¿Qué ves cuando te miras al espejo? —le preguntó. Como si intuyera su respuesta, se apresuró a añadir—: la verdad.

Mónica contempló a la mujer de rasgos afilados. Los ojos verdes proyectaban tristeza y temor, y el delgado cuerpo poseía unas curvas suaves y atractivas. La boca curvada en una sonrisa cínica, impertinente hacia sí misma. Ladeó la cabeza, incapaz de mirarse durante más tiempo.

—Es... confuso.

—¿Qué ves? —insistió Marta.

—Es atractiva... pero no me gusta.

—¿Por qué no?

—Es débil. Por muy hermosa que sea, es débil.

Marta susurró a su oído.

—¿Qué ha hecho para ser débil... o qué no ha hecho?

Percibió el aliento cálido de la mujer en el lóbulo de la oreja, provocando que se estremeciera.

—¡Deja de acercarte a mí de una puñetera vez! —rugió.

Aquel grito histérico provocó que Marta retrocediera.

—No quieres ser perfecta —decidió maravillada. Mónica notó la

humedad que resbalaba por su mejilla, por lo que se la borró de un manotazo—. No tiene nada que ver con tu aspecto, no en ese sentido. Eres consciente de que eres hermosa.

—Creí que la terapia duraba veinte minutos, tengo prisa... —murmuró esquiva.

—Hay ciertos factores de riesgo que explican la bulimia, factores desencadenantes... —Mónica se colgó el bolso al hombro. No quería escucharla. Ya no—. El bullying, las exigencias familiares... —comenzó a enumerar. Mónica caminó hacia la puerta, pero Marta la persiguió—, la sobreprotección de los padres, el abuso sexual.

Clavó los ojos en Marta, incendiada por el odio.

—He dicho que tengo que irme —bramó.

—El abuso sexual de la infancia es un factor desencadenante. Quieres castigarte a ti misma, a tus curvas porque crees que son ellas las que te hacen parecer atractiva a tu abusador. Pero tú no eres la culpable.

—Adiós.

Se giró, sintiéndose tan indisputada como enferma.

—¿Qué te han hecho, Mónica? —le preguntó sin tapujos.

Ella huyó despavorida de la consulta, pero la voz de Marta la persiguió.

¿Qué te han hecho?

Nada de lo que pueda escapar

Mónica corría hacia la salida en el instante que Erik salió del servicio. Tropezó con su cuerpo y dio un traspiés, pero él logró sujetarla por los antebrazos antes de que perdiera el equilibrio. La mirada escrutadora que le dedicó provocó que ella agachara la cabeza, reacia a ofrecer explicación alguna.

—Veo que tienes un poco de prisa.

—La consulta ha finalizado.

—No me has entendido. Me parece que ibas a marcharte de aquí sin mí —la censuró.

Ella se hizo la ofendida, pero lo cierto es que en su ataque de pánico, ni siquiera se le había pasado por la cabeza avisar a Erik.

—Uhm... iba en tu búsqueda —lo esquivó. Entonces decidió ser honesta—. No voy a volver a visitar a esa psicóloga, así que no tendrás que acompañarme de nuevo. Tu labor como espía ha finalizado. Aquella definición logró sacarle una sonrisa, respuesta contraria a lo que ella esperaba.

—Estoy aquí porque me da la gana —resolvió despreocupado—. Sara me lo ha pedido, pero he sido yo quien ha tomado una decisión. ¿Ha ido mal la consulta?

—Todo va mal, y quiero que me dejéis en paz. Todos, incluido tú.

—No cuentes con ello.

Erik tomó nota mental de aquello. *Todo* era un término muy alarmante para referirse a los entresijos de su vida. Mónica se mostraba esquiva y a la defensiva cada vez que alguien le tendía una mano, y él iba a averiguar el motivo.

—Podríamos almorzar juntos. Conozco un restaurante en el que sirven los mejores boquerones en adobo de toda Sevilla —la invitó.

—¿Te resulta buena idea invitar a almorzar a una persona que sufre un trastorno alimentario cuando te ha dado largas repetidas veces?

—Cuanto te beso no me esquivas, si es lo que me estás preguntado

—contestó sin perder la paciencia. Contempló el rubor que teñía las mejillas de ella, y percibió aquella conocida sensación por la que necesitaba cuidarla. Descubrirla—, y sí; me parece una idea estupenda

compartir un agradable almuerzo con una mujer que me encanta.

Le encantas.

Tuvo que esforzarse en exceso para aparentar indiferencia.

—No me parece buena idea —determinó. Por supuesto que no lo era. Si él los descubría, su ira calcinaría todo lo que encontrara a su paso, incluido a Erik—. Tú y yo... lo nuestro...

—No hay nada que calificar como nuestro, si es lo que te preocupa. Descuida, no voy a pedirte matrimonio tras un breve almuerzo —pese a sus palabras, no había acritud en ellas.

Por supuesto que entre ellos no existía nada. Ella jamás se atrevería a insinuar tal hecho. Lo que la preocupaba era que él —su maldito acosador—, se tomara aquella extraña amistad demasiado enserio, ofreciéndole alguno de aquellos ultimátum violentos que tanto disfrutaba.

—Ni siquiera tendríamos que salir del edificio —concedió, señalándole la cafetería situada en el interior—. Podemos tomar algo rápido.

—Al final me voy a creer que te gusta pasar tiempo conmigo.

—Es por tu pelo —dijo, enredando un espeso mechón en uno de sus dedos—. Me vuelve loco.

Mónica escrutó el interior del edificio para comprobar que él no los había seguido. A Erik no le pasó desapercibido aquel gesto. Al parecer, ella buscaba —o mejor dicho, temía— encontrarse con alguien.

—Una cosa rápida —le hizo prometer.

Él asintió mientras seguía sus pasos apresurados, que los situaron en una mesa alejada del inmenso ventanal que llenaba la estancia de luz. Mónica ojeó la carta, decidiéndose por una ensalada César y agua mineral cuando la camarera le tomó nota.

Al comprobar el gesto de Erik, se cruzó de brazos.

—No hagas eso —le pidió.

—¿El qué? —preguntó con total inocencia.

—Examinar todo lo que como. Las salidas con Sara se convirtieron en un verdadero infierno por lo mismo.

—Lamento haber hecho algo de lo que ni siquiera he sido consciente

—protestó él.

Ella exhaló aire, algo más calmada.

—He sido yo. No es tu culpa. Estoy acostumbrada a que todo el mundo juzgue lo que ingiero, lo cual es muy molesto.

—De acuerdo. No abordaremos el tema si tú no estás cómoda

—concedió él—. ¿Cuándo te marchas de la ciudad?

—En tres semanas.

—¿Ese tono implica alivio o tristeza?

—No lo sé, tal vez ambas cosas. Hay ciertos problemas que me tienen preocupada —hizo un gesto con la mano para que él no le preguntara—. Aunque esta ciudad es preciosa. Creí que no me gustaría, pero siempre encuentro algo digno de fotografiar con mi cámara.

—¿Te refieres a esa que has roto?

Formuló aquella cuestión para comprobar la veracidad de su afirmación, y se alarmó al distinguir la sombra oscura que se cernía entorno a su rostro.

—Todos cometemos estupideces de vez en cuando —respondió de forma esquiva.

La camarera depositó la comida sobre la mesa, y antes de marcharse, le dedicó una fugaz mirada coqueta a Erik. Como todos los hombres, él no fue consciente de que intentaban ligar con él.

—Te echaré de menos si te vas —dijo él de pronto.

Una sensación reconfortante le acarició el vientre. No estaba acostumbrada a que nadie la echara en falta, pues su vida estaba repleta de gente que iba y venía, sin quedarse demasiado ni formular preguntas incómodas. Tal vez estaba harta de tanta mutabilidad.

—Claro que me iré, Erik —respondió, haciendo referencia a la segunda parte de su frase.

Él atrapó sus manos por encima de la mesa, como si con aquel gesto pudiera convencerla de lo contrario.

—Sé que es una locura, pero me gusta estar contigo.

—Amí también —se le escapó.

No podía contenerse cuando estaba a su lado.

Erik le acarició los nudillos sin decir nada. En el local sonaba *Close to you, the Carpenters*. Recordó los besos compartidos en aquel parque, las risas y las palabras que no se atrevieron a decirse.

Mónica curvó los labios en una sonrisa.

—La música nos persigue.

Él le dio un leve tirón, hasta acercarla a su boca.

—Soy yo el que te persigue a ti. Deja de huir.

Aella se le aceleró la respiración.

—Soy práctica. Cuando me marche, no quiero echarte de menos.

—Pues no te vayas —le pidió él.

—Erik...

—No te vayas —insistió, rozándole los labios—. Deja que yo cuide de ti.

Así de sencillo.

Mónica trató de soltarle las manos, pero él se lo impidió. Frotó su boca contra la suya, en un roce tan anhelante como cálido. Quería demostrarle que a su lado todo sería distinto. Que no tenía por qué temerlo.

—No sabes lo que dices —musitó.

—Confía en mí.

La voz de un joven rompió aquel momento que los alejaba del resto de la gente. Ella se apartó de él, sobresaltada por la presencia de dos personas que se acercaban hacia ellos. El joven corrió hacia Erik y se fundió con él en un abrazo, mientras la mujer se mantenía a una distancia prudencial, consciente de que acababan de interrumpirlos. —¡Erik! —su hermano volvió a abrazarlo, pero esa vez contempló con curiosidad a la mujer que lo acompañaba.

—Alberto, mamá —se incorporó para estrechar a su madre entre sus fornidos brazos.

—No quería interrumpiros —se disculpó azorada.

—No tiene importancia —la excusó Mónica. Se incorporó para saludarla.

—Mamá, Alberto, ella es mi amiga Mónica. Mónica, ella es mi madre Trinidad, y mi hermano Alberto. —los presentó. Se sintió halaga al recibir el beso cariñoso de ambos —estábamos almorzando, pero podéis uniros.

—De verdad que no quiero molestaros, hijo. Veníamos de la tercera planta para recoger unas pruebas de tu hermano cuando os hemos visto, pero ya nos íbamos.

Mónica se hizo a un lado para ofrecerles un sitio.

—No es ninguna molestia, se lo aseguro.

Trinidad le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—¿Eres la novia de mi hermano? —le preguntó Alberto sin tapujos.

Mónica se echó a reír.

—Alberto hijo, eso no es de tu incumbencia —lo censuró su madre.

—No, solo soy su amiga.

Alberto puso cara de fastidio, e inclinándose al oído de su hermano le susurró algo que todos pudieron oír:

—Pídeselo, es muy guapa y simpática —le aconsejó como si tal cosa.

Erik se echó a reír.

—Lo sé.

Al ver que todos trataban de evitar el tema, Alberto continuó.

—Mi hermano no es mal partido. Es subinspector, tiene algo de mal genio pero es buena gente. Y además tiene una moto enorme.

—Tú me ves con buenos ojos.

—Sólo dice la verdad —concedió Mónica.

Durante una hora, charlaron de manera distendida mientras daban cuenta de un copioso almuerzo. De vez en cuando, Erik la descubría con los ojos clavados en el ventanal, buscando a alguien. Cada vez que lo hacía, parecía aliviada de no encontrar lo que buscaba.

Mónica descubrió que la familia de Erik era agradable y sencilla. Al cabo de unos minutos, ya la habían invitado a su casa para que contemplara las fotografías en las que Erik no era más que un niño desgarbado y flacucho.

—Me resulta difícil de creer —admitió ella.

—Que no te impresione. De constitución siempre fue un chiquillo delgado y de poca chicha. El gimnasio y el trabajo han hecho milagros en mi hijo.

—No hay nada como el amor de una madre —se hizo el ofendido.

Mónica soltó una risilla.

—Apuesto a que tu siempre fuiste así de linda —la halagó, sin un ápice de falsedad.

—Gracias.

—Sólo digo lo que pienso —le palmeó la mano con cariño—, aunque mi

hijo siempre ha tenido muy buen gusto. No creo que mi opinión le influyera demasiado.

—Sabes que tu opinión es importante para mí.

Trinidad le dedicó una mirada cómplice a Mónica.

—Los hombres siempre te dicen lo que quieres oír, pero Erik consigue que quieras oír lo que él te dice. Mi chico siempre ha sido muy sincero. Mónica lo miró de soslayo.

—Puedo decir que lo es.

En ese momento sonó su teléfono móvil, por lo que se excusó para contestar. En cuanto lo hizo, recibió los chillidos histéricos de Elena , que parecía encontrarse al borde de un ataque de nervios. Habló de manera tan atropellada que Mónica solo logró atisbar algunas palabras sueltas que fueron suficiente para alarmarla.

—Tranquilízate. No entiendo lo que me estás diciendo.

—Me he metido en un lío, tan solo quería ser de utilidad —sollozó. Mónica se temió lo peor.

—¿Dónde estás?

—En la construcción de las Termas.

Intuyó que aquella joven había cometido una estupidez.

—Llegaré en cinco minutos —colgó.

Se volvió hacia Erik para despedirse, él ya se había puesto en pie.

—Tengo que irme.

—¿Trabajo? —inquirió.

La preocupación que halló en su mirada la alarmó a su vez. Él no debía mirarla como si pudiera solucionar todos sus problemas con algo de buena voluntad. En pocas semanas, se marcharía de aquella ciudad para apartarse de su influjo, pero mientras tanto, conseguir que Erik dejara de inmiscuirse en su vida —con todo lo que ello

conllevar—, le estaba resultando harto difícil.

—Sí, algo así. Una de mis reporteras se ha metido en problemas.

Espero que no sea nada grave.

—Puedo acompañarte.

Comprobó que estaban lo suficiente apartados de su familia para responderle.

—No eres mi ángel de la guardia.

—El día que me encuentre la aureola te lo haré saber.

Mónica decidió ser grosera. Si con ello conseguía hacerlo desistir de su empeño, se daría por satisfecha.

—Lo he entendido —se cruzó de brazos con aire fanfarrón—. Eres el chico bueno de la familia, ¿No? —sintió que Erik clavaba los ojos en ella con furia y una clara advertencia que desoyó—. Y yo soy tu jodida obra de caridad. Algo por lo que colgarte una medallita en el pecho. Sin dejarse amilinar, la agarró del antebrazo para arrastrarla hacia la salida, lejos de la mirada curiosa que les dedicaba su familia. Quería creer que las palabras de Mónica escondían una segunda intención, pero lo cierto es que el dardo envenenado había obrado su efecto.

—No has entendido una puñetera mierda —le soltó con aspereza.

—¿Ah, no? —se mofó ella.

—Hago esto porque quiero —extendió las manos a ambos lados de su cuerpo para hacerla entender—, porque me da la gana. Porque me preocupo por ti.

—Pues preocúpate por tu madre.

Mónica se llevó las manos a la boca al comprender lo que acababa de decir. Las palabras habían escapado de sus labios antes de que lograra medirlas. No fue su intención dar a entender tal cosa, pero al escuchar el comentario, supo que había cometido un terrible error.

—¿Sabes? Tienes razón —le habló con voz distante y fría—, no soy tu jodido ángel de la guardia. No soy nada, ¡Y me alegro!

Lo agarró de la camiseta cuando él caminó furioso de regreso a la cafetería.

—Lo siento mucho.

Ni siquiera se volvió a mirarla, pero su voz desveló sus verdaderos sentimientos.

—Te miro y me pregunto donde está la mujer divertida, inteligente y espontánea que me conquistó —admitió resignado—. Estoy cansado de perseguirte sin vislumbrar la sombra de lo que vi en ti ¡Vamos, sé sincera por una maldita vez! Dime que me equivoqué. Que la encantadora chica que conocí en aquel balcón solo forma parte de un espejismo. Entonces me daré por vencido y no trataré de recuperarla.

—¡Aquel día fui yo misma porque sabía que no volvería a verte en la vida! —explotó sincerándose.

Erik la contempló atónito. Para él, sin embargo, aquel encuentro avivó el deseo de volver a verla. Y si nunca contactó con Mónica fue porque sabía que con una mujer como aquella jamás tendría suficiente. Lo querría todo.

—¿Qué soy entonces; una distracción pasajera hasta que regreses a tu vida jodidamente perfecta?

—Un problema.

Aquella maldita palabra fue un golpe bajo para su orgullo.

—¿Sabes? —escupió rabioso—. Acabas de admitirlo. En realidad soy ese que no puedes quitarte de la cabeza.

La dejó allí plantada, pese a que se moría de ganas por arrastrarla consigo en su moto lejos de la ciudad y de todo lo que la aterrorizaba. Había reaccionado de tal forma dolido por su rechazo y sus palabras

mezquinas, aunque sabía que la mujer que hablaba solo trataba de apartarlo de él a cualquier precio.

¿Por qué?

Mientras la observaba pedir un taxi, supo que no la dejaría marchar hasta que desentrañara aquel secreto que ella se empeñaba en proteger con celo. Su intuición le decía que Mónica estaba en peligro, y él había decidido salvarla.

Primero leyó el anónimo, y luego clavó los ojos en Jesús, que mantenía aquella sonrisita torcida cargada de pedertería. Juraría que el tipo estaba disfrutando de lo lindo con aquella situación, lo cual carecía de sentido.

¿Conoce el efecto dominó, subinspector? Ha roto la cadena, pero el juego continua. Tan solo he de reemplazar una ficha por otra.

Una amenaza.

El asesino había descubierto que su tercera víctima estaba fuera de su alcance, por lo que pretendía reemplazarla con otra. La cuestión era quién ocuparía su desgraciado lugar.

—¿Dónde la has encontrado? —inquirió.

Jesús parecía satisfecho de ir un paso por delante de él en aquel asunto.

—Estaba bajo la puerta cuando he llegado a tu despacho. Solo la he recogido para dejarla encima del escritorio.

La comisaría estaba repleta de cámaras de seguridad que harían disenter a cualquier psicópata de obrar una acción tan suicida. Ano ser que alguien tratara de tomarle el pelo.

—Así que alguien se ha colado en la comisaría sin ser visto y ha dejado esa carta bajo mi puerta.

Jesús se irguió.

—Si vas a acusarme de algo...

—Voy a descubrir quién demonios ha dejado esa carta en mi despacho, sean cuales sean las consecuencias —le advirtió tajante.

—Ya sabemos cuales han sido las consecuencias. Dos muertos y una mujer bajo protección. Tan solo conseguirás que otra persona ocupe su lugar —le echó en cara.

Erik ardió de ira.

—¿Pretendes ofrecerme algún consejo?

—Es obvio que no estás preparado para llevar este caso. Escapa de tu capacidad.

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—Fuera. Ahora.

Jesús ni siquiera se inmutó.

—Tal vez Roldán... —su voz destiló malicia.

—He dicho que te largues. No me hagas disfrutar sacándote yo mismo a patadas.

Los ojos de su compañero brillaron con un resquicio de odio.

—Algún día seré yo quien te eche de mi despacho.

—En tus puñeteras fantasías.

El portazo que dio al salir resonó en las paredes de pladur. Erik trató de ignorar aquella rabia que lo carcomía por dentro. Más que enfadado con Jesús, se sentía defraudado consigo mismo. Él tenía razón. El caso se le escapa de las manos, y emplear su orgullo para volcar su frustración contra su subordinado no conseguiría solucionar sus problemas.

Llamó a Martina por el interfono, y la joven se presentó en su despacho en cuestión de segundos.

—Necesito las grabaciones de hoy de las cámaras de la comisaría. Es urgente.

—Por supuesto. ¿Necesitas la de alguna cámara en particular?

—La que enfoca a la puerta de mi despacho —soltó aquel sobre con su nombre en el escritorio—. Tengo que averiguar quién me ha enviado esta carta por debajo de la puerta.

—Para eso no necesitarás las cámaras, porque he sido yo.

Erik se sintió momentáneamente desconcertado, hasta que supuso que Martina solo había ejercido de recadera.

—¿Dónde la encontraste?

—Sobre el escritorio de Jesús. Iba a traerte la correspondencia, y al ver tu nombre en la carta, la cogí sin preguntar y te las eché bajo la puerta.

¿Por qué, he hecho algo mal?

Erik se puso lívido.

¿Qué hacía la carta del asesino sobre el escritorio de Jesús? Lo evidente sería pensar que le pertenecía, pero dudaba que un hombre tan meticuloso errara con algo tan simple. Ano ser que alguien hubiera tratado de incriminar a Jesús, o de tomarle el pelo.

Su desconfianza provocó que tomara la segunda opción como la más válida y coherente. Tenía demasiado trabajo que hacer, por lo que decidió resolver aquel tema en otro momento.

—¿Tenemos ya los archivos de ambas parroquias?

El semblante de Martina cambió, por lo que Erik supo que la respuesta no le satisfaría.

—De eso venía a hablarte. Hace un par de horas se produjo un incendio en la primera parroquia, y se destruyeron todos los archivos. He estado hurgando en los archivos de la segunda parroquia, pero no hay ningún niño que hubiera estado vinculado con el anterior párroco. No tenemos nada, Erik.

¡Un incendio!

Tras la impotencia lo invadió el recelo. Que el asesino siempre fuera un paso por delante de él solo podía significar una cosa, a pesar de que le resultaba inverosímil. Pero lo cierto era que hacía escasas horas él había tomado la decisión de buscar en los archivos de la parroquia, y tan solo los miembros más cercanos de su equipo conocían tal hecho. O puede que la identificación de la tercera víctima hubiera puesto nervioso al asesino, convirtiéndolo en alguien previsor.

—Vigila a Jesús. Si se marcha, avísame —le ordenó.

Pese a que la orden de su superior le resultó extraña, Martina asintió.

—Eso está hecho.

—Pásame los números de teléfono de todas las personas encontradas en los registros de la segunda parroquia que por edad pudieron coincidir con el asesino. Hombre o mujer, no importa.

Quería intentar algo antes de darse por vencido.

La sala de interrogatorios estaba situada encima de las celdas de la comisaría, lo que implicaba que podía escuchar a la perfección a la mujer que bramaba que la sacaran de allí inmediatamente. Erik tuvo que esforzarse en prestar atención al hombre que tenía frente a sí, pues había reconocido los gritos que pertenecían a Mónica.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿Y por qué la habían detenido?

Incapaz de permanecer en la inopia de los acontecimientos durante más tiempo, se excusó con el hombre al que estaba interrogando y salió de la habitación para descender de manera acelerada los escalones que lo separaban de ella.

La encontró agarrada a los barrotes, mientras su compañero Jesús, que pululaba por allí, trataba de calmarla en vano. Aquel no era su trabajo, pero resultaba que el encanto de piernas kilométricas y

melena rubia había llamado su atención. Lo sacaba de sus casillas que la devorara con los ojos.

—¿Cuánto tiempo voy a tener que permanecer aquí encerrada? —su voz destilaba irritación.

—Tranquílese, señorita. Eso tiene que determinarlo mi superior, pero en ningún caso pueden tenerla encerrada por más de setenta y dos horas —la informó displicente.

—¡Setenta y dos horas! ¡Pero si no he hecho nada! —exclamó enfurecida.

Comenzó a pasear de un lado a otro de la celda, ignorando los comentarios tranquilizadores del hombre. Erik salió de su escondite y le arrebató la carpeta a Jesús, en la que se concretaban los hechos por los que había sido detenida. Al verlo, Mónica pareció avergonzada, hasta que comprendió que él podría sacarla de allí. Exhalando un suspiro de alivio, se acercó a él la distancia máxima que le permitían los barrotes.

—Amenazas, intento de agresión y resistencia a la autoridad

—enumeró asombrado, dedicándole una mirada de reojo.

Mónica soltó una risilla incrédula, como si lo que él acababa de leer no fuera más que una patraña.

—Eso no es verdad —contestó apretando los dientes. Pese a que deseaba explotar, se prometió a sí misma que no volvería a perder la compostura—. Erik, sácame de aquí.

Él la conocía lo suficiente para saber que alguien había cometido un error con ella, lo que no implicaba que estuviera dispuesto a obedecer sus órdenes. No en aquella ocasión, por lo que le devolvió la carpeta a Jesús, estampándosela en el pecho.

—¿Por qué? No soy tu maldito ángel de la guardia —le recordó.

Mónica abrió la boca, indignada con su impasibilidad. Tuvo que agarrarlo de la camiseta cuando él se apartó de ella para marcharse.

—¡No puedes dejarme aquí tirada!

—¿Ah no? —la contradijo él.

A ella le pareció que disfrutaba con su bochornosa situación.

Jesús asistía a la escena bastante confundido, pues no entendía la clase de relación que unía a aquellos dos. De dos cosas estaba seguro; si él fuera el subinspector, no dejaría a una mujer como aquella a su suerte, e intuía que la reacción del policía —unida a aquella expresión comedida que empleaba para dirigirse a ella por mucho que la tensión de su cuerpo lo delatara—, implicaba que aquella mujer le importaba.

Y él no deseaba nada más que darle en las narices a su jefe.

—Tan solo obedezco tus órdenes. Te dejo en paz.

El resentimiento que destilaba la voz de Erik le comunicó a Mónica que él se comportaba de una forma tan déspota por un absurdo delirio de venganza. Anonada, lo vio marchar con la boca abierta.

—Te ha dejado tirada —apostilló el otro.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Cállate.

Él hombre no estaba dispuesto a hacer tal cosa.

—No merece la pena —le dijo entonces, captando su atención—. No es la clase de hombre que valora a las mujeres.

Mónica intuyó la animadversión que se escondían bajo las palabras de aquel completo desconocido. Podía estar cabreada con Erik, pero no permitiría que su resentimiento hablara en su contra. Con su actitud se había buscado que él le pagara con su propia medicina.

—Lo conozco lo suficiente para poner tus palabras en duda —le soltó

con aspereza.

Cuando tuvo la intención de retirarse hacia el maltrecho banco que pendía de la pared, él le agarró la muñeca que sobresalía de los barrotes, provocándole un agudo dolor. Mónica se sintió desvalida e impotente, como una niña desamparada contra los abusos de alguien más fuerte. Como cuando tenía trece años.

—Tú no lo conoces una mierda —la voz del hombre sonó violenta, amenazante. Mónica trató de separarse de él, asustada por el brillo cargado de odio que dejaba traslucir su semblante—. Martina está enamorada de él y haría cualquier cosa por contentarlo, por lo que Erik se aprovecha de la situación. No me gustaría que una mujer como tú acabara como Martina.

—Suéltame —le ordenó molesta.

Él abrió los ojos, y acto seguido la soltó. Mónica retrocedió hasta encontrarse a una distancia prudencial de él. Ahora el interior de la celda no le resultaba inseguro.

El hombre parecía sorprendido de su propia conducta agresiva, por lo que forzó una sonrisa amable con la que trató de disculparse. Fuera la que fuera la razón de su animadversión con Erik, ella no deseaba encontrarse en medio.

—Detesto que él manipule a las personas, eso es todo —se excusó. Entonces volvió a la carga—. Pareces una mujer fuerte que se rige por sus propias convicciones, no como Martina. No dejes que él...

—Mantén tu lengua envenenada fuera de mi alcance —le sugirió.

La expresión de Jesús se transformó en una mueca irascible.

—Como quieras.

Se largó de allí para dejarla al amparo de sus propios pensamientos. De algo estaba segura; debía poner al corriente a Erik del desprecio

que aquel tipo emanaba contra él. No podía evitarlo, pese a todo se preocupaba por él, aunque estuviera recluida en un cuchitrilapestoso. Algo le decía que él la sacaría de allí.

Apartó aquella absurda esperanza de su mente, pues en realidad no tenía por qué hacerlo. Se había comportado fatal con él para que la dejara en paz. Por supuesto, ella poseía sus motivos. Unas razones lo suficiente graves. Unas que Erik desconocía.

Si ella fuera él, se sentiría defraudada y cansada de su comportamiento repelente y maleducado. No, no regresaría a liberarla de su reclusión. Se dejó caer sobre la banqueta mientras resoplaba. Aquel día había ido de mal en peor, y eso que hoy era su único día libre. En primer lugar, la terapia con la psicóloga —a la que había acudido para quitarse de encima a Sara— resultó más efectiva de lo que suponía. Luego, el intento de librarse de Erik la había dejado más hecha polvo que relajada. Y para colmo, se encontraba detenida por haberse enfrentado a un tipo con demasiado poder.

El asunto de las termas romanas resultaba más peliagudo de lo que en un principio había creído. Generalmente, ella no iba por la vida amenazando a la gente y plantando cara a tipos como el magnate de la construcción Trevor Pitt. Sabía perfectamente donde estaba su lugar; en cualquier parte alejada del periodismo serio y los quebraderos de cabeza. Suficiente había pasado en la vida para granjearse nuevos problemas con hombres poderosos que podían arruinarle la vida —otra vez—, por inmiscuirse en asuntos injustos que no eran de su incumbencia. Pero si quería salvar la revista, necesitaba ir más allá de dirigir reportajes sobre la vida personal de personajes públicos, ropa demasiado cara y cosméticos inútiles.

Sin embargo, amenazar al Señor Pitt hecha una furia jamás entró en

sus planes. No hasta que había sido espectadora de la forma violenta en la que se dirigió a su reportera. Aquellos empujones, la manera despótica en la que le alzó la voz, la crueldad reflejada en sus ojos, el puño apretado que estuvo a punto de impactar contra el rostro de Elena antes de que ella se interpusiera entre ambos y le agarrara la mano, amenazándole con pegarle una patada donde más le iba a doler...

Conocía el odio hacia la mujer porque ella lo había vivido en sus propias carnes, así que la actitud chulesca de Trevor sólo consiguió avivar su resentimiento hacia los hombres violentos. Su memoria le había jugado una mala pasada, haciéndola pagar toda su ira contra aquel tipo tan desagradable. No es que el tipo no se lo mereciera, pues era odioso. Y de hecho, por una vez en su vida había disfrutado haciendo lo que deseaba, en vez de sentirse una cobarde que jamás daría el primer paso... ni el último puñetazo.

—¿Se cree que puede amenazar a una de mis reporteras sin lamentar las consecuencias? ¡Detesto a los tipos como tú! Te crees que un traje caro y una sonrisa engreida pueden ofrecerte alguna ventaja sobre las mujeres, pero estás equivocado. Disfrutaré haciéndote pedazos, maldito capullo. Te daré tal patada en las pelotas que me suplicarás de rodillas que no acabe contigo.

—¿Me está amenazando, señorita Laguna? —insinuó él. Era demasiado tarde. Ella ya había entrado en su juego, y en presencia de varios testigos que confirmaron la versión del Señor Pitt.

—¡No juegue conmigo, sabe lo que significan mis palabras! Haré lo que tenga que hacer, ¿Me oye? ¡Lo que sea necesario!

A los quince minutos se la habían llevado detenida.

Dio la casualidad de que Gonzalo, el amigo de Erik, pasaba por allí

mientras estaba de servicio. La había llevado arrestada pese a que insistió en el interior del vehículo que lo hacía más por su bien que por el de Trevor.

—Oye, si no soy yo, cualquiera de mis compañeros se habría afanado en tomarle declaración a ese tipo y comentarle que podría denunciarte, ¿No es lo que quieres, verdad? —comentó él con suavidad.

Parecía que quería caerle bien. En aquel momento, a Mónica le resultó de todo menos simpático, pues la trasladaba detenida a comisaría.

—Si quieres ayudarme, déjame en el hotel. Te pillas de paso.

A Gonzalo le hizo mucha gracia su propuesta.

—Así que eres toda una fiera... —comentó guasón—. Ya entiendo por qué Erik...

Mónica lo cortó irritada, devolviéndole un papel que se había caído de su bolsillo. Había llegado a atisbar los planos de una nave.

—Para mi mujer —le explicó, esbozando una amplia sonrisa—. No estamos pasando por nuestro mejor momento, ¿Sabes? A ella siempre le ha gustado el arte, y he pensado que esa nave industrial sería un buen comienzo para su galería de arte. Pero guárdame el secreto, es una sorpresa.

—Por supuesto.

Gonzalo había pretendido caerle bien, pero siendo un esposo solícito o no, a ella no la engañaba.

Había visto la desconfianza en su mirada, observándola desde el espejo retrovisor para sopesar si ella era una buena opción para su amigo. Con todo lo que le había dicho, estaba segura de que a Gonzalo no le restaban dudas.

Mejor así. Tal vez él fuera capaz de convencer a Erik de que ella no era

una buena opción. Jamás lo sería, pese a que su corazón deseaba con fuerza lo contrario. Un futuro con el subinspector, o al menos la posibilidad de conocer a al hombre que la conquistó en aquel balcón. Una vida corriente y anodina como la de cualquier mujer.

—He pensado que tendrías algo de hambre, puesto que no sabes cuánto tiempo deberás permanecer aquí... encerrada.

Mónica contempló la bandeja de comida que aquel policía portaba en las manos. Abrió la puerta de la celda para introducirse dentro, y ella se estremeció. No sabía si era la animadversión que él no disimulaba por Erik o se debía a su intuición, pero lo cierto era que aquel tipo no le daba buena espina.

—Gracias, solo estoy algo sedienta —contestó sin mirarlo.

Si notó su reticencia, no hizo nada por evitarla. Se sentó a su lado, tan cerca que ella se sintió incómoda.

—Lamento mi comportamiento anterior —se disculpó.

Parecía sincero, pero ella no se dejó engañar. Él le colocó una mano sobre la rodilla, y si el contacto era inocente, a Mónica no se lo pareció. Le apartó la mano sin disimulos.

Que hubiera soportado los abusos de un hombre mezquino no implicaba que no supiera cómo defenderse de la liberalidad con que otros la trataban. ¡Por Dios, llevaba manteniendo las distancias durante años, y aquel tipo no iba a pasarse de la raya con ella!

Jesús se incorporó de inmediato.

—Te he dado una impresión equivocada —le aseguró, saliendo de la celda. Ella respiró aliviada al comprobar que cerraba la puerta—. Tan solo pretendía ponerte sobre aviso. No es de fiar, en serio. Si conocieras lo que ha sufrido Martina...

—Para que una mujer se ilusione no es necesario corresponder sus

esperanzas —replicó.

Ella sabía de lo que hablaba.

—Bueno, si tú lo dices —desdeñó él. Se dirigió a la salida, pero entonces se detuvo. Por algún extraño motivo más allá de su belleza, aquella mujer le resultaba simpática. Poseía agallas—. Mi turno ha terminado, pero si quieres que te haga compañía hasta que te dejen en libertad, puedo quedarme. Este sitio aviva la soledad.

—Adiós.

Se dio la vuelta para dejarle clara su postura, y lo escuchó subir los escalones soltando una carcajada. Aella desde luego no le resultaba gracioso. Con su comportamiento anterior la había asustado.

Cogió la botella de agua para tomar un trago, y al hacerlo se percató de la nota que había oculta en la bandeja. Sin pensárselo, la desdobló para leerla.

Una mujer que lucha por sus convicciones merece respeto, y usted posee el mío.

Puedo ayudarla a desenmascarar al Señor Pitt.

Un favor, de un amigo.

V.

Mónica supo quién había escrito aquella carta, pues la V tan solo podía hacer referencia a una persona. La misma que portaba aquella máscara de V de Vendetta. La que había dudado si matarla, y la que la había besado. La que había estado a punto de matar a Erik.

Lo que no sabía era lo que significaba aquella dirección escrita al final de la carta. Un favor.

Fuera lo que fuera, debía averiguarlo.

Por supuesto que tenía la intención de sacarla de allí. Una celda no era el lugar apropiado para Mónica, pero deseaba darle una lección. Demostrarle que siempre estaría de su parte, y que si ella se sinceraba con él, haría lo que fuera para salvarla de aquello que la perseguía. Por Dios, haría lo que fuera. Todo. Absolutamente cualquier cosa. Tenía los brazos cruzados tras la espalda en actitud pensativa, distante. Su trabajo solía absorberlo, pero aquellas entrevistas estaban empezando a resultarle mecánicas. Siempre las mismas preguntas, con las consabidas respuestas que no le aportaban nada. La fotografía continuaba extendida sobre el escritorio. La mujer, que rondaba su edad, señaló al tipo que se mostraba en aquella imagen.

—Pues sí, lo conozco. Ahora que he visto la fotografía, me acuerdo de él perfectamente —le dijo, sobresaltándolo.

Erik se volteó hacia ella. Tuvo que sentarse en la silla para no demostrar la ansiedad que produjo en él aquella respuesta. ¡Por fin! Después de tantas investigaciones fallidas e interrogatorios que no lo conducían ninguna parte, alguien arrojaría algo de luz sobre el misterioso asesino.

—Quiero que sepa que cualquier cosa que me diga será de suma importancia. Por favor, no omita ningún detalle.

La mujer se turbó ligeramente.

—Tal vez he sido muy apresurada. Verá, sólo lo vi una vez —se excusó.

—No importa. Cualquier cosa que pueda contarme... lo que sea.

Ella asintió, aliviada de serle de utilidad.

—Sí, por supuesto. Lo recuerdo porque aquel día yo estaba limpiando los candelabros de plata. El padre Tobías me pilló robando la colecta. Por aquel entonces yo era una cría estúpida y algo rebelde —volvió a turbarse, pero continuó como si nada—. Jamás podría olvidar lo que escuché, aunque no se lo conté a nadie. El padre Tobías hacía mucho bien a los jóvenes del barrio. Por aquella década nuestro mayor enemigo eran las drogas, y el padre Tobías era de los pocos que no se limitaba a ofrecer un discurso hipócrita. Él actuaba, ¿Sabe? Te buscaba y te ayudaba. Sé de lo que hablo —inspiró, reprimiendo las ganas de llorar—. No me puedo creer que haya muerto, y menos de esa forma. Si alguien no se merecía morir, ese era él. Pero ese hombre por el que me pregunta... —señaló con un gesto desdeñoso a la fotografía que mostraba al primer párroco asesinado—, nunca me dio buena espina. Como ya le he dicho, estaba limpiando los candelabros de plata porque había robado el dinero de la colecta y el padre Tobías quería demostrarme que la única manera de conseguir dinero era ganándolo honradamente. Entonces los escuché discutir. Yo estaba en la sala anexa, pero ni siquiera se dieron cuenta.

—¿Qué es lo que decían?

—Ese tipo le gritaba que, si se iba de la lengua, le contaría a todo el mundo que el padre Tobías era maricón. Fueron sus palabras exactas —se disculpó, turbada por el término empleado—. En el barrio ya se murmuraba al respecto, pero nadie se habría atrevido a expresarlo en público. Todos queríamos al padre Tobías, y lo de menos eran sus escarceos sexuales. Al parecer, el cura por el que me pregunta tenía pruebas. Pruebas que demostraban que se había visto con otros hombres, y que provocarían que la diócesis tomara una decisión. ¡Menudo cretino! —explotó indignada.

—Usted no dijo nada al respecto.

Ella asintió orgullosa.

—Ni siquiera se lo dije al padre Tobías. Me hice la tonta, aunque creo que él sospechaba que yo sabía algo. No quería que se avergonzara, ni que los jóvenes del barrio dejaran de admirarlo. Amí me sacó de las drogas. De no haber sido por él, estaría tirada en la calle.

—¿Tiene alguna idea de lo que sabía el padre Tobías?

—Ni idea. No llegué a escucharlo, pero estoy segura de que el padre Tobías iba a desvelarlo. Aquel cura parecía aterrado y furioso, ¿entiende? Dispuesto a cualquier cosa.

—¿Lo acompañaba un niño?

—No, iba solo. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada en especial.

—Solo sé que impartía misa en una parroquia de un barrio cercano, y que visitaba de vez en cuando un orfanato al que llevaba juguetes que los fieles de su parroquia donaban —aquel dato captó la atención de Erik—. Supongo que mi amiga Maca podría saber algo al respecto. Ella hizo la comunión en aquella parroquia, y un día me comentó que jamás permitiría que sus hijos se bautizaran. Supongo que conoció a ese cura, por si le sirve.

—¿Podría apuntarme el número de teléfono de su amiga y su dirección?

La mujer sacó su teléfono móvil, ojeó la agenda y garabateó un número y una calle en la libreta que Erik le tendió.

—¿Me puedo ir ya? —preguntó, deseosa de salir de allí.

—Sí, gracias por su ayuda. Si necesito algo más, se lo haré saber.

Le estrechó la mano antes de acompañarla a la puerta.

Tal y como se temía. El segundo párroco estaba relacionado con el

primero porque conocía su asqueroso secreto: abusaba de aquel niño desconocido. Al parecer, el asesino estaba dispuesto a vengarse de todos los que, conociendo la verdad, se habían negado a ayudarlo porque estaban aterrorizados de las consecuencias.

Los culpaba por su cobardía. A ellos y a siete personas más.

—¿Hasta dónde vas a llegar? —preguntó en voz alta.

Marcó el número de teléfono de Maca con la esperanza de que ella conociera al niño que se había convertido en asesino. Tenía que hacerlo. El tiempo se le estaba acabando. Al cuarto tono, una voz femenina y cálida le respondió, rodeada por la algarabía de unas risas infantiles.

—¿Hablo con Macarena?

—Sí, soy yo.

—Soy el subinspector Erik Rodríguez, señorita. ¿Podría concederme unos segundos?

—¡Santo cielo! ¿Ha sucedido algo? —inquirió alarmada.

—Estoy investigando el asesinato del padre Antonio, y me gustaría hacerle unas preguntas.

Se hizo un tenso silencio.

—No tengo nada que decir sobre ese hombre —la voz se endureció.

—Si fuera tan amable de concederme parte de su tiempo... —insistió.

Sabía que mostrándose autoritario solo conseguiría granjearse la reticencia de aquella mujer.

Quien no tenía nada que decir, no decía nada. Quien no quería decir nada, no decía nada por mucho que se le insistiera de malas maneras.

A no ser que encontraras algo que le importase más que su propio silencio.

—En lo que a mí respecta, ese hombre lleva muerto veinticinco años.

Déjeme en paz —colgó.

Veinticinco años. Los mismos en los que se habían cometido los abusos.

Tenía la dirección de aquella mujer apuntada en la libreta, por lo que no dudó en ir a hacerle una visita. Pero antes de ello, descendió a la primera planta para encontrarse con Mónica. No iba a dejarla allí encerrada durante más tiempo.

La encontró de pie en una esquina de la celda, con los brazos cruzados y el gesto pensativo. Antes de que ella se percatara de su presencia, la observó a sus anchas sin tener que hacer frente a su reticencia. Debido a la reclusión, el alisado de su cabello se había transformado en una maraña de rizos que le rozaban los hombros. Ondas doradas y salvajes que lejos de restarle atractivo, avivaban sus rasgos felinos. El aire acondicionado no funcionaba en aquella zona, por lo que se había desabotonado el inicio de la blusa para luchar contra el calor. A Erik se le secó la garganta.

Sin tantos artificios, Mónica era todavía más bella. Una mujer natural y hermosa que irradiaba luz por sí misma. Imaginó cómo sería besar aquella clavícula y hundir la mano en los sedosos rizos.

Entonces ella reparó en su presencia. Tenía los párpados hinchados, y Erik no supo si era debido al llanto o al cansancio. Perlas de sudor le cubrían la frente y el cuello.

Se culpó a sí mismo por haber sido tan duro con ella. En aquel momento, se arrepentía de no haberla sacado antes de allí. La dulce mujer que tenía ante sus ojos desprendía vulnerabilidad y miedo, por mucho que se afanara en ocultarlo bajo una fachada cínica e imperturbable.

Deseaba ayudarla, eso era todo. Sin embargo, algo en su interior le decía que aquello no era del todo cierto. Cada vez que la veía, una emoción intensa lo sacudía. Jamás había sentido nada parecido, pero era tan reconfortante como aterrador.

—Mi ángel —murmuró con desdén.

Pese a que percibió su irritación, él sonrió. Cualquiera persona que permaneciera encerrada en un lugar como aquel durante unas pocas horas se mostraría, cuanto menos, molesta.

Sin decir nada, abrió la puerta de la celda para dejarla salir. En cuanto cruzó la celda, ella suspiró aliviada.

—Gracias —musitó.

No fue consciente de lo que hacía hasta que se vio a sí mismo con una mano enterrada en el cabello de Mónica. Acarició aquellos rizos del color del sol, y se maravilló cuando ella entrecerró los ojos para disfrutar del contacto.

—No deberías ocultar algo tan hermoso —le dijo con la voz ronca.

Ella colocó su mano sobre la suya, entrelazando los dedos.

Comprendió que Mónica se dejaba llevar si creía estar segura, como evidentemente lo estaba ocultada de la vista de todos, o de alguien en particular. Algo violento se apoderó de él.

—¿Hay otro hombre? —le preguntó de repente.

Prefería escuchar una respuesta afirmativa y simple, en vez de recibir la expresión de terror que la delató. Por todos los dioses, a aquella mujer la aterraba algo.

—No... quiero hablar de eso —su voz tembló.

Erik posó los labios sobre su frente. Ella se agarró a sus hombros.

—Te juro que si alguien te ha hecho daño...

Mónica encontró la boca de él con reclamo, sobresaltándolo. Posó las

manos en su nuca y lo atrajo hacia sí para ahondar en aquel beso. Lo necesitaba tanto que casi le dolía. Besarlo era catártico, provocaba su olvido. Los labios de Erik eran suaves y cálidos, como el agua de cualquier playa tropical. Un paraíso seguro y reconfortante que siempre añoraría.

—No me confundas... —suplicó él, entregado a la pasión que ella le brindaba. Mónica volvió a encontrar la boca, y él se separó desesperado—, yo... quiero saber...

Lo besó de nuevo, tan mareada con su propio deseo que a duras penas podía razonar. Ninguno de los dos podía hacerlo. La cercanía los desconcertaba y los excitaba a partes iguales. Como dos adolescentes que empezaban a descubrir lo que era la pasión.

Algo distinto, pensó ella.

Entonces él la agarró de la cintura para separarla con mayor brusquedad de la que hubiera deseado. Mónica estaba arrobada, tanto por su impetuosidad como por la interrupción.

—No quiero esto si no puedes ser sincera conmigo.

La agarró de la mano cuanto ella intentó huir.

—No tendrás nada, por tanto —repuso ella.

Erik no se inmutó. Había anticipado aquella reacción, igual que se había prometido que destaparía todos sus secretos y miedos.

—En ese caso te llevo al hotel —se ofreció calmado. Le colocó una mano en la espalda para dirigirla a la salida—, aunque me gustaría que cambiaras de opinión. A estas alturas ya deberías haber descubierto que estoy de tu parte.

Ella se giró. Durante unos segundos, Erik vislumbró la duda en sus ojos. Quería confesarse con él, pero algo se lo impedía.

—Necesito contarte algo —al ver su gesto de sorpresa, sacudió la

cabeza y sacó un pliego de papel de su bolsillo—. No, otra cosa.

¿Tienes un momento?

—Siempre tengo un momento para ti.

Ella se ruborizó. Luego le tendió la nota, y Erik la observó con el gesto fruncido, hasta que el semblante se le oscureció. Aquel desgraciado no se acercaría a Mónica, aunque fuera con una jodida nota de papel.

—¿Cómo ha llegado a ti?

—La encontré en la bandeja de la comida que me trajo tu compañero. A él se le descompuso la expresión. Otra vez, Jesús. Ya no es que su animadversión lo obligara a desconfiar de alguien de su equipo, si no que los hechos comenzaban a hablar por sí solos.

—Erik, quiero que me prometas una cosa.

—No puedo hacerlo si antes no sé de qué se trata.

—Sé que vas a impedir que vaya a ese lugar.

—Por supuesto que voy a hacer tal cosa. Cualquiera con un mínimo de sentido común te lo impediría.

Ella estaba de acuerdo. No era una suicida, después de todo.

—Pero si al investigar la zona indicada, encuentras algo que pueda serme de utilidad contra Trevor Pitt, quiero que me dejes utilizarlo.

Las líneas del rostro de Erik se tensaron, expresando un desagrado difícil de disimular. Ella comprendió su razonamiento, y sabía por descontado que él no la entendería.

—No te interesa lo que tenga que decir al respecto, ¿No?

Su voz destiló acritud.

—¿Te interesan a ti mis motivos? —contrarrestó calmada.

—¿Los motivos por los que vas a emplear la ayuda de un asesino?

Alúbrame, Mónica. Porque yo tengo principios.

Que hablara de sus principios la enervó hasta límites insospechados.

Para Erik todo era blanco y negro. La justicia y la injusticia. La bondad y la maldad. Los buenos y los malos. Ella, sin embargo, había contemplado el cariz irónico de la vida. Aquel que te decía: *estás jodido, y siempre lo estarás. No obstante, puedes suavizar tu situación si eliges este asqueroso camino.*

¿Principios? ¡Ella se cagaba en sus jodidos principios!

Toda la vida había recibido golpes bajos, y cuando creía que podía levantarse, la vida siempre le arreaba una patada en el estómago. ¿Y todo por qué? Por intentar defenderse.

—Tú no lo entiendes. Yo... jamás he recibido la ayuda de nadie. Ser buena persona nunca me sirvió de nada, y tuve que labrarme un futuro mientras todo el mundo pensaba que era una estúpida que había tenido demasiada suerte por ser una cara bonita. Ojalá hubiera sido así, porque cuando me miro al espejo detesto lo que veo y lo que significa —siseó rabiosa, al borde de las lágrimas—. ¿Sabes lo que es despertarse en mitad de la noche sabiendo que estás sola y muerta de miedo? ¿Sabiendo que hagas lo que hagas, nada va a cambiar? Sara es mi mejor amiga. Forma parte de las pocas cosas buenas que hay en mi vida, y pienso salvar su revista, te pese a ti y le pese a quien le pese. Porque me tendió una mano cuando todo el mundo murmuraba a mis espaldas. Así que si para ayudarla tengo que emplear las pruebas de ese asesino, estoy dispuesta a hacerlo.

Él intentó tocarla, pero ella lo rechazó enfurecida.

—Mónica, no pretendía...

—¿Juzgarme?

—Tienes tus motivos y los respeto, pese a que no comparta tu opinión. Tienes mi palabra. Si encuentro esa documentación, te la entregaré sin poner ninguna objeción.

—No me mires así.

—¿De qué manera, Mónica? —preguntó resignado.

—Como si fueras mejor que yo —dijo destilando resentimiento.

Entonces su voz se quebró—. No tienes ni idea... tú no tienes... no sabes...

—Pues cuéntamelo, cariño. Dime que es lo que escondes —le exigió agobiado, sosteniéndole el rostro—. ¿Es que no ves que digas lo que digas ya no puedo separarme de ti?

El sonido de un disparo cortó el silencio.

Roldán se llevó las manos al estómago, del que emanaba un reguero de sangre caliente que las empapó. El líquido era pegajoso y denso. La imagen salpicada de sangre que le devolvieron sus manos fue dantesca. Era extraño. Sentía el sabor metálico de la sangre en la boca, y un frío sobrecogedor en todo el cuerpo.

¿Así era la muerte?

Irónica al fin y al cabo. Apenas le quedaban un par de meses para jubilarse.

La vista nublada no impidió que reconociera a aquel hombre cuando se despojó de la máscara, arrojándola a sus pies en un último acto de insolencia. Abrió los ojos, devastado por la verdad. Herido por su ingenuidad. Siempre había estado tan cerca de ellos... a su lado, escuchando todo lo que decían. Y sin embargo, aún le resultaba incomprensible.

—¿Por qué? —exigió. Le pesaba la voz. Aquel esfuerzo le provocó un agudo dolor que le atravesó los huesos.

El hombre lo contempló con una lánguida sonrisa.

—Porque puedo.

Dirigió la pistola a su cráneo.

—Porque confiaste en el hombre equivocado. Porque me despreciaste. Porque jamás...

La voz se envaró, destilando rencor y desprecio. Roldán comprendió que iba a morir, y todos sus sentimientos desembocaron en la rabia.

—No te mereces llevar esa placa, lo sabía. Siempre estarás a su

sombra.

—¡Cállate! —rugió.

No deseaba lidiar con el valor de un hombre a las puertas de su muerte. Necesitaba que suplicara como lo habían hecho el resto. Que le pidiera disculpas. Que rogara por su vida como un maldito parásito. Se le escapaba el tiempo para disfrutar de aquello que tanto ansiaba, maldito fuera.

—Tú no te saldrás con la tuya —le advirtió. Erik se lo impediría.

La confianza de Roldán lo enervó.

—Por supuesto que sí. Es una pena que tú no vayas a presenciarlo.

Nada me complacería más, jefe.

Disparó.

El instinto lo obligó a aprisionar a Mónica contra la pared para cubrirla con su cuerpo cuando sonó el segundo disparo. Durante unos segundos, se quedó paralizado sobre ella, hasta que el terror que vislumbró en aquellos ojos verdes lo impelió a moverse. Imbuido por la necesidad de salvarla, la agarró del brazo arrastrándola hacia la salida de emergencia que desembocaba en una concurrida calle.

—¡No me dejes sola! —exigió. Su voz denotaba un matiz oculto más allá de la histeria que él no comprendió.

—Aléjate todo lo que puedas de la comisaría, ¿De acuerdo? —al ver que ella sacudía la cabeza, él la zarandeó—. No va a sucederte nada, lo juro. Pero tengo que regresar. Puede haber heridos que requieran mi ayuda.

Mónica lo agarró de la camiseta cuando él intentó moverse.

—No quiero volver a perderte, ¿Es que no lo entiendes? ¡Me aterroriza la idea de que vuelvan a pegarte un tiro!

Aél se le secó la garganta. Podía soportar el lado distante e inalcanzable de Mónica, pero comprobar la sincera preocupación que emanaba de sus ojos; aquella súplica exaltada que le rogaba que se mantuviera a salvo... sencillamente era demasiado para no admitir que los sentimientos que poseía por Mónica lo superaban.

La agarró de la cintura para consumirlos a ambos con un beso salvaje y voraz, consecuencia de la necesidad y las prisas. Cuando se separó de ella, acarició la funda de la pistola en un gesto espontáneo.

—Esta vez estoy preparado.

Nada en su voz hizo que Mónica lo dudara, pero aún así trató de retenerlo.

—Erik... yo.

Le acarició las mejillas con los pulgares, y besó su frente en un gesto que consiguió disminuir su pánico. Él poseía la habilidad de calmarla incluso en una situación como aquella.

—Lo sé —le aseguró. En aquel instante, tenía la certeza de que regresaría porque estaban destinados a permanecer juntos—. Mírame —le pidió. Ella inclinó la cabeza para encontrar sus ojos—. Volveré. Jamás prometo nada que no puedo cumplir. Volveré a por ti.

Tras aquellas palabras que desestabilizaron el mundo de Mónica, echó a correr en dirección a la comisaría. Aella se le aceleró el pulso en cuanto dejó de verlo, pero obedeció su orden y cruzó la acera para acercarse al resto de viandantes que se arremolinaban en la calle como meros espectadores. Ella no lo era. No se podía ser un espectador cuando vivías el miedo en la piel del otro. Ahí dentro había alguien que le importaba demasiado.

Erik corrió por el pasillo en dirección a las escaleras que conducían al

sótano. El sonido de los disparos había provenido de la zona más baja de la comisaría, por lo que no dudó un instante en desenfundar su arma. En el interior de la comisaría todo eran gritos y gente que se movía de un lado para otro sin saber qué hacer.

Encontró a Martina con el arma en la mano saliendo del despacho de Roldán, y en cuanto lo vio suspiró aliviada. Él sentía lo mismo de encontrarla sana y salva, y su temor inicial logró disiparse un poco al comprobar que Gonzalo salía del servicio con el rostro exaltado.

Martina corrió a abrazarlo, y Gonzalo se reunió con ellos.

—Los disparos han venido desde el aparcamiento —dijo Erik.

Gonzalo asintió.

—Estaba en el servicio cuando los he escuchado. ¿Dónde está Jesús?

Martina se disculpó con la mirada.

—Su turno terminó hace una hora, y lo perdí de vista cuando me ausenté un instante para ir al servicio. Parecía tener prisa, y no pude evitar que se marchara. Iba a llamarte, pero no te encontraba por ningún sitio...

Erik se enfrió.

—No es culpa tuya —le aseguró mientras se dirigía hacia las escaleras.

Sus compañeros lo siguieron sin dudar, y un pequeño grupo de policías rezagados acudieron a unirse a la patrulla que acababa de formarse—. Cubridme, voy a bajar.

—Yo voy contigo —decidió su amigo.

Erik se negó.

—No es necesario que arriesguemos los dos la vida. Si me cubres serás de mayor utilidad.

Aregañadientes, Gonzalo se colocó a una distancia prudencial desde la que proteger a su compañero. Martina hizo lo mismo, y Erik abrió la

puerta. Pegó la espalda a la pared, y en cuanto tuvo el campo despejado, descendió las escaleras a toda prisa hasta ocultarse tras una columna de hormigón. El aparcamiento estaba sumido en un silencio sepulcral que lo inquietó. Ladeó la cabeza hacia uno y otro lado, inspiró y corrió hacia la segunda columna. Fue entonces, desde aquella posición, cuando divisó el espeso charco de sangre en torno a un cuerpo que distinguió desde la distancia. Soltó un grito y acudió en su auxilio.

—¡Llamad a un médico!—ordenó angustiado.

El cuerpo de Roldán yacía a pocos metros de su vehículo. Un tiro le atravesaba el lugar donde antes estaba su ojo derecho, y otro había impactado en su estómago. Pese a todo, Erik trató de encontrarle el pulso.

Estaba muerto.

Se incorporó de golpe, furioso. Consigo mismo y con el que había asesinado a un hombre que era más que su jefe. Era su mentor y su amigo, la persona en la que confiaba y a la que quería como a su propio padre.

—¡Joder!—bramó, llevándose las manos a la cabeza.

El grito de Martina sonó lejano, amortiguado por sus propias lamentaciones. Como una sombra borrosa, contempló como la mujer se tendía sobre el cuerpo inerte y sollozaba destrozada. Gonzalo la levantó para calmarla, pero ella pateó furiosa.

—¿Por qué?—encontró los ojos vidriosos de Erik, y él fue incapaz de responder—. No está muerto, ¿Verdad?

Erik se acercó a ella para colocar una mano sobre su hombro.

—Martina, nos ha dejado.

—¡No!—le golpeó el pecho con los puños mientras él recibía cada

golpe creyendo que lo merecía. Gonzalo sostuvo a la mujer de la cintura, y entonces ella se derrumbó sobre el suelo, llorando desconsolada—. ¡No, no, no! ¡Iba a jubilarse, no es justo! Erik asintió con un nudo en la garganta. Así era, Roldán había muerto a escasos meses de la jubilación. Un par de meses más y aquel cabrón no lo habría pillado.

La sensación de pérdida fue lentamente transformándose en la culpa. Si Jesús tenía algo que ver con los asesinatos, jamás se podría perdonar el haber estado tan cerca del asesino y ser incapaz de evitar todas aquellas muertes violentas.

Se dirigió a Martina, que no se encontraba preparada para mantener una conversación tras el fallecimiento de Roldán. Parecía sobrecogida por el miedo, como si creyese que ella sería la siguiente.

—Martina —la llamó con suavidad. La joven se volvió hacia él, con los ojos anegados de lágrimas. El cabello oscuro se pegaba a su rostro moreno y empapado. Era una mujer bonita, y él la quería como una verdadera amiga—. Lo siento mucho.

Ella se abrazó a él, sollozando desconsolada.

—Voy a encontrar al que ha hecho esto. Te lo juro.

—No quiero ser la siguiente... ni quiero que tú lo seas... —le soltó asustada.

Erik la apartó para hablarle sin tapujos.

—Ninguno de los dos va a morir. Tómate unos días libres, lo necesitas.

—¿Y tú? —musitó ella.

Erik sacudió la cabeza.

—Yo voy a encontrarlo —sentenció furioso—. ¿Por dónde se fue Jesús?

—No creerás... es una locura... —Martina lo contempló asombrada.

Entonces asintió, resignada ante aquella posibilidad—. Salió por el

garaje. Tenía el coche aparcado aquí. Hará quince minutos que se largó.

El tiempo suficiente para haber asesinado a Roldán y escapar sin ser visto, pensó Erik. Echó un vistazo a las cámaras de vigilancia del aparcamiento. Estaban destrozadas porque el asesino les había pegado un tiro. Al parecer, no se equivocaba al creer que alguien conocía el lugar lo suficiente para saber dónde apuntar y ejecutar el crimen con tanta rapidez.

Se largó de allí sin esperar al forense, pues su presencia en aquel lugar ya no era de ayuda. Roldán estaba muerto y nada podría hacerlo regresar, pero él impartiría justicia llevando a su asesino ante la ley. Sabía hacia dónde tenía que ir. La dirección que Mónica le había dado estaba guardada en un papel en el bolsillo trasero de su pantalón, y tal vez aquel hombre enmascarado estuviera esperándola por la zona. Él no permitiría que la tocara. Protegería a Mónica con su vida.

La encontró abrazada a sí misma en el otro extremo de la calle. Parecía desamparada y minúscula, lejos de aquella mujer alta y atractiva que ofrecía una imagen inalcanzable. En cuanto lo vio, suspiró aliviada y corrió hacia él. Ahogó un grito al contemplar la sangre que manchaba su camiseta blanca.

—Erik, ¿Qué ha sucedido? —preguntó preocupada.

Mirara hacia donde mirara, no podía apartar de su mente la imagen del cuerpo sin vida de Roldán. De su rostro destrozado por una maldita bala.

—El hombre del que vas a aceptar su ayuda ha asesinado a mi jefe y amigo —dijo.

Aunque no tenía sentido que se lo reprochara, no pudo evitar que su voz destilara resentimiento. Estaba herido y necesitaba desquitarse

con alguien.

Mónica comprendió sus sentimientos.

—Lo siento.

—Eso no le servirá de gran ayuda a él. Ni a su familia. Estaba a punto de jubilarse.

Mónica apretó los labios, sin saber qué más decir.

—Erik...

—Vete a casa, Mónica —le ordenó agotado.

—Está a miles de kilómetros.

Lo que en realidad quiso decir fue que para ella no existía un sitio al que denominar hogar, porque no se podía poseer uno si se vivía con miedo.

—Vete al hotel. La comisaría está fuera de control en este momento.

Ella le acarició el brazo, pero él ni siquiera lo sintió.

—No soy yo la que está en peligro, Erik —intentó hacerle ver—. Ese hombre... va a por ti.

—Sí, por supuesto que tú no estás en peligro. Al fin y al cabo, estás dispuesta a aceptar su ayuda —le recriminó aireado.

Mónica se sintió dolida por aquellas palabras, pese a que sabía que era su dolor el que hablaba por él en aquel momento. Pero cuando lo vio marchar hacia el coche, no pudo evitar perseguirlo y tratar de frenarlo a rastras.

—¡No vayas solo! ¿Es que has perdido la cabeza? ¡Puede ser una trampa! ¡Erik, no seas idiota!

Al escuchar aquella palabra, los ojos de él refulgieron chispas iracundas. Mónica se detuvo asustada, pero él solo se metió en el coche, cerró de un portazo y echó el seguro para que ella no pudiera detenerlo. Entonces, Mónica reaccionó y golpeó la ventanilla con la

palma de la mano.

—¡Erik, Erik!

Corrió detrás del coche como si la verdadera idiota fuera ella, hasta que se percató de que no sería capaz de detenerlo por sí misma. La imagen de Martina saliendo de la comisaria cabizbaja y llorosa provocó que su mente trabajara de prisa, y sin dudarle un segundo se acercó a la joven policía.

—¿Martina?

La joven alzó la cabeza, y al contemplar a quién pertenecía aquella voz femenina, frunció el entrecejo con evidente desagrado. Mónica sabía que jamás podrían ser amigas, pues ambas estaban interesadas en el mismo hombre. Pero en aquel instante, su enemistad no era motivo de interés.

—No estoy de humor para soportar lo que tengas que decirme —le ladró.

—Lo siento —le dijo sinceramente. Martina la contempló con reticencia—. Se trata de Erik.

Al escuchar el nombre, Martina asintió.

—¿Qué sucede?

—Creo que puede estar en peligro. Ese hombre me ha enviado una nota, y cree que él puede detenerlo sin ayuda de nadie. Está cegado y enloquecido. Sé dónde ha ido, pero necesito que me lleves.

—Será mejor que me digas dónde es. Tú no vienes.

—¿No crees que no es momento para discutir?

Martina se mordió los labios con rabia.

—¡Vamos!

La cogió del brazo, arrastrándola hacia un coche cercano. En cuanto se sentó a su lado, Mónica fue consciente de las manos temblorosas

que aferraban el volante. Quiso creer que aquel histerismo se debía al reciente fallecimiento del jefe de la joven, pero sospechaba que la inquietud de Martina era producto de la preocupación que sentía por Erik.

Estaba enamorada de él.

—Si le sucede algo... ¡Será culpa tuya! —le reprochó.

—Entonces conduce más deprisa.

Mónica carecía de fuerzas para discutir, pues aunque sabía camuflar sus emociones a la perfección debido a las penosas circunstancias que rodeaban su vida, estaba tan preocupada por Erik como aquella mujer. Tal vez incluso más, porque al fin y al cabo ¿Cómo se medían los sentimientos? ¿Qué era lo que sentía exactamente por el policía?

—Hago lo que puedo —se justificó. Aquella hora del día, estaban sumergidas en un embotellamiento—. No deberías haberle dado aquella maldita nota.

La acusación provocó que Mónica se irguiera. Aquel comentario indicaba que, si le sucedía algo a Erik, sería culpa suya. Podía soportar cualquier cosa menos eso.

—Yo... —jugueteeó con nerviosismo con el borde de su blusa, hasta que de repente, el dominio sobre sí misma la abandonó para ser invadida por una rabia instantánea—. ¡No creí que fuera a cometer ninguna locura!

Pero la muerte de Roldan lo había cambiado todo.

Martina intentó centrar la vista en la carretera. Deseaba ignorar a la mujer que estaba sentada a su lado, pero sus ojos se desviaban hacia aquella rubia que parecía sacada de una de aquellas revistas que tanto gustaban a los hombres. Tan alta, tan guapa y tan atractiva. Podría haberle resultado una mujer superficial, pero lo cierto era que

emanaba cierto misticismo que la desconcertaba. La clase de aire frágil y coqueto que había conseguido atraer a Erik.

Debería odiarla, pero no era culpa suya que Erik la deseara en vez de a ella. Se conocían desde hacía años, y por mucho que Martina lo había intentado, lo cierto era que el policía tan solo la veía como una amiga. Podía resignarse, o intentar una última jugada antes de perderlo para siempre.

—¿Desde cuándo estás enamorada de él?

La pregunta sobresaltó a Martina, que asió el volante con fuerza.

—Eso no es asunto tuyo.

Mónica asintió, sin decir una sola palabra.

—Pase lo que pase, no juegues con él —le soltó con amargura.

Mónica la contempló asombrada, hasta que comprendió la clase de imagen que ofrecía a aquella joven. La de la mujer frívola, hermosa y promiscua que utilizaba a los demás a su antojo. Tan lejos de la realidad, pues era ella la utilizada como un pañuelo desechable.

—Erik no es un capricho. Pronto me iré y no volverás a verme.

Sus propias palabras la desconcertaron.

—¿Entonces por qué te vas? —inquirió con desconfianza.

Mónica no respondió a aquella pregunta. Aquello no era de la incumbencia de la joven policía, ni tampoco de nadie. Sus errores y sus problemas le pertenecían, al igual que el poderoso secreto que guardaba con celo.

—Hemos llegado. Será mejor que te quedes aquí.

Mónica desoyó el consejo y bajó del coche en cuanto el vehículo se detuvo. Martina la siguió a toda prisa con el arma desenfundada, pero apenas necesitaron caminar unos metros para encontrar a Erik apoyado sobre la pared de una nave abandonada, con los ojos

cerrados y un montón de folios en una mano.

Martina suspiró y se quedó rezagada en el coche, a sabiendas de que aquel momento no le pertenecía. Por mucho que le doliera, Erik era libre de tomar sus propias decisiones, aunque en vez de elegirla a ella incluyeran a una rubia y atractiva mujer.

—Ey —Mónica se colocó a su lado.

Erik abrió los ojos, sin dedicarle una mísera mirada.

—Sé que no es lo que querías, pero me alegro de que no lo hayas encontrado. Ahora podrías estar muerto.

—O el podría estar entre rejas.

Erik ladeó la cabeza para mirarla a la cara. Su expresión no delataba emoción alguna, lo que desconcertó a Mónica. Lo sentía lejano e inalcanzable, lo que provocó que deseara que él volviera a acariciarla.... y besarla. Intuía que lo había perdido, algo desconcertante si tenía en cuenta que él nunca le había pertenecido.

—Erik, vuelve —le suplicó asustada.

—¿Para qué? —su voz destiló una amargura que la hirió—. ¿Para que vuelvas a huir de mí? ¿Para que sigas ocultándome cosas? ¿Para que mientas?

Mónica se mordió los labios hasta que se provocó un agudo dolor. No soportaba que él le dijera aquellas cosas.

—Para que seas de nuevo el hombre cauto y responsable de sí mismo. Por Dios, hay gente que te quiere. Yo...

—Tú —la palabra consiguió que Mónica se tensara. Él le arrojó la pila de folios en un acto de desprecio que consiguió humillarla hasta dejarla anonada—. ¿Esto es lo que quieres? ¡Es todo tuyo! ¿Aeso has venido, no? ¡Pues ahí lo tienes! Si careces de escrúpulos, definitivamente no eres la mujer que creía.

Aquella palabras la sacudieron... la abofetearon. Se dio la vuelta para que él no la viera llorar. Jamás derramaría una lágrima por un hombre, porque los odiaba a todos. No, no podía odiar a Erik. Pero sí podía odiarse a sí misma por ser tan ingenua. En cuanto él descubriera lo que ocultaba, la repudiaría sin ningún miramiento.

De espaldas, le habló con voz monótona, pero el timbre rasgado la delató.

—No soy la mujer que crees, y he venido a buscarte porque estaba preocupada por ti. Cómo te atreves...

Se alejó de allí con paso apresurado, decidida a apartarse de Erik todo lo que le fuera posible. De él y de el peligro. De las palabras hirientes, las verdades que escocían y los recuerdos que hacían tanto daño. Pronto se marcharía de aquella ciudad y podría regresar a su vida premeditada, carente de amor y siempre en vilo, esperando a aquel pasado que una vez más había regresado para desestabilizarla.

Erik contempló los papeles dispersos sobre aquel charco. La tinta se difuminaba con el agua, del mismo modo que su rabia. Poco a poco, sus emociones fueron disolviéndose hasta quedar apagadas por la certeza de que se había equivocado.

Reprochar cosas absurdas y carentes de sentido a Mónica no le devolvería a Roldán, y lo cierto era que aquellos folios húmedos y desechados le recriminaban que ella se había largado sin la información. Eso, definitivamente, debía de significar algo. Del mismo modo que las palabras que ella le había dedicado pero él no quiso escuchar. Las que le hablaban de una preocupación sincera por la que había arriesgado su propia vida sin dudarlo.

—Idiota —masculló para sí.

Desenfundó el arma al sentir una presencia, pero la guardó en cuanto contempló a Martina con las manos en alto, visiblemente asustada. Se disculpó con una mirada que no fue suficiente para apaciguar a la joven.

—Me has asustado.

—Te dije que te tomaras unos días libres.

Martina se encogió de hombros.

—Ella puede ser muy convincente —dijo, refiriéndose a Mónica—.

Estaba preocupada, habría venido sola de conocer el lugar —aquel dato provocó que Erik tensara la mandíbula—. Tú también deberías tomarte unos días libres —antes de que Erik replicara, ella lo detuvo con una mano en la boca. Era la primera vez que lo interrumpía—. No,

escúchame. Sé que estás enfadado, yo también lo estoy. Pero cometer una locura no va a devolvérselo.

Él no quiso escucharla.

—Deberías irte a casa, Martina. Mañana será un día duro.

Le cogió las manos, pese a que él se resistió. Le dolió que rehuyera su contacto, pues sabía que no rechazaba el de Mónica. De hecho, parecía ansiarlo. Su mirada hambrienta lo delataba.

—¿Y tú, dónde vas a ir? ¿Abuscar a Jesús? ¿Acometer cualquier estupidez?

—Encontrar a ese asesino para que deje de matar gente no es una estupidez...

El beso de ella lo pilló por sorpresa. Martina posó sus labios sobre la boca de él, que permaneció inerte con los ojos abiertos de par en par. Ella colocó las manos sobre su pecho, y esperó que se rindiera a ella. Pero no sucedió. Con cautela y haciendo gala de una enorme dulzura, la apartó con cuidado.

—Martina, siento si te he ofrecido una impresión equivocada, pero yo... Ella se llevó las manos al rostro, muerta de vergüenza.

—¡No digas nada, por favor!

Se echó a llorar, mientras él la contemplaba frustrado. Sabía que todo sería más fácil si se enamoraba de una chica sencilla y afable como Martina, pero no era posible. Pensaba en Mónica, a todas horas. Estaba en sus sueños y en sus ilusiones. Incluso en el futuro con el que fantaseaba.

—Se quedará entre nosotros, lo prometo.

—¡Porque tienes que ser así! —sollozó.

Erik quiso tocarla, pero entonces se apartó pensándose mejor. No sabía cómo actuar en una situación semejante, y tal vez sería mejor

mantener las distancias, pues no quería volver a herirla. Sin duda Martina se sentía humillada.

—Lamento si he hecho algo que te ha ofendido.

—¡Oh, cállate! ¿Es que no lo entiendes? ¡No deseo tus buenas palabras, soy una estúpida!

Erik suspiró, y sin poder evitarlo, se acercó a ella para abrazarla. Martina no lo evitó, sino que sollozó sobre su hombro.

—Eres una mujer preciosa, y algún día encontrarás a alguien que te valore como mereces.

—No quiero a nadie más, te quiero a ti... —musitó acongojada.

—Martina, no me lo pongas más difícil. No puede ser.

—Porque la quieres a ella —dijo, resignada.

Erik no lo negó. No pudo. Tampoco respondió porque no sabía qué decir. Los sentimientos que albergaba por Mónica lo superaban. Lo superaban incluso cuando se hallaba consolando a otra mujer que admitía estar enamorada de él.

—Se marchará, ella me lo ha dicho. Te dejará colgado, Erik. Conozco a esa clase de mujeres que utilizan a los hombres a su antojo, y no te merece. Estás cegado.

Las palabras de Martina consiguieron que le hirviera la sangre. Haciendo gala de una calma que no poseía en aquel instante, se apartó de ella.

—No la conoces.

—Tú tampoco.

—Sé lo suficiente de ella.

Su convicción provocó que Martina asintiera, caminara hacia el coche y se largara de allí sin pronunciar una sola palabra más. En pocos minutos, había conseguido apartar a dos mujeres de su lado. Las dos

le importaban, pero de formas tan distintas que solo una de ellas conseguía que el corazón le latiera desbocado.

Al llegar a la comisaría, el tumulto en el que la había dejado fue remplazado por una quietud que lo alarmó. Algunos rostros conocidos forzaban una sonrisa triste cuando él pasaba delante de ellos, tratando de animarse mutuamente. En realidad, nada volvería a ser lo mismo tras la muerte de Roldán.

Se dirigía a su despacho cuando alguien le colocó una mano en el hombro, por lo que se dio la vuelta. Se quedó helado, hasta que todo explotó. Al tener frente a sí a Jesús, que mantenía una expresión circunspecta, Erik hirvió de rabia.

—Erik, he venido en cuanto me he enterado. Tenemos que atrapar a ese...

Lo derribó de un puñetazo, y antes de que pudiera lanzarse contra él, un montón de brazos lo separaron de su presa. Jesús se limpió la sangre que bañaba su labio inferior, y le dedicó una mirada cargada de odio.

—¡Soltadme! —nadie lo hizo. Con aquel puñetazo, había perdido la autoridad que le confería su puesto. Estaba desquiciado, pero poco le importaba— ¡He dicho que me soltéis!

—Soltadlo.

La orden de aquella voz provocó que todo el mundo obedeciera, lo que no logró que Erik se calmara. Avanzó hacia Jesús, pero el hombre al que pertenecía la voz se interpuso entre ellos.

—Ami despacho. Los dos. Ahora.

De mala gana, entraron al despacho del comisario, quien ni siquiera se sentó. Con los brazos cruzados, clavó la vista en Erik. Por todos era

sabido que el comisario Javier Mondragón mantenía una rivalidad con Roldán que había llegado a salpicar a Erik, que siempre se había posicionado por el segundo.

Mondragón era un tipo de pocas palabras y decisiones arbitrarias. Con todo, la autoridad que le confería su puesto y los años de antigüedad en el cuerpo no eran discutidos por nadie.

—¿Qué demonios sucede? —avanzó hacia Erik y lo miró a la cara—. Acabamos de perder a un hombre, ¿Crees que tengo tiempo para rencillas absurdas entre compañeros?

—Tal vez tiene todo el tiempo del mundo. Roldán ha muerto, y usted no hace nada por encontrar al culpable —lo atacó.

La expresión de Mondragón no se alteró. Tan solo lo evaluó durante un largo rato.

—Al parecer, tus puños son tan rápidos como tu lengua. Siempre he tratado de comprender qué vio Roldán en ti, es obvio que somos muy distintos. Eres leal y valiente, pero impulsivo.

—Con todos mis respetos, señor...

—No, cállese —espetó sin alterarse, pero en un tono lo suficiente convincente para que Erik obedeciera—. Puede que crea que no estoy interesado en esclarecer la muerte de Roldán, pero se equivoca. Los motivos personales me sobran cuando he perdido a uno de mis hombres, subinspector. Y ahora dígame a qué se debe su comportamiento injustificable.

Erik asintió, y sin poder evitarlo desvió los ojos hacia Jesús, que apretaba los puños en un gesto nervioso que a Erik no le pasó desapercibido.

—El oficial Ortiz es sospechoso de los asesinatos de los dos párrocos, incluido la muerte del Inspector Jefe Roldán. Trataba de reducirlo,

comisario.

—¡Pero qué demonios dices, has perdido el juicio! ¡Cabrón!—exclamó alterado.

Se volvió hacia él para que le ofreciera alguna explicación, pero Erik continuó con la mirada fija en el comisario. Si encaraba a Jesús no estaba seguro de poder controlarse. La muerte de Roldán aún le escocía lo suficiente para reemplazar al hombre cabal y con autoridad sobre sí mismo que solía ser por un tipo capaz de emplear los puños a la menor oportunidad.

Aquella acusación tomó por sorpresa a Mondragón, quien enarcó una ceja con curiosidad.

—¿En qué se basan sus sospechas?

—El asesino dejó dos notas que, en ambos casos, provenían del Oficial Ortiz. En un primer momento de su despacho, y en el segundo de la bandeja que el mismo ofreció a una detenida. Minutos antes de la muerte del inspector Roldán, Ortiz abandonaba la comisaría por el aparcamiento. Por todos es sabido que el oficial Ortiz mantenía una rivalidad personal conmigo, señor.

—¡Cualquiera podría haber dejado esas notas ahí!—Jesús trató de empujarlo, pero se lo pensó mejor al comprender que Erik le ganaba en corpulencia y altura. Soltó un chasquido—. Vamos, Erik... no creerás...

Alargó una mano para convencerlo, y Erik le dedicó una mirada fulminante.

—No me toques.

Gonzalo dejó caer la mano, entonces soltó una carcajada ácida.

—Si crees que soy tu asesino, definitivamente has perdido el juicio. No tenía nada en contra de Roldán, pero sabía que era un inepto al

confiar en ti.

Erik se lanzó contra él, dispuesto a arrancarle la cabeza tras el insulto que había dedicado a un hombre que ya estaba muerto. Tan solo consiguió rozarlo antes de que Mondragón se interpusiera entre ambos con aire agotado. Fue necesario que el comisario, poco dado a las confrontaciones físicas, le colocara una mano en el pecho mientras le dedicaba una mirada de advertencia.

—¿Hay alguien más al corriente de sus sospechas, subinspector?

Erik pensó en Martina, y supo que de su respuesta dependía el futuro de la joven, por lo que sacudió la cabeza en señal negativa.

—Bien... —retrocedió hasta colocarse tras su escritorio—. Me temo que voy a tener que suspenderlo de empleo y sueldo hasta que se esclarezcan los hechos, subinspector Rodríguez. Tómese unos días libres, le vendrán bien. Ha sufrido la pérdida de un ser querido, además de haber recibido un disparo que puede haberle afectado emocionalmente. Comprenderá que no es la persona indicada para llevar este caso en este momento, lo hago por su bien.

—¿Por mi bien? No sabe una mierda, comisario. Ese hombre seguirá matando mientras usted continúa en su despacho —con gesto airado, se desprendió de la pistolera, la placa y las arrojó sobre el escritorio mientras su compañero lo contemplaba con una sonrisita pedante.

—Al menos habré evitado que continúe buscando falsos culpables. Comprendo su dolor, y por eso sé que no está en condiciones de hacer su trabajo —luego se volvió hacia Jesús, que estaba cruzado de brazos y había recuperado su actitud chulesca—. En cuanto a usted, oficial Ortiz, será mejor que tenga una explicación y una coartada sólida para los hechos que ha descrito el subinspector. De lo contrario me veré en la obligación de encerrarlo en una celda hasta que se

esclarezcan los hechos.

—¡No puedo explicar nada, alguien pondría esas notas ahí! Yo... Erik no se detuvo a escuchar la conversación, sino que salió del despacho sin molestarse en cerrar la puerta. Se sentía vacío sin la placa, pero de algo estaba seguro. Encontrarse desarmado no impediría que resolviera el crimen. ARoldán le debía justicia, y a Mónica protección. Cumpliría con su trabajo y honor, aunque lo hubieran suspendido.

Llamó a la puerta por segunda vez. Le constaba que alguien estaba detrás espiando por la mirilla debido a la sombra que oscureció el pequeño cristal. Armándose de paciencia, resopló y esperó frente a la puerta. De todos modos, no tenía demasiadas posibilidades, pues sin su placa era un civil más.

—Subinspector Erik Rodríguez de la brigada de homicidios y desapariciones. Tengo que hacerle unas preguntas, abra la puerta. Transcurrieron unos segundos hasta que escuchó el sonido de unas llaves abriendo la cerradura. La puerta se abrió lo justo para que una mujer de mediana edad asomara la cabeza y le dedicara una mirada cargada de recelo.

—No estoy obligada a dejarlo pasar a menos que traiga una orden judicial —la voz denotó furia, pero el temblor delató miedo.

—No quiero fisgonear en su casa, señora. Pero necesito hacerle unas preguntas, y usted sabe a lo que me refiero. Puede dejarme entrar o responderlas en comisaría —le soltó aquella mentira cruzando los dedos para que aquella mujer no eligiera la segunda opción.

—Mi marido y mis hijos llegarán dentro de media hora. Tiene hasta entonces —determinó de mala gana.

Lo condujo hacia una pequeña salita repleta de fotos familiares que evidenciaban una vida feliz. La mujer tomó asiento en una butaca, y con un gesto seco le pidió que él hiciera lo mismo. Pese a su expresión severa, cruzó las manos sobre el regazo en actitud defensiva.

—Lamento remover su pasado —se excusó.

Ella inclinó la cabeza con aire escéptico.

—¿Qué sabe usted de mí! —desdeñó, destilando amargura.

—Sé que nunca denunció los abusos.

La mujer abrió los ojos como platos, sorprendida ante su conocimiento.

Erik asintió, mirándola a la cara. Lo había adivinado desde el instante que habló con ella por teléfono. El rencor que desprendían sus palabras hacia el párroco le hablaron de un dolor no superado.

—Jamás se lo conté a nadie —comentó con la cabeza gacha. Entonces clavó los ojos en él—. ¡Y así debe de seguir siendo!

—Es decisión suya.

—¿Qué quiere de mí? No tengo nada que ver con la muerte de ese miserable. Dejé atrás el pasado hace demasiados años.

—Necesito su ayuda.

—¿Y qué le hace creer que yo quiero que encuentren a su asesino? A mi parecer, le ha hecho un favor a la sociedad.

—Seguirá matando a más gente. Gente inocente.

La mujer apretó los labios en una fina línea, pero algo en ella se derrumbó.

—Sólo quiero que me dejen en paz... —murmuró. Una lágrima discurrió por su mejilla.

Erik le ofreció su espacio, permitiendo que se reconciliara con su dolor.

Durante unos minutos, ella sollozó con el rostro enterrado en las manos. Cuando logró serenarse, se secó los ojos y suspiró.

—Hacia años que no recordaba... creí que lo había superado.

—Hubo más niños como usted.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo. Cuando eres la víctima, no hablas de ello. Ni siquiera con otros que pueden experimentar lo mismo. La vergüenza te carcome... hasta que un día lo olvidas, o tratas de enterrarlo tan profundo como puedes.

—Se trataba de un huérfano, de unos ocho años. Tal vez usted...

Al oír la descripción, la mujer se volvió hacia él.

—Lo recuerdo —admitió sobresaltada—. Silencioso, solitario... jamás supe su nombre. Pero un día me miró y dijo: algún día seré yo quien le haga daño. Tuve la impresión de que decía la verdad, y en cierta medida lo deseé. Dejé de verlo cuando mis padres se mudaron y no volví a la parroquia, pero su imagen siempre me persiguió. Estaba solo en el mundo, y me dio la impresión de que con él era más cruel que... con el resto.

La mujer se estremeció.

—¿Puede recordar algo más?

Arrugó el ceño, haciendo memoria.

—Llevaba una camisa con el nombre bordado del orfanato... se llamaba... —chasqueó la lengua contra el paladar—. Religiosas del buen pastor, ¡Sí, así era!

Se oyeron pasos en el vestíbulo, y la mujer se incorporó de golpe, nerviosa ante la presencia de su marido e hijos.

—No es usted quien debería ocultarse. Él está muerto, pero puede denunciar los hechos. Deje que se haga justicia. La merece.

La mujer lo empujó hacia la entrada.

—A veces... a veces es mejor olvidar, ¿No lo comprende?

Erik no respondió. Si el párroco hubiera estado vivo, él mismo habría denunciado los hechos para llevarlo antes la justicia. Por desgracia, aquel asesino había decidido tomarse la justicia por su mano, silenciando para siempre al resto de niños que sufrieron los abusos. Al salir de la casa, buscó en la guía telefónica el número y la dirección del orfanato. Se inquietó al percatarse de que no aparecía en las guías recientes, hasta que buceó en internet y encontró un artículo que mencionaba los datos de aquel orfanato. Telefonó al número de contacto, y la voz de una inconfundible anciana lo saludó al otro lado de la línea.

—¿Religiosas del buen pastor?

Se oyó un suspiro de irritación.

—Se ha equivocado. Esta es una casa particular, y yo de religiosa tengo bien poco —respondió la anciana.

—Disculpe... este era el número que aparecía en...

—Porque antes pertenecía al orfanato —lo informó, la nueva titular de aquel número—. Pero cerró sus puertas hará unos cinco años. Me informé de ello cansada de que muchas personas me llamaran con la intención de hacer un reportaje sobre el viejo orfanato.

—¿Sabe lo que sucedió?

—Al parecer, hace pocos años el orfanato sufrió un incendio. El edificio se derrumbó y no sobrevivió nada. Por suerte, los niños estaban de excursión y pudieron ser trasladados a otros centros.

Erik lamentó su mala suerte. Con el orfanato aniquilado, no tenía ninguna opción de recuperar los archivos que arrojaran algo de luz sobre aquel huérfano.

—¿Sabe qué es lo peor? Los bomberos certificaron que el incendio había sido provocado, ¿Puede creerlo? ¿Quién tendría interés en

destruir un orfanato plagado de niños inocentes? El mundo está lleno de locos...

Erik sí poseía una ligera idea, pues al parecer, aquel asesino siempre iba un paso por delante. Había borrado su rastro con aquel incendio provocado para que nadie pudiera encontrarlo.

Regresar caminando desde aquella nave en la otra punta de la ciudad la había llevado a los Reales Alcázares, un conjunto de palacios amurallados de herencia arquitectónica árabe y gótica. Se encontraba cobijada del intenso sol de la tarde por una vereda de mirlos y naranjos que proyectaban una espesa sombra. El rumor de las fuentes y el canto de los pájaros le confería algo de la paz que había ido a buscar a aquel conjunto de palacios y castillos que armonizaba con una espesa vegetación y la constante presencia de agua en los estanques y fuentes.

Los acontecimientos de aquel día habían conseguido perturbarla, no solo por ser consciente del sufrimiento que se reflejaba en los ojos de Erik, sino porque comprendió que, pese a lo que se dijera a sí misma, seguía temiendo a la muerte. No creía en Dios ni en el Más Allá porque la vida le había demostrado cuan cruel podía llegar a ser.

Sacó su teléfono móvil, dispuesta a realizar una llamada que lograra tranquilizarla. Atrás habían quedado los años en los que su madre, con una simple mirada cariñosa, lograba sacarla del escondite que le brindaba el armario. Pero en aquel instante, se sintió tan desamparada que necesitó volver a ser la niña asustadiza con la que las palabras amables y los gestos de consuelo obraban su efecto.

—¡Cariño, qué alegría tener noticias tuyas! —la voz afable de su madre sonó amortiguada por el sonido de unas voces. Al parecer, volvía a ser la anfitriona de otra de sus queridas fiestas.

Al menos, una de las dos volvía a ser feliz. Los años de tortura y dolor

silencioso de su madre habían cesado para siempre, y se prometió que jamás regresarían. Ella había decidido soportar aquella pesada carga, por lo que el sufrimiento compartido tan solo provocaría mayor dolor.

—Hola mamá, solo llamaba para saludar.

—Tú siempre llamas para saludar, ¿Pero cuándo vendrás a hacerme una visita? ¿Hace cuanto que no nos vemos?

Demasiado tiempo

—Estoy muy ocupada —se excusó—. ¿Todo está bien en casa?

—Oh, ya sabes que Alfonso es un amor. Deberías hacernos una visita para comprobarlo con tus propios ojos.

Una visita era pedir demasiado. Una visita a una casa que le traía dolorosos recuerdos que jamás superaría. A veces, se preguntaba cómo su madre había sido capaz de sobrellevar lo sucedido junto a un nuevo hombre. En la misma casa que años atrás había pertenecido a su marido. Asu odiado padre. Siendo egoísta, la respuesta radicaba en que nunca tuvo que enfrentarse de nuevo al pasado. Mónica lo había hecho por las dos, a su espalda. De haber sabido la verdad, su madre se habría entregado a la policía por ella. Pero no podía permitir tal hecho.

—Me alegro... —tomó aire para que ella no se percatara de su necesidad de llorar. Debía ser fuerte por la dos—. Me alegro por ti.

—Cariño, ¿Te encuentras bien? —la voz preocupada de su madre la hizo reaccionar.

—Sí, tengo que colgar. Hablamos en otro momento. Te quiero.

—¡Mónica!

Colgó porque no podía seguir mintiendo en voz alta. Se enjugó las lágrimas y caminó de regreso al hotel, asustada ante la sospecha de que volvería a encontrarse con él. Aquella pesadilla hecha hombre y

acosador que regresaba tras siete años de ausencia para hacerle la vida imposible.

Ya no era la chica que accedía a sus peticiones rogando para que no la golpeará o destapara la verdad, por lo que carecía de escapatoria. Tampoco podía acudir a la policía, pues jamás gozó de aquella protección. En juego estaba su vida y la libertad de su madre.

¿Qué se suponía que iba a hacer?

Subió por las escaleras hasta la última planta porque temía que él la interceptara en el ascensor, acorralándola a su merced. Tan solo le restaba huir todo lo lejos que pudiera antes de que él persiguiera sus pasos. Lejos de todo. Lejos de Erik.

Recorrió el pasillo hacia su habitación, con el corazón acelerado y la certeza de que él la sorprendería en cualquier momento. Miraba de reojo, caminando deprisa con la tarjeta de su habitación en la mano para encerrarse dentro lo antes posible.

Diez metros.

El sudor le empapó las manos.

Cinco metros.

El pulso le martilleó las sienes.

—¡Mónica!

Soltó un grito y pegó la espalda a la pared. Se quedó tan quieta como una estatua, con el contenido de su bolso desparramado por el suelo y una mueca de terror en el rostro.

—¡Me has asustado, gilipollas!—chilló a un perplejo Dominique.

Él puso las manos en alto en un gesto de disculpa, y sin hacer ningún movimiento que pudiera alterarla, contempló como ella metía una a una las pertenencias en su bolso mientras temblaba de la cabeza a los pies. Ni siquiera se atrevió a tocarla, consciente de que tal vez ella le

daría una paliza.

Cuando se incorporó, introdujo la tarjeta en la ranura y empujó la puerta. A Dominique le pareció tan débil que sintió el irrefrenable deseo de abrazarla. Recorrió su espalda con las manos hasta que la atrajo hacia sí, reconociendo con fastidio que ella rehuía su contacto.

—No te esperaba... —se excusó.

—Pas probleme, Monique —al escuchar aquel apelativo, ella curvó los labios en una sonrisa débil—. Me entristece que te haya asustado porque es como si huyeras de algo...

Quiso separarse de él, pero Dominique no se lo permitió. Recorrió su nuca con los labios hasta besarle el cuello en un intento por calmarla. Mónica continuó resistiéndose, deseosa de encontrarse sola y a salvo.

—Déjame, Dominique. Los días en los que disfrutábamos el uno del otro han terminado para siempre —tuvo que ser sincera, aunque con ello le hiciera daño.

Él rompió el contacto.

—Quiero ser tu amigo. Me preocupas.

—Y yo quiero estar sola.

Se escondió tras la puerta, pero él le tomó la mano con suavidad. La conocía desde hacía años, pero jamás la había visto tan trastornada. No era la clase de hombre que empleaba su tiempo en buscarse problemas con una mujer complicada. Disfrutaba de las relaciones esporádicas y el sexo sin ataduras, pero a ella la consideraba una buena amiga.

—Será mejor que te vayas —insistió mientras cerraba la puerta.

Dominique interpuso el pie para impedirse, provocando la irritación de ella.

—Cuéntame qué sucede... tal vez yo...

—¿Puedas ayudarme? —finalizó la frase con sorna. Decidió que ser cruel era la opción perfecta para deshacerse de él, aunque le hiciera daño. Mejor alejarlo de ella que permitir que él le pusiera una mano encima—. No quiero que me ayudes, ¿Es que no te das cuenta de que me he hartado de ti? Te estoy evitando, Dominique. Así que piérdete. El francés abrió la boca indignado para cerrarla luego de golpe. Mónica percibió el dolor en las líneas de su rostro, y cerró la puerta odiándose por aquellas palabras vertidas en un acto desesperado para alejarlo de ella. Ya tendría tiempo para odiarse a sí misma por apartar a las pocas personas que tenía en su vida y se preocupaban por ella.

Por la mirilla, comprobó que Dominique permanecía unos minutos delante de la puerta, con una mano pensativa colocada a escasos centímetros de la puerta. Hasta que decidió marcharse de allí transcurrieron unos minutos que se le hicieron interminables.

Destruída por dentro, se quitó los zapatos y se metió en la cama. Allí dentro no había nadie, pero se lo pensó mejor y regresó a la puerta para cerrar con seguro. Nunca estaría a salvo de él, por lo que todas las precauciones que tomara serían pocas.

La cámara destrozada yacía sobre la mesita de noche. En un arrebato, abrió el compartimento de la tarjeta de memoria para probarla en su teléfono móvil, y comprobó maravillada que no había perdido las fotografías de su paso por la ciudad. Sin poder evitarlo, contempló ensimismada el rostro del subinspector.

Aquella cara morena y pensativa, de facciones duras y nariz aguileña. Con dos poderosos ojos pardos que la observaban de una forma tan intensa que ella se sentía viva y desnuda al mismo tiempo.

Suspiró y dejó el móvil sobre la mesita de noche, añorando aquello

que jamás podría tener. Fantaséando no con un hombre como él, sino con él. Con él en todas sus vertientes. Con el hombre honesto que no se iba por las ramas. Con el gruñón pero a la vez dulce. Con el que besaba con el alma hasta acariciarle el corazón. Con Erik.

Lo supo desde aquel instante en el que lo sintió en el hospital. Un simple vistazo a su espalda bastó para comprender que él trastocaría su vida.

El zumbido de su teléfono móvil provocó que brincara sobre el colchón. Suspiró aliviada al leer el nombre de Elena en la pantalla, y carraspeó para simular una voz tranquila al responder.

—Dime que no has vuelto a meterte en problemas —exigió agotada. La risilla de Elena la desconcertó.

—¿Te hace gracia que haya pasado algunas horas en un calabozo mugriento yapestoso?

La risa se cortó.

—Oh... no, por supuesto que no. Lo lamento, muchísimo —respondió. Parecía sincera—. Tengo una buena noticia, Mónica.

—¿Y a qué estás esperando? Todo lo que necesito es una buena noticia tras este día de mierda.

—¡Lo tenemos! —exclamó emocionada. Mónica tuvo que alejarse el teléfono de la oreja para no quedarse sorda—. ¡Oh, Dios... lo tenemos! Me escabullí mientras tú... ejem... eras detenida.

—Sí, ya me dí cuenta —respondió con sequedad.

—Me encerré en sus archivos mientras todo el mundo estaba pendiente de ti y ... ¡Conseguí meterme en su ordenador! He hecho copia de todo. El tío no era demasiado listo en cuanto a discreción, por mucho que aparentara lo contrario. Encontré emails con los que compraba al arqueólogo de la junta para que mantuviera la boca cerrada mientras

expoliaban las valiosas obras de arte. Resulta que la hija de Trevor es una cazatesoros de una compañía británica que se dedica a vender antigüedades de manera ilegal a coleccionistas privados que pagan una fortuna.

—Esto será un bombazo... tenemos que adelantar el número de salida de este mes —respondió, satisfecha de que las cosas funcionaran al menos en la revista. Podría concederle aquella satisfacción a su amiga—. Elena, encárgate de recopilar toda la información y empieza con el reportaje. Yo lo supervisaré.

—Pero... la idea fue tuya —la voz de la joven destiló emoción ante una oportunidad semejante.

—Y tú eres quien se jugó el pellejo —claudicó—. Haz un buen trabajo, confío en ti.

Tras aquella conversación, Mónica suspiró aliviada. Al menos, se iría de la ciudad con la satisfacción de haber trastocado las planes de Trevor Pitt. Había viajado a Sevilla con la intención de sacar a flote la revista de su mejor amiga. Por desgracia, encontrar a un hombre como Erik, que le provocaba un maremágnun de sentimientos, no entraba en sus planes.

Pum. Pum. Pum.

Se cubrió con las sábanas hasta la cabeza al escuchar el puño que aporreaba la puerta, pero al ser consciente de su comportamiento irracional, se incorporó para dirigirse hacia la entrada. Él era lo suficiente precavido como para no armar un alboroto semejante a aquellas horas de la noche.

—Mónica, soy yo. Abre la puerta. Ahora.

No supo si sentir alivio al escuchar la voz de Erik. En ocasiones podía

llegar a ser muy parco en palabras. Además de autoritario. Tal vez su unión con el cuerpo de seguridad mantenía algún tipo de relación con aquella característica de su personalidad, si bien Mónica se sentía lo suficiente agotada para atender a sus reclamos a aquellas horas de la noche.

—Si llamar a las tantas de la madrugada a mi habitación va a convertirse en una costumbre, puedes irte por donde has venido.

—Son las nueve y media de la noche. Abre la puerta.

Ella se sobresaltó. Estaba tan agotada que se había quedado dormida tras la llamada de Elena. Sin razonar lo que hacía, abrió la puerta y él accedió a la habitación como un vendaval. La atrapó entre sus brazos hasta desplazarla contra la pared, y capturó su boca en un beso salvaje y desenfadado. Ella notó su necesidad... y sus ganas. Apenas logró reaccionar cuando su cuerpo le tomó ventaja y actuó por puro instinto, hundiendo las manos en el cabello de Erik para responder a la urgencia de aquel beso. Él atrapó su rostro con las manos, y la separó apenas unos milímetros de su boca.

—Recoge tus cosas.

Ella lo contempló azorada, sin apenas escuchar lo que le había dicho.

—¿Por qué...?

Volvió a besarla. Un beso brusco, carente de artificios.

—Te pido disculpas. Estaba alterado, no pensaba lo que dije. Soy un imbécil, ¿De acuerdo? Estaba asustado y no medí mis palabras.

Ella asintió, acariciándole la mandíbula sin poder evitarlo.

—Me pides disculpas con un beso —lo evaluó con dulzura.

—Puedo darte otro.

No supo si aquello era una petición o un ofrecimiento, pero sonó con un remarcado cariz sexual que la atontó.

—Tienes que recoger tus cosas. Te ayudo, ¿Por dónde empiezo?
Aturdida, visualizó como él encontraba sus maletas y las depositaba sobre la cama. Tuvieron que transcurrir unos segundos para que Mónica fuera consciente de lo que estaba sucediendo, y en cuatro pasos, le arrebatara la ropa que él había sacado del armario para introducirla sin ningún pudor en una de las maletas. Ella estaba superada por la situación. Él agobiado.

—¡Erik, no sé lo que estás haciendo! Entiendo que has estado sometido a mucha presión, a cualquiera lo trastoca perder a alguien que quiere, pero...

Él le tomó la mano, y de un tirón la atrajo hacia sí. Le rozó el pómulo con los dedos, en una caricia tan lenta y cálida que Mónica entrecerró los ojos sin proponérselo, sintiendo como su respiración se sosegaba.

—Cariño, solo voy a decírtelo una vez. No sé qué es lo que ese hombre quiere de ti, pero no voy a esperar a ver lo que sucede. Te vienes conmigo, Mónica. Chilla, pégame si quieres, pero te advierto que no vas a impedírmelo. He perdido a un buen amigo hoy, y no estoy dispuesto a perderte a ti. No podría soportarlo, ¿Es que no te das cuenta?

Apretó los labios, temblorosos al saber que no podría escapar de él.

—No soy asunto tuyo —se resistió.

Él sonrió. Una sonrisa apagada, señal de que algo lo afligía.

—Tú no eliges lo que me preocupa.

—No quiero irme contigo —musitó, con menor énfasis del debido.

—Qué pena; yo siempre quiero estar a tu lado.

Aquella frase provocó que todo en ella se estremeciera, incluida su resistencia. Apartó la vista de él, clavándola en un punto sobre la pared. Tenía que alejarlo de ella, por las buenas o por las malas. Pese

a que deseara todo lo contrario, pues una parte de ella —con toda probabilidad muy estúpida— creía que a su lado no le sucedería nada malo.

—Si lo que quieres es echar un polvo, puedes tirarme sobre esa cama. Fingiré que disfruto —soltó con veneno.

Erik la soltó de golpe. Incluso ella se sobresaltó con sus palabras. Percibió la respiración sofocada de él, con toda probabilidad debatiéndose entre dejarla allí tirada o insistir una última vez.

—Tienes cinco minutos para recoger tus pertenencias, Mónica. Te aseguro que yo puedo hacerlo por ti. ¿Por dónde empiezo, por tus bragas? —decidió al fin.

—Tendrás que sacarme de aquí a la fuerza —le advirtió.

—También puedo hacer eso.

Mónica se mordió los labios, asintiendo resignada. Avanzó hacia él y le propinó un empujón que lo dejó desconcertado. Haciendo gala de una templanza que no supo de donde provenía, puso las manos en alto para asegurarle que no iba a tocarla.

—Sí, estoy segura de que puedes hacer todo lo que te propongas. ¿Es eso? ¿Te gusta demostrar que tú eres el que mandas? ¿Qué puedes forzarme?

Erik le dedicó una mirada peligrosa.

—Basta. Ni se te ocurra suponer una cosa semejante.

—¿Quieres que me quite la ropa? —insistió con malicia.

Aél se le incendió toda la sangre al contemplar el tirante sugerente que caía sobre su hombro para provocarlo. Apartó la mirada con gran esfuerzo, y apretó los puños, tan tentado como dolido por la actitud de Mónica.

Al comprender que no podría sacarlo de sus casillas, ella volvió a

empujarlo. Y explotó.

—¡Sólo quieres acostarte conmigo!

—No quiero acostarme contigo, quiero despertarme a tu lado todos los días de mi vida.

La sinceridad de él fue brutal. La naturalidad con la que aquellas palabras brotaron de sus labios mientras la miraba a la cara provocó que algo se rompiera en el interior de Mónica. Retrocedió conmovida, titubeante. Erik no hizo nada por evitarlo hasta que ella se echó a llorar, rota por la necesidad de expulsar todo lo que guardaba en su interior.

No soportaba verla llorar; aquella Mónica débil y exhausta que sollozaba desconsolada lo superaba. No sabía por qué se había derrumbado, pero intuía que algo le había sucedido en la vida y no le permitía avanzar. Jamás había contemplado a nadie llorar de aquella forma, tirada en el suelo y temblando de la cabeza a los pies.

Quebrada por el miedo. Aterrorizada.

Se agachó para incorporarla hasta que ella se derrumbó en sus brazos. Le susurró que todo iría bien si permanecían juntos, lo que provocó que ella llorara más fuerte. Erik la apretó contra sí, consciente de que él también tenía miedo. Tenía miedo por los dos. Lo asustaba la mujer rota de dolor que sollozaba en sus brazos.

—Te odio —gimoteó.

—Claro que no —la contradijo él.

Buscó el rostro de él para contemplarlo tras la mirada enturbiada y anegada de lágrimas en la que se habían convertido sus ojos.

—No quiero arrastrarte conmigo... no quiero... —necesitó hacerle entender.

—Entonces yo te arrastraré junto a mí, Mónica. Vendrás a mí. Y en lugar

de miedo, tan solo verás luz. No importa lo que temas, yo siempre estaré a tu lado. Algún día descubrirás que solo necesitas ser sincera conmigo para que las cosas funcionen entre nosotros.

¿Qué hago aquí?

Se repetía una y otra vez la misma pregunta mientras deambulaba por la casa de Erik. Él había logrado destruir su coraza, y mientras ella sollozaba como una tonta, consiguió llevarla a su casa sin que opusiera la menor resistencia. Si le sucedía algo, sería culpa suya. De ella y de nadie más.

Acababa de recobrar la conciencia, provocando que la dura realidad la aplastara de nuevo. Pero algo había cambiado. Lo percibía en el ambiente, tal vez influenciada por el lugar acogedor en el que se encontraba. Ella siempre había deseado vivir en un sitio como aquel, rodeada de recuerdos que no hicieran daño. La clase de recuerdos que una siempre querría atesorar en su memoria.

Contemplaba el hogar de Erik con enorme curiosidad, cosa que a él no parecía importarle lo más mínimo. Apenas tenía nada que ver con su casa de Madrid, repleta de elementos caros e impersonales. La de Erik, sin embargo, estaba cargada de recuerdos de su infancia y fotos familiares. Se detuvo frente a la fotografía enmarcada de una sonriente Sara que abrazaba a Erik hasta estrangularlo, mientras él fingía cara de sopor. Sonrió sin poder evitarlo.

—No es el Alfonso XIII, pero espero que te sientas como en tu propia casa —le dijo a su espalda.

Nerviosa, Mónica volvió a colocar el marco en el lugar donde se hallaba.

—Es más hogareña —admitió.

Él se encogió de hombros para restarle importancia, pues en realidad, su casa era como las del resto de la gente. Lo que ignoraba era que el ático de Mónica —pues nunca lo había denominado hogar—, estaba preparado para escapar de allí en el momento menos esperado.

Mónica señaló un póster de Extremoduro colocado junto a una estantería repleta de libros, captando la atención de Erik.

—Te pega —lo evaluó.

Se colocó tras ella, le apartó el pelo hacia un lado del cuello y le rozó el lóbulo de la oreja con la boca para canturrear:

—Sueña que sueña con ella, y si en el infierno le espera..., quiero fundirme en tu fuego, como si fuese de cera...

Mónica se estremeció al percibir el aliento cálido de él sobre la piel, siendo incapaz de darse la vuelta. Intuyó que él sonreía.

—Ya veo... ibas para policía, no para cantante.

Él soltó una carcajada. En un gesto espontáneo que dijo demasiado, le besó el hombro con cariño.

—¿Tú puedes hacerlo mejor que yo? —la provocó.

Se dio la vuelta, asintiendo con convicción.

—¡Hoy te la meto de mil maneras!... Y ya anda con la lengua fuera...

¡Hoy te la meto hasta las orejas, solito con mover las cejas!

Erik abrió los ojos como platos, Mónica se echó a reír, encantada al contemplar la expresión escandalizada de él.

—Rubia...

Colocó los brazos en jarra en actitud insinuante.

—¿Qué, me vas a detener por escándalo público?

De repente, el rostro de Erik se ensombreció.

—Sería imposible, porque me han suspendido de empleo y sueldo —se sinceró. Entonces se apresuró a restarle importancia—. Aunque si

quieres que te arreste de otra forma, tengo una esposas para atar al cabecero de la cama.

Mónica ignoró el resto de su frase. Su broma no la engañaba, por que lo contempló preocupada, hasta que se sintió embargada por una extraña necesidad de consolarlo que la inquietó. En general, era ella quien necesitaba ser consolada, pero con Erik a veces cambiaban las tornas. No podía ignorar el sufrimiento ajeno si le afectaba a él. Quería decirse a sí misma que su empatía se debía a que Erik era una buena persona, aunque la verdadera razón que intuía tras sus sentimientos la aterrorizaba.

—¿Qué ha sucedido? —entrecerró los ojos para estudiarlo—. ¿Qué... has hecho?

Erik apretó la mandíbula.

—Mi trabajo.

Ella le colocó una mano en el hombro. Entonces, algo se apoderó de ella y lo abrazó por detrás, consumiéndose con él.

—¿Estás bien?

—Perder temporalmente la placa y la pistola no es lo que me preocupa —le restó importancia.

Mónica besó lo primero que tuvo frente a ella, que fue una atractiva porción de su musculosa espalda. Erik desprendía un calor reconfortante, de aquel que te haría remolonear a su lado en la cama porque no querías separarte de él. Y olía... olía como recién salido de la ducha. Agel de baño y after shave. A Erik, pues no podría olvidar su olor.

Sus brazos rodearon el estómago duro, por lo que él entrelazó sus manos con las de ella para mantenerla a su espalda. Se sintió tan plena y sosegada que apoyó la mejilla en su espalda y dejó escapar

un trémulo suspiro.

—Cuando viniste a buscarme no dijiste que te habían suspendido —no fue una recriminación, mas bien una muestra de su incertidumbre. Una parte de ella seguía creyendo que él la protegía porque era su trabajo. Nadie podía quererla, ni era sencillo ni lógico.

Él se dio la vuelta hasta agarrarla por los hombros.

—Mónica, quiero dejar claro que nada de esto forma parte de mi trabajo —la miró a los ojos, casi devorándola—. Estás aquí, tal vez por una decisión egoísta. Pero te quedarás, a no ser que decidas marcharte de la ciudad. Hoy no soy el subinspector Rodríguez, sino un hombre que se preocupa por ti.

—De acuerdo —respondió con voz débil.

—Aquí no va a sucederte nada —le aseguró.

Ella no estaba del todo convencida. Al fin y al cabo, él ignoraba que su verdadero captor permanecía siempre al asecho, a la espera de una oportunidad.

—¿Crees que ese hombre quiere hacerme daño?

—No, no lo creo. Me parece que tú eres su trofeo, Mónica. Podría haberte matado, pero no lo hizo.

—Me dejas más tranquila —respondió secamente.

Él curvó los labios en una sonrisa.

—¿No eres consciente de lo que provocas en los hombres, verdad?

—le preguntó con suavidad.

Más de lo que tú te crees, por desgracia. Desde los trece años.

—Una cara bonita, un par de tetas... —enumeró resignada—. Al parecer, todo se resume a mi cuerpo.

—No negaré que eres preciosa, pero si tan solo fuera eso lo que me atrae de ti, podría irme a la cama sin soñar todas las noches contigo.

No me pidas que te mienta.

Una sensación deliciosa y desconocida le acarició el vientre.

—Porque si lo hicieras, todo sería más fácil —añadió ella.

—Algún día descubriré qué escondes aquí —le aseguró, dándole un toquecito en la cabeza—. Y entonces, mi sinceridad será la menor de tus preocupaciones.

—No es tu sinceridad, ni las cosas que dices.... —arrugó la frente, incapaz de cerrar la boca—. Es lo que me haces sentir.

Él la atrajo hacia sí, besándola en la comisura de los labios. Mónica no se resistió, apenas le quedaban fuerzas para luchar contra lo que deseaba con fervor. Tenerlo a su lado era un bálsamo para sus heridas, y su parte egoísta le gritaba que lo necesitaba, ¡Qué lo merecía!

—Es un buen comienzo —musitó él.

Volvió a besarla, esa vez en el centro de los labios. Mónica sintió calor en todo el cuerpo.

—Te equivocas, lo que tiene fecha de caducidad jamás comienza. Es mejor así.

—¿Mejor para quién? —la contradijo irritado. Volvió a besarla, con rudeza—. Dime que no deseas esto tanto como yo... —exigió abrumado, asiéndola de las caderas—, dime que no me necesitas, que esto es una locura—, tomó su boca para perderse con ella en un beso que exigió demasiado y lo tomó todo—. Dímelo y mírame a los ojos.

Apartó la mirada de él, porque contemplarlo dolía. Erik dejó un rastro de besos por su cuello que la enloquecieron, hasta hacerle perder la razón.

—Te odio —se resistió todo lo que pudo.

—Hay una gran diferencia entre querer odiar a alguien y hacerlo de

verdad.

Mónica ladeó la cabeza, furiosa por la verdad.

—Tú no me odias. Tú me deseas.

—El deseo es pasajero.

—Jamás me saciaré de ti —le mordió el labio inferior, satisfecho al escuchar que ella jadeaba—. Pruébame una sola vez y demuéstrame lo contrario.

Cayeron sobre el sofá, ella encima de él. En un segundo trató de resistirse; al siguiente se encontró perdida en sus brazos, arrancándole la camiseta por la cabeza. Acarició el torso de Erik hasta que se perdió en su propio placer, en el que él le prodigaba. Echó la cabeza hacia atrás al sentir su lengua recorriéndole la garganta, acelerando su pulso.

Mareada, intoxicada por él; le recorrió los brazos con las uñas para marcarlo. Si besarlo era catártico, probar aquella piel salada y cálida era como descender al infierno tras pecar repetidas veces. Era el puto éxtasis. Merecía la pena, pues ella deseaba llegar hasta el final.

Con un movimiento brusco, Erik cambió de postura hasta aprisionarla bajo su cuerpo. Sus manos se introdujeron por dentro de la camiseta, ortorgándole una sensación eléctrica en el vientre. No cesaba de mirarla a la cara; en sus ojos existía un brillo salvaje y hambriento. Le susurraba palabras cargadas de lujuria, halagos que nunca habían significado nada para ella, hasta que el hombre indicado las murmuraba con devoción, haciéndola sentir única y anhelada.

Volvió a besarla, cerrando los ojos y privándose de la visión de aquel cuerpo. Se removió algo incómoda al sentir la presión que Erik ejercía sobre ella, recordándole la desagradable sensación de desamparo al antojo de alguien que la sobrepasaba en fuerza y altura. El peso de

Erik le apretaba el vientre, dificultando su respiración. Él le acarició los muslos, pero algo en Mónica cambió. La impresión de sentirse oprimida y sin escapatoria, forzada ante la voluntad de un hombre.

Colocó las manos en el pecho de él para pedirle que se detuviera, pero el deseo y las ganas del otro provocaron que confundiera su actitud como una muestra apasionada, por lo que agarró sus muñecas para colocarlas encima de la cabeza de Mónica, quien abrió los ojos de par en par, aterrada ante su propia vulnerabilidad.

Él hundió la boca en sus pechos, aspirando su aroma de manera primitiva, lamiendo la delicada piel hasta bordear la aureola con la lengua. Mónica le picaron las muñecas, y trató de mover las piernas para quitárselo de encima, tan agobiada que no pudo reaccionar con normalidad.

—Detente... ¡Para! —le rogó.

Ante su resistencia, Erik se inclinó sobre sus codos para liberarla, contemplándola atribulado. Parecía que se había despertado de un sueño fogoso para encontrarse en una pesadilla cruel e irónica. Sin saber qué sucedía, le acarició la mejilla para calmarla, sobresaltado al percibir que Mónica lo rehuyó encogiéndose en el sofá, como si él fuera a golpearla.

Se encontraba en estado de shock.

Trató de abrazarla en un intento por tranquilizarla, pero ella ni siquiera sintió su presencia. Parecía como si se hubiera trasladado a otra realidad en la que él había dejado de existir. Mantenía la mirada ida y lucía el rostro tan pálido que Erik temió que hubiera enfermado.

Le acarició la espalda, dolorido y asustado por su rechazo.

—Mónica, ¿Qué sucede?

De pronto, ella se incorporó de golpe y salió disparada hacia el cuarto

de baño. No pudo cerrar la puerta, sino que se agachó sobre el inodoro y vomitó sin poder remediarlo. Asqueada, enferma por los recuerdos de unas manos que la tocaban sin permiso y pese a sus gritos de auxilio. Escuchó la voz lejana de Erik llamándola, preguntándole si se encontraba bien. En algún lugar de su mente, él permanecía apartado, remplazado por el hombre que le había destrozado la vida.

Desde la puerta, Erik permanecía cabizbajo, rascándose la barba de dos días con palpable nerviosismo. No supo qué se apoderó de él al dirigirse a la estantería de las toallas, tomar una y humedecerla bajo el grifo para colocarla sobre la frente de Mónica, que cerró los ojos al sentir el contacto frío.

—Déjame sola —pidió, muerta de vergüenza.

—No puedo. Estoy asustado.

Ella abrió los ojos, dedicándole una sonrisa forzada. Le tomó la mano para que la ayudara a incorporarse, pues se sentía tan débil que las piernas se le antojaron gelatina. Logró sentarse sobre el inodoro, y se tapó la cara con la toalla.

—Quiero estar sola, por favor —rogó abatida—. Esto ya es lo suficiente bochornoso como para que tú tengas que verlo.

Él se colocó de rodillas y tiró de la toalla para que ella cesara de ocultarse. No estaba roja de vergüenza, sino pálida y demacrada por el miedo.

—Yo también podría decir lo mismo, pero me importa un carajo que la chica a la que he besado haya vomitado después si intuyo que algo falla. Mónica, ¿He hecho algo mal? —inquirió preocupado.

Ella se frotó la nuca con la toalla.

—No es tu culpa —inclinó la cabeza para mirarlo con la necesidad de

que él la comprendiera por una maldita vez—. No eres tú, soy yo. Estoy rota por dentro.

Algo violento se apoderó de él, que apretó los puños, furioso por lo que intuía.

—Nada se rompe solo, son otros lo que lo destrozan.

Ella rehuyó su mirada, agotada ante la verdad. Por primera vez, sintió que fingir no era el camino correcto. Huir la estaba destrozando, alertándola de que quizá no habría más sitios a los que escapar.

—Necesito darme una ducha.

Él dudó, ella le dedicó un gesto suplicante.

—Erik, por favor... necesito lavarme y quedarme sola unos minutos. Me muero de vergüenza, de verdad —decidió sincerarse.

Él se levantó, incómodo ante la idea de dejarla sola.

—De acuerdo. Tienes toallas en ese mueble. Tómate el tiempo que necesites.

Le besó la frente, sorprendiéndolos a ambos con aquel gesto tan natural. El contacto de su boca fue el mejor medicamento que ella pudo recibir en aquel momento de incertidumbre e inestabilidad.

Erik se dirigió a la puerta, pero antes de cerrarla se detuvo con el pomo agarrado.

—Si necesitas cualquier cosa, estoy ahí fuera.

La angustia que advirtió en el tono de Erik fue tan desconcertante como deliciosa.

—Puedo ducharme sola. Siento si te he dado la impresión equivocada hace unos minutos, pero esto no suele sucederme muy a menudo

—mintió.

—Ojalá pudiera creerte, pero me temo que vas a tener que ser sincera cuando salgas por esa puerta. Tal vez tú puedas seguir fingiendo lo

contrario, pero yo estoy acojonado.

Cerró la puerta con suavidad, pese a que las palabras y la convicción con las que las había lanzado consiguieron poner nerviosa a Mónica. Ella se quitó la ropa y se introdujo en la ducha, regulando la temperatura del agua hasta que consiguió que saliera tibia. Se frotó todo el cuerpo, cerró los ojos y trató de olvidar. Durante siete años los recuerdos habían permanecido ahí, intactos en algún lugar de su memoria. Sus reglas, las que imponía a los demás, lograban que el contacto físico se convirtiera en un placer pasajero e impersonal. Pero con Erik todo era distinto. Más intenso.

No podía controlarlo... ¡Ni siquiera podía controlarse a sí misma! Ambos querían más de lo que un polvo fogoso y rápido podía ofrecerles. No era el placer pasajero lo que buscaba en él, sino una sensación más profunda que a ratos la seducía y a otros la aterrorizaba.

¿Qué voy a hacer ahora?

Saldría de la ducha y trataría de rehuirlo, pero él lograría encararla —como siempre—, hasta sacarla de sus casillas. Ni las reglas, ni el hecho de ignorarlo o mostrarse brusca, obrarían el efecto que sí funcionaba con otras personas. Él intuía y la estudiaba en silencio hasta que formulaba las preguntas correctas, por lo que Mónica se temía que en algún momento conseguiría arrancarle todas las respuestas.

Erik se metió en la cocina para preparar una cena rápida. Sabía de sobra que las náuseas de Mónica poco se debían a un simple trastorno alimenticio, sino que escondían algo más grave. Nadie vomitaba tras los besos y la pasión compartida, a no ser que el contacto físico avivara en ella algún tipo de trauma.

Furioso ante la idea que le rondaba la cabeza, golpeó la encimera con el puño.

—Cualquier cosa menos eso. No se lo merece.

El rumor del agua no consiguió tranquilizarlo, pero al menos supo que ella permanecía a salvo. Si de algo estaba seguro era de que no volvería a tocarla a menos que Mónica se lo pidiera, del mismo modo que no permitiría que nadie le pusiera las manos encima.

Huía de algo; él averiguaría el motivo.

Metió los tomates, el pan y el ajo en la batidora mientras pelaba dos huevos cocidos. Aderezó el resultado con aceite, vinagre y una pizca de sal. Tras probarlo, vertió la sopa fría en dos cuencos que depositó sobre una bandeja repleta de fruta cortada que trasladó a la mesa del salón. El aire acondicionado no lograba mitigar el calor nocturno, por lo que se quitó la camiseta y la arrojó sobre el sofá. Al darse la vuelta, se encontró con ella enrollada en una toalla de algodón que le cubría hasta las pantorrillas. Algunas tentadoras gotas de agua le recorrían la barbilla. Deseó lamérlas.

Que Dios se apiadara de él, pues no podría apartar las manos de ella si no hacía acopio de valor.

—¿Puedo verlo? —sugirió.

Se había quedado perdido en la unión de sus pechos, donde el borde de la toalla rozaba de manera peligrosa la deliciosa piel. Sin saber a qué se refería, asintió con cara de idiota.

—Sí, es salmorejo. Algo frío para mitigar este calor.

—Tu espalda, tonto. ¡El tatuaje!

Aél se le desbocó el pulso, inquieto ante el hecho de ser tocado por ella. Lo último que necesitaba su voluntad era que Mónica le rozara la espalda con las yemas de los dedos. Asintió con la boca seca, y se dio

la vuelta para esquivar su rostro intrigado.

—Sí.

El monosílabo cortante fue toda una invitación para que ella recorriera el salón vestida con aquel trozo de tela húmeda. Primero bordeó sus hombros, y al sentir que él no hacía nada por evitarlo, le recorrió el tatuaje de plumas negras que se extendía de un omóplato a otro y le abarcaba toda la espalda. Acarició la piel, maravillada por aquel dibujo de las alas negras de un ángel. Si le hubieran preguntado, ella habría afirmado que Erik podría echar a volar en cuestión de segundos.

—Es precioso —susurró.

—Un tatuaje de juventud hecho en un acto de rebeldía —desdeñó él.

—Debe poseer algún significado —lo animó ella.

Bordeó una a una las plumas tatuadas sobre la poderosa espalda. Él ahogó la respiración, consciente de lo que ella le provocaba con un simple toque.

—A los diecisiete años creí que un tatuaje podría homenajear a mi padre.

Mónica lo comprendió. Las locuras de juventud dejaban de poseer cierto encanto con el paso de los años, sin embargo, la marca de la tinta sobre la piel de Erik ofrecía una visión sexy y cuanto menos erótica. La de una espalda fuerte a la que ella siempre desearía agarrarse, pese a sus tormentosos recuerdos.

—¿Y qué crees a los...? —se detuvo, al no conocer su edad.

—Treinta y uno —le aclaró.

—¿Treinta y uno? Creí que eras más joven —admitió sorprendida.

Él ladeó la cabeza para encararla, y al hacerlo le rozó los labios.

—¿Eso suena a decepción? —bromeó.

—Eres un hombre muy impetuoso y ... pasional —dejó de tocarlo,

enrollando las manos en la toalla con nerviosismo—. Eso es todo.

—Así que mi impetuosidad es más un rasgo de juventud que el efecto que tú tienes en mí.

A Mónica le ardieron las mejillas, pese a que aquel comentario fue más otra muestra de su sinceridad que la intención de avergonzarla. Tal vez por eso, reconocer la fogosidad de las palabras de Erik provocó que hiperventilara a pesar de la reciente ducha.

—Voy a cambiarme.

Se giró para esconderse en la seguridad que le otorgaba una habitación que la separara de él, pero la mano de Erik aferró su antebrazo para detenerla.

—Aún no me has respondido.

—No hay nada que responder al respecto de tu... fogosidad... ¡Impetuosidad! Quería decir impetuosidad —replicó de manera atropellada.

Erik la atrajo hacia sí, lo justo para que la nariz de Mónica le rozara la barbilla. Estaba tan cerca que tan solo tenía que inclinar la cabeza hacia abajo para capturar su boca.

—No necesito que me aclares nada respecto a las ganas que siento de devorarte, tumbarte en una cama y acabar lo que habíamos empezado. Sé bien lo que eso significa y cómo me afecta, Mónica.

Aella se le aceleró el pulso.

—Lo que quiero es saber qué te asusta, por qué huyes de mí y qué diablos puedo hacer para ayudarte.

Mónica se zafó de su agarre, reculando hacia atrás con recelo.

—Tú no puedes ayudarme. Nadie puede —desdeñó en un susurro rabioso—. Y si insistes, tomaré el primer vuelo hacia Madrid. Puede que la actitud paternalista te sirva con otras jovencitas como Martina, pero

conmigo no funciona. No necesito que cuiden de mí.

Se dirigió hacia su maleta para coger algo de ropa, y se sobresaltó al sentir que Erik se la arrebatava de las manos para encararla de nuevo. En general, agotaba la paciencia de los hombres tras un par de frases cortantes. Incluso con Dominique había funcionado.

—¿Actitud paternalista? ¿Eso llamas a mi preocupación? —se mesió el cabello con ambas manos, lo que convenció a Mónica de que discutir con él en su estado no era buena idea—. Y una mierda, Mónica. La tuya sí que es una actitud que me desconcierta. Me buscas y al cabo de un rato cambias de opinión para rehuirme.

—Eso tiene fácil solución, querido. Si te dejo con la polla dura, no tienes más que desquitarte con Martina —respondió con falsa frialdad.

—Qué venenosa eres.

Erik expulsó el aire lentamente por la nariz en un intento de serenarse. No comprendía que ella pudiera lanzar aquellos dardos envenenados que desdeñaban su interés a un pasajero deseo carnal. Le hubiera gustado gritarle que con gusto acataría su consejo, pero le resultaba imposible mirar a otra mujer de la forma que la miraba a ella.

—No vuelvas a repetir algo semejante —le advirtió, con una calma peligrosa.

—Entonces deja de actuar como si tuvieras algún tipo de responsabilidad hacia mí.

Erik le arrebató la ropa que ella tomó de la maleta, y en un acto furioso, la arrojó al suelo para que ella le prestara atención. Mónica tragó con dificultad, asustada por su cambio de actitud.

—No es el sentido de la responsabilidad lo que me obliga, te lo aseguro. De lo contrario, haría tiempo que me habría alejado de ti. ¿Por qué sabes una cosa? Lo supe desde el momento en el que te

conocí.

—¿El qué?

—Que me causarías problemas.

Herida por unas palabras que obraron el efecto deseado, Mónica se agachó para recoger la ropa. De nuevo, él la incorporó con una facilidad que le resultó pasmosa. La obligaría a escucharlo por mucho que ella tratara de rehuirlo.

—Que no me dejarías dormir por las noches —le relató al oído.

Mónica se estremeció.

—Que me preocuparía por ti sin poder evitarlo.

Ella se agarró a sus antebrazos, consciente de que de lo contrario, podría caerse a suelo.

—Basta —rogó.

—Tienes razón. ¡Basta! De ser una hipócrita que finge que mis besos la aterrorizan. Quiero ayudarte, pero no puedo hacerlo si tú no me lo permites. Ya me tienes, Mónica. ¿Es que no lo entiendes?

Desvió la mirada hacia el suelo porque si lo encaraba caería rendida. En el fondo, no deseaba otra cosa más que sentirse amparada por un hombre que tan solo exigía su sinceridad.

—Me pienso largar de aquí en cuanto concluya mi trabajo en la revista. Así que será mejor...

Él le alzó la barbilla con un dedo para que dejara de evitarlo.

—¿Qué te deje tranquila?

Su pregunta y el tono con el que la formuló provocó que Mónica se sintiera estúpida y pequeña.

—Sí —asintió, sin convicción alguna.

—Te juro que el día que descubra quién te hizo tanto daño, será el día en el que se acaben todos tus problemas —le prometió.

Y ella lo creyó. No fueron sus palabras, sino la forma en que las pronunció. Sin apartar su mirada de ella para que comprendiera que él también podía ser un hombre peligroso.

Mónica se estremeció, aquella vez por las razones equivocadas. Si no se sinceraba con Erik era porque en el fondo atisbaba su necesidad de cuidarla, incluso vengarla. No le destrozaría la vida permitiendo que él tomara el rol de su apuesto caballero de la justicia. Porque Erik poseía una vida, pero a ella no le quedaba nada.

—Lo siento —susurró compungida.

—¿Qué?

—Ser una horrible complicación que llegó a tu vida en el momento más inoportuno. Olvidate de mí, Erik. Tu trabajo y tus obligaciones familiares ya son de por sí una carga suficiente. No quiero hacerte daño, pero no puedo....

—Probablemente seas la complicación más excitante que ha llegado a mi vida. No se trata de que sea fácil, sino de que merezca la pena. La besó haciendo caso omiso a aquella promesa que se había hecho a sí mismo. La necesitaba... tan cerca que hasta resultaba doloroso. Percibía la ansiedad de Mónica, luchando entre apartarse o abrirse a él para siempre. Hundió las manos en su cabello, bañado con el champú que él siempre utilizaba, lo que le provocó una extraña sensación de pertenencia. Descubrió, conmocionado por la verdad, que ella era la mujer que había estado esperando. La que despertaría a su lado todas las mañanas y llenaría su vida de una monotonía familiar y anhelada. Tan sólo debía convencerla a ella de que estaban hechos el uno para el otro.

Que alguien me ayude, pensó consternado.

—Te marcharás —su tono fue resignado, pero la forma de mirarla hizo

que ella temblara.

Siempre lo hacía. No existía nadie en el mundo capaz de hechizarla con una simple mirada.

—Sí—admitió, pero algo se removió en su interior al contemplar los ojos de él. Una necesidad que ya creía superada. La de recibir cariño, tal vez amor. Todos aquellos sentimientos que se había negado con el paso de los años—. No digo que sea fácil. De algún modo que no logro comprender, todo es más bonito y complicado cuando estoy contigo.

La empujó contra la pared hasta aprisionarla con su propio cuerpo, mas ella no sintió miedo, sino un deseo irrefrenable de perderse en su piel. Sintió los dedos cálidos recorriéndole la nuca, enredándose en su cabello en un extraño acto de devoción.

—Entonces quédate. Déjame demostrarte que existe una posibilidad incluso para nosotros. Dos personas que se necesitan tanto no deberían alejarse sin ni siquiera intentarlo —se detuvo, y ella advirtió el nudo de tensión que mostraba la nuez de su garganta. No quería dejarla marchar. Por Dios, ella tampoco quería irse a ningún lado—. Te necesito... yo... te necesito. Tú a mí también, creo.

—Sí, yo siempre te necesitaré más de lo que tú me necesitas a mí. Y no es justo. Tú no lo entiendes, pero te causaré problemas. Créeme cuando te digo que no quieres escuchar lo que oculto.

—Quiero conocer todos tus secretos —reiteró él.

De puntillas hasta quedar a su altura, Mónica le rodeó el cuello con las manos para atraerlo hacia si.

—Bésame Erik. Me gusta pensar que todo es mejor cuando estoy contigo.

Recostada sobre su pecho, Mónica contemplaba la televisión con gesto ausente mientras devoraba un trozo de melón. Habían dado buena cuenta de la cena, por lo que Erik supo que Mónica no tenía un problema con la comida, sino que pagaba sus verdaderos problemas con la comida.

Intentó alcanzar el mando a distancia para cambiar de canal, cosa que a ella no le importó. Como cada vez que compartían cierta intimidad juntos, ella volvía a abstraerse en un mundo al que le tenía la entrada vetada.

—No la cambies.

Que ella regresara de sus cavilaciones provocó que Erik ni siquiera forcejeara un poco para cambiar de canal. Estaban retransmitiendo *Desayuno con diamantes*, que bien podría provocarle una úlcera de estómago. Sin embargo, tener a Mónica recostada en su pecho, con el cabello haciéndole cosquillas en la barbilla, provocó que lo que menos le importase fuese la película que compartían juntos.

—Me gusta Audrey Hepburn —comentó ensimismada.

Él entrelazó las manos con las suyas, atrayéndola todo lo que pudo hacia sí. Percibía su olor y la suavidad de su piel. Deseaba quedarse toda la vida con ella, ¿Podría convencerla?

—¿Y a ti?

Estaba embobado con la visión que su postura le otorgaba de los turgentes senos de ella, por lo que la pregunta le pilló desprevenido. Mónica estiró el cuello para analizarlo, y él tuvo que hacer un gran esfuerzo para apartar los ojos de sus pechos y mirarla a la cara.

—Eh... sí, sí.

—Mentiroso —rió.

Se dio la vuelta para recostarse sobre él, y Erik la rodeó entre sus

brazos. Lo conmovió que ella suspirara delatando su comodidad, entregada a él sin reticencias. Al cabo de un rato, notó cierta humedad en el pecho desnudo, por lo que inclinó la cabeza para descubrir los ojos llorosos de Mónica, clavados en aquella escena que decía: *“No voy a dejar que nadie me encierre en una jaula”* *“No quiero encerrarte en una jaula, ¡Quiero quererte!”*

—Mónica, ¿Estás llorando?

Ella se cubrió el rostro con las manos.

—No —gimoteó—. ¡Pues claro que estoy llorando!

—Oh...

—Tú no lo entiendes... es una película preciosa —musitó, enterrando la cara en su pecho para que él no la viera.

—Sí... la película —fingió creerla, pues no era el momento de presionarla.

La estrechó entre sus brazos sin decir una sola palabra hasta que ella se calmó. Al cabo de un rato, bostezó y se acurrucó en su pecho, como una gatita que buscaba cariño y protección. Erik se la brindó hasta que la película finalizó y ella se incorporó con cara de sueño.

—¿Dónde voy a dormir?

—No lo sé. En la cama, el sofá, encima de mí... qué más da —la despeinó con afecto.

—Creo que elegiré el sofá —decidió incómoda.

—Vete a la cama, Mónica —la empujó con suavidad. Al ver que ella no se movió, la cogió de la mano para trasladarla hacia la única habitación del apartamento—. Te he traído hasta aquí, y no voy a ofrecerte un viejo sofá como muestra de mi hospitalidad.

Ella se tendió sobre la cama, haciéndose un ovillo.

—Eres un antiguo.

Erik se echó a reír. Incluso asustada y muerta de sueño continuaba lanzándole pullas.

—Buenas noches.

Se inclinó para besarle la mejilla, pero ella ladeó la cabeza y lo besó en los labios. Fue un beso tan dulce como efímero. Erik suspiró y la cubrió con la sábana. Cuando iba a marcharse, la mano de ella lo detuvo con ansiedad.

—Erik... cierra la puerta de la entrada con pestillo —pidió.

Aquella petición lo desconcertó hasta provocarle un dolor agudo en el pecho.

—No sé lo que temes, pero esta noche puedes dormir tranquila. Nadie perturbará tus sueños, ni siquiera yo —le aseguró.

NUEVA VÍCTIMA DEL ASESINO EN SERIE QUE MANTIENE EN VILO A LA CIUDAD HISPALENSE.

Tras leer el titular del periódico online, arrojó el ipad sobre el sofá y se llevó las manos a la cabeza. No hacía ni veinticuatro horas que Roldán estaba muerto y aquel malnacido se había cobrado su cuarta víctima. En su mente vagó la escabrosa imagen del cadáver apodado con las iniciales E.M cubierto de moscas.

La cuarta víctima. La cuarta plaga. No se detendría hasta llegar al final. No obstante, que le hubieran arrebatado la placa y el arma no impediría que él continuara sus pesquisas. Sacó el teléfono para hacer una llamada. Al cuarto tono, Gonzalo respondió con voz cansada. Al parecer, también había sido un día duro para él.

—Erik, esperaba tu llamada de un momento a otro.

—En ese caso, ya sabes lo que necesitó.

Hubo un silencio incómodo durante unos breves segundos, en el que solo se escuchó la respiración sosegada de su amigo al otro lado de la línea. Al parecer, estaba sopesando su petición.

—El comisario tiene razón. Unos días libres te vendrán bien. Descansa, tómate tiempo para pasar el duelo —le aconsejó.

—No me vengas con esas. Hay una gran diferencia entre tomarse unas vacaciones y ser obligado a salir por la puerta de atrás. No se trata de una cuestión de orgullo, maldita sea. Roldán está muerto y nada va a devolvérselo, pero haré lo que sea para que ese hombre dejé de cobrarse víctimas.

Su amigo suspiró.

—¿Nada de lo que diga te hará cambiar de opinión?

—Puedes ahorrarme algo de trabajo y tiempo. Seré discreto.

—¿Tan discreto como el puñetazo que le pegaste a Jesús? —le recordó. En su tono no existió reproche—. Que no digo que no se lo mereciera, porque es un gilipollas. Pero joder, Erik, tú no eres así. El comisario lo ha dejado en libertad tras una breve investigación. Poseía una coartada sólida para todas las fechas en las que se produjeron las muertes, incluida la de Roldán. Ala salida de la comisaría estuvo charlando con un compañero que verifica su versión. Te equivocaste, Erik.

Apretó los dientes tanto que le rechinaron.

—¿Es adoptado? —inquirió.

—¿Qué? ¡Deja ya toda esa mierda! ¿Realmente crees que Jesús tiene algo que ver en todo esto?

Erik decidió ser sincero. Con el transcurso de la noche, había tenido suficiente tiempo para aclarar sus ideas. La ira fue transformada en una fría calma que lo impelió a pensar alejado de los sentimientos que lo acuciaban, lo que le había descubierto que se había comportado como un imbécil frustrado por los acontecimientos.

—No, no lo creo. Supongo que Jesús es solo un idiota, pero alguien quiere que busque en la dirección equivocada.

—Bueno, en algo tienes razón. Los padres adoptivos de Jesús formalizaron la adopción cuando él tenía doce años. Fue dando tumbos de orfanato en orfanato.

—Pásame la lista por email —le pidió. No se lo ordenó, pues había dejado de ser su superior. Sería un favor de un amigo a otro amigo, a no ser que Gonzalo se negara—. Un nombre. Sólo necesito el nombre.

Sabes que puedo conseguirlo dentro de unas horas por mi cuenta, pero agilizarías todo el proceso.

—Porque crees que tú solo puedes encontrarlo —finalizó resignado—. Tiene a toda la comisaría en jaque, no te lo tomes como algo personal. *Es personal desde que asesinó a Roldán. Tal vez siempre lo fue.*

—Elisa Montávez, sesenta y tres años y apunto de jubilarse como trabajadora social de la Junta de Andalucía. Te pasaré la dirección por correo junto a la información que necesitas. Buena suerte.

Colgó el teléfono. Todos los fallecidos rondaban el mismo periodo vital, por lo que estuvo seguro de que perseguía la pista correcta. El asesino trataba de vengarse por algo sucedido hacía veinticinco años. Los abusos del primer párroco no eran más que el inicio de una larga lista de afrentas que iba a cobrarse con la muerte de todos ellos, hasta llegar al número diez.

Esperaba ser más rápido que él.

Descubrió a Mónica en la puerta de la habitación, con el cabello repleto de tirabuzones indomables que le caían sobre los hombros y el rostro todavía turbado por el sueño. Era tan hermosa que dolía. Mirarla dolía. Contemplarla sin poder tocarla dolía.

—Buenos días, ¿Qué tal has dormido?

—Mejor de lo que esperaba, gracias.

Estaba aturdida, como si despertar en un ambiente que no era el suyo la hubiera trastocado. Parecía ligeramente avergonzada, hecho que lo conmovió. Con movimientos perezosos, caminó hacia la cocina para tomar asiento frente a la barra americana.

—Hay café recién hecho, te serviré una taza.

—No tomo café.

Le dedicó una mueca de disculpa cuando él la escrutó con ojos

sorprendidos.

—Nunca he soportado el sabor tan fuerte, prefiero el té.

—Zumos de naranja es lo que puedo ofrecerte.

—Un zumo estará bien —aceptó ella.

Erik le sirvió un vaso, colocó un plato de tostadas frente a ella y tomó asiento a su lado. Sin poder evitarlo, enredó uno de los rizos en su dedo.

—Si vinieras más veces, podría convertir esto en una tetería. Estaría dispuesto a sacrificar mi adicción al café por complacerte un poco —prometió solemne con una mano sobre el pecho.

Mónica esbozó la primera sonrisa de la mañana, enmarcada por unos ojos risueños. Joder, era la mujer más guapa que había visto en toda su puta vida.

—Tomado en exceso es perjudicial para la salud. Eso debería ser suficiente para disuadirte —le dijo, hincándole el diente a una tostada.

—Ah... tú también eres perjudicial para mi salud —musitó, jugueteando con uno de sus rizos—. Sueño contigo tantas veces que vas a volverme loco, y sin embargo soy incapaz de separarme de ti.

—Eso tiene fácil solución —respondió con frialdad—. Haré las maletas y...

—No.

La negativa y su rotundidad provocó que Mónica se girara hacia él, algo sobresalta. La expresión de Erik emanaba tensión, disgusto ante la idea de no volver a verla. Mónica entrecerró los ojos cuando él estiró la mano libre para acariciarle el cuello. Tuvo que ahogar un suspiro de placer, pues sentir su contacto la agradaba tanto como el olor de la cama de Erik, impregnado del cuerpo del policía que la había acompañado durante toda la noche. Tal vez por eso había tenido un

sueño tan reparador.

—No deberías esconder algo tan hermoso...

Mónica no supo a qué se refería, hasta que él enterró ambas manos en su cabello con cierta codicia. Sobre todo veneración.

—Detesto el pelo rizado, eso es todo.

—Eres preciosa.

—Me miras con buenos ojos —agradeció el cumplido.

—No, no es eso. Tengo vista de lince, pero ahora solo estoy siendo sincero.

Con cierto pesar, apartó las manos de ella y comenzó a devorar su desayuno. Mónica se obligó a serenarse, pero tenerlo tan cerca le provocaba un murmullo en el estómago incapaz de ignorar. En toda su vida, jamás había compartido semejante intimidad con un hombre. Tal vez fuera una tontería, pero pisar la casa de un hombre, y mucho menos desayunar en su compañía, era algo que nunca había experimentado. Prefería mantener la distancia emocional, con sus reglas y la seguridad que le proporcionaba su hogar.

Si Erik le provocaba semejantes sensaciones con un simple desayuno, ¿Qué le quedaría cuando se acostaran? Porque estaba segura que sucedería, a menos que huyera de él lo antes posible. Tan solo estaba poniendo trabas a algo que era inevitable. Lo deseaba, con igual miedo como necesidad.

—¿Qué sucede? —intuyó él.

Mónica se limpió la comisura de los labios con una servilleta, tratando de hacer tiempo para poner en orden sus ideas. Al final, se encogió de hombros en un intento por restarle importancia.

—Es la primera vez que despierto en la casa de un hombre.

La confesión pilló desprevenido a Erik, que no supo qué pensar.

—Bien, eso es lo que soy.

—No es gracioso —le recriminó ella, sintiéndose como una estúpida—. Puede que para ti sea algo tan simple como habitual, pero a mí me asusta. Así que no te rías.

—¿Qué es habitual para mí? —insinuó socarrón.

Mónica resopló. Cruzada de brazos, se negó a entrar en su juego.

—¿Meter a mujeres en mi casa todas las noches para luego invitarlas a desayunar?

Se levantó indignada.

—No sigas por ese camino.

—En general, si invito a una mujer a mi casa no es para prepararle el desayuno tras dejarla dormir en mi cama, porque solemos utilizarla juntos.

Mónica arrojó la servilleta sobre la encimera.

—¡Lo que tú hagas con tu vida no es asunto mío! —explotó furiosa.

Erik esbozó una sonrisa.

—No grites.

—No estoy gritando... —farfulló cohibida, aún con el corazón acelerado. Estiró la mano para tocarla, pero Mónica se separó avergonzada por su propia actitud. Había entrado en su provocación, dejándose a sí misma en evidencia. Si él quería demostrar que a ella le importaba lo que hiciera con el amiguito que guardaba en los pantalones, acababa de hacerlo.

—No eres otra más, Mónica. Déjame demostrarte que...

—Tengo que ir a trabajar, voy a llegar tarde —lo interrumpió asustada de escuchar lo próximo que él iba a decirle, porque si lo hacía, con toda probabilidad caería rendida a sus brazos.

En la oficina de *Al Sur* todo era caótico y frenético. Trabajaban a toda prisa para finiquitar el reportaje estrella que encabezaría la portada antes de enviarlo a imprenta. La apocada Elena se había convertido en una mujer que incluso se atrevía a tomar la iniciativa, por lo que Mónica se sentía satisfecha.

El espíritu del resto de empleados también había evolucionado a mejor. Ahora, formaban un equipo humano que no competía entre sí para tener su nombre en primera plana de la revista, sino que trabajaban en común para sacar a flote aquel proyecto.

Mónica experimentaba una profunda dicha. Su mayor temor había sido regresar a Sevilla y que las aguas volvieran a su cauce, pero comprendió que aquel equipo tan variopinto por el que no había apostado un duro podía funcionar si creían que la revista tenía posibilidades.

Y las tenía, por supuesto. Un proyecto tan ambicioso como aquel tan sólo necesitaba encontrar su voz. El reportaje de Elena sería todo un éxito porque destaparía uno de los mayores escándalos de la ciudad y sería su revista quien lo publicaría. Además, se había afanado en que el resto del contenido fuera original y atractivo para los lectores. Repleto de entrevistas a artistas independientes, problemas que acuciaban a la sociedad de hoy en día y artículos de opinión con un tono mordaz.

Elena entró en su despacho para mostrarle parte de su trabajo. Mónica leyó el resultado y soltó los folios sobre el escritorio con aire pensativo. —Le falta un poco de agresividad —informó a la becaria. Al contemplar la decepción que emanaba el rostro de Elena, añadió—: no está mal, de verdad. Tan sólo necesitas ser un poco más crítica. Recuerda que estuvo a punto de ponerte la mano encima y expulsa toda la mala

leche que llevas dentro.

Elena enrojeció al recordar tal suceso.

—Eso está hecho —aseguró, con una determinación que no le había visto antes.

Salió de su despacho, y Mónica se tomó un minuto para sí misma.

Llevaba toda la mañana revisando, supervisando y perfeccionando los últimos detalles porque quería ofrecerle aquel regalo a Sara. Fue entonces cuando recibió un correo que trastocó todos su planes. Temblando, leyó el email que había llegado a su cuenta personal.

¿Crees que mudarte a su casa te salvará de mí, pequeña zorra?

Yo soy tu verdugo, tu carcelero y tu propietario. Jamás olvides que tu libertad depende de mí.

¿Quieres que te destroce la vida? ¿Acaso tengo que dejar de ser benévolo para que me tomes en serio de una puñetera vez?

O quizá tengo que asesinar a ese hijo de perra para que vuelvas a ser la niña sumisa y silenciosa que acataba mis órdenes sin rechistar...

D

—No... —suplicó en voz alta.

Hacía siete malditos años que no aparecía en su vida. ¿Por qué ahora? ¿Por qué se afanaba en reaparecer en su vida cuando había encontrado algo por lo que merecía la pena luchar?

Había sido una ilusa al fantasear con la posibilidad de una existencia apacible junto a un buen hombre. Él jamás se lo permitiría, pues vivía por y para destruirla.

Pero no a Erik, determinó rabiosa.

A Erik no le pondría una mano encima, pues ella lo abandonaría antes

de que aquello sucediera. Aunque la odiara, no tenía otra opción. Prefería ser odiada que vivir con la culpabilidad de que él fuera herido por su culpa

Tras dejar a Mónica en el trabajo y cerciorarse de que la oficina en la que trabajaba estaba dentro de un edificio que contaba con guardia y sobradas medidas de seguridad para impedir el acceso a personas ajenas, se metió en el coche y releyó el email de Gonzalo. En la lista de orfanatos por los que había pasado Jesús, no figuraba el de las Religiosas del buen pastor, por lo que en ese aspecto pudo respirar tranquilo. No era idiota.

Tras su arrebato de ira, lo había sopesado todo con mayor frialdad. Alguien había señalado a Jesús como el verdadero culpable para distraerlo. Al parecer, el asesino lo conocía lo suficiente como para anticipar su reacción desmedida. Su intención había sido apartarlo del caso desde el momento en el que puso a salvo a la que habría sido la tercera víctima. No satisfecho con ello, había asesinado a Roldán.

¿Por qué?

Condujo hacia la dirección que Gonzalo le había facilitado con la idea de formular algunas preguntas. El dolor por la muerte de su jefe y mentor aún persistía, pero la certeza de que daría con su asesino para llevarlo ante la justicia le impedía derrumbarse.

Detuvo el coche frente a la casa de la difunta Elisa Montávez, consciente de que no podía presentarse como el subinspector Rodríguez. Si el comisario se enteraba de su investigación paralela, lo menos que podría caerle sería una sanción disciplinaria.

Salió del vehículo y cruzó la calle en dirección al edificio. Iba a llamar a la puerta cuando la voz de un hombre lo detuvo.

—¿No han tenido suficiente? Han revuelto todo la casa y nos han hecho miles de preguntas como si nosotros fuésemos los culpables. Estoy harto. ¡La menor de mis hijas se ha encerrado en su habitación y no deja de llorar! Me pregunta que si su madre se merecía lo que le ha sucedido porque ustedes aluden a algún tipo de absurda venganza. Erik comprendió que aquel hombre, que debía ser el marido de la víctima, lo había tomado por un policía debido a su evidente estado de alteración.

—Disculpe, mi última intención es causarle molestias. Lo acompaño en el sentimiento —le ofreció una mano que quedó tendida en el aire, pues el tipo no se la estrechó—. Soy investigador privado y solo deseo arrojar algo de luz, pues el trabajo de la policía está siendo nefasto. Había soltado aquella mentira sin inmutarse. Ya tendría tiempo de sentirse culpable en otro momento. Ante aquel cambio, el hombre pareció pensativo.

—No he contratado a ningún investigador privado, por el momento.

—Trabajo para el resto de familias que han sufrido esta tragedia.

—La policía dice que los crímenes están relacionados, pero no lo entiendo. Ese asesino en serie... ¿Qué podría tener contra mi pobre Elisa? Ella era una buena persona, ¡Se lo aseguro! —exclamó abatido—. Jamás le hizo daño a nadie. ¡Si trabajaba como asistente social! Su único deseo era que todos los niños tutelados por el estado fuesen adoptados por familias que los quisieran de verdad.

Erik sopesó aquella respuesta. Para cualquier persona cabal, no tenía explicación que el asesino hubiera volcado su ira contra una simple asistente social. Ano ser que la culpaba de no haberle conseguido una familia. Debía ser duro que todos sus compañeros de orfanato obtuvieran una segunda oportunidad, excepto él. Si eso era lo que

había sucedido, para una mente maquiavélica y perturbada sí que tenía sentido.

—¿Sabe si su esposa tuvo problemas con algún niño?

—Elisa solía decir que algunos críos eran complicados. Ya sabe, acumulaban odio y rencor hacia todo lo que los rodeaba. La entristecía que a partir de los seis años, las adopciones fueran tan escasas. Pero ella poco podía hacer.

—¿Hubo algún niño del que le hablara en particular? —insistió Erik.

—A veces tuvo problemas, pero Elisa no les concedía importancia. Le pedí que se tomara el trabajo menos en serio cuando un niño trató de apuñalarla —el hombre se estremeció al recordarlo—. Me contó que le había conseguido una familia, pero los padres rechazaron la custodia porque el niño se mostraba violento con la hija biológica del matrimonio. Elisa trató de hacerle comprender a aquel crío que si seguía comportándose de aquella manera, jamás tendría una oportunidad. Entonces, él sacó de su bolsillo un trozo de cristal que había conseguido al romper un espejo y trató de sesgarle el cuello.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo recuerdo. Sucedió hace más de veinticinco años, ¿Cómo iba a hacerlo? —suspiró agotado, visiblemente tenso por aquella charla que comenzaba a importunarle y a la que no encontraba utilidad—. Elisa tuvo que asistir a terapia psicológica durante unos días, pero al final los dos lo olvidamos. Hasta que usted me lo ha recordado.

Había alguien que no lo había olvidado. Veinticinco años después, aquel psicópata volcaba su odio contra una inocente asistente social.

—Tal vez recuerde el orfanato —insistió Erik.

—Era religioso, o algo así —masculló cortante—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—No se lo he dicho —se disculpó Erik.

El hombre abrió la puerta de su casa.

—¿Sabe? Olvídelo. Todo lo que quiero es que nos dejen en paz. Elisa no se merecía lo que le ha sucedido, y a usted sólo lo mueve el dinero. Maldita sea, ¡Váyanse todos al infierno!

Cerró de un portazo. Erik se metió las manos en el bolsillo y cruzó la carretera para dirigirse hacia el coche. Tal vez, sin encontraba la denuncia que se había interpuesto contra aquel menor, consiguiera dar con su nombre. Iba a telefonar a Martina para que buscara en los archivos policiales, pues a él le resultaba imposible su situación, cuando se encontró por casualidad con Sandra, la esposa de su compañero Gonzalo.

—Erik —lo saludó, contenta de encontrarse con él—. Gonzalo me ha comentado lo que te ha sucedido. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente, no te preocupes.

La mujer lo contempló con aire cabizbajo.

—No deberías tomarte el trabajo tan en serio. Es lo que suelo decirle a Gonzalo, pero con él no funciona. Incluso en nuestra situación, apenas pasa por casa. Vaga todas las noches por la calle y llega a las tantas...

—se lamentó.

—Seguro que podéis encontrar una forma de solucionarlo —la animó. Sandra sacudió la cabeza con pesar.

—¿Arreglarlo? Qué más quisiera yo —suspiró derrotada—. Sus gestos demuestran que ha dejado de quererme. Es tan frío... tan distante.

Erik no comprendió lo que le contaba. Según Gonzalo, era su esposa quien se mostraba distante y constantemente a la defensiva. Supuso que toda historia tenía dos versiones, y aquel era un tema demasiado personal para que él ofreciera su opinión.

—Estoy seguro de que te quiere, Sandra —la alentó.

Ella agachó la cabeza con tristeza.

—No lo sé. Desde hace unos meses, es como si se hubiera convertido en otra persona.

Contempló con impaciencia su reloj de muñeca. Luego clavó los ojos en aquel cerrajero que continuaba dándole problemas. Apenas le quedaban quince minutos para que Erik se percatara de que había salido del trabajo, incumpliendo así su promesa. ¿Cuánto tiempo tardaría en darse cuenta de que ella se había largado?

Se sintió fatal porque sabía que le haría daño. Nerviosa, comenzó a mordisquearse la uña del dedo pulgar. No podía permitirse pensar en lo defraudado que él estaría. Traicionado porque ella se largaría sin ofrecerle una miserable explicación.

En realidad no podía darle ninguna, por eso se marchaba. Escapaba de Erik porque no le quedaba otro remedio, pero sobre todo escapaba de su pasado. El mismo que había regresado tras siete largos años para destrozarle la vida, otra vez.

—Señora... —volvió a insistir, delatando su incomodidad—. Ya le he dicho que no puedo abrirle la puerta porque sí. Necesito su documento de identidad para cerciorarme de que esta es su casa.

—Estoy alquilada. Por tanto, no lo pone en el dni.

Comenzó a perder los nervios. El tiempo transcurría y Erik podría aparecer de un momento a otro. ¿Qué le diría si la pillaba intentando abrir la puerta de su casa? Sin embargo, necesitaba coger su equipaje, o al menos algo de dinero para pagar un billete de avión con destino a cualquier parte.

—Bien, llame a su casero. Si me presenta la escritura de la casa y asegura que usted es su inquilina, no pondré ninguna objeción en

realizar su trabajo.

Mónica hizo una mueca.

—¿Con este calor? Mi casero se larga todos los meses de Agosto a la playa —inventó sobre la marcha. Estaba desesperada—¡No puedo hacerlo venir por un simple despiste, me echaría a patadas! ¿Sabe lo que cuesta conseguir un alquiler decente en esta ciudad?

El hombre se pasó un trapo por la frente perlada de sudor. Ella intuyó que una parte de él estaba deseando largarse de allí, cobrar por el trabajo realizado y perderla de vista.

—No puedo ir abriendo todas las puertas de esta ciudad sin cerciorarme de algunos datos... —se excusó.

—¿Tengo pinta de ladrona, es eso? ¿Me está llamando ladrona?

El hombre puso las manos en alto, abochornado ante tal recriminación.

—Señora, yo...

—Muy bien, si insiste puede llamar a la puerta de mi vecino para cerciorarse de mi identidad —actuando, avanzó hacia la puerta de al lado—. No quería llegar a este extremo, pero no me deja más remedio. Mi vecino es un hombre huraño y algo violento con el que no conviene meterse... ni siquiera me atrevo a pedirle que baje la música a las dos de la madrugada, con eso se lo digo todo.

Acercó la mano temblorosa al timbre, cerró los ojos y esperó.

—De acuerdo, ¡No será necesario!

Mónica suspiró tranquila. Con una sonrisa, se volvió hacia el cerrajero.

—¿Cuánto tardará? —preguntó con ansiedad.

—Unos quince minutos aproximadamente.

—Le pagaré el doble si termina lo antes posible. Tengo bastante prisa.

El hombre refunfuñó por lo bajo, pero apremió el ritmo de trabajo para contentar a aquella clienta tan exigente. Mientras tanto, Mónica dio

rodeos por el vestíbulo. Contó los segundos que se le hacían interminables, y clavó la vista en la entrada de las escaleras. Agobiada, se tapó el rostro con las manos.

Ya falta poco... tranquilízate. En un par de horas estarás montada en un avión, en un lugar donde él no pueda encontrarte. ¡Maldita sea! ¿Por qué tardará tanto?

—¿Qué demonios está pasando aquí?

La voz de Erik la sobresaltó. Paralizada por el miedo, fue incapaz de mirarlo a la cara cuando él pasó por su lado y clavó los ojos en ella con furia. Mónica ahogó un grito, demasiado aturdida y avergonzada como para ofrecerle una excusa convincente.

—Usted, deje sus puñeteras herramientas lejos de mi puerta, ¿Es que no me ha oído? —le arrebató la llave inglesa y la arrojó al suelo—.

¡Fuera!

—Pero ella decía... decía que esta casa... —titubeó, guardando sus herramientas a toda prisa.

Mónica sintió que él la miraba, pero no pudo alzar la cabeza para encontrarse con su desaprobación. Con su cólera.

Una vez que se quedaron solos, él abrió la puerta.

—Erik, te lo puedo explicar —musitó.

Él asintió, con los labios apretados y la mandíbula tensa.

—Entra en casa, Mónica —le ordenó tajante.

—No.

Con gran esfuerzo, logró alzar la cabeza para encontrar su mirada. La sorprendió no hallar rabia en ellos, sino un absoluto desconcierto motivado por sentirse defraudado.

—Voy a marcharme. Me voy —le explicó, sin saber de dónde provenía su entereza—. A Madrid, y no vas a impedírmelo. Siento haber montado

este numerito, y lamento que hayas tenido que descubrirlo de esta manera. Ahora... si pudieras devolverme mi equipaje...

—¡Y una mierda!

Aquella respuesta provocó que ella abriera los ojos de par en par, atemorizada por su arrebato.

—No necesitas un cerrajero para regresar a Madrid, porque yo no soy tu carcelero. Puedo ver el miedo en tus ojos, Mónica. La desesperación por huir de algo que te persigue... o de alguien —la acusó. Que leyera en su interior con tanta facilidad provocó que ella se aferrara a la barandilla de la escalera—. Espero que me perdones por lo que voy a hacer, pero no puedo permitir que te largues sin saber de qué escapas. No puedo mirar hacia otro lado... no puedo porque me importas demasiado.

Antes de que ella lograra reaccionar, la atrapó entre sus brazos y la cargó hacia el interior de la vivienda. Mónica pateó, lo arañó, le golpeó la espalda con todas sus fuerzas. Él cerró la puerta con llave y la dejó sobre el sofá.

—Abre esa puerta ahora mismo —le ordenó.

Sin responderle, se dirigió al cuarto de baño y arrojó las llaves al inodoro, tirando de la cisterna.

—¡Se puede saber qué estás haciendo!

—Hay una copia escondida en un lugar seguro. Cuéntame la verdad y abriré esa puerta —al ver que ella se incorporaba para buscar la segunda copia con desesperación, él se sentó en el sillón—. No vas a encontrarlas, Mónica.

Durante unos minutos, ella se dedicó a revolver la casa mientras él permanecía sentado en el sofá con gesto impasible. No se sentía orgulloso de lo que acababa de hacer, pero no le quedaba otro

remedio. Ya tendría tiempo para pedir las disculpas oportunas en otra ocasión. Había percibido el miedo y la desesperación en los ojos de Mónica. No podía ignorar. No podía.

Simba revoloteó alrededor de una alterada Mónica, que arrojó al suelo todos los preciados libros de la estantería de Erik.

—¡Busca, Simba, busca las llaves! —le gritó al perro.

El animal se sentó sobre sus patas traseras y se rascó una oreja.

Furiosa, ella se acercó a Erik y lo zarandeó.

—¡Idiota, dame las llaves! ¿Es que no me oyes? ¡Sácame de aquí! —él no movió ningún músculo. Parecía sordo—. ¡Te denunciaré por secuestro! ¡Te lo juro! ¡Te arrepentirás de haberte cruzado en mi camino!

Se tiró de los pelos al comprobar que él permanecía imperturbable. Había tomado una decisión.

—No... no quiero ponerme nerviosa, ¿Vale? Pero tengo que salir de aquí... tengo que salir de aquí... por favor —suplicó desesperada, al borde de las lágrimas—. Por favor...

Erik se levantó, incómodo al ver que ella se derrumbaba.

—Mónica, joder... no te pongas así. Sólo trato de protegerte. Tampoco es una situación cómoda para mí.

Ella no lo oyó. Se mesió a sí misma, abstraída en su propio dolor. En su propio miedo.

—Tengo que salir de aquí... tengo que ir todo lo lejos que pueda

—Mónica... eh... —la llamó con suavidad.

Ella se apartó con violencia, temblando de la cabeza a los pies. Su mirada vacía se clavó en la pared. Estaba absorbida por el pasado.

—Me encontrará... siempre lo hace.

—¿Quién?

Giró la cabeza, y él pudo vislumbrar su rostro bañado por las lágrimas. Sintió un irrefrenable deseo de acunarla, de apartarla de todo el dolor. Con gran esfuerzo, se mantuvo como un mero espectador que formulaba las preguntas adecuadas.

—¿Quién?

—Él.

—¿Quién es él?

Ella lo miró a los ojos. No a él, sino a la persona que escuchaba su propia historia.

—El hombre que abusó de mí cuando tenía trece años.

Entonces se desmayó.

Mónica estaba tumbada en la cama. Hacía cinco minutos que había recobrado la conciencia, pero no había dicho ni una sola palabra. Ya había dicho demasiado, por desgracia.

¿Por qué había sido tan débil? Apenas reconocía a la mujer fuera de sí, desquiciada y atemorizada que había sufrido un ataque de pánico.

—Tenemos que hablar, Mónica.

Aquellas temidas palabras la catapultaron a la realidad. Clavó los ojos en el suelo.

—No.

—Mónica...

—No hay nada de lo que hablar, ¿Vale? —su voz destiló rabia—. Me violaron, sí. Y ya está. Fue hace diecisiete malditos años. Se acabó. Erik trató de serenarse, pero las palabras de ella le escocieron en lo más profundo. Por Dios, ¿Cómo podía haber sido tan bruto con ella cuando era obvio que rehuía el contacto físico? Se imaginó a una inocente niña en las manos de un desalmado, y se puso enfermo.

Deseó haber estado allí para poder evitarlo. Deseó sanar todas las heridas que Mónica arrastraba del pasado.

—¿Cuántas veces?

Ella cerró los ojos.

—Oh... déjame en paz.

—¿Por qué no lo denunciaste?

—Desapareció —mintió. Por nada del mundo le contaría el resto de la verdad—. Yo era una niña, y me alegré de que así fuera. Fue un alivio que él se largara.

—¿Por qué no lo denuncias ahora?

—¡Mierda Erik, déjame tranquila! ¿Es que no te das cuenta que me duele hablar del tema? Si lo que quieres saber es si no lo he superado, esa es la verdad. Por eso quería largarme de tu casa, porque me das miedo. No quiero nada... nada de ti... —le mintió. Le mintió tanto que se sintió enferma.

Pero haría cualquier cosa para ocultar la verdadera razón.

—Yo jamás... jamás, te haría daño —remarcó, sintiéndose como una mierda.

—Tú no eres como el resto de los hombres. Lo quieres todo de mí. Él no pudo negarlo.

—Mis reglas no son válidas contigo —se miró las manos, resignada—. No sirven.

—¿Qué reglas?

—Yo mando. Yo controlo la situación. Nadie me impone lo que debo sentir... cómo debe ser... —murmuró, refiriéndose al sexo y a todo en general—. Así es más fácil. Me hace olvidar. Me hace creer que nunca sucedió.

Era extraño. Le mentía y le abría su corazón al mismo tiempo. Se sentía

vulnerable, eso era todo.

Él le apretó la mano, un simple contacto que la tranquilizó. Le apartó un mechón de cabello del rostro y le besó la frente. Fue un beso que demostraba un cariño infinito. Un beso de aquellos que curaban heridas.

—¿Por eso huías de mí?

Ella asintió con énfasis. Cualquier cosa por mantenerlo apartado de la verdad.

—Siento si he sido demasiado bruto. Joder, lo siento muchísimo.

Ella se inclinó hacia él. Sus bocas se rozaron durante un delicioso instante.

—No, tú eres perfecto. ¿Es que no te das cuenta? Absolutamente perfecto. Por eso me das tanto miedo —apoyó la cabeza en el pecho de él—. Nunca había sentido esto por nadie —suspiró. Debía mantener la boca cerrada, pero no podía—. Nunca.

Erik colocó la mano en su mejilla.

—Es mutuo.

Ella inclinó la cabeza para sentirlo más cerca.

—Me gusta y me duele cuando me tocas, ¿Es posible? —le agarró la mano para besarla—. No tiene sentido, ¿Verdad?

—Tiene mucho sentido.

—Hazme el amor —le pidió.

Ella capturó su boca, sobresaltándolos a ambos. Enloquecida por su propia necesidad, se aferró a él para perderse con su deseo. Para olvidar. Besarle era tan maravilloso como doloroso. Una mezcla explosiva que la dejaba extenuada y con ganas de más, pues siempre regresaba en busca de una segunda parte. Una pasión escrita con puntos suspensivos.

Erik se separó, manteniéndola agarrada por los hombros.

—Es tu dolor el que habla —la excusó.

Dios sabía que la deseaba tanto que le explotaría la entrepierna, pero no la tomaría hasta estar seguro que ella accedía a él por su propia voluntad, y no torturada por su pasado.

—Te necesito —le aseguró, besándole el cuello.

Estaba enloquecida.

—Creo que estás alterada por lo que ha sucedido. Yo lo lamento más que tú, te lo juro.

Ella sintió que la rabia la carcomía.

—¿Te doy asco, es eso? ¿No puedes soportar lo que te he contado? A veces yo también creo que estoy sucia... que nunca me quitaré esa horrible mancha —se frotó los brazos. Él le agarró las muñecas para detenerla.

—No vuelvas a decir eso. No lo digas —tiró de ella hasta aplastarla contra su boca—. Para mí eres irresistible. Preciosa. Única. Te haría el amor de tantas formas que amanecería contigo en la cama sin haberme saciado. Por eso quiero que tu decisión no conlleve después el arrepentimiento.

—Me haces tanta falta que duele —le rozó la mejilla con los labios—.

Detesto ser vulnerable, pero ha sucedido. No lo puedo evitar. Tal vez mañana me arrepienta, no puedo prometerle que no estaré enfadada conmigo misma por haber sucumbido a lo que siento. Pero estoy harta de resistirme... cansada...

—Mónica, la resistencia está hecha para los templarios. Y yo sólo soy un hombre —le advirtió.

—Pues no te resistas.

La boca de Erik la catapultó a un abismo del que era imposible regresar. Tampoco quería. Succionó, mordió, lamíó... besó con deliciosa paciencia cada tramo de piel que se exponía frente a sus labios. Ella jadeó, echando la cabeza hacia atrás para que él devorara el hueco de su garganta. Un gemido entrecortado brotó de ella, mitad deseo mitad temor.

Estaba asustada de romper las reglas, dejándose llevar en los brazos de un hombre que amenazaba con tomar todo de ella. Quería entregarse a él, pero las barreras que se había formado entorno al contacto físico se lo impedían.

Tembló de la cabeza a los pies al sentir que las manos de él la desnudaban. Una mirada hambrienta le recorrió los hombros desnudos donde antes había estado la tela. Las mejillas de ella palidieron.

—No me hagas daño —suplicó.

Él se detuvo de inmediato. Tomó sus manos para besarle los nudillos. Uno a uno. Como una promesa silenciosa. Un calor reconfortante le recorrió todo el cuerpo. Era extraño como la boca de él podía ser bálsamo y sal para las heridas al mismo tiempo.

—No voy a causarte dolor alguno. Te provocaré tanto placer que te olvidarás de todos tus miedos. Sólo confía en mí —le pidió a su vez. Ella asintió, pero él atisbó la duda que nublaba sus ojos—, iremos despacio... encontraremos nuestro ritmo. Merece la pena pasarse

horas en la cama descubriendo lo que te gusta, cómo te gusta...

—colocó las manos en sus mejillas para besarle la frente—. Dime qué es lo que quieres que haga... postraré toda Sevilla a tus pies si con eso te quedas más tranquila.

Ella suavizó una sonrisa ante aquella ocurrencia.

—¿Merecería la pena?

—Sí.

Podría haber dicho muchas cosas, pero aquella respuesta decidida e inmediata bastó para satisfacerla.

—Confío en ti —se inclinó sobre él, hasta apoyar la cabeza en su pecho. Sintió que los brazos de él la acurrucaban, ofreciéndole un lugar seguro en el que refugiarse. Exhaló un suspiro de regocijo—. En quien no confío es en mí...

—Entonces yo confiaré por los dos —susurró su voz ronca al oído. Mónica ladeó la cabeza para encontrar su boca. Fue un beso tan suave como tierno. Apoyó las manos en el pecho de Erik, y por primera vez en años se dejó llevar. No pensó en quién llevaba las riendas ni en cómo dominar la situación, sino que disfrutó del contacto aterciopelado de aquella boca masculina. Mientras las manos de Erik desabotonaron con habilidad su blusa, ella tanteó los antebrazos duros de él. Cuando la liberó de la prenda, la arrojó al suelo y se inclinó sobre ella, tumbándola en el colchón. Su lengua bordeó la copa del sujetador, encontrando la fina piel que ardía por sus caricias. Mónica sintió que todo su cuerpo se estremecía, hasta que un calor abrasador le quemó el vientre. Alterada, hundió las manos en el cabello de Erik al percibir que sus pezones se endurecían por las embestidas de su húmeda lengua.

Las enormes manos de Erik la tomaron de la cintura y con un

movimiento, le dieron la vuelta hasta colocarla de espaldas a él. Con el rostro enterrado en la almohada, Mónica no tuvo tiempo a reaccionar. La boca de él encontró el cierre del sujetador, desabrochándolo con los dientes.

Santo cielo.

Él le acarició los hombros mientras le quitaba el sostén. Luego le agarró los pechos con ambas manos mientras le besaba el cuello. Besos cortos, húmedos; que la hicieron delirar. Sentía fiebre en la piel, un enloquecedor deseo que le quemaba hasta las entrañas. Los pechos le pesaban. Sus pezones se convirtieron en dos guijarros que clamaban por la boca de él. Pero al parecer, Erik tenía todo el tiempo del mundo para recrearse en cada porción de piel. La acariciaba mientras le susurraba cosas maravillosas al oído. Palabras que Mónica no imaginó escuchar en la boca de un amante. Un amante cariñoso y generoso, preocupado por brindarle un placer que ella jamás pudiera olvidar.

Erik recorrió con la lengua la espalda de Mónica. Aquella mujer lo estaba enloqueciendo. Se sentía como un crío inocente que acababa de descubrir el sexo. A veces dubitativo, pero siempre ansioso por descubrir un nuevo recoveco que acariciar... o morder. Los gemidos de ella eran música para sus oídos. Si había un camino que emprender, él sabía que acababa de tomar el sendero correcto. Con ella.

—Erik...

Él inclinó la cabeza al escuchar su nombre en los labios de ella.

—¿Qué... qué quieres que haga? —preguntó, temeroso de escuchar que ella le ordenase que parara. Una parte de él, la más egoísta, se aferró a sus nalgas con apetencia insaciable. Ella ríe. Una risa bella amortiguada por la almohada. Que le indicó que caminaban en la

misma dirección—. Cualquier cosa que me pidas...

—Mirarte a los ojos. Necesito mirarte a los ojos y perderme en ti.

Algo en su interior se desató. Su pecho se hinchó de orgullo, de una sensación poderosa que lo absorbió todo. Adoraba a aquella mujer con cada parte de su alma. Le dio la vuelta y la miró a la cara. Unos ojos verdes, nublados por la pasión, lo contemplaron sin tapujos.

—No te vas a perder, no es posible. Yo siempre te encontraría

—declaró, asustado por sus propios sentimientos.

Ella arqueó la espalda cuando la boca de él cubrió su pezón. Se aferró a su espalda mientras él le prodigaba un placer que no estaba escrito en sus reglas. Le arañó la espalda, deseando aferrarse a algo más duradero que aquella pasión tan efímera como intensa. Los besos de Erik descendieron poco a poco hacia el centro de su deseo, con ella retorciéndose de anticipación. Se quitó la ropa a trompicones, entre beso y beso. Mónica pudo atisbar el contorno de su espalda, los poderosos bíceps, el abdomen duro y velludo.

—Eres hermoso —lo admiró.

Con la mejilla sobre su pubis, él le dedicó una sonrisa encantadora.

Restregó el rostro sin afeitar contra la tela de su ropa interior, provocando que Mónica gimiera. Sorprendida, extasiada. Él lamió el pliego húmedo que se entreveía bajo la tela, recreándose.

—Preciosa.

El cumplido apenas provocó que Mónica se recompusiera. Cuando él la despojó de la única barrera que los separaba, la intimidad los catapultó hacia un punto de no retorno. Mónica aferró las sábanas con las manos al sentir la boca de Erik en su sexo, invadiendo cada recodo. Besándola en lo más profundo de su ser. Le acariciaba los muslos mientras su boca le regalaba una atención con la que había

soñado demasiadas veces.

Era tan intenso... tan real... que todo su ser explotó en un orgasmo devastador que durante unos segundos la dejó laxa sobre el colchón. Él continuó agasajándola; colmándola de atenciones en tanto ella se recuperaba del éxtasis al que se había precipitado.

Con la respiración acelerada, lo recibió con un beso largo y apasionado. Erik susurró su nombre tantas veces que ella creyó que no tenía sentido sin que él lo pronunciara. Enloquecidos, rodaron por el colchón hasta que él logró aferrarse a sus caderas. No dejaron de mirarse a los ojos mientras él la penetró lentamente, hasta que cada parte de su ser quedó conectada con la del otro. Mónica enrolló las piernas alrededor de su cintura para sentirlo más cerca, todo lo que fuera posible.

Con un vaivén pausado, compartieron caricias y besos durante el acto. El uno entregado al otro. Perdido en el cuerpo del otro. Gimiendo. En la habitación sólo se escuchaba el sonido de las respiraciones aceleradas y las fricción de los cuerpos.

Cada uno consiguió romper las barreras del otro. Todo tenía más sentido ahora.

El ritmo se aceleró, los gemidos aumentaron así como los arañazos en la espalda. Mónica se sintió plena, entregada. Él comprendió que ella era todo lo que había estado buscando. Ahora sólo tenía que convencerla.

Volvieron a rodar por la cama, hasta que Mónica consiguió cabalgarlo como una amazona. El pelo cayó en cascada sobre el pecho de él, que enterró el rostro en aquel paraíso dorado para olerlo mientras se corrían al unísono. Un grito gutural escapó de la garganta de él. Mónica pronunció su nombre por última vez. Extenuada, se dejó caer

sobre su cuerpo mientras él le acariciaba la espalda.
Había llegado el momento de confesarlo todo.

Las horas habían transcurrido en aquella cama lentas y deliciosas, sin que ninguno de los dos se percatara del paso del tiempo. Los cuerpos enrollados y sudorosos, las manos entrelazadas. Él había perdido la cuenta de las veces que habían hecho el amor, pero nunca sería suficiente. Se sentía insaciable y poderoso junto aquella mujer que dormitaba sobre su pecho. Le apartó un sedoso mechón que le caía sobre la nariz, intrigado por su belleza. Sobrecogido por las emociones que lo embargaban.

Ella arrugó la frente, Erik la apretó más contra sí. Entonces, abrió los ojos de par en par. Durante unos angustiosos segundos, él fue consciente de su miedo espontáneo. Mónica contempló la habitación, al parecer confundida de encontrarse allí. Poco a poco, se fue relajando al percibir la calidez del cuerpo masculino. Sonrió. Era la sonrisa de quien se rendía por completo.

—No quería despertarte —se excusó—. Échale la culpa a mis manos. No quieren estarse quietas cuando te tienen cerca.

Mónica lo miró fascinada.

—Quiero soñar contigo.

—Estás despierta.

—Lo sé. Quiero soñar que un *nosotros* es posible.

Recibió el beso de Erik como una golosina que se saboreaba lentamente, porque merecía la pena. Las manos de él sabían dónde tocar, por lo que estuvo segura de que aquello de castigarlas carecía de sentido. Que la tocaran sin pedir permiso nunca había sentido también. En realidad, era la gloria.

Acarició el pecho de él, y el vello le hizo cosquillas en las yemas de los dedos. Suavizó una sonrisa sobre su abdomen duro y moreno. Se perdió en su piel. Se encontró otra vez en él. Para cuando quiso darse cuenta, suspiró satisfecha por el regocijo de gozar de un espécimen semejante.

—Eres magnífico —musitó embelesada. Si sonaba como una tonta enamorada, le daba exactamente igual—. Ahora sé por qué mi cámara te adora.

—¿Y tú no? —enarcó una ceja.

—Yo... —se lo pensó durante un largo instante.

Él le atrapó las muñecas.

—Tengo que preguntártelo —se enfurruñó él. Hubo cierta vulnerabilidad en su tono que enterneció a Mónica—. ¿Te... arrepientes?

Ella rió, pues la pregunta le resultó absurda. Había vivido la experiencia más maravillosa y gratificante de toda su existencia. ¿Arrepentirse? ¡Deseaba revivirla otra vez! Erik había conseguido desterrar todos sus demonios al otorgarle caricias repletas de cariño y complicidad. No se trataba de llevar la batuta de mando, sino de conectar con la otra persona. De intuir sus deseos para convertirlos en un placer sin igual.

—No, por supuesto que no —se inclinó sobre su pecho para mirarlo a los ojos—. Ha sido increíble.

Entonces, se apartó de él y apretó las rodillas contra su estómago. Podía ignorar lo que sentía o exponer la verdad y esperar a que otro la juzgara. Llevaba demasiado tiempo ocultando un secreto que la estaba envenenando. En toda su vida había sentido la necesidad de confesarse con alguien, y ahora que acababa de encontrarlo no lo

dejaría escapar.

La mano de Erik acarició su espalda, intuyendo lo que sucedía.

—En realidad... sí que hay algo de lo que me arrepiento.

Erik asintió.

—No he sido del todo sincera contigo.

—Lo sé.

La atrajo hacia sí, pero Mónica no movió ningún músculo.

—Maldita sea, soy una mentirosa —se pasó las manos por el rostro, cada vez más nerviosa—. Es difícil, Erik... muy difícil. No te imaginas lo que duele guardar este secreto... pero estoy tan cansada...

—Puedes empezar por el principio —sugirió, masajeándole los hombros.

—Me juzgarás —delató su mayor temor.

—No, no lo haré —respondió convencido.

—¡Ni siquiera sabes lo que voy a contarte!

—Eso da igual. Me importas lo suficiente para tratar de comprenderlo, Mónica.

De un salto, se puso en pie.

—Vamos a darnos una ducha —sugirió, tomándolo de la mano en dirección al cuarto de baño—. Todo es más fácil bajo el agua.

—Pondré algo de música.

La dejó ir porque sabía reconocer cuando alguien necesitaba su propio espacio. Del mismo modo que sintió el dolor de Mónica en su propio ser cuando ella le relató los abusos sufridos, intuyó que había algo que continuaba guardándose para sí. Algo oscuro, que la atormentaba y le impedía continuar hacia delante.

La razón por la que no había delatado a aquel desgraciado que la violó cuando tan sólo era una niña.

Buscó entre sus cds de música hasta que se decantó por una elección que le resultó apropiada. Quería distender la tensión que acababa de formarse entre ambos a raíz de la decisión de Mónica, por lo que supuso que la voz y el significado de las letras de Rayden la ayudarían a ser sincera.

Entró en el cuarto de baño con ella metida bajo la ducha. El cuerpo húmedo de Mónica provocó que ahogara la respiración durante un instante. Tras la sombra borrosa de la mampara se adivinaba el contorno de un cuerpo plagado de curvas suaves y armoniosas que hacía pocos minutos lo habían hecho enloquecer en la cama.

Ella le dejó algo de espacio cuando él abrió la puerta de la ducha. Lo primero que advirtió fue la silueta de sus nalgas pequeñas y redondas, que no pudo dejar de mirar embobado. Al ver que no se movía, Mónica se dio la vuelta para enjabonarlo con sus propias manos. El vaivén de sus pechos hizo que a él se le secara la garganta.

—Eres demasiado alto para mí —dijo, poniéndose de puntillas para enjabonarle los hombros.

—Casi me muero de la impresión —murmuró, recorriéndola con la mirada de la cabeza a los pies. Pese al agua helada que bañaba su piel, Mónica sintió calor allá donde los ojos de él se detenían para devorarla—. Creo que nunca me acostumbraré a verte desnuda.

—Pues deberías hacerlo. Me gustaría repetirlo tantas veces como fuera posible.

—Ah... una mujer que sabe lo que quiere —le dedicó una sonrisa que sólo era para ella—. Debes saber que he pasado demasiado tiempo imaginándote sin ropa al mismo tiempo que trataba de mantener las manos apartadas de lo que llevabas puesto.

Echó la cabeza hacia atrás al sentir que él le recorría el cuello con la

boca.

—Subinspector... es usted un hombre de manos inquietas...

—Rubia, la culpa es tuya...

Que lograran bromear juntos logró aliviar la tirantez de ella, que se dejó hacer a sus caricias. La música y el agua los envolvieron mientras daban rienda suelta a la pasión insaciable que los unía. Ya tendrían tiempo para desvelar los secretos inconfesables.

La voz de Rayden era la banda sonora perfecta de aquellos besos húmedos. Erik sabía dónde tocar, Mónica respondía a sus caricias de una manera tan espontánea que parecían estar hechos el uno para el otro. El agua les salpicaba el cuerpo.

Mi más sentido bésame, bésame, besayuname;

Ayúdame a deshacer la cama.

*Te comería a versos pero me tragaría mis palabras,
por eso mejor dejarnos sin habla.*

Las manos de él se enterraron entre sus muslos. Ella estiró los brazos hacia atrás, envolviendo su cuello, exponiéndose para él. Los dedos masculinos bailaban al compás de la música, tanteando las teclas adecuadas. La otra mano subía por la cadera, trazando un recorrido circular y lento.

*Perdí el sentido del amor, pero no del sarcasmo,
así que te haré el humor hasta llegar al orgasmo.*

*Que he visto enamorados ojos de legañas,
pero no hay mejores brindis que los que hacen tus pestañas.*

La boca de ella encontró su cuello, que mordisqueó como una fiera.

Hambrientos, los dos muy hambrientos. Insaciables del sabor del otro. Una de las manos de ella descendió hacia el miembro duro y húmedo, rodeándolo entre sus dedos. Los gemidos de él avivaron su confianza, ahondando en la caricia.

*Estás en mi lista de sueños cumplidos,
y en el de pecados compartidos.
Rompamos juntos la barrera del sonido
cuando el gemido se coma el ruido.*

Masturbándose el uno al otro, como dos adolescentes que descubrían a tropicónes lo que era el sexo. El de verdad. El que poseía un significado poderoso que se esculpía en cada célula de la piel. Frotándose. Sin vergüenza. Expuestos para siempre. Desenmascarados.

*Hagamos juntos todas las maldades.
La dieta de los caníbales.
Soy de los que siempre creyó en las señales,
por eso pégame, muérdeme, déjame cardenales.*

Los dos gritaron, pero no fue suficiente. Jamás lo sería. Se necesitaban tan cerca que la distancia dolía. Así que se buscaron el uno al otro, ella abriéndose para él. Él agarrándola de las caderas, enterrándose en ella aquella vez sin la menor paciencia. Mónica recibió cada embestida con la espalda pegada a la pared y las plantas de los pies sobre la mampara de la ducha. Fuerte. Rudo. Casi desesperado.

La fricción de los cuerpos resbaladizos los ahogó en un arrebató salvaje. Los sentimientos fueron ocultados bajo la capa de la necesidad más primitiva, y cuando culminó, cayeron a un abismo que todavía seguía candente. La música se detuvo.

19

Tenía el pelo húmedo y alborotado sobre los hombros. Iba vestida con una sencilla camiseta de los Rolling Stones que le había cogido prestada a Erik del armario. Abrigarse con el aroma del subinspector le producía un cierto alivio ante la dificultad de enfrentarse por primera vez en años a la verdad.

Cenaban comida china desperdigados sobre el sofá. Ella con las piernas sobre el regazo de Erik mientras le alcanzaba una tira de pollo crujiente con los palillos. Si alguien los hubiera visto en aquella actitud tan familiar, habría afirmado sin dudar que eran una pareja formada hace años.

Mónica tarareó la canción que sonaba en la minicadena sin ser consciente de que lo hacía en voz alta.

—Y la vida siguió... como siguen las cosas que no tienen mucho sentido...

Él se echó a reír.

—¿Qué? —se avergonzó, al comprender que ella era el producto de su risa.

—Nada.

—¿Qué pasa?

—Que cantas muy bien.

Ella le lanzó otra tira de pollo directa a la cara, pero él saltó, abrió la boca y la engulló sin dejar de reír. Mónica puso cara de fastidio para luego pincharlo en el costado con uno de los palillos chinos.

—¡Auch!

—¿Quién se ríe ahora, eh? —volvió a pincharlo, encantada de tenerlo a su merced—. ¡Dime que canto como los ángeles!

—No sé mentir, rubia... —se encogió al sentir un nuevo pinchazo. Ella soltó una carcajada, victoriosa—. ¡Pero si va a llover! Sabina se sentiría avergonzado.

Con un movimiento del brazo derecho, la tiró sobre el sofá antes de que ella pudiera contrarrestar. Inmovilizándola con su propio peso, le dedicó una sonrisa felina. Ella suspiró resignada, y él le besó la curva del cuello una y otra vez hasta hacerla delirar.

—Te cantaré al oído mientras duermes... —le amenazó, jadeante por el esfuerzo.

—¡Ni se te ocurra!

Ambos se echaron a reír. A Mónica le dolió tanto el estómago que se dobló hacia delante para amortiguar aquella sensación tan desconocida como deliciosa. Se miraron a los ojos, ella se mordió el labio inferior y asintió, más convencida de la decisión tomada que apesadumbrada por las consecuencias.

—Gracias por hacer que me evada de todo —se incorporó para recoger los platos a toda prisa, con la necesidad de marcar de nuevo las distancias. Él la persiguió, terminando de limpiar lo que faltaba—. Ha sido fantástico.

Sorprendiéndola por la espalda, la besó de hombro a hombro. Mónica se retiró para fregar los platos, pero él la atrajo por la cintura.

—Existe una cosa llamada lavavajillas, deja eso.

—Sí, es sólo que... —sacudió la cabeza, evidenciando su inquietud—.

No quiero que me odies después de lo que voy a contarte. Ha llegado el momento de ser sincera, ¿No?

—Odiarte —repitió incrédulo—. Cuando se trata de ti, eso es imposible.

—Erik, pero no tienes ni idea...

La silenció con un beso largo y profundo, de aquellos que cortaban la respiración. Mónica se apoyó en él, pues de lo contrario se habría derrumbado sobre la encimera. Sin ser consciente, fue transportada de regreso al sofá, sentada sobre el regazo de Erik. Beso a beso, silenció sus protestas y temores.

—Es una forma muy injusta pero acertada de convercerme —musitó, con la frente apoyada sobre la de él.

Jugueteó con el vello corto de su pecho mientras hacía acopio de valor. No podía creer que tras tantos años de mutismo, finalmente se atreviera a sincerarse con un hombre al que apenas conocía. Tras los besos, las caricias y el sexo compartido, a Mónica le quedaba claro que Erik era una combinación explosiva y ardiente de todo lo que ella siempre había buscado y temido en un hombre. Un completo extraño al que conocer poco a poco, a no ser que él la enviara al infierno en cuanto le desvelara su secreto.

—No tuve una infancia común, aunque a decir verdad, no tengo ni idea de lo que eso significa —decidió empezar por el principio, pues tal vez así fuera más fácil. Pero en cuanto comenzó a narrar su historia, sintió como si miles de esquilas le destrozaran el estómago—. Me crié en un pueblo destartalado de Madrid. Mi madre trabajaba por temporadas y

mi padre era un borracho que pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa. Si te soy sincera, no logro recordar en qué momento cambiaron las cosas. Quiero decir... siempre fui consciente de que mi familia no era idílica. No tenía un padre del que escribir una bonita redacción para el colegio, y cuando me preguntaban a qué se dedicaba me limitaba a encogerme de hombros. En cierto modo, podía escapar de la realidad. Él solía beber lo suficiente para llegar a casa y caer rendido en el sofá. Me ignoraba, y yo lo agradecía. Las pocas veces que se fijaba en mí era para pedirme que me quitara de en medio. Fue así durante bastantes años, y yo me limité a aprender a ser invisible.

—Lo siento.

Erik le apretó la mano para infundirle ánimo, pero ella le restó importancia con una mueca.

—¿Lo sientes? Amí me hubiera gustado que las cosas siguieran así. Ser invisible no estaba del todo mal, y mi madre podía mostrarse cariñosa conmigo siempre que él no estuviera en casa. Supongo que presentía que todo cambiaría... que algún día la situación estallaría. Los niños son muy observadores, ¿Sabes? Presienten ese tipo de cosas —cruzó las manos sobre el regazo y clavó la vista en un punto fijo de la pared—. Yo lo sabía. Lo sabía...

La rabia la carcomió por dentro. Se mordió los labios tan fuerte que sintió el sabor metálico de la sangre en la punta de la lengua. Él la zarandeó con suavidad para traerla de regreso a la realidad.

—Sólo sé que un día estalló todo. Él regresó más borracho de lo normal, y en vez de caer derrumbado sobre el sofá como la verdadera basura que era, decidió que aquella noche la pagaría con mi madre. Fue la primera de una larga lista de palizas. Siempre sucedía lo mismo.

Cuando volvía a casa, mi madre me pedía que me escondiera dentro del armario de mi habitación. Solía decir: “si él no te ve, se olvidará de que existes. Me pegará a mí... sólo a mí” —se miró las manos, temblorosas—. Sólo deseaba ser invisible, ¿Entiendes lo que es eso? Hacer el menor ruido posible mientras que la escuchaba gritar... rogarle que se detuviera... suplicarle que no la matara...

Cerró los ojos con fuerza, apoyando las manos en sus sienes. Amortiguando el traqueteo de los desagradables recuerdos que vagaban por su mente sin control. Imágenes rápidas y borrosas repletas de golpes, insultos y sangre.

—Maldito hijo de puta —masculló Erik.

—Sí, no era la clase de padre al que una se siente orgullosa de llamar papá —ironizó asqueada. Tragó con dificultad, consciente de lo próximo que iba a decir. Su voz tomó un cariz distinto, lejano y a la vez rasgado por el dolor—. La noche que todo cambió yo acababa de cumplir trece años. Se suponía que él no volvería hasta la madrugada, como solía hacer todas las noches. Así que mamá me preparó una tarta y soplé las velas en la mesa del salón. Cuando escuchamos que abría la puerta de la entrada fue demasiado tarde para arrojar la tarta a la basura, así que mi madre me gritó que me escondiera en el armario. Corrí todo lo deprisa que pude, lo que no evitó que escuchara lo que él le gritaba... gritaba... —cerró los ojos, asustada por sus propios recuerdos. La única conexión con la realidad fue la mano masculina que apretó la suya. La que impedía que se catapultara al vacío—. Empezó a gritarle todas las cosas obscenas y asquerosas que le haría aquella noche, mientras mi madre guardaba silencioso. Yo sabía lo que ella estaba pensando... sabía que su mente rogaba a Dios que él no se percatara de la existencia de aquella tarta mientras la golpeaba... pero

lo hizo, ¿Entiendes? ¡Lo hizo! Aquella noche dejé de ser invisible para siempre. Lo supe cuando él gritó: “¿Una tarta? ¡Una jodida tarta! ¡Dime dónde está esa pequeña furcia que no sirve para nada y a la que mantengo con mi dinero. Vamos, Mónica... ¿Es que no quieres que papá te felicite tu cumpleaños? Ya estás hecha toda una mujer...”

Se borró las lágrimas con el puño de la camisa. Erik la escuchó atónito; enfurecido. Contagiado por el dolor de aquella mujer que mantenía una entereza envidiable mientras le contaba la verdad.

—Lo oí subir las escaleras... todavía puedo contar los veinte pasos que lo separaban de mi habitación. Ami madre suplicándole que haría lo que fuera para que me dejara en paz, pero era imposible detenerlo. Acababa de recordar que tenía una hija —se clavó las uñas en las palmas de las manos, furiosa—. Volcó la cama sobre el suelo, rompió todas mis cosas y me aseguró que me atizaría tan fuerte que no podría volver al colegio durante semanas. Entonces, abrió la puerta del armario y me agarró del pelo. Llevaba unas tijeras en las manos, y gritaba enloquecido que tenía el pelo como las putas... así que debía tratarme como a una puta. Busqué a mi madre desesperada, pero se había largado. Creí que me había dejado... yo sólo podía mirar los mechones que había en el suelo. Lo odiaba... lo odiaba tanto.... ¡Le gritaba que quería volver a ser invisible! Él se reía... se reía y me golpeaba. Me golpeaba cada vez más fuerte. Todavía percibo el dolor, los moratones, mi pelo hecho pedazos, la sangre...

Erik se llevó las manos al rostro, empapado por el sudor.

—Mónica, por Dios, no sigas... —suplicó perturbado.

Ella se incorporó, soltando una risa áspera.

—¿Crees que todo ha acabado? ¡No es más que el principio! ¿Quieres saber lo que sucedió la noche que me violaron, quieres saberlo? —le

recriminó con dureza.

Él se puso en pie, casi mareado al ser consciente de todo el sufrimiento que ella llevaba ocultando durante años. Se sentía fatigado y asqueado. Desconsolado por una verdad que no creía tan sórdida como la que ella le estaba relatando. Trató de acercarse a ella para, de alguna manera, paliar aquel dolor que se contagiaba a cada fibra de su ser. Pero ella rehuyó su contacto con un movimiento brusco de mano.

—Mónica...

—Me estaba pateando en el suelo cuando mi madre apareció con un hacha en la mano —recordó aquella escena fascinada y asqueada al mismo tiempo—. Le ordenó que me soltara, y él se empezó a reír. Le dijo que soltara el hacha, pero ella sólo me pidió que cerrara los ojos. Los escuché discutir... y por primera vez en toda mi vida escuché que mi padre le suplicaba que lo perdonara. Le dijo que no volvería a hacerlo... se puso de rodillas... y entonces... —tragó con dificultad—. Abrí los ojos en el momento en el que mi madre le clavaba el hacha en la cabeza mientras murmuraba "te dije que nunca la tocaras a ella, maldito cabrón". Luego soltó el hacha y me abrazó fuerte... muy fuerte. Yo sólo podía ver la sangre cubriendo su cadáver. Le pregunté que por qué lo había hecho, pues ambas sabíamos que él se había rendido. Una simple amenaza habría bastado para que huyera despavorido, ¿Entiendes lo que quiero decir? Pudo haber sido un homicidio en defensa propia... pero no lo fue. Entonces, ella me miró y dijo: "ahora somos libres, tesoro. Libres". Me dijo que la ayudara a enterrar el cadáver. Estaba asustada... me sentía confusa...

—Sólo eras una niña.

—¡Erik, la ayudé a enterrar a mi padre! —se derrumbó.

Él le sostuvo el rostro entre las manos.

—Cariño, mírame... mírame —los ojos anegados de lágrimas encontraron los suyos—. No fue culpa tuya... santo cielos... no fue culpa tuya. No puedo ni imaginar... Mónica... Mónica...

—Creí que todo había acabado... —dijo en un susurro—. Pero había alguien que fue testigo de todo.

Erik no logró entender. Tanto dolor... no podía hacerse una idea de lo que aquella niña había sufrido, ni de lo que continuaba sufriendo.

Entonces, preguntó lo que temía.

—¿Quién?

—Mi vecino. El hombre que me violó cuando tenía trece años —sintió que le faltaba la respiración al tratar de pronunciar su nombre. Se llevó las manos a la garganta seca, rígida por el miedo. Inspiró. Tanteó la mano de él hasta entrelazar los dedos con los suyos, y pronunció el nombre de la persona que le había arruinado la vida. Lo pronunció por primera vez—. David.

Erik apretó los puños, odiándose a sí mismo por no haberla conocido antes. Sabía que era una sensación irracional, pero algo oscuro y violento se apoderó de él al conocer el secreto que Mónica llevaba guardando durante años. La maldita y estúpida razón por la que se culpaba a sí misma, cuando la única verdad posible era que se había convertido en una víctima de las circunstancias.

—Me violó y me juró que si lo delataba, él conseguiría que mi madre se pudriera en la cárcel y yo fuera a parar a un centro de menores

—buscó su comprensión. Necesitaba la aprobación de él para sentir que había tomado la decisión adecuada. No quería ser juzgada... tampoco podía soportar la compasión. Que alguien sintiera lástima por ella la repugnaba, pues ya sentía suficiente pena por sí misma —.

Estaba asustada... Erik... cuando creí que todo había acabado, la vida volvió a asestarme un revés. Creí que en el fondo me lo merecía por haber encubierto el crimen de mi madre. Me aterraba volver a estar al amparo de gente más fuerte que yo en un centro de menores, o que mi madre fuera a parar a la cárcel. No sé cómo explicarlo, pero sentía agradecimiento y rabia hacia ella a partes iguales. Sé que si ella no hubiera actuado, él habría vuelto cualquier día para acabar con nosotras. Pero no dejo de pensar...

—Maldita sea, ¡No fuiste tú quién le clavó una jodida hacha en el cráneo! —se enfureció—. ¿Es que no te das cuenta que ella te utilizó? ¡Sabía que eras una cría, sabía que estabas aterrorizada!

—Él también lo sabía —musitó, en un intento por defender a su madre. Lo cierto era que, con el paso de los años, había albergado cierto rencor hacia ella. En su mente la culpaba de la violación de David mientras se gritaba a sí misma que ella era la única responsable de lo sucedido. De ser débil y estúpida—. Él sabía que estaba asustada y que no era más que una niña tonta que haría lo que fuera para ocultar lo sucedido, así que lo utilizó en mi contra. Me violó y desapareció. Crecí creyendo que todo se había acabado para siempre, hasta que fui a la universidad y empecé a recibir correos electrónicos en los que me amenazaba. Fue peor que la primera vez, porque hay algo más horrible que ser atacada; vivir con miedo durante toda tu vida. Estaba terminando la carrera de historia, y me ofrecieron un puesto en el Museo de Pérgamo. ¡Fue un sueño hecha realidad! Creí que las cosas por fin tomaban el rumbo que yo había querido. En la fiesta de graduación, Janine, mi mejor amiga, quiso presentarme a su novio —sonrió con tristeza—. ¿Sabes quién era? Erik asintió, con la mandíbula tan tensa que estuvo a punto de partirse

los dientes.

—Era él. Ese maldito desgraciado... —soltó un sollozo, incapaz de controlar el llanto durante más tiempo—. Quise decirle a Janine quién era, pero entonces él me llevó al cuarto de baño. Me recordó que siempre sería suya, y que él también trabajaba en el Museo del Pérgamo. Sonriendo, me animó a que aceptara el puesto. Luego me advirtió que si le contaba a alguien lo que sucedería en aquel cuarto de baño, delataría a mi madre. Por supuesto que no acepté el puesto en el museo. Cuando salí de allí, Janine me abofeteó delante de todo el mundo. Me gritó que era una zorra que la había engañado con su novio... y yo... yo no pude explicarle nada. Me sentí impotente, frustrada y furiosa. Hice las maletas y me mudé a Madrid. Encontré un trabajo en Musa, y el resto de la historia ya lo sabes. Durante siete años, él no volvió a aparecer en mi vida. Han sido siete años de libertad en los que he tratado de superar lo ocurrido. Desde los veintitrés años traté de recomponer mi vida paso a paso... pero todo volvió a truncarse cuando vine a esta ciudad. Hace pocos días entró en mi habitación del hotel. Creí que volvería a intentarlo, Erik. Creí que volvería a violarme. No puedo soportarlo... ¡No puedo soportarlo más!

—Mónica, te juro por Dios que no volveré a ponerte una mano encima —le aseguró, todavía conmocionado por su historia.

Ella se derrumbó. Lloró durante unos minutos en los que él guardó silencio, estrechándola entre sus brazos. No podía tolerar tanto sufrimiento... tanta injusticia. Lo habían educado para luchar contra los abusos, y no para dar la espalda a lo que era correcto. Por Mónica conseguiría que el hombre que le había destrozado la vida fuera llevado ante la justicia.

—He sido egoísta, Erik —él abrió los ojos como platos al escuchar algo

tan absurdo, pero ella continuó con los ojos anegados de lágrimas—. Me dijo que si no me apartaba de ti te haría daño. Te juro que sólo quería hacer lo correcto... perdóname.

—No vuelvas a pedirme perdón, Mónica —le advirtió desconsolado—. Por nada del mundo me apartaría de ti. Haces que todo tenga sentido. Ella se apretó más contra él, sintiendo que su respiración se sosegaba a medida que se fundía en el cuerpo de Erik. Aspiró el poderoso olor de su piel, aquel embriagador aroma que la hacía sentir como si por fin, después de tantos años, hubiera llegado a su verdadero hogar.

—No puedo ni imaginar lo que has sufrido, pero te prometo que cada día de mi vida intentaré hacerte tan feliz que las sombras del pasado te abandonaran algún día —le prometió al oído. Su voz ronca le acarició el lóbulo de la oreja—. Si tú no me apartas de tu vida, yo jamás te dejaré. No importa si decides quedarte aquí, en Madrid o donde sea. Estaré a tu lado pase lo que pase. ¿Me oyes? Pase lo que pase. Ella asintió, convencida de que existía una sinceridad tan aplastante en sus palabras que ahora era ella quien debía otorgarle un sentido a lo que él acababa de confesarle. Aunque no sabía si estaba preparada para volar en los brazos de otra persona. Durante años, había sido un juguete roto dirigido por las manos de un perturbado acosador. No quería volver a ser manejada. Ni por David, ni por alguien tan maravilloso como Erik.

Quería ser libre. Quería que su vida le perteneciera. Quería ser ella misma.

¿Podría conseguirlo a su lado o por el contrario necesitaba emprender sola su camino?

—¿Qué voy a hacer ahora?

—Denunciarlo —decidió él, sin atisbo de duda.

El mayor temor de Mónica se hizo realidad como una aplastante certeza que la golpeó con toda su fuerza. Horrorizada, se apartó de él.

—Ha llegado el momento de enfrentarse a la verdad —insistió Erik, consciente de que podía perderla si continuaba por aquel camino tan peligroso.

—¿Qué? ¡No! ¡No! —deambuló por la habitación de un extremo al otro, tan alterada que Erik tan sólo se limitó a observarla—. ¡No! De ninguna manera... ¡No!

—Mónica...

Le apuntó con un dedo.

—No —replicó airada. Fuera de sí.

—Es lo correcto. Sabes que lo es.

—¡Ala mierda con lo que es correcto! ¿Sabes de qué me ha servido toda esa basura moralista? —se llevó las manos al rostro, desquiciada por completo—. ¡No puedes pedirme que haga tal cosa... es mi madre!

—Lo sé.

—No voy a hacerlo.

—Ella es quien debe pagar por sus decisiones, no tú.

—¿Qué harías si fuera tu madre, eh? ¡Qué harías!

Erik se mostró imperturbable.

—Sé que haría lo correcto.

—Entonces eres mejor que yo.

—Jamás he conocido a alguien capaz de soportar con estoicismo los pecados que le corresponden a otras personas. No voy a permitir que sigas dañándote a ti misma —le advirtió—. No es justo. Te quiero demasiado para...

—¿Vas a delatarme? —le reprochó.

—Mónica, sabes que no se trata de ti —trató de hacerle entender.

¡Era injusto! ¿Por qué no entendía que sólo intentaba ayudarla?

—Te he hecho una pregunta —insistió airada.

—No voy a permitir que sigas destrozándote a ti misma. No puedo.

—Lo haces por ti... sabía que me traicionarías...

Erik se sentó en el sofá, compungido por su recriminación. Colocó las manos bajo la barbilla e inspiró, sin dejar de mirar a la mujer que lo observaba con odio. Daría lo que fuera porque ella comprendiera que la única salida era incriminar a quienes le habían hecho daño.

—No me conoces si crees que esto se trata de mí —se levantó para alcanzarla, pero ella le lanzó una mirada tan cargada de rencor que lo detuvo en el acto—. Estás enfada, lo entiendo. Cúlpame si quieres de lo que va a suceder. Joder, hazlo si con eso te sientes mejor. Supongo que mereces poder desquitarte con alguien, aunque sea conmigo. Sólo espero que algún día logres perdonarme, porque yo... no soportaría que me odieras. No soporto que me mires como lo estás haciendo.

Sonrió con tristeza.

Mónica se mordisqueó el labio inferior, dubitativa. Sintiendo como sus defensas se derrumbaban al observar al hombre que se exponía ante ella sin tapujos. La expresión de él delataba una resignación dolorosa que parecía torturarlo por dentro.

¿Dice que hace esto por mí? ¿Es capaz de tomar una decisión semejante a pesar de que yo no pueda perdonárselo nunca?

Llamaron al timbre. Deseosa de librarse de aquella ambivalencia de sentimientos que le oprimía el pecho, se dirigió hacia la entrada y abrió la puerta. Gritó con todas sus fuerzas al descubrir de quién se trataba.

La afilada hoja del cuchillo le rozó la garganta. Notó la gota caliente que se deslizaba por la piel de su cuello, y respiró con dificultad. La empujó con furia hacia la entrada del apartamento, pese a que ella trató de resistirse con la intención de apartarlo todo lo posible de Erik. Él presionó la navaja contra su piel, provocándole un corte poco profundo que la hizo gemir. Retrocedió asustada, empujada por el acero que le cortaba la respiración.

—Suéltala —la poderosa voz de Erik fue rasgada por un matiz tembloroso. Estaba asustado de que aquel malnacido le sesgara el cuello. Pese a todo, trató de mantener la calma para infundirle valor a Mónica. Con las manos en alto, dio un paso al frente—. Suéltala. David la apretó por el vientre, jugueteando con el cuchillo sobre la pálida piel del cuello.

—¿No te ha explicado esta zorra que me pertenece? —le espetó. Su voz destiló rabia. Maldad. Deslizó el cuchillo hacia los primeros botones de la camisa de ella y los rompió, mostrando sus turgentes senos—. ¡Díselo Mónica, díselo!

Erik la miró a los ojos, tranquilizándola con la mirada. Ella asintió, consciente de que él era su única oportunidad de salir ilesa. Confiaba en él con todas sus fuerzas.

Al toparse con su silencio, David la zarandeó por los brazos. Mónica cerró los ojos, dolorida por la herida abierta en su cuello.

—¡Te he dicho que se lo digas! —le ordenó.

Ella giró la cabeza para encararlo con la intención de que perdiera a

Erik de vista durante unos segundos.

—Y una mierda —replicó.

La risa de David le heló la sangre. Con la lengua, limpió el rastro de sangre que le empapaba el cuello.

—Así que ahora te haces la digna... —la estudió con una mezcla de curiosidad y desdén—. Reconozco que resultabas más interesante cuando te limitabas a abrigarte de piernas, nena. ¿Qué voy a hacer contigo? Tal vez... sea hora de acabar con esto de una vez por todas... Mónica contempló por el rabillo del ojo que Erik se desplazaba sigiloso hacia ellos, cercando la distancia que los separaba. Haciendo acopio de valor, mantuvo la mirada fija en David para distraerlo.

—He llamado a la policía. Se lo he contado todo. Se acabó.

El rostro del hombre se transformó en una máscara de ira y locura.

—¡Mentira! No serías capaz... —dijo, receloso y asustado—. Quieres demasiado a tu madre... jamás la traicionarías...

—Se acabó —alzó la barbilla para desafiarlo por primera vez en su vida—. Tú estás acabado.

—¡Mientes!

Erik se arrojó contra él cuando David alzó la mano para apuñalar a Mónica. El ataque lo pilló desprevenido, demasiado inmerso en atacar a la mujer con la que estaba obsesionado, no prestó atención al hombre que lo embistió por la espalda. Ella cerró los ojos, esperando un golpe que nunca llegó. El cuchillo cayó al suelo. Mónica abrió los ojos. Erik lo derrumbó de un puñetazo. Enloquecido, comenzó a golpearlo una y otra vez. En el rostro, en el costado, en el pecho...; nunca le parecía suficiente. Jamás resarciría todo el daño que le había provocado a ella.

Mónica comprendió lo que iba a suceder y supo que no podía

permitirlo. El rostro sanguinoliento de David resultaba irreconocible a causa de la paliza. En el suelo, Erik lo pateaba con todas sus fuerzas mientras el hombre se cubría en posición fetal.

—¡Basta! ¡Basta! —se tiró a los pies de Erik en un intento por detenerlo, pero él se había vuelto loco. Aferrada a sus rodillas, le gritó hasta desgañitarse—. ¡Erik, mírame! Vas a arruinarte la vida por un hombre que no merece la pena, ¡Mírame! Te necesito... no me hagas esto. Con el corazón desbocado, las palabras de Mónica consiguieron obrar un efecto mágico en su conciencia. Se miró los nudillos enrojecidos e hinchados a causa de los golpes propinados, y se detuvo de inmediato. El hombre gemía, retorciéndose de dolor en un charco de sangre.

Cayó de rodillas hasta estar a la altura de Mónica, quien lo abrazó rompiendo a llorar. Erik enterró las manos en su pelo, todavía conmocionado por lo que acababa de suceder.

—Tenemos que llamar a una ambulancia —resolvió ella, sin dignarse a mirar al hombre que seguía despotricando insultos—. Erik... tú no eres como él.

—Por un momento pensé que lo mataría... —tembló asustado.

Mónica sacudió la cabeza, consciente de que aquel pensamiento era surrealista.

—No, no lo habrías hecho —le aseguró.

Confiaba en él. Por supuesto que lo hacía.

Cuando Erik fue consciente de la mano ensangrentada que trataba de alcanzar el cuchillo, le asestó una patada para lanzarlo hacia el otro extremo de la habitación. Le pisó la muñeca con todas sus fuerzas.

—Ella te ha salvado la vida, no yo —le advirtió asqueado—. No me pongas a prueba.

Mónica hizo una mueca cuando la aguja le traspasó la piel. Desde la pequeña consulta, observaba la puerta entreabierta que daba al pasillo en el que Erik le ofrecía a los agentes una versión de lo sucedido. Según él, aquel hombre había entrado a su casa a robar y había tratado de apuñalarla. Ninguno de los agentes hizo demasiadas preguntas ni puso en duda la versión del subinspector, que los despidió con un apretón de manos.

Mónica volvió a quejarse al sentir que el hilo se tensaba alrededor de la pequeña herida. Al parecer no era tan minúscula como ella había creído en un principio, pues se necesitaron siete puntos para suturarla por completo.

—Ya está —la médica se quitó los guantes y los arrojó a la basura—. Te quedará una bonita cicatriz.

Mónica quiso mortificarla con una sonrisa, pero curvar los labios le provocó un agudo ramalazo de dolor en la reciente cicatriz.

Al salir al pasillo, se encontró a Erik hablando con el médico que había atendido a David. Se acercó hacia ellos, escuchando a trompicones la conversación en la que era informado del estado clínico del hombre.

—Tiene algunas costillas rotas, pero se pondrá bien. Su estado mejorará en algunas semanas —le explicó.

Por la expresión de su rostro, Mónica supo que aquella no era la información que él deseaba recibir. Ella aún trataba de discernir qué era lo que sentía tras lo sucedido.

En cuanto se quedaron solos, Erik le apartó el pelo de la cara para observarle la cicatriz con detenimiento. Mónica atisbó la cólera que lo embargó, seguida de un profundo alivio por encontrarla sana y salva. Sin previo aviso, la tomó de la cintura y la besó con profundidad. Aquel

contacto provocó en ella una sensación tan extraordinaria como contradictoria. En tanto la lengua de Erik buceaba por su boca, se sintió dichosa y asustada; entregada, plena y dolorida.

—Pensé que te perdía —musitó aterrado.

—La médica dice que me quedará cicatriz.

Erik resopló.

—Acabo de admitir que estaba jodidamente asustado ante la idea de perderte, y tú me hablas de una cicatriz que me importa un carajo —la censuró alterado, provocando que ella sonriera.

Se llevó la mano a la herida tras un nuevo ramalazo de dolor.

—¿Cómo te encuentras? —se preocupó.

—Conmocionada —confesó—. ¿Y tú?

La miró a los ojos durante un largo segundo.

—Aliviado.

Volvió a besarla, tomándola por la nuca. Aquel beso, a diferencia del primero, fue tan suave como delicado. Denotaba afecto y una preocupación sincera que le acarició el alma. Algunos pacientes silbaron encantados ante la pública muestra de cariño. Ambos rieron.

—¿Por qué no le has contado la verdad a la policía? —inquirió de pronto.

—No vamos a hablar de eso ahora —zanjó, pasándole un brazo alrededor de los hombros—. Mírate; necesitas una ducha caliente, algo dulce y un buen masaje. Déjame cuidar de ti aunque solo sea por hoy. Te gustará. Me gustará.

Mónica se puso de puntillas para besarlo. Sin separarse de su boca, le habló con dulzura.

—Si sigues así, me enamoraré de ti.

Aquella confesión provocó que Erik se tambaleara.

—Calma, subinspector. No voy a ponerte unas esposas y encadenarte a mí para siempre —bromeó, al percatarse de la lividez de su rostro.

Él se lamó el labio inferior, sopesando la idea.

—No... es sólo.... —frunció el entrecejo, volviendo a atraparla entre sus brazos—, que eso sería maravilloso.

AMónica se le aceleró el pulso.

—¿Cuál de las dos opciones?

Erik le besó la punta de la nariz.

—Sabes de sobra a lo que me refiero —le dijo, de una forma grave y escandalosa.

No, no lo sabía. Y por algún motivo, aquello la puso más nerviosa.

—Voy al servicio —se excusó, necesitando un minuto de soledad en el que poner en orden sus ideas.

Apoderada, alejada del único hombre que no le permitía razonar con claridad. Sabía de sobra que en su casa carecería de la distancia necesaria para ordenar sus sentimientos. Porque, ¿Qué sentía? ¿Qué necesitaba? Y lo más aterrador, ¿Qué quería?

—Rubia.

Se detuvo en cuanto aquel acento sureño y ronco la llamó. Sólo él podía aderezar aquella situación tan dramática con un poco de humor.

—Procura que nadie te mate mientras vas al servicio.

Ella lo fulminó con la mirada, pero al final se echó a reír.

De camino al baño, no fue capaz de reprimir la tentación de echar una última mirada al cuerpo malherido de David, que descansaba enchufado a un monitor. Al entrar en el servicio, tuvo la perturbadora idea de arrancar todos los cables de un manotazo. Se echó agua en la cara y se miró al espejo. Las gotas le salpicaban la barbilla, y la cicatriz oscura le confería un aspecto siniestro y poco atractivo.

Algo salvaje y perverso se apoderó de ella.

—No lo hagas —le advirtió a su reflejo.

Tengo que hacerlo.

Era consciente de que sólo ella sería capaz de poner fin a esa pesadilla. Enfiló hacia la habitación de David sin pensarlo. Poco a poco, recortó la distancia que los separaba con el corazón latiéndole desbocado bajo el pecho. La imagen de aquel cuerpo frágil y sin escapatoria se le antojó tan repulsiva como tentadora.

¿A quién le contarás la verdad si te silencio para siempre?

Agarró una almohada con las manos y se aproximó al cuerpo moribundo cada vez más... cada vez más. Estaba tan cerca de su libertad que podía saborearla. Un paso más y sus problemas se acabarían para siempre.

Pero algo se rompió en su interior. Pensó en la persona que era y en la que se convertiría si cometía tal atrocidad. Arrojó la almohada al suelo y corrió hacia la puerta, sofocada ante lo que había estado a punto de hacer.

No, ella no era como él. Ni siquiera era como su madre, por mucho que se hubiera culpado a sí misma durante todos esos años.

Entonces lo vio. Junto al armario, enterrado en las sombras. Se llevó las manos a la boca, sabedora de que si gritaba él le dispararía con la pistola que portaba en la mano izquierda. El hombre ataviado con la máscara ladeó la cabeza, observándola con curiosidad. De nuevo, tuvo la sensación de que tras la máscara de perturbadora sonrisa él escondía una sonrisa aún más siniestra.

Y supo lo que iba a hacer. Alargó una mano para detenerlo, pero fue demasiado tarde cuando vació el cargador sobre el cuerpo de David. Mónica gritó. Con el rostro desencajado, contempló asustada como

aquel asesino se acercaba hacia ella, como una serpiente sigilosa. La mano enguantada atrapó la suya, provocando que Mónica dejara de respirar. Los fríos labios de la máscara se posaron sobre el dorso de su mano. Cerró los ojos, deseosa de escapar de aquella situación. De aquel beso. De su presencia.

El hombre susurró unas palabras a su oído. Tenía una voz grave.

Falsa.

Cuando los abrió, el hombre había escapado mientras la habitación comenzaba a atestarse de gente. Escuchó el sonido de la voz de Erik, lejana y carente de sentido. Todo había desaparecido, a excepción del cuerpo sin vida de David.

Recordó la palabrasusurrada. Se estremeció.

Libertad.

—Podrías dejar de presionarla —sugirió Erik. El tono desbrido de su voz lo delató.

Mondragón le dedicó una mirada curiosa.

—Sólo estamos interrogando a la testigo —replicó.

Erik tuvo la sensación de que si hubiera podido, le restregaría la placa por las narices. Necesitaba sacar a Mónica de las garras de aquellos ineptos antes de que la debilitaran más de lo que estaba. En menos de veinticuatro horas había hecho frente al ataque de un acosador para luego ser testigo presencial de un crimen brutal. Todavía lucía conmocionada, y el comisario se empeñaba en lanzarle una pregunta tras otra sin dejarle siquiera respirar.

—¿No le parece demasiada coincidencia que se haya encontrado dos veces con ese hombre? —sugirió con malicia.

Mónica encontró la entereza necesaria para fulminarlo con la mirada.
—No lo sé, dígamelo usted. Se supone que ese es su trabajo —lo atacó.
Erik le puso una mano en el hombro.

—Nos vamos.

Mónica se incorporó, deseosa de salir de aquel lugar cuanto antes.

—Rodríguez, ya sabes cómo funcionan estas cosas... —aclaró el comisario, con la intención de retener a la testigo lo máximo posible.

—Porque lo sé, nos largamos antes de que termines con tus elucubraciones baratas.

Se despidió con un seco asentimiento de Jesús, quien le dedicó una sonrisa agria tras apartarse de su camino. El comisario trató de detenerlo, pero Erik colocó la mano en la espalda de Mónica, y haciendo oídos sordos la condujo a la salida.

Al salir del hospital, Mónica se apartó de él.

—Te daría las gracias si no supiera que me quieres toda para ti —él enarcó una ceja. Al comprender el sentido erróneo de sus palabras, ella se apresuró a matizar—. Porque vas a llevar esta investigación por tu cuenta, ¿No es cierto?

Erik se acarició la barba, exhausto.

—¿No sientes la necesidad de concedernos una tregua tras todo lo que has vivido hoy? —sugirió consternado.

Ella asintió derrotada.

—Sí —respondió sin dudar. Se montó en el taxi con él a su lado, y clavó la mirada en la ventanilla. Ni siquiera la mano que asía la suya pudo devolverla a la realidad—. Lo único que quiero es que se acabe este maldito día.

En cuanto salieron del taxi, Mónica recibió un golpe de aire caliente. Detestaba la idea de encerrarse en el apartamento de Erik cuando su mente se encontraba atestada de pensamientos que ya de por sí la acorralaban. Era extraño; se sentía tan culpable como liberada. ¿Era una mala persona por experimentar alivio tras la brutal muerte de David? No podía negar que el fallecimiento de aquel hombre le facilitaba mucho las cosas. El misterioso enmascarado que le producía una mezcla de fascinación y repulsión había acabado con todos sus problemas para siempre. Había silenciado a David. No sentía agradecimiento alguno hacia un ser tan sádico y despreciable, pero en su mente continuaba bullendo aquella palabra: libertad.

—¿Damos un paseo? Me parece que no quieres estar encerrada tras todo lo que ha sucedido hoy —sugirió Erik.

Mónica asintió, acompañándolo por una calle solitaria y empedrada. La luz de las farolas se reflejaba en la fachada de las casas, dibujando las siluetas de sus cuerpos en la soledad de la noche. Era extraño, pues pese a los trágicos acontecimientos experimentados, se sentía reconfortada y segura al estar acompañada por él en mitad de la noche en una calle abandonada.

—Deberías dejar de hacer eso —respondió.

—No sé a qué te refieres.

—Leer mi mente. Se te da bastante bien, ¿Sabes? —lo estudió durante unos segundos—. Ni siquiera yo sé lo que quiero en este momento.

—No es de extrañar. Si yo estuviera en tu lugar...

—Me siento aliviada —lo interrumpió, deseosa de sincerarse con él. La reconfortó no encontrar rastro de censura en su expresión—. Que haya muerto facilita muchas cosas.

Erik no dijo nada. Mónica volvió a sentir la necesidad de justificarse.

—No sé en qué clase de persona me convierte eso.

—En una que, después de todos estos años, tiene la posibilidad de vivir su propia vida. Sin esconderse. Sin miedo —aclaró él—. Después de todo, el karma funciona.

—No me has preguntado qué hacía en la habitación de David.

Erik la analizó con cautela. Por su expresión, Mónica supuso que él ya había sacado sus propias conclusiones.

—Quería matarlo —reflexionó en voz alta. Aquella vez, su voz no sonó como un pretexto, sino como un hecho—. Fui a su habitación porque, por un momento, sentí el deseo de matarlo. Pero no pude.

Sencillamente no fui capaz de hacerlo. Solté la almohada y eché a correr hacia la puerta, consciente de que yo no era como él. Entonces lo vi, con esa horrenda máscara y la determinación que yo jamás tendría para hacer algo semejante. Apretó el gatillo y disparó tantas veces que no pude contarlas. Creo que disfruté.

—Mi padre solía decir que son nuestras decisiones las que nos definen —comentó él—. Tú tomaste una decisión, Mónica. Los sentimientos son incuestionables. Están ahí y no podemos hacer nada para cambiarlos. Son las acciones las que nos convierten en buenas o malas personas.

Mónica lo escuchó sin decir una sola palabra, pues tuvo la impresión de que él también hablaba sobre sí mismo.

—Me preguntaste por qué no le conté la verdad a la policía —recordó, sin dejar de mirarla—. No pude hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque hacer lo correcto carece de sentido cuando traicionas a quien te importa. ¿De qué me habría servido lavar mi conciencia si te hubiera perdido, Mónica? Mientras estabas en aquella consulta fui consciente de que todo lo alejado que podría vivir de ti serían los escasos metros que nos separaban en aquel momento —curvó los labios en una sonrisa. Ella tembló de la emoción—. Tomé la decisión adecuada. Lo correcto puede irse al infierno si no te incluye a ti en mi vida. Llevo demasiado tiempo esperándote. No te haces una idea de lo que deseaba encontrar a alguien como tú.

Muda de la impresión, Mónica se dejó llevar lentamente hacia él. Porque si aquello no era amor, se le parecía demasiado. Se sentía dichosa y acojonada. Tenía tantas cosas por decir que no sabía por dónde empezar.

El graznido de un pájaro que pasó volando por encima de su cabeza la hizo gritar. Trastabilló y su pie quedó encajado entre dos adoquines. De no ser por el fuerte apretón de Erik, se habría precipitado al suelo, lo que no impidió que el tobillo le ardiera de dolor.

—¿Te has hecho daño?

Ella asintió, con la boca formando una mueca tensa y afligida.

—Ha sido una tontería, pero me he asustado —explicó avergonzada. Se apoyó en el hombro de él para arrastrarse cojeando hacia el apartamento de Erik, pero al escucharla gemir, él pasó un brazo por su cintura y la alzó sin aparente esfuerzo. Mónica no se resistió. Hacerlo hubiera sido una estupidez cuando disfrutaba de veras de su contacto. La incipiente barba de Erik le hacía cosquillas en la mejilla, y sus manos se entrelazaban alrededor de un cuello robusto y moreno—. Deberías dejar que te afeitara.

El ofrecimiento lo tomó por sorpresa, pues enarcó una ceja para mirarla con cierta reticencia.

—Estás más guapo cuando la barba no te cubre la mitad del rostro —le explicó sin tapujos.

No pudo resistirse a bersarlo en la comisura de los labios cuando él sonrió. De nuevo, aquel hoyito sexy apareció en su barbilla. También lo besó. Tuvo la impresión de que podría pasar horas besando cada parte de su cuerpo.

—Erik, no sé qué voy a hacer cuando termine mi trabajo en la revista —le dijo, sin venir a cuento. No tenía sentido, o en realidad poseía uno tan intenso que la asustaba. Después de todo lo que había experimentado, sentía que necesitaba un momento de paz e intimidad consigo misma. Para saber lo que quería y hacia donde se dirigía. Para tomar las riendas de su vida de una vez por todas. Por tanto, tenía mucho sentido que fuera sincera con una persona con la que las cosas estaban yendo tan deprisa. Tan intensas—. Quiero decir..., no sé si me quedaré, o haré un viaje para aclararme las ideas. Puede que regrese a Madrid para empaquetar mis cosas. Supongo que dejaré el trabajo en Musa. ASara no le gustará, pero es lo que hay. Necesito sentir que mi vida me pertenece de una vez por todas. Es extraño, porque no tengo ni idea de lo que quiero hacer. Supongo que es lo que sucede cuando te has pasado la mitad de tu vida huyendo... escondiéndote y viviendo con miedo. Un día leí que los presos que pasan una larga estancia en la cárcel al ser excarcelados no saben como enfrentarse a su recién estrenada libertad —chasqueó la lengua contra el paladar, sintiéndose como una tonta—. No quiero sentirme como alguien que no puede volver a reinsertarse en la sociedad. Dios, sé que suena estúpido. Es sólo... que me gustaría que todo volviera a tener sentido,

como aquellos años en los que estudiaba en la universidad y soñaba con ser una gran historiadora. Supongo que sabes que algo va mal cuando ni siquiera tienes sueños. Ilusiones. Yo quiero volver a tenerlos. Quiero..., no sé lo que quiero.

Él la escuchó durante todo el tiempo hasta que llegaron a la fachada de su edificio, sin decir una sola palabra. Mónica percibió que los brazos de él se habían tensado en torno a ella, como si la idea de soltarla cuando todo empezaba a ser más sencillo y fácil entre ellos le resultara injusta. Tal vez lo fuera, pero no podía ignorar sus sentimientos.

Necesitaba experimentar aquella ansiada libertad de hacer lo que le viniera en gana. Necesitaba encontrarle un nuevo sentido a su vida porque antaño se la habían arrebatado.

No dejaba de preguntarse, ¿Y ahora qué? ¿Y ahora qué? Las expectativas le resultaban excitantes.

—Supongo que puedes afeitarme —dijo él al fin.

Al cerrar la puerta de la entrada, ninguno de los dos fue consciente del hombre que los espiaba desde las sombras. Agazapado tras un árbol, su rostro se congeló en una mueca de repulsión. Aquella zorra ingrata había sido incapaz de agradecer lo que había hecho por ella.

Simplemente había huido a los brazos de aquel miserable, renegando de la ayuda brindada. Dentro de aquel apartamento, retozarían como salvajes mientras él la deseaba en silencio. No era justo. Había esperado un poco de conmiseración. Un agradecimiento tan poderoso que la lanzara a sus brazos. Porque acababa de ofrecerle el bien más preciado de quien había sido agraviado: la venganza, o lo que era lo mismo; la libertad espiritual.

¿Es que no se daba cuenta de que ambos eran iguales? Dos almas a

la que la vida las había tratado con tamaña injusticia. Dos personas heridas por la crueldad de terceros. Dos seres hechos el uno para el otro.

No, por supuesto que ella no tenía la culpa. Era aquel subinspector arrogante y moralista quien la había apartado de él. Erik. Él pagaría por todo.

Con su muerte, la haría comprender que eran dos personas iguales. Emprenderían un nuevo camino juntos porque lo merecían tras tanto sufrimiento. Pero primero tenía que asesinar a Erik.

Mónica masajeó el rostro de Erik con la espuma de afeitar. El cosquilleo eléctrico que la invadió al rozar aquella mandíbula fuerte le provocó un suspiro. Sin embargo, no pudo evitar sentirse entristecida al percatarse de que los músculos de su rostro estaban tensos mientras que su mirada se clavaba en el espejo con un sentimiento que no pudo descifrar. Tal vez desilusión.

Así que trató de sonar animada por los dos.

—Supongo que también debería hacer algo con tu pelo... —bromeó, dándole un leve tirón. Con la mirada que él le dedicó, ella lo soltó de inmediato y cogió la cuchilla para afeitarlo. Sería mejor que no volviera a hacer tal cosa—. No importa, te queda bien de todas formas. Eres muy atractivo.

Comenzó a afeitarlo con movimientos precisos y cortos, muy segura de sí misma. Era la primera vez que hacía tal cosa, pero había sido testigo numerosas veces de cómo los estilistas afeitaban a los famosos que ella iba a entrevistar. En sus manos tenía a Erik, por lo que nada podía salir mal. O eso creía hasta hace escasos minutos.

La apatía de él la estaba matando. Comprendía que él no quería

escuchar lo que ella acababa de descubrirle; que se largaría durante algún tiempo para aclarar sus ideas. ¿Pero es que acaso podía hacer otra cosa? Necesitaba pensar con claridad, a poder ser alejada de un hombre que había llegado a significar demasiado para ella cuando ni siquiera era dueña de sus propias decisiones.

Tras afeitarse, retiró los restos de espuma con un paño húmedo, deleitándose durante más tiempo del debido en cada porción de piel. Su pulgar acarició la boca de él sin poder evitarlo, y un sentimiento profundo y angustiante le encogió el pecho.

¡Dios, qué le estaba sucediendo!

Erik le agarró la muñeca para detenerla. Arrebatándole el paño húmedo, lo arrojó al lavabo y se incorporó de la silla. Dolida por su rechazo, Mónica retrocedió unos pasos.

—Has hecho un trabajo fantástico. Gracias.

No fue un halago. Ni siquiera sonó como un verdadero agradecimiento.

—No hay de qué —ella forzó una sonrisa y salió del cuarto de baño. No la siguió. Durante varios minutos, Mónica sólo escuchó silencio en aquel cuarto de baño, hasta que al final oyó el agua de la ducha correr. No supo si esperarlo sentada en el sofá o tumbada en la cama, porque al fin y al cabo, ¿Qué eran? Con todo lo sucedido, le pareció una ridiculez tumbarse en su cama como si ella fuera alguien en su vida. Como si tuvieran algo.

Se sentó en el sofá y esperó. Encendió el televisor, pero no pudo concentrarse en la película que se retransmitía. Se sentía inquieta y apesadumbrada. Todo giraba alrededor de Erik.

Erik se metió bajo la ducha, con la intención de refrescarse tanto el

cuerpo como las ideas. No se sentía orgulloso de lo que acababa de suceder, pues no tenía ningún derecho a culpar a Mónica de tomarse un tiempo para pensar, por mucho que lo fastidiara que no lo incluyera a él en sus planes. Al fin y al cabo, ¿Qué se suponía que iba a recriminarle? ¿Qué se había enamorado de ella?

Hacia pocos minutos había estado a punto de decírselo. O gritárselo. Pero el miedo y la vergüenza se apoderaron de él, lo que no lo hizo sentir orgulloso. Tampoco era justo exponerle su amor así, sin más, cuando ella sólo necesitaba aclarar sus ideas. Sabía que debía ofrecerle tiempo; todo el que necesitara. La vida la había tratado de manera cruel y ella pretendía emprender su propio camino. Sólo que él quería ser incluido en el mismo...

Todo el mundo tenía razón. El amor era egoísta. Él estaba siendo egoísta, no podía evitarlo. Egoísta con Mónica y con sus necesidades. Pero joder, no podía evitarlo. Tampoco es que hubiera buscado enamorarse de ella, pues había sucedido sin más. De manera precipitada, vertiginosa y sin retroceso.

Él quería salvarla. Ella necesitaba salvarse de sí misma. Sabía que lo que menos necesitaba en este momento era un puñetero príncipe azul que la guiara paso a paso.

De todos modos, no es que él quisiera ser el príncipe azul de nadie. Se conformaba con alguien a quien amar. Tal vez una vida en común con el paso del tiempo. Compartir el desayuno todas las mañanas y salir a correr juntos. Pasar horas en la cama; debajo y encima... a todas horas. La clase de cosas que con cualquier otra persona no habrían tenido un significado especial, pero con ella lo significaban todo.

Se envolvió la toalla alrededor de la cintura. Puede que Mónica tuviera razón. Puede que cada uno necesitara centrarse en sus problemas. Él,

para empezar, tenía que hacer frente a la suspensión de empleo y sueldo. Al asesino que continuaba cobrándose vidas. Ala enfermedad de su madre.

Sí, tal vez ella estuviera en lo cierto.

Al abrir la puerta del cuarto de baño, lo primero que vio fue el cuerpo de Mónica tendido en el sofá. El rostro plácidamente dormido la hacía parecer más receptiva, terrenal. Acababa de conocer todos sus demonios, pero a veces lo sobrecogía la entereza de aquella mujer. Durante un segundo, pensó si despertarla o cogerla en brazos para trasladarla hacia la cama. Al final, optó por la segunda opción y se inclinó para auparla. Entreabrió los labios y murmuró una queja, pero continuó dormida. No era de extrañar teniendo en cuenta toda la presión a la que ambos se habían visto sometidos aquel día.

Finalmente, ella había caído rendida.

Aquella boca rosa y tentadora no dejó de atormentarlo hasta que la depositó sobre el colchón. Ella se dio la vuelta con el entrecejo fruncido, como si estuviera teniendo una pesadilla. Erik se sentó en el borde de la cama para observarla intrigado. Le apartó el pelo de la cara, y jugueteó con un bucle dorado durante unos segundos. Pareció que ella sonreía, o eso quiso creer él. Como no quería despertarla, se incorporó para salir de allí. No pudo resistirse a plantar un beso sobre su frente arrugada. Ella volvió a sonreír.

—Te haría tantas cosas que esta cama se nos quedaría pequeña

—susurró, sin poder evitarlo.

Se largó de allí antes de que ella lo descubriera observándola como un idiota embobado.

Se despertó sobresaltada, como tantas otras noches. Si había creído que la muerte de David la ayudaría a desterrar sus demonios, sencillamente era una ingenua. Se pasó la mano por la frente perlada de sudor. Necesitaba estirar las piernas y beber algo de agua si quería volver a conciliar el sueño, cosa que con toda probabilidad le resultaría imposible.

De todos modos, su malestar no tenía origen en David, el hombre que la había estado acosando durante todos aquellos años, sino en el misterioso y grotesco ser enmascarado que le había disparado delante de sus narices. Tenía la inquietante sensación de que aquel extraño regresaría para saldar su deuda.

¿Por qué había aparecido en aquella habitación de hospital?

Teniendo en cuenta que David no estaba relacionado con su pasado, sino con el de ella, aquella situación la aterrorizaba.

¿Por qué la había ayudado? *Ayudado*, por supuesto, en la mente desequilibrada y malvada de aquel asesino.

¿Quería algo de ella? Había percibido su deseo. Su necesidad carnal. Pero no la había forzado, tal vez porque esperaba que ella diera el primer paso. Un primer paso que jamás daría, pues aquel hombre era un monstruo. Lo era como David o su padre.

En la pesadilla, las manos de David le habían apretado la garganta. Aparecía de la nada, mientras ella dormía en un cuarto que no era el suyo. Y de repente, aquel extraño aparecía y vaciaba el cargador contra David. El peso del hombre se desplomaba sobre ella,

cubriéndola de sangre. Gritaba y pataleaba mientras trataba de quitárselo de encima y aquel extraño la observaba a escasos metros con la cabeza ladeada.

Plantó los pies descalzos sobre el frío suelo y sintió un alivio instantáneo al volver a conectar con la realidad. Buscó a tientas la presencia de Erik, pero no había rastro suyo en la habitación. Supuso que tuvo la necesidad de tocarlo porque su contacto la tranquilizaba hasta límites insospechados. Salió de la habitación completamente oscura para buscar a tientas el interruptor de la luz del salón. En esas estaba cuando se tropezó con un cuerpo masculino y más grande que ella, que la atrapó por la cintura.

Soltó un grito y comenzó a golpearlo. Erik la tranquilizó.

—No era mi intención asustarte —se excusó.

Al escuchar su voz, ella lo abrazó angustiada.

—¡Dios! Creí que alguien había entrado en la casa —le explicó, todavía conmovida. Le habló sin verlo, palpando su rostro en la oscuridad—. ¿Por qué no enciendes la luz? Algunos no nos sentimos cómodos en la oscuridad, ¿Sabes?

Él se inclinó sobre la barra americana para alcanzar el interruptor de una lamparita que apenas sumió la estancia en un lúgubre resplandor. Mónica pudo vislumbrar el contorno adusto de su rostro. Llevaba puestos unos boxers blancos de algodón que se apretaban alrededor de sus torneados muslos, y el pecho desnudo y velludo parecía gritar : *tócame. Aráñame*. No hizo ninguna de las dos cosas, pese a que lo deseó con todas sus fuerzas.

—Si tienes calor, puedes encender el aire acondicionado. Ya sabes, estás en tu casa —le dijo, acabándose de un trago la cerveza.

—No, no es eso —tomó asiento a su lado. Le rozó el muslo con la

rodilla. Su piel ardía. Parecía que su temperatura era siempre la de un volcán en erupción—. He tenido una pesadilla.

Él no preguntó sobre qué, pero le tendió una cerveza fría que ella aceptó de buen grado.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —inquirió. La molestaba que él permaneciera callado y aislado en su propio mundo. No era habitual en el Erik honesto y directo que empleaba pocos rodeos para decir lo que quería. Era como si de buenas a primeras, una muralla inquebrantable se hubiera erigido en torno a ambos. Le dio un codazo con el hombro, irritada porque él no le prestaba atención—. ¿No puedes dormir?

—No suelo tener pesadillas.

Supo que él mentía.

—A todos nos da miedo algo. Es lo más normal del mundo.

—¿Qué te da miedo a ti?

—Hasta hace pocas horas, que David delatara a mi madre o ... —cerró los ojos con tanta fuerza que se hizo daño—, que volviera a violarme. Creo que eso último no habría podido soportarlo otra vez, después de tantos años.

Erik encontró su mirada. Una de sus manos se deslizó sobre la barra de madera para encontrar la suya. Entrelazó los dedos con los de Mónica y se llevó los nudillos a la boca, besándolos de uno en uno.

—Lo siento, de verás que lo siento. Lamento haber sido un bruto sin paciencia, pero créeme cuando te digo que pese a que me resultas la mujer más atractiva que he conocido en toda mi vida, no es tu cuerpo lo único que quiero reclamar. Ya sabes lo que quiero decir; me gusta tocarte... me muero de ganas por tocarte. Pero eso no es todo. Eso no es ni la mitad, Mónica.

Ella tiró de su mano hasta que lo atrajo hacia sí.

—Eres tonto, Erik. No pienses ni por un momento que te culpo de lo sucedido. Nos acostamos porque ambos lo deseábamos. ¿Piensas que voy a echarte en cara que alguien me violó cuando era una niña?

—sacudió la cabeza, consciente de que el simple pensamiento era una locura—. Me alegro de que mis reglas no sirvan contigo. Por primera vez en toda mi vida no he tenido miedo de entregarme a alguien.

Nunca tuvo demasiado sentido hasta que te conocí, idiota.

Él le mordisqueó el labio inferior.

—Es un alivio.

Mónica inclinó la cabeza hacia arriba para encontrar su boca, exigiéndola con reclamo y premura. Ahondó en aquel beso hasta que le flaquearon las fuerzas y tuvo que apoyarse sobre él, exhausta y más calmada.

—¿Qué sucede, Erik? Ya lo sabes todo de mí. No me trates como si ocultarme cualquier cosa pudiera hacerme sentir mejor. Odio que haya secretos entre nosotros.

—Me apabulla tu sinceridad —musitó medio en broma.

Molesta, ella trató de apartarse, pero él la retuvo a la fuerza volviendo a besarla en cuanto tenía ocasión.

—No me pidas que sea del todo sincero cuando tú tienes pensado marcharte —le hizo saber. Al ver que ella se revolvió furiosa, él la apretó más contra sí—. ¿Quieres que te diga la verdad? —insistió apesadumbrado. Ella asintió sin dudar—. No quiero que te vayas, joder. No quiero. Me da exactamente igual si sueño como un verdadero egoísta. Haz lo que te dé la gana, Mónica. O lo que sea mejor para ti. Te daré todo el tiempo del mundo si es lo que necesitas, pero no me pidas que te despida con una sonrisa cuando lo único que quiero es tenerte

a mi lado, ¿De acuerdo?

Aella se le aceleró la respiración.

—De acuerdo —logró responder con la voz entrecortada.

—Bien.

Él la soltó. Mónica se terminó la cerveza de un trago, más acalorada que de costumbre. No podía culparlo por ser brutalmente sincero, pues es lo que ella le había pedido. Simplemente se sentía en una encrucijada. Quería quedarse pero necesitaba tiempo para sí misma. Sentía que si no ponía distancia de por medio jamás conseguiría desterrar el pasado. Uno que por mucho que le pesara, con los últimos acontecimientos también incluía a Erik.

—Supongo que decirte que me apetece muchísimo hacer el amor contigo estaría fuera de lugar, ¿No? —murmuró de pronto, dedicándole una mirada de reojo.

—Por supuesto que sí, Mónica. Y yo debería decirte que no, eh —le dedicó una sonrisa felina—. Ven aquí.

Ella se dejó llevar. La besó desde la curva del cuello hasta la clavícula, una mezcla de besos y mordiscos húmedos que consiguieron alterarla.

—No voy a pedirte más que te quedes, pero voy a demostrarte que merece la pena... —lamió su garganta, satisfecho de escucharla jadear.

—Erik, no es lo que piensas...

—Sshhhh...

La agarró de las caderas para tumbarla sobre la barra. Colocado entre sus piernas, le arrancó la holgada camiseta sin importarle si ella le tenía algún apego. Agarró los pechos de ella y pellizó sus pezones hasta volverla loca. Arqueando la espalda, ella le hizo saber que necesitaba más, al menos todo lo que él pudiera brindarle.

Se estiró sobre su cuerpo y hundió el rostro en su cabello mientras le

acariciaba los muslos. Desde los tobillos hasta el interior de las pantorrillas, haciéndola delirar de placer cada vez un poco más. Y más. Mónica susurró su nombre tantas veces que tuvo la sensación de que se lo grababa para siempre en la piel. Él ladeo la cabeza para mordisquearle el cuello, descendiendo hacia sus pechos. Pegó su creciente erección contra ella, que arqueó la pelvis para recibirlo hambrienta. Atrapó sus muñecas y entrelazó las manos con las suyas. —Eres deliciosa...

Ella lo escuchó avivada por el deseo. Mortificada por la necesidad de tocarlo. Entrelazó las manos con las de Erik y abrió la piernas, retorciéndose bajo él para demostrarle lo preparada que estaba. Las manos de él se abrieron, preparadas para tocar; para ahondar en aquel deseo que parecía eterno. Con una mano le acarició la curva de la cintura, con la otra descendió hacia su pubis para rozarlo sobre la tela con movimientos precisos que la hicieron agonizar.

—Oh... Dios... Oh... Dios...

Él sonrió, encantado de tenerla donde quería.

—Mónica —murmuró su nombre con una voz ronca que la desató.

Ella murmuró una queja, o tal vez fue un reclamo. La necesidad de sentirlo dentro, presionando en su interior, la estaba matando. Así que le abrazó la cintura con las piernas, demostrándole su urgencia.

—Todavía no —rugió él, mordisqueándole el cuello.

Le apretó uno de los tobillos, separándolos de un tirón. Se llevó la rodilla a su hombro, y en aquella posición tan íntima y expuesta comenzó a besarle la pantorrilla. Besos cortos, húmedos, descaradamente sexuales. Besos y mordiscos.

La señal de sus dientes sobre la tierna carne indicó un acto tan sexual como primitivo.

Mónica abrió los ojos de par en par.

—Qué... —murmuró desconcertada.

—Siempre he querido comerte a besos.

Mónica se mordió el labio inferior con fuerza, tan arrebolada de deseo como muerta de vergüenza. Su expresión la delataba, y la risa gutural de él terminó por confirmárselo.

—Madre mía —murmuró para sí.

Él continuó con la otra pierna. Lamía... besaba cada porción de piel hasta dejarla exhausta y rendida a aquellos besos. Agobiada por el deseo contenido, terminó por hundir las manos en el cabello de Erik, trasladándolo hacia el único sitio de todo su cuerpo que lo reclamaba a gritos de humedad, por mucho que no pudiera hablar.

Sintió que él sonreía. Aunque no lo viera, sabía de sobra que tenía la sonrisa más canalla y atractiva del mundo.

—Mónica... Mónica... —la estudió. La tentó de mil formas que le resultaron demasiado crueles—. Sigo queriendo comerte a besos, ¿Qué hago? Tal vez cuando termine no quede nada de ti...

—Quedará lo suficiente para exigirte que termines —lo apremió jadeante.

Él le acarició el sexo húmedo por encima de la tela. Ella cerró los ojos y contuvo el aliento.

—Te equivocas, yo nunca terminaré contigo.

Le arrancó las bragas de un fuerte tirón, dejándola sin respiración. Desnuda para él y expuesta hasta la médula. Llenó sus pulmones de oxígeno al sentir que la boca de Erik se apretaba contra la parte más sensible de su anatomía. Catapultada a un abismo delicioso, arqueó la espalda y se ofreció sin condiciones. La lengua de él navegó por su sexo, ahondando en el tierno botón que capturó con sus labios.

Mónica sollozó de placer. Un placer tan intenso y devastador que la hizo chillar cosas obscenas que jamás admitiría en público.

Mientras la lengua de él ofrecía caricias húmedas, un dedo se enterró en su vagina. Sintió el temblor en su vientre, un terremoto de placer que por fin estallaba. Las manos de él, su boca, el sexo de ella... todo se convirtió en uno al llegar al orgasmo. No cesó de penetrarla y lamerla hasta que los espasmos la abandonaron, sumiéndola en un mar de calma temporal. Si se podía explotar de felicidad, ella acababa de hacerlo. Qué droga tan maravillosa.

Todavía sobre ella, le permitió recuperarse mientras él descansaba sobre sus pechos. Cuando Mónica consiguió recuperar el control sobre su cuerpo, lo apartó con delicadeza y se agachó a sus pies. Le bajó los bóxers con los dientes, halagada de la pasión que halló en los ojos de Erik. Él echó la cabeza hacia atrás al sentir la boca de Mónica alrededor de su miembro. La expresión ida de placer de Erik fue una imagen que ella siempre se grabaría en la memoria.

Era hermoso. Y en aquel momento suyo.

Las manos de Erik se enredaron en su cabello para marcar el ritmo, arqueando la pelvis hacia su garganta. Dominante. Apremiante.

Cuando no pudo más, la agarró de los hombros y la elevó sobre la encimera.

La penetró en un movimiento rápido e intenso, provocando que ella clavara las uñas en su espalda. No fue lento, aquella vez no. Fue rápido y urgente. Devastador. Un terremoto de sensaciones, jadeos, sudor y arañazos en la espalda. Ella tuvo que sostenerse con las manos en la encimera, él se agarró a su punto favorito: sus caderas. Y culminaron. Corriéndose al unísono, aunque no lo dijeron sabían que estaban hechos el uno para el otro.

Estaba amaneciendo, pero a ninguno de los dos parecía importarle. Tumbados en la cama, Erik le acariciaba la espalda con movimientos circulares que subían y bajaban alrededor de su columna vertebral. Por la ventana de su habitación, Mónica contempló la cumbre de la Giralda. El sol se ocultaba tras la alta torre, iluminándola como un baño de oro.

—Me gustan tus vistas.

—Puedes disfrutarlas siempre que quieras.

Ella sonrió. Con un dedo travieso, recorrió su pecho desnudo ensimismada. Si de algo estaba segura era de que regresaría a aquella ciudad.

—Entras a trabajar en un par de horas —pese a aquella confirmación, la abrazó dando muestras de que no quería soltarla—. Te llevaré al trabajo.

—Erik...

—No me pidas que no me preocupe. Todavía no entiendo qué demonios pintaba David en los planes de ese...

—Asesino —finalizó la frase por él. Se apoyó sobre sus codos para mirarlo a la cara—. Si hubiera querido hacerme daño... no sé, sólo digo que todo esto no tiene sentido. Está perturbado, y tú no puedes permanecer las veinticuatro horas del día pegado a mí.

—¿Ah, no? —la contradijo, haciéndole cosquillas para distender la tensión.

Se revolvió sobre el colchón para escapar de aquellas manos que sabían cuales eran sus puntos débiles. Resoplando, consiguió atraparle las muñecas, pese a que sabía que él acababa de dejarse ganar.

—Deberías marcharte de la ciudad. Tu trabajo ya casi ha finalizado, ¿No? —le aconsejó.

—Creí que no querías dejarme marchar.

—Y no quiero —la cogió de la cintura para sentarla a horcajadas sobre él—. Sólo unos días, hasta que esto se solucione y ese tipo esté entre rejas. Entonces podrás volver... tantas veces como quieras. Y probablemente yo volveré a pedirte que no te marches. Ya sabes a qué me refiero, Mónica. Que no me apartes de tu vida como si no hubiera sucedido nada entre nosotros.

—Realmente no sé lo que ha sucedido entre nosotros, ¿Tú sí?

—Eres una mujer cruel —murmuró resignado.

Ella se echó a reír.

—Hoy es mi último día —acordó, pues ni estaba en condiciones ni quería hacerse la valiente. Demasiado había soportado para ponerse en la mira de fuego de un sádico perturbado—. Me marcharé de la ciudad con una condición.

Erik la escuchó satisfecho.

—La que sea.

—Que tú te vengas conmigo —al percatarse de su expresión ceñuda, Mónica comenzó a impacientarse—. Erik, siento miedo por ti. No me vengas con que puedes cuidar de ti mismo, ¡Al infierno con eso! Te han suspendido de empleo y sueldo. ¿Por qué no lo dejas estar?

La apartó a un lado sin delicadeza alguna.

—Pídeme cualquier otra cosa. La que sea.

Al ver que ella se incorporaba y buscaba con rapidez su ropa, se puso en pie y la persiguió hacia el cuarto de baño.

—Vamos Mónica, entiende que...

Ella se volvió hacia él, increpándolo con la mirada. Lo conmovió que en

sus ojos existiera una preocupación sincera, pero se sintió como un verdadero imbécil al comprobar que aquellos ojos enrojecidos lo contemplaban con dolor.

—¡No entiendo una mierda! —le arrojó la ropa a la cara y se introdujo dentro del cuarto de baño, cerrando de un portazo—. Yo sí que me iré todo lo lejos que pueda, porque tengo dos dedos de frente. Pero tú... Erik llamó a la puerta, pero se enfureció cuando ella echó el pestillo.

—Mónica, hablemos como dos personas civilizadas. Si abieras la puerta...

—¿Para qué? —su voz chillona lo atacó desde el interior del cuarto de baño—. ¡Para que me digas que te importo y tras echarme un polvo vayas a jugar a los policías duros!

Erik se llevó el puño a la boca.

—Mierda, rubia. No seas así. No tienes ni puñetera idea de lo que siento en este momento.

—Y tú... ¡Tú no puedes pedirme que confíe en ti cuando lo único que necesito es creer que nadie te volará la cabeza!

Erik apoyó la frente sobre la puerta.

—Mónica...

Ella abrió la puerta, lo que lo impulsó a caerse hacia delante. De un empujón, lo alejó de su camino y corrió envuelta en una toalla hacia la habitación, donde se vistió a toda prisa.

—¡No me mires! —siseó.

Erik quiso decirle que la había visto desnuda las suficientes veces como para que aquello fuera ridículo, pero no lo hizo. Incluso él seguía desnudo. Incómodo dada la discusión, pero desnudo al fin y al cabo. Al final, se dio por vencido y se giró de mala gana. Aquella mujer estaba empezando a sacarlo de sus casillas.

—Oye, me halaga que estés preocupada por mí. Pero te aseguro que no es la primera vez que me veo en una de estas. Confía en mí.

—¿Qué te halago? ¿Qué te halago? —lo increpó, roja de ira—. ¿Sabes cómo me siento en este momento? ¡No quiero que te sientas halagado, quiero que hagas la maleta y te vengas conmigo! Adónde sea... oh Dios... ¿Por qué no puedes entenderlo?

Erik puso las manos en alto, tratando de frenar un nuevo ataque. Pero no existió una segunda ronda. Mónica se sentó en la cama, se llevó las manos al rostro y sollozó en silencio. Mordiéndose el labio, él la contempló sin saber qué hacer. Al final, arrastró los pies hacia ella y se sentó a su lado.

—No llores por mí —suplicó, tragándose el nudo que le atenazaba la garganta. Ella clavó los ojos en el suelo, incapaz de mirarlo—. Vamos, no llores por mí. Ya has llorado suficiente, rubia. No quiero ser la razón de tu llanto. Quiero ser el hombre por el que sonríes... Eh... dime cualquier cosa, lo que sea.

—No puedo evitarlo. Se suponía que ya no volvería a llorar por ningún hombre —musitó, sorbiéndose las lágrimas.

—Vaya, de veras que lo siento.

—No sientes una mierda, mentiroso.

Él le pasó un brazo por la espalda. Ella no se apartó. Tan sólo necesitaba que él la abrazara muy fuerte y le asegurara que todo iría bien. Que nadie le volaría la cabeza de un tiro ni que ella debería vivir con ese recuerdo.

—Mónica —dijo su nombre de una forma grave que la obligó a mirarlo. Lo que vio en él provocó que llorara todavía más fuerte. Hasta que no se calmó, él no prosiguió—. Regresaré a ti. Te lo juro. Regresaré a ti. Estoy completamente seguro de ello. Hay una razón que no puede

impedírmelo —, ella lo miró sin comprender, intrigada. Él se lamió el labio inferior, inspiró durante un largo segundo y dijo—: estoy enamorado de ti. Te quiero, Mónica. Esa es mi razón más poderosa. En realidad, esa es mi única razón.

Estaban saliendo cuando se encontraron a Gonzalo y Martina en la puerta, con una bolsa de papel pringada y grasienta repleta de churros, y vasos de café para llevar. Mónica reprimió una mueca de desagrado al contemplar el copioso desayuno. Lo suyo con las grasas saturadas era para hacérselo mirar. Aún así, no pudo evitar torcer el gesto cuando Gonzalo se abrió paso hacia el salón y la saludó con dos efusivos besos en las mejillas.

Jamás olvidaría que él la había arrestado, por mucho que ella le había rogado durante algunos minutos que tuviera la delicadeza de soltarla. De hecho, tuvo la desagradable sensación de que él disfrutaba teniéndola en sus manos.

No es más que un policía bravucón y algo egocéntrico, pensó para sí. —Pensamos que te vendría bien algo de compañía —se explicó Gonzalo, depositando la bolsa de churros aceitosos y el café sobre la mesita auxiliar del salón. Entonces, clavó los ojos en Mónica con un interés que la incomodó—. Obviamente no sabíamos que estabas acompañado de esta belleza.

—Os lo agradezco, pero ya nos íbamos —se excusó Erik.

—No, quédate. Puedo tomar un taxi —sugirió ella.

Ambos sabían que aquella sugerencia no era más que una treta para escapar de lo sucedido hacía unos minutos, cuando tras escuchar su declaración, ella se había excusado a toda prisa para encerrarse en el baño. No tenía escapatoria, debían hablar de ello. Pero Mónica se sentía conmocionada. Nadie en toda su vida le había dicho que la

amaba. Ni siquiera sabía cómo enfrentarse a ello.

Tras la inminente ilusión, llegó el terror más irracional. El de no estar a la altura de las circunstancias. Durante toda su vida había creído que la suya sería una existencia solitaria y asquerosa.

—De ninguna manera, te llevo —insistió él. Seguía molesto por su reacción infantil y carente de justificación. Mónica no podía culparlo. Si ella estuviera en su lugar..., bueno; sencillamente no deseaba estar en su lugar—, Vamos —le colocó una mano en la espalda y la condujo hacia la salida, girándose un segundo para hablarle a sus compañeros—. Volveré dentro de un rato.

En la moto, ninguno de los dos se dirigió la palabra. Por contradictorio que resultara, ella disfrutó de su contacto. Del embriagador aroma y del duro abdomen al que se agarraba. No quería soltarlo, de eso se trataba. No quería soltarlo pero tenía miedo de aferrarse a algo otra vez para que luego la realidad le propinara un nuevo mazazo.

Erik detuvo la moto frente al edificio de la revista. Se bajó y se quitó el casco. Ella le devolvió el suyo.

—Mira, voy a dejar algo claro.

—¿Más? —se asustó.

Erik clavó los ojos en ella con rabia. No la clase de rabia producto del odio, sino la que nacía de una sincera desilusión que también consiguió afectarla a ella.

—Uno no puede decir *te quiero* y esperar sencillamente que la otra persona le devuelva las dos palabras. Lo acepto. Pero no esperaba que salieras corriendo, Mónica. No es la clase de reacción que alguien desea cuando acaba de ser sincero respecto a sus sentimientos. Resulta muy desagradable. Humillante, si me apuras.

—Lo sé —musitó.

—Lo sabes, genial —se mordió el labio inferior, mirando al frente—. En ese caso me quedo más tranquilo, maldita sea.

Arrancó la moto y se largó de allí, destilando amargura. Durante un par de minutos, Mónica estuvo plantada en la calle, cambiando el peso de una pierna a otra sin saber muy bien lo que hacer. Consiguió encender un cigarrillo y darle un par de caladas en un intento por poner en orden sus pensamientos. Qué sentía. Qué debía hacer. Qué demonios debía hacer.

Expulsó una amplia bocanada de humo, y contempló con amargura la uña mordisqueada de su dedo pulgar, el mismo que se había llevado a la boca mientras permanecía encerrada en el cuarto de baño, ignorando o tratando de ignorar que Erik acababa de desnudar su alma.

Pensó en llamar a su madre, pero al final sacudió la cabeza y desterró aquella idea. Tenía demasiadas cosas que contarle —secretos que le había ocultado durante años—, para sincerarse con una simple llamada telefónica. Y definitivamente, no quería ser una de aquellas personas que valoraban lo que poseían una vez que lo perdían.

El sonido del corcho de una botella de champagne volando por los aires fue lo primero que la recibió al abrir las puertas de la oficina. Aquellos empleados que creía que la odiaban, a los que en un primer momento quiso despedir, gritaron un estruendoso: ¡Te echaremos de menos, jefa!

Una pancarta en letras mayúsculas rezaba: Hasta pronto, Mónica. Impresionada, Mónica se sonrojó hasta las pestañas mientras esboza una sonrisa tímida. No estaba acostumbrada a las demostraciones públicas de afecto, pero en aquella maravillosa ciudad todo el mundo parecía extrovertido y amable con ella.

—Vaya... gracias —musitó avergonzada y agradecida a la vez—.

Supongo que esto lo hacéis para que le hable bien de vosotros a Sara. Todos se echaron a reír, conscientes de que la ironía formaba parte de aquella jefa glacial y dura que se había ganado a la plantilla a base de trabajo duro y reprimendas diarias. Pese a todo, Mónica había supuesto un punto de inflexión para ellos. Era exigente y no tenía contemplaciones con nadie, por eso mismo se mostraba imparcial y sabía felicitar a sus subordinados cuando destacaban por méritos propios. Exigía lo máximo de cada uno de ellos porque aspiraba a la perfección.

Elena se acercó a ella para ofrecerle una copa.

—Te echaré de menos —la abrazó con sincero afecto.

Mónica se tensó ante el contacto, hasta que consiguió relajarse y pasó un brazo con torpeza alrededor de la espalda de aquella chica para corresponder al gesto cariñoso.

—Y pensar que ya me había acostumbrado a todos vosotros —bromeó.

—¿De verás vas a marcharte de la ciudad? —se interesó.

La chica se mostraba muy interesada de permanecer bajo su mando, pues había aprendido más de Mónica que de cualquiera de sus anteriores jefes.

Mónica sintió que su estómago se revolvía con una sensación desconocida. Durante años, había tenido la sensación de no pertenecer a ninguna parte. Entonces, ¿Por qué dejar aquella ciudad le producía tanta tristeza? Ni siquiera se había marchado, pero ya experimentaba la nostalgia de perder algo que le había resultado maravilloso.

—No hay nada que me ate a esta ciudad —mintió.

Erik recibió aquella información como un mazazo en el estómago. Gonzalo lo observaba con cautela mientras Martina permanecía sentada a su lado sin saber qué decir. Acababan de informarlo de que el asesino se había cobrado una nueva víctima.

—¿Qué sabéis de él? —inquirió.

—Era un tipo solitario. Un carterista y un matón. Pensándolo bien, esta vez le ha hecho un favor a la sociedad, porque el tipo acumulaba hurtos, robo con intimidación y violencia e incluso agresiones a sus vecinos. Todos se han mostrado aliviados de su muerte —explicó Gonzalo.

—¿Cómo puedes decir eso? —se horrorizó Martina—. Nadie merece morir de esa manera tan cruel.

—Yo sólo digo... —trató de defenderse irritado.

Erik soltó aquella fotografía de la escena del crimen.

—Martina tiene razón, joder. Incluso se ha cargado a su perro.

—Los vecinos me comentaron que ladraba mucho.

Erik lo contempló con horror.

—De verdad, esta mañana tienes un humor muy extraño.

—La quinta plaga —masculló Martina, que había llorado la pérdida de aquel inocente animal como si fuera el suyo—. Supongo que tuvo que darse prisa y cambió el ganado por el pobre perro.

—¿Habéis descubierto la relación que guardaba con el resto?

—Todavía no —respondió Gonzalo—, pero sabemos que no tenía familia. Los que lo conocían dicen que era un huérfano.

Otro, pensó Erik. *Asaber por qué delirante razón se habría cargado a ese.*

—Lo encontraremos —determinó Erik, cada vez más convencido—.
¿Has encontrado algo en los archivos?

—Lo he intentado, Erik. Pero es una denuncia de hace veinticinco años, y ya sabes cómo andaban las cosas por aquel entonces. Además, no era más que un crío. Ni siquiera tenía responsabilidad penal. Supongo que archivarían el caso en un armario polvoriento. Erik suspiró resignado.

—Pero seguiré buscando —lo animó.
Erik la miró agradecido.

—Gracias. Lamentablemente, yo no puedo aparecer por la comisaría. Martina se llevó las manos al walkie cuando le sonó un aviso. Todos escucharon el aviso acelerado, y nadie pudo detener a Erik cuando los acompañó a toda velocidad hacia el coche patrulla.

—Te quedas fuera —le advirtió Martina.
Gonzalo soltó una carcajada, sabedor de lo que ocurriría.

—Ve más deprisa —le ordenó Erik impaciente.
Todo había sucedido a una velocidad endiablada para detenerse a pensar con claridad. Las unidades de policía habían alertado de un sospechoso que había secuestrado a una mujer y la tenía encerrada en una vivienda. Los vecinos habían alertado a la policía, y casualmente eran ellos quienes se encontraban más cerca de la escena del crimen.

La descripción que habían ofrecido los vecinos era convincente: la noche anterior, habían visto merodear a un tipo enmascarado por la zona. Hacía unos minutos, los gritos de auxilio habían comenzado. Nadie pudo detener a Erik cuando salió del vehículo y corrió hacia el

edificio de apartamento. Resoplando, Martina lo siguió y Gonzalo se tropezó al pie de la escalera.

—¿Te encuentras bien?

—¡El puto tobillo! —se quejó.

—Quédate frente al ascensor y bloquea ambas salidas —le ordenó Erik, como si siguiera siendo el subinspector.

Gonzalo asintió de mala gana. Martina y Erik llegaron jadeantes al cuarto piso, y recorrieron a toda prisa el pasillo en dirección hacia el apartamento indicado. Erik detuvo a su amiga al hallar la puerta entreabierta.

—Quédate aquí. Iré delante.

—Vas desarmado —susurró asustada.

Erik sacó la pistola que guardaba en la cinturilla de sus pantalones. Había pertenecido a su padre, y la había recuperado del cajón en el que la tenía guardada cuando le quitaron la suya.

Empujó con el pie la puerta y se coló en el apartamento con un movimiento rápido. Nada. El salón estaba desierto. Se desplazó con la espalda pegada a la pared hacia el cuarto de baño, de donde provenían las voces. Una mujer rogaba auxilio una y otra vez.

—¡Por favor... por favor!

Martina, confundida al reconocer aquella voz, se adentró en el apartamento pese a la orden impuesta por Erik. De una patada, él derribó la puerta y se encontró con un paisaje confuso y demoledor. Los habían engañado.

Una cd era reproducido a toda voz en aquella radio colocada sobre el lavabo. Junto a ella, había una máscara de Guy Fawkes.

—¿Qué coño significa todo esto?

Martina señaló la radio con amargura.

—Es la voz de Elisa —le explicó apesadumbrada—. Lo sé porque cuando le dimos la noticia a la familia, su hija se encerró en su habitación y comenzó a ver grabaciones de su infancia en la que su madre le decía lo mucho que la quería.

Erik se frotó el rostro con ambas manos.

Aquel psicópata había tenido la osadía de grabar el sonido del asesinato de Elisa. Era ella quien suplicaba por su vida, y el asesino había querido demostrarles que siempre iría un paso por delante.

—Todavía está aquí. Lo presiento.

Salió del apartamento en el momento que escuchó como las puertas del ascensor se cerraban. Corriendo, comenzó a descender las escaleras mientras trataba de avisar a su compañero, que se hallaba en la primera planta.

—¡Va hacia ti! ¡Cuidado!

Entonces se oyó un disparo.

Erik fue el primero en llegar. El rastro de sangre le indicó que algo terrible había sucedido.

—¡Gonzalo! —gritó el nombre de su compañero, al no encontrarlo en el portal.

Salió a la calle y siguió el rastro de sangre. A escasos metros de aquel edificio, se hallaba el puente de Triana. Contra la barandilla, un cuerpo luchaba por mantenerse en pie.

—¡Aguanta!

Corrió en su ayuda.

Con una mano ensangrentada tratando de detener la hemorragia, Gonzalo le sonrió con tristeza. Cayó al agua antes de que él pudiera detenerlo.

Una hora más tarde, Erik mantenía los ojos clavados en el agua. Una mano se posó sobre su hombro con la intención de ofrecerle algo de apoyo.

—Dicen que la corriente ha debido arrastrar el cuerpo.

Erik sintió una tristeza desoladora. Una culpabilidad que lo embargó todo.

—Tienes que irte, Erik. Si Mondragón descubre que estabas con nosotros, te inhabilitará para siempre.

¿Pero a quién le importaba perder el empleo cuando había perdido a un amigo?

25

Mónica salió de la oficina más tranquila consigo misma, sabedora de que la pelota se encontraba en su tejado. Había llegado el momento de dejar atrás el pasado de una vez por todas. Para ello, construiría un futuro en el que los recuerdos no pudieran regresar a destruirla. En esas estaba cuando divisó a Erik en la acera contraria, que cruzó la carretera a toda velocidad y estuvo a punto de ser atropellado por un coche. Mónica se llevó las manos a la cabeza, pero el grito se atascó en su garganta al ser consciente de su rostro lívido e impaciente.

Algo terrible acababa de suceder.

Él se acercó a ella dando grandes zancadas, sintiendo que jamás la

alcanzaría a tiempo. Mónica vislumbró su ansiedad, por lo que corrió hacia él para cercar la distancia que los separaba.

—Erik... ¿Qué?

Su pregunta fue silenciada con un beso cargado de dolor y pánico. Ella sintió que él se aferraba a ella, como si fuera su única tabla de salvación en aquel instante. Conmovida por su actitud, lo abrazó tan fuerte como pudo y lo besó en un intento por consolarlo, pese a que no tenía idea de lo que había sucedido.

Las manos de Erik rodearon su cintura y la apretaron más contra sí mismo. Mónica no sabía si quería protegerla a ella o a sí mismo. Susurró su nombre mientras la besaba, con la voz grave y rota por el dolor. Mónica le acarició la espalda, sin saber muy bien lo que hacer. Sin saber a qué se enfrentaba.

De pronto, la apartó tomándola por los hombros y la contempló de una forma que la aterrorizó.

—Tienes que marcharte de la ciudad. Ahora —decidió. Mónica asintió, consciente de que algo terrible acababa de suceder—. Tu vuelo sale en tres horas. Es lo mejor que he podido conseguir.

La agarró del brazo para arrastrarla hacia la moto que había aparcada en el otro extremo, y Mónica deseó tener el valor suficiente para decirle que en su estado no debería conducir. Estaba alterado, tampoco parecía atender a razones.

Con suavidad, le acarició el biceps y se detuvo pese a que él trataba de arrastrarla.

—Erik, ¿Qué sucede?

Él se pasó la mano libre por la barbilla, todavía conmocionado. Ni siquiera fue capaz de mirarla a los ojos al decir:

—Gonzalo ha muerto. No hemos encontrado su cuerpo, pero el forense

dice...

Mónica se llevó una mano temblorosa a la boca, consciente de lo que aquel hecho significaba. Estaba tan aterrada de perder a Erik que se arrojó a sus brazos, y por un instante fue él quien la consoló a ella.

—Oh... Erik... lo siento mucho... —tomó su rostro entre las manos para besarlo con suavidad—. Por favor, vente conmigo. Vámonos de aquí —suplicó.

Él sacudió la cabeza, apartándose con brusquedad de ella. Mónica percibió la rabia que lo carcomía, y supo que en su estado podría cometer cualquier locura que lo pusiera en peligro.

—No puedo.

Lo agarró por la camiseta en un intento porque él la tomara en consideración.

—¿Qué tengo que hacer para que te vengas conmigo.... ¡Qué tiene que suceder! —explotó, a punto de echarse a llorar.

—Será mejor que nos vayamos. Tu avión saldrá dentro de dos horas, y no estaré tranquilo hasta que estés lejos de esta maldita ciudad. No soportaría que ese hombre...

—¿Y qué hay de ti? —reclamó ella. Erik rehusó mirarla.— ¿Qué clase de hombre le compra un billete de ida a una mujer a la que dice amar? Aquella protesta provocó que Erik clavara los ojos en ella con dureza.

—Dicho así, haces que parezca un monstruo.

—No quiero irme a ningún sitio. No sin ti.

—Volverás. Volverás y tú misma decidirás si quieres compartir el lugar que tienes a mi lado.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas, pero asintió con los labios apretados.

—Porque siempre cumples lo que prometes.

—Porque te quiero.

Mónica se llevó las manos al rostro, odiándose a sí misma por llorar delante de él cuando era Erik quien requería su consuelo. La idea de perderlo la aterrorizaba; no podía concebirla. Ahora que su vida comenzaba a poseer algún sentido, sencillamente no era justo lo que estaba sucediendo.

—Prométeme que no cometerás ninguna locura —exigió ella.

—Te prometo que haré justicia.

—Detesto tu sinceridad.

Mónica vislumbraba la larga cola de personas, algunas descalzas, que aguardaban para pasar el control del aeropuerto. Todavía le quedaba más de una hora y media para embarcar. Asu lado, Erik mantenía la mandíbula tensa sin murmurar una sola palabra. Acababa de perder a un amigo y compañero, y Mónica intuía que por su mente vagaban pensamientos autodestructivos. Se culpaba a sí mismo, y no cesaría de hacerlo hasta que encontrara al asesino que había convertido aquella caza en algo personal.

—Hey... —lo llamó con suavidad, apretando su mano para que le devolviera el contacto visual.

—No estaré tranquilo hasta que estés dentro del avión, ¿Sabes?

Mónica se giró para encararlo. Enrolló las manos alrededor de su nuca y lo atrajo hacia sí. El leve roce de sus labios provocó que su estómago temblara de emoción.

—¿Por qué no dejas de preocuparte por mí y empiezas a hacerlo por ti mismo? —sugirió con dulzura.

Él sacudió la cabeza. De su garganta brotó un sonido ronco. Quiso decir algo, pero las palabras quedaron atascadas en su garganta. Ella

lo miró con cierta esperanza, creyendo que de una vez por todas él tomaría el camino más lógico. Hasta que habló.

—Me preocupo por los dos. Si tú estás a salvo, una parte de mí podrá suspirar aliviada. Ami cabeza no le viene bien que tú seas el único tema en el que puede centrarse. No razono bien cuando te tengo cerca.

—Si es un cumplido, no lo parece.

—Sólo es un hecho.

—Suen a despedida.

Las manos de Erik ascendieron sin previo aviso por los delgados brazos femeninos, hasta asentarse en sus hombros. La apretó contra su cuerpo y le estampó un beso cargado de reclamo y deseo. Uno de aquellos que marcaban el peligroso límite entre la pasión y la locura.

—¿Te parezco la clase de hombre que se despide de ti? —exigió, con una violencia desatada.

—Me parece que deberíamos ir a un sitio en el que pudiésemos discutirlo —respondió, excitada y confusa al mismo tiempo. Tal vez no estaba bien sentir deseo en una situación como aquella, no lo sabía. Pero lo cierto era que no estaba dispuesta a privarse de la emoción desbocada que martilleaba en su pecho. Ya no. Porque durante años, había estado más muerta que viva. Huyendo. Escapando de cualquier sensación peligrosa—. Asolas —. aseveró.

Contempló la nuez de él, tragando el pesado nudo de deseo que se había formado en su conciencia. Una parte de ella sabía que podría tomarla allí mismo. Así eran las cosas entre ellos.

—Qué..., no. Joder, no.

—Joder, sí —insistió Mónica—. Si tengo que marcharme, que sea con un recuerdo lo suficiente bueno para que no me diga a mí misma que eres

un idiota irracional. Y si vas a quedarte, quiero grabarte en la memoria que hay alguien por quien merece la pena regresar sano y salvo. Así que regresa a mí, Erik. Regresa a mí.

—Puede que sea un idiota, pero no hace falta que me convenzas de lo que siento. Estoy enamorado de ti, maldita sea. Cada parte de mí me dice que merece la pena regresar para oírte decir a ti. Algún día, rubia.

Ella le mordisqueó el labio inferior, extasiada.

—Algún día... —las palabras temblaron en su boca. Río con nerviosismo. Se pegó a él y lo miró a los ojos, con una emoción apenas contenida—. Supongo que primero tendré que acostumbrarme a oírte decir a ti...

—Te quiero —dijo, sin dudar.

Mónica volvió a temblar.

—Dios... dílo de nuevo.

—Te quiero —la besó. Luego otra vez—. Te quiero.

Poco a poco, se acercaron hacia los servicios entre beso y beso. En cuanto estuvieron refugiados en la soledad de su propio deseo, cerraron el cuarto de baño con pestillo y se arrancaron la ropa como salvajes. Él le subió la falda. Ella le abrió la bragueta.

La subió sobre la pila del agua y se colocó entre sus piernas. Aquella vez no fue lenta ni suave, sino rápida y hambrienta. Se devoraron el uno al otro. Jadeantes. Excitados hasta el límite.

Mónica se aferró a la encimera, recibiendo sus embestidas con un ansia que no había experimentado jamás.

Ella pedía *más*. Él se lo otorgaba.

Erik enredó la mano en su cabello, obligándola a mirarla a los ojos.

Existía en ellos un amor profundo que la devastaba. Que la absorbía.

Una sensación plena y maravillosa que lo abarcaba todo. Y es que las cosas por fin empezaban a tener sentido.

—Esto no es una puñetera despedida —gruñó él.

Mónica apretó las piernas alrededor de su cintura, aferrándose a él antes de marcharse.

—Algún día... —le prometió.

Erik asintió. Pleno. Satisfecho. Entregado.

Se hundió en ella por última vez, que lo recibió sin reservas. Ella arqueó la espalda y gritó rendida a aquel placer que culminó en un éxtasis que la devoró. Erik se aferró a sus caderas, marcándola para siempre.

Apoyada sobre el pecho de Erik, su respiración acompasada consiguió relajarla. Ni siquiera los apremiantes golpes en la puerta lograron separarlos. Al parecer, la vejiga de alguien explotaría si no abandonaban el cuarto de baño.

Con una sonrisa ladeada, deslizó las manos por el torso de Erik, disfrutando de aquella deliciosa sensación cálida y reconfortante que la embriagaba cada vez que lo tocaba. Él atrapó sus manos para llevárselas a la boca, mordisqueándole los dedos. Soltó un gruñido de fastidio al escuchar los porrazos contra la puerta.

—Deberíamos salir de aquí.

—Deberíamos —acordó, pero su actitud evidenció lo contrario.

El teléfono móvil de él sonó para arrancarlos de aquel letargo placentero. Mónica torció el gesto al contemplar que él rebuscaba dentro de su bolsillo para encontrar el aparato. Al descolgarlo, ella comenzó a vestirse. Mientras se adecentaba frente al espejo, escuchó con cierta inquietud la conversación acelerada que Erik mantenía por

teléfono.

—Oye... oye... tranquilízate. Dame diez minutos y estaré allí, ¿De acuerdo?

La sollozante voz de una mujer se oía desde el altavoz. Mónica acertó a escuchar gemidos y sollozos que no auguraban nada bueno. Con las manos sobre la cadera, esperó a que Erik finalizara la conversación.

—Sandra, voy a buscarte. Tú sólo espérame. Y por favor, no cometas ninguna tontería —colgó el aparato y se giró hacia Mónica.

—Voy contigo —decidió.

Erik la detuvo por los hombros.

—Sólo está asustada. Acaba de perder a su marido, y es razonable que se encuentre tan desesperada. Tú te quedas, Mónica. No vamos a discutir sobre esto.

Ella asintió, no del todo convencida.

—Tengo que irme. Dice que se encuentra en una nave abandonada a las afueras de la ciudad— Erik se masajeó la barbilla, como cada vez que una situación lo inquietaba—. No quiero dejarte sola, pero tampoco puedo permitir que cometa una locura. Es la mujer de mi compañero, y yo...

Mónica se apresuró a tranquilizarlo.

—Está bien —trató de convencerlo—. Estaré bien. Voy a embarcar si eso te deja más tranquilo.

Al abrir la puerta del aseo, una airada mujer los acribilló con la mirada. El rostro de Erik, encendido por la vergüenza, no acertó a devolverle la mirada.

—¡Cochinos!

Mónica se echó a reír y lo sacó del cuarto de baño. Frente a la cola de

pasajeros que esperaban la comprobación de su billete de embarque, se despidieron con un beso.

—Ten cuidado —le ordenó.

—Lo tendré.

La atrajo por la cintura para besarla. Mónica cerró los ojos y se deshizo en un beso tan dulce como efímero. Cuando los abrió, él ya se marchaba a paso apresurado. Suspirando, se llevó las manos a la boca y sonrió como una boba. Echaría de menos aquellos labios masculinos y grandes que le habían descubierto un mundo de placer y pasión desorbitada.

La puerta estaba entreabierta y dentro no se percibía más ruido que el de una gotera golpeando sobre el suelo embarrado. Plaf. Plaf. Plaf. Erik no tuvo tiempo de preguntarse qué motivación había arrastrado a Sandra hacia aquel lugar tan recóndito y apartado, pues el peso de su conciencia lo obligó a empujar la puerta de chapa. Se escuchó un crujido que delató su presencia.

En el interior hacía un calor sofocante y abrasador. El sol brillaba sobre el entramado de metal de aquella nave industrial abandonada. Olía a metal oxidado, corrompido por la humedad y la suciedad. Caminó sobre el suelo polvoriento e iluminó sus pasos con la linterna de su teléfono móvil.

—¿Sandra?

El silencio que recibió como respuesta lo inquietó. Volvió a pronunciar su nombre, rodeado por la oscuridad y el silencio. Se arrastró hacia la pared y entrecerró los ojos al contemplar los artilugios que colgaban de los pesados ganchos de la pared.

—Qué demonios...

Retrocedió horrorizado por aquella visión. Ante sus ojos se desplegaron una decena de instrumentos de tortura cubiertos por una sustancia rojiza y sólida. Sangre. No tuvo que hacer un gran esfuerzo para comprender que aquella sangre evidenciaba un peligro inminente.

Le habían tendido una trampa.

Allí era donde aquel desalmado tramaba sus perversos planes. Su

escondite. La guarida de aquel lobo.

Se desplazó hacia un lado, alerta y a la defensiva. Sus ojos vagaron por el surtido de cuchillos afilados y de diversos tamaños. Empuñó uno de ellos sin pensárselo. Apretó la mano alrededor de la empuñadura y tragó con dificultad.

Las palabras de Mónica martillearon en su cabeza: "regresa". Por ella, cumpliría su promesa. Haría lo que fuera necesario para sobrevivir.

Un tablón de corcho apoyado sobre un extremo de la pared llamó su atención. Numerosas fotografías de la misma mujer provocaron que él abriera los ojos de par en par, hasta que una sensación de ira y pánico se acrecentó en su interior. Todas eran imágenes de Mónica captadas desde la distancia. Dirigiéndose al trabajo, saliendo del hotel o encontrándose con él. Las fotografías en las que él aparecía habían sido masacradas. Su cabeza agujereada. Su presencia borrada de la imagen.

La quiere a ella.

Empuñó el cuchillo con fuerza, clavándose la empuñadura en la palma de la mano. Al menos, Mónica ya se hallaba a cientos de kilómetros de distancia. Asalvo.

Tan sólo existía una fotografía de su presencia. Ensartada en el panel de corcho con un cuchillo clavado en su frente. Una acción que denotaba un odio irracional. Una razón personal y perversa que él todavía ignoraba.

Escuchó el grito de una mujer en la distancia. Se dio la vuelta y dirigió el arma blanca hacia la oscuridad. Sabía que más allá de las sombras se encontraría expuesto y vulnerable a las perturbaciones de aquel lunático.

—¡Erik, Erik!

El grito de Sandra bastó para conducirlo hacia aquel terreno peligroso. Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Alo lejos, escuchaba los gemidos producto de un forcejeo físico. Arrastró los pies hacia el lugar, empuñando el cuchillo como única arma y tabla de salvación. Entonces los vio.

Con el rostro oculto tras la mujer, mantenía una pistola pegada a su sien. Sandra sollozaba con el rostro desencajado por el miedo. Sus ojos anegados de lágrimas encontraron los suyos, suplicando por su perdón y clamando por su ayuda. Erik trató de tranquilizarla, pero algo en su interior le indicó que los dos morirían.

—Será mejor que sueltes ese cuchillo si no quieres que le vuele la maldita cabeza —sugirió la voz. Había un tono falso en ella que no pudo engañarlo del todo.

—¿Por qué no dejas de esconderte y me das la cara?

El hombre apretó la pistola contra la cabeza de Sandra. Ella gritó aterrorizada. Erik tragó con dificultad.

—Sólo un cobarde se escondería tras una mujer aterrorizada y desarmada.

—Suelta el jodido cuchillo o lo último que verás serán sus sesos esparcidos por el suelo.

Erik arrojó el cuchillo. De un empujón, el hombre tiró a Sandra al suelo y salió de entre las sombras. Le dedicó una sonrisa grotesca y sádica. Erik cayó de rodillas, masacrado por la verdad. Quiso cerrar los ojos y ocultarse de aquella realidad que devastaba todo en lo que él creía.

—Gonzalo.

Su amigo le apuntó con el arma.

—He regresado de entre los muertos para culminar mi obra. Disparó.

Mónica se sentó frente a la pantalla que informaba de su vuelo. Faltaban quince minutos para que tomara asiento en el avión y se largara de aquella ciudad. Se encontraba inquieta y recelosa. Rodeada del resto de pasajeros, no era una más que abandonaba la ciudad por motivos que no ponían su vida en peligro. Deseó fumarse un cigarrillo, vicio que había conseguido abandonar hacía varios meses. Lo que fuera con tal de desprenderse de aquella horripilante sensación que no auguraba nada bueno.

En realidad, siempre había sido una mujer que se dejaba llevar por su intuición. Gracias a ella había sobrevivido —que no vivido— durante todos aquellos años. Y su intuición le decía que algo no iba bien. —Mi mente me está jugando una mala pasada... —murmuró en voz alta, tratando de convencerse a sí misma.

La mujer que había sentada a su lado se movió un asiento más lejos. Debía pensar que no era más que una desequilibrada.

Mónica comenzó a mordisquearse la uña del dedo pulgar. Faltaban diez minutos para su vuelo. En diez minutos, se alejaría de aquella ciudad para siempre. Y de Erik...

Se levantó de golpe y clavó la vista en la pantalla. Se llevó las manos a la boca y tragó el nudo de pánico. Tuvo que ahogar las ganas de gritar, pues no quería formar un espectáculo delante del resto de pasajeros.

Aquella nave. Aquella maldita nave...

¿Por qué no se había dado cuenta antes?

Guárdame el secreto, es una sorpresa, recordó las misteriosas palabras de Gonzalo. Y su sonrisa. La maldita sonrisa que había esbozado y que para Mónica, en aquel momento, no había significado

nada. ¿Por qué ahora la recordaba tan macabra?

Y si aquella sorpresa...

No podía ser, pero...

Marcó el número de teléfono de Erik mientras se decía a sí misma que aquello no era más que una maldita coincidencia. Gonzalo estaba muerto. Sandra estaba asustada. Una coincidencia, ¡Sí! Tan sólo una absurda coincidencia...

Comenzó a impacientarse al no recibir respuesta de Erik. El contestador saltó y le indicó que dejara un mensaje después de oír la señal. Así lo hizo.

—Oye Erik... no quiero que pienses que soy una tonta... ¿Pero podrías llamarme cuando escuches este mensaje? Sólo dime que estás bien, ¿De acuerdo? Necesito escuchar tu voz por última vez...

Volvió a sentarse, sin saber qué hacer. Asu lado, un hombre la contempló con evidente compasión y le ofreció una sonrisa.

—¿Problemas con su novio? —se interesó.

—Yo... —Mónica se miró los pies. Recabó en que se estaba clavando las uñas en las palmas de las manos, por lo que aflojó la presión—. ¿Es usted de la ciudad?

El hombre no entendió a qué venía aquella pregunta, pero aún así respondió.

—Sí.

—¿Dónde se encuentra la calle chaparrilla?

—Uhm... me suena. Tal vez de algún polígono industrial. Puede que esté en las afueras de la ciudad, creo...

Mónica volvió a incorporarse. Aquella vez no lo dudó. Agarró su maleta de mano y corrió a toda prisa hacia la salida, ignorando el comentario de la azafata acerca de que no podría volver a embarcar. Salió al

exterior del aeropuerto y se dirigió hacia el primer taxi que encontró.

—Ala calle chaparrilla.

El taxista puso el coche en marcha. Ella marcó el número de emergencias. Se impacientó cuando trató de explicarle al agente novato la situación. Sus sospechas.

—Aver si lo he entendido... ¿Quiere que una patrulla vaya a revisar una nave abandonada porque cree que el asesino se trata de un hombre que acaba de fallecer hace unas escasas horas?

Mónica gruñó presa de la impotencia.

—¡No han encontrado su cadáver! —chilló desesperada.

—Haremos una cosa. ¿Por qué no me da su dirección y envío a una patrulla para que le tome declaración? Es evidente que se encuentra muy nerviosa, Señora...

Colgó. Si Erik se encontraba en peligro, no se molestaría en perder el tiempo con un policía que no pretendía comprender la gravedad de los hechos. Alterada, marcó el número de teléfono de Martina. Le saltó el buzón de voz, por lo que le dejó un mensaje:

—Soy Mónica. Creo que Erik está en peligro. Voy de camino a una nave situada en la calle chaparrilla. Por favor, no te tomes este mensaje a broma. Necesito tu ayuda, la policía cree que estoy loca...

Rezó para que aquel mensaje de voz pareciera lo suficiente desesperado y a la vez convincente. Y rezó para que Martina encendiera su puñetero teléfono antes de que fuera demasiado tarde. Pese a sus ruegos para que el taxista la esperara en la puerta, el tipo se mostró reacio a ello. Cogió su dinero y se marchó de allí a toda velocidad, pues no quería formar parte de lo que fuera que se originaba allí dentro.

De todos modos, Mónica no estaba segura de qué demonios estaba

sucedendo. Sólo sabía que su intuición le indicaba que Erik se hallaba en peligro. Haciendo acopio de valor, cruzó la puerta entreabierta tratando de hacer el menor ruido posible. Alo lejos podía escuchar un murmullo de voces. Ecos masculinos y furiosos. Más cerca. Gritos. Gritos de dolor.

Se estremeció. Su parte razonable le ordenó que se marchara de allí. Su corazón le exigió que buscara a Erik. Palpitó con fuerza. Con furia. Estaba tan asustada como llena de rabia. Su espalda chocó contra algo afilado que le desgarró la ropa. Se giró con cuidado y descubrió una hilera de cuchillos colgada de la pared. Agarró uno de ellos y lo guardó detrás de la espalda, tapado por la blusa y sujeto por la presilla de su falda. Siguió caminando. Fotos suyas. Más fotos. Decenas de fotos que plasmaban su recorrido por la ciudad.

Se llevó las manos a la boca, asqueada por aquella realidad. Se prometió a sí misma que no volvería a ser la presa de otro cazador. —Mi vida me pertenece —susurró a la oscuridad.

Muerta de miedo y con el horror susurrándole en la nuca, se arrastró hacia las voces. Se escondió tras una viga al atisbar el perfil de un cuerpo. Agazapada tras el muro, vislumbró al hombre amarrado a un pilar. Su cuerpo estaba enchufado a numerosos cables que desembocaban en una batería eléctrica. Las pinzas le pellizcaban el torso desnudo, que sangraba a causa de la presión ejercida. Un reguero de sangre le salpicaba las sienes, como si le hubieran disparado un tiro errado. Quiso correr hacia él y suplicar por su vida, pero supo que en el instante que lo hiciera sentenciaría la vida de Erik. Una crueldad inhumana.

En el extremo contrario, Sandra tenía las manos amarradas a una mesa. Mónica pegó la espalda a la viga por puro instinto en el momento

que contempló a Gonzalo. Él no podía verla, pues centraba toda su atención en su esposa. La miraba de una forma asquerosa que auguraba sus peores intenciones. Acercando un cuchillo a su mejilla, sonrió de oreja a oreja cuando ella comenzó a llorar.

—Gonzalo... por qué haces esto...

Clavó la punta del cuchillo sobre la mejilla, de la que brotó una gota de sangre.

—Cariño, yo te quería...

Gonzalo la abofeteó, provocando que la cabeza de Sandra se golpeará contra la pata de la mesa. La mujer respiró con dificultad y clavó la vista en el suelo, tan desconcertada como aterrorizada.

—¿Cariño? ¡No te atrevas a llamarme cariño! Querías dejarme, maldita zorra. Tú... —escupió con desprecio, señalándola con el cuchillo—. Tú nunca me has querido. ¿Crees que no sé que lo único que te interesaba de mí era la vida cómoda que yo te proporcionaba? Siempre fuiste una mujer mediocre incapaz de valerse por sí misma... ¡Por eso te elegí! No eras más que una coartada, ¡Estúpida!

—Por favor....

Gonzalo se llevó las manos a la cabeza. Parecía cansado.

—Oh... cállate. Preferiría ir de compras contigo antes que escuchar tus súplicas absurdas. Voy a matarte, cariño —murmuró aquella palabra con desprecio, disfrutando del horror que se dibujaba en el rostro de su esposa. La tomó de la barbilla para que ella no pudiera esquivar su mirada—. Voy... a... matarte. No hay nada que puedas hacer para impedírmelo.

—¡Miserable! —le gritó Erik.

Gonzalo se echó a reír. Parecía perplejo, incluso divertido, por la intromisión de Erik. Volviéndose hacia él, dejó de prestar atención a

Sandra y clavó la vista en el subinspector. Caminó hacia la batería y la rodeó con pasos estudiados, en un intento por atemorizarlo. Pero en la expresión de Erik no existía miedo, sino la decepción más absoluta. El hombre que creía su amigo había resultado ser un completo farsante. Un asesino.

—Será divertido ver como suplicas por primera vez en tu vida, subinspector de mierda —se puso de cuclillas frente a la batería—. Llevo tanto tiempo esperando esto, que no te haces una idea de lo que disfrutaré observando que te frías como una asquerosa cucaracha. Gonzalo se relamió los labios, paladeando el anticipado placer que aquello le producía.

—¿Por qué? —exigió saber su amigo, consternado por la verdad. Intentó sacudirse en vano de sus ligaduras. Gonzalo jugueteó con el interruptor de la batería.

—¿Por qué? —repitió, atónito—. ¿Por qué?

—¿Por qué te has convertido en un traidor, en un asesino, en alguien que disfruta con el miedo de los demás?

—¡Porque durante todos estos años lo único que me mantuvo con vida fue la venganza! —colocó el dedo sobre el interruptor, pero no lo pulsó. Mónica tembló de impotencia—. Ni siquiera cuando me adoptaron pude escapar de mi pasado. Tú... no entiendes lo que es eso. Que abusen de ti... que nadie te ayude, ¡Joder! ¡Sólo era un puto crío! ¿Te haces una idea de lo que sentí? ¿De cuánto sufrí? Y entonces decidí mudarme para empezar una nueva vida. Conocí a esa maldita zorra —señaló a Sandra con un gesto despectivo. Luego inclinó la cabeza hacia Erik—. Después los dos coincidimos en la academia. En un principio creí que podríamos ser compañeros, amigos... algo así como dos iguales. Pero tú siempre serías mejor que yo, ¿No? El superior Erik,

descendiente de papá policía y con madera de subinspector. ¡Y una mierda! ¡Yo me merecía ese puesto tanto como tú!

—¿Por eso asesinaste a Roldán?

Jesús torció el gesto.

—He de admitir que se me fue de las manos —se echó a reír, como si acaso lo encontrara divertido. Una risa grotesca que a Mónica le puso los pelos de punta—. El viejo estaba a punto de jubilarse... no tenía por qué morir. Pero entonces tú te empeñaste en arrebatarme a una de mis víctimas, y joder, no tienes ni idea de lo que eso me fastidió. Así que decidí pagarte con la misma moneda. El viejo tenía agallas, ¿Sabes? No suplicó por su vida.

Furioso, Erik se revolvió de su amarre. Forcejeó todo lo que pudo, pese a que era imposible liberarse de sus ataduras.

—De hecho, por tu culpa he tenido que adelantar mis planes. Se suponía que tú serías mi décima víctima, y no la séptima. Mi querida esposa será la octava. ¿Quieres saber quienes serán los dos últimos desgraciados? —le preguntó. Aunque Erik no respondió, él continuó con su perorata. Necesitaba explicarle a alguien los perversos planes que pululaban por su mente—. Mis padres. Mis jodidos padres. Los que me abandonaron en un asqueroso orfanato y los que tienen la culpa de mi mediocre infancia. Fue difícil, pero al final los he encontrado. Tendré que hacer un viajecito exprés antes de largarme de esta asquerosa ciudad que me ha hecho tanto daño. Trabajar como policía a veces facilita mucho las cosas, ¿Sabes? Pero qué te voy a decir a ti. Soltó una risilla grotesca.

—Te has saltado a la sexta —le indicó, consciente de que necesitaba alargar su tiempo para pensar en una forma de escapar.

Gonzalo torció el gesto.

—¡No te enteras de nada! —rugió indignado—. La sexta víctima fue Gonzalo. ¡Yo, maldito imbécil! ¡Fui yo! —le explicó, orgulloso de su magistral plan—. Ese patético amigo secundario que siempre estuvo cobijado por tu maldita sombra. Necesitaba deshacerme de él para que mi nueva vida tuviera sentido. He roto con él para siempre... para siempre.

Que hablara de sí mismo en tercera persona le ofreció a Erik la idea de que su amigo, aquel hombre en el que siempre había confiado, estaba completamente podrido por dentro. Tan sólo habitaba odio en su interior.

—Desgraciado... —lo insultó, sintiéndose impotente.

Gonzalo se encogió de hombros.

—Sí, toda mi maldita vida lo he sido —sus ojos tomaron un cariz más violento—. Pero eso está a punto de cambiar. Para el resto del mundo estoy muerto. Muerto como un jodido mártir, ¿No es realmente estupendo? Estoy a punto de empezar una nueva vida, Erik. Y tu preciosa rubia es mi pasaporte hacia el paraíso.

Erik tembló de ira.

—Jamás será tuya.

Gonzalo aplastó las manos entorno a la batería.

—Por última vez... ¿Dónde la tienes escondida?

Erik escupió la sangre que manchaba su boca.

—Qué te jodan.

—Respuesta incorrecta.

Antes de que pudiera accionar el interruptor, Mónica se abalanzó sobre él y le asestó una puñalada por la espalda. La furia y el miedo que albergaba la impelieron a abalanzarse contra aquel desalmado como una fiera, para proteger al hombre del que estaba enamorada. El

cuchillo se clavó en su piel como si fuera mantequilla. Gonzalo soltó un alarido y embistió contra ella, que rodó por el suelo. La cabeza de Mónica golpeó el pavimento, y durante unos preciados segundos su visión se tornó borrosa. Contempló angustiada la figura que avanzaba hacia ella con paso renqueante y el gesto enloquecido, y se arrastró hacia el extremo contrario apoyándose en los codos. Una mano aferró su tobillo y la arrastró por el suelo. Gritó y consiguió asestarle una patada en la rodilla. Gonzalo se derrumbó, y antes de que ella consiguiera ponerse en pie, le dedicó una sonrisa perversa. Parecía satisfecho, y aquella reacción le indicó que aquel hombre había perdido la cabeza por completo.

—La arteria carótida está seis centímetros más arriba, pequeña estúpida—. Se arrancó el cuchillo de la espalda, gruñendo como un animal herido. Entonces, contempló la sangre que manchaba la hoja y soltó un risita incrédula—. Así que eres una sorpresa constante. Bien, me encantan las sorpresas. ¡Será más divertido y emocionante de lo que pensaba!

Apoyándose en los codos magullados, Mónica consiguió ponerse en pie mientras retrocedía de manera instintiva.

—Sabía que eras una mujer fuerte. Guerrera... mi guerrera... —su tono lascivo consiguió hacerla reaccionar.

Mónica echó a correr mientras escuchaba a Erik gritar su nombre. No supo a ciencia cierta lo que él le dijo, pero de todos modos no estaba dispuesta a huir dejándolo a su suerte. Consiguió encontrar la pared de los cuchillos y eligió uno al azar.

—¡Estoy armada! —le advirtió, blandiendo el cuchillo hacia un extremo al escuchar un ruido cercano.

Una risa masculina y grave se proyectó contra la pared.

—Siempre me han gustado las mujeres armadas... porque imagino la de cosas que podré hacerles cuando logre desarmarlas.

Mónica blandió la daga hacia la voz, pero se encontró con una oscuridad sobrecogedora.

—¡Déjala en paz, desgraciado! —la voz de Erik llegó hasta sus oídos.

—Oh... cállate. ¿Nunca te han comentado que tres son multitud? —la voz de Gonzalo se escuchó atterradoramente cerca. Mónica se desplazó hacia un lado, sosteniendo el cuchillo con ambas manos—. Así que quieres jugar... muy bien, me encantan los juegos. Tú serás el ratón, y yo el gato...

El pulso le latía frenético en las sienes. Intentó adivinar de donde provenía la voz, pero antes necesitaba tranquilizarse. Los gritos de Erik, ordenándole que saliera de allí, tampoco ayudaban a su concentración. En un alarde de lucidez, decidió mantenerse en silencio mientras buscaba un escondite. Se agachó tras un pilar y se hizo un ovillo.

Necesitaba pensar con frialdad, y tenía de su parte que aquel hombre se mostraba enloquecido y sobre excitado por el sádico placer que le producía su búsqueda.

—Miau... —maulló lascivo.

Mónica se aplastó contra la viga, en un intento por ocupar el menor espacio posible. Deseó con todas sus fuerzas ser invisible. Temblaba de la cabeza a los pies, mortificada por el miedo. Alo lejos, podía percibir la respiración jadeante de Gonzalo. Aquel juego lo excitaba.

—Mónica... —canturreó su nombre de una manera que le erizó el vello de la nuca. Provenía de su izquierda... tal vez a unos diez metros—. No voy a hacerte daño... ¿No crees que he tenido oportunidades suficientes para ello? Fui yo quien te concedí una segunda

oportunidad, ¡Deberías estarme agradecida! Maté a ese hombre como muestra de mi amor.

¿Amor? ¿Qué sabía aquel perturbado acerca del amor?

Se tapó la boca con la mano libre para no gritar. Percibía la respiración entrecortada de Gonzalo acercarse a tientas hacia donde se encontraba. Rastreándola. Apretó la empuñadura del cuchillo y esperó, tan paralizada por el miedo que no creyó ser capaz de asestar un único golpe.

—Mónica... —la voz sonó más cerca. Grotesca—. Sal de tu escondite, preciosa. No voy a hacerte daño. ¿Es que no entiendes que estamos hechos el uno para el otro? Han abusado de nosotros durante demasiado tiempo, y yo estoy dispuesto a cobrarme todo este sufrimiento con el dolor de otros. Maté al hombre que te destrozó la vida... y mataré al hombre que te impide amarme.

Todo sucedió a cámara rápida. El pie de Gonzalo le rozó la puntera de su zapato, y ella no lo dudó. Con toda su fuerza, clavó la hoja en el empeine del pie. Gonzalo soltó un halarido, y Mónica lo empujó para escapar antes de que consiguiera alcanzarla. Sumida en aquella caótica oscuridad, se dirigió hacia el punto central iluminado por las sucias ventanas y gritó el nombre de Erik.

—¡Erik!

—¡Mónica!

—¡Erik, Erik!

—¡Lárgate! ¡Ve hacia la salida, joder! ¿Qué coño haces aquí? ¡Maldita sea!—la sincera preocupación y la impotencia de su voz no lograron disuadirla.

Corrió hacia la voz y lo encontró malherido contra la viga. Acarició la herida abierta en un lateral de su cabeza y él hizo un gesto de dolor,

por lo que Mónica retiró la mano. Erik suspiró aliviado al contemplarla intacta. Mónica se abrazó a su maltrecho cuerpo. Deseaba besarlo tanto como necesitaba respirar, pero sabía que no podía perder el tiempo. Sandra continuaba inconsciente en el otro extremo de la sala. Intentó no examinar con detenimientos las heridas de su cuerpo y se dispuso a desatarlo con rapidez.

—Date prisa, Mónica —la urgió.

—Lo hago... hago lo que puedo —sus dedos temblaron sobre las cuerdas.

—Deberías haberte marchado —la reprendió.

Ella continuó desatándolo con dedos impacientes.

—Debería, pero no he podido.

Tironeó de las cuerdas y soltó una maldición al comprender que le llevaría más tiempo del que había creído. Los nudos eran fuertes y la cuerda muy gruesa.

—Lárgate y busca ayuda —la apremió, furioso.

Mónica tironeó de las cuerdas.

—¡Joder! No puedo... —consiguió desatar el primer nudo y rugió—.

¡Deja ya de pedirme que me marche! ¡No puedo! ¿Es que no te das cuenta de que soy incapaz de dejarte a tu suerte? ¿Por qué tenemos que apreciarlo todo cuanto estamos a punto de perderlo?

—¿A qué te refieres?

Mónica soltó un sollozo.

—Te quiero —susurró, sorbiéndose las lágrimas. Desató un segundo nudo y lo miró a los ojos—. Te quiero. Incluso asustada, malherida y muerta de miedo. No puedo evitarlo, y te prometo que lo he intentado con todas mis fuerzas. Pero aquí me tienes. Jugándome la vida por un hombre que prometió regresar ileso a mí.

Pese al dolor y la tensa situación en la que se hallaban, Erik logró curvar los labios en una inestable sonrisa que sólo era para ella.

—Lo de ileso ya no es posible...

—Entonces júrame que saldremos de esta —le ordenó asustada.

—¡Mónica! —rugió su nombre un segundo antes de que Gonzalo estuviera a punto de alcanzarla. Ella cayó rodando hacia atrás, y se cubrió el cuerpo por puro instinto. Cojeando y cubierto de sangre, Gonzalo se arrastró hacia ella con el rostro convertido en una máscara de odio—. ¡No la toques, hijo de puta! ¡Me quieres a mí, joder!

Giró la cara hacia él.

—Tú... ya me ocuparé de ti más tarde —lo desdeñó, volviendo a clavar la mirada en Mónica—. ¡Zorra traidora!

Ella trató de incorporarse, pero la patada que le asestó en las costillas hizo que se doblara en dos. Abrió la boca para tomar una bocanada de aire, y Gonzalo la agarró del pelo. Lágrimas de dolor le empañaron los ojos, que buscaron a Erik con temor. Él forcejeó contra las cuerdas y gritó desesperado mientras Gonzalo disfrutaba de la sensación de sentirse poderoso.

—¡Suéltala! ¡Maldito seas! Suéltala y ocúpate de mí —le ordenó impotente.

Gonzalo hizo una mueca de hastío.

—¿Sigues empeñado en dar órdenes cuando te tengo atado a una viga, imbécil?

Erik trató de desviar su atención de la de Mónica durante el mayor tiempo posible. Se sentía superado al contemplarla agazapada y dolorida, por lo que buscó su mirada mientras increpaba a Gonzalo en un intento por ofrecerle una última posibilidad para escapar.

—Siempre seré tu superior. No hay nada que puedes hacer para

cambiarlo.

—¡Cállate! —Gonzalo estalló de ira. De envidia.

Mónica le mordió la mano que la tenía asida del pelo. Gonzalo soltó un alarido y la abofeteó. Aquella vez, la sostuvo de la garganta y la inclinó de tal manera que la expuso ante Erik, quien rugió desesperado.

—Has apostado al caballo perdedor —le susurró al oído. Mónica se revolvió, pero Gonzalo le clavó los dedos en la delicada piel de la garganta—. ¿Últimas palabras?

Mónica emitió un gorgojeo inaudible, por lo que Gonzalo aflojó la presión.

—Mereció la pena... te quiero... —musitó.

Erik no apartó la mirada de la suya.

—Oh... conmovedor —escupió Gonzalo asqueado.

Arrodillada, Mónica se giró hacia él y le agarró las manos. Gonzalo quiso soltárselas, pero flaqueó al mirarla a la cara. Aquella mujer era su talón de Aquiles. Tan bella... tan frágil y a la vez fuerte sin ser consciente de ello. Dos almas gemelas separadas por aquel miserable subinspector.

—Por favor, no lo mates. Haz lo que quieras conmigo... pero no le hagas daño —suplicó desesperada.

—Mónica... —la voz de Erik tembló de miedo.

Gonzalo la agarró de los hombros para ponerla en pie. Hundió las manos en su cabello, pero aquella vez no le hizo daño. Fue una caricia de lo más extraña. Tan implorante como las palabras de Mónica.

—Si me quieres como dices, lo dejarás con vida. Te lo ruego.

—¿No te das cuenta de que él es quien nos separa? Estás cegada, como el resto del mundo. Como la puta de Martina. Como Roldán —la zarandé por los hombros. Mónica hizo una mueca de dolor. El rostro

enloquecido de Gonzalo encontró el suyo, y ella supo que jamás podría convencerlo. Había cruzado el límite de una locura que desembocaría finalmente en la crueldad, la muerte y la destrucción—. Pero yo voy a curarte... lo haré... lo haré por nosotros.

Mónica se aferró a él. Trató de doblegarlo. Le clavó las uñas en los antebrazos y forcejeó todo lo que pudo en un intento por detenerlo, consciente de que estaba a punto de sentenciar a Erik a la muerte.

—¡No lo hagas!

De un puñetazo en el estómago, la tiró al suelo y se dirigió hacia el interruptor. Erik miró a Mónica a los ojos por última vez y sonrió con tristeza. Se despidió de ella y rogó a Dios que la policía llegara antes de que Gonzalo le pusiera una mano encima. Ella gritó. Gonzalo accionó el interruptor.

El cuerpo de Erik se llenó de espasmos violentos. Mónica observó horrorizada la muerte lenta y dolorosa a la que se estaba exponiendo. Él gritó y perdió la conciencia. Mónica corrió hacia el interruptor para desactivarlo, pero Gonzalo la atrapó por el brazo. Ella se defendió hundiendo el codo en su mandíbula, y los dos cayeron al suelo. Se arrastró hacia el interruptor, pero Gonzalo la detuvo con el peso de su propio cuerpo. Intentó hundirle los dedos en los ojos y él le propinó un cabezazo que la dejó aturdida. La visión nublada no le impidió discernir el cuerpo de Erik convulsionándose. Cubierto de humo. Exhalando su último suspiro.

—No...

Algo violento y poderoso se apoderó de ella. No estaba dispuesta a perder al hombre de su vida. El hombre que le había descubierto con paciencia y cariño un mundo desprovisto de la crueldad que ella había experimentado. El hombre al que amaba con cada fibra de su ser.

De un rodillazo en la entrepierna, se quitó a Gonzalo de encima y se arrastró con sus últimas fuerzas hacia el interruptor. Lo rozó con la punta de los dedos cuando la mano de Gonzalo aferró su tobillo, arrastrándola hacia él. Mónica le propinó una patada en el hombro, se giró y le mordió la mano, hincando sus dientes todo lo fuerte que pudo. Escupió la sangre que le salpicó la lengua, alargó la mano todo lo que pudo y accionó el interruptor. El cuerpo de Erik dejó de convulsionarse, y Mónica corrió hacia él.

Apenas faltaban tres metros para que lo alcanzara.

Gonzalo la derrumbó antes de que pudiera auxiliarlo. Entornó las manos alrededor de su garganta y presionó hasta dejarla sin respiración. Sus extremidades se quedaron laxas y empezó a flotar en una neblina densa y absorbente mientras él no cesaba de gritar la palabra *zorra*. Mónica trató de detenerlo, pero todo lo que pudo conseguir fue arañar de manera superficial la piel que se exponía ante ella.

Un disparo.

Gonzalo cayó sobre ella como un peso muerto, aplastándola. Mónica chilló histérica, creyendo que era su propia sangre la que le empapaba el cabello. Cuando logró quitarse a Gonzalo de encima, contempló en la distancia a la mujer que corría hacia ella con el rostro desencajado y el arma aún desenfundada. Martina no había dudado en dispararle en el cráneo.

Agatas, Mónica logró ponerse en pie. Rebuscó sin pudor en los bolsillos del difunto Gonzalo, que incluso muerto y con los ojos abiertos de par en par, parecía reírse de ella por lo que acababa de arrebatarse. Encontró un cuchillo y se dirigió hacia Erik, que permanecía inconsciente.

—¿Está muerto? —temió Martina.

—¡No lo toques, podrías electrocutarte! —le ordenó Mónica.

Se quitó la camiseta sucia para tocarlo. Entre ambas, lograron desatarlo y tenderlo en el suelo.

—Llama a un médico —le pidió, mientras trataba de encontrarle el pulso. Apoyó la oreja sobre su pecho y no oyó nada. El silencio del corazón paralizado de Erik la imbuyó de pánico—. ¡No, no, no! Por favor... no me hagas esto, Erik.

Comenzó a realizarle la maniobra de reanimación cardiopulmonar. Presionó repetidas veces sobre el pecho desnudo de Erik y luego insufló aire hacia sus pulmones. El pecho de Erik se hinchó, pero sus ojos permanecieron cerrados. Su rostro tan inerte y pálido como el de un cadáver.

No supo cuanto tiempo transcurrió desde que ella intentaba reanimarlo y Martina rezaba en voz alta hasta que llegó el equipo de emergencias. Echándose a un lado como una autómatas, Mónica contempló como Erik era trasladado en una camilla hacia el hospital. Alguien asió su mano y la llevó hasta un vehículo. El coche de Martina. Mientras miraba por la ventanilla, susurró una orden dirigida al hombre del que estaba enamorada.

—Vive.

¿Se podía morir de amor? Nunca antes se había formulado aquella pregunta, pero mientras recorría el largo pasillo del hospital, sentía que su corazón se paralizaba a cada nuevo paso. Perseguía la camilla que transportaba al hombre que había jurado proteger de sí misma, y al tipo del que prometió no enamorarse. Aquellas alturas, sobraba admitir que era pésima cumpliendo las promesas que se hacía a sí misma.

La idea de perderlo la aterrorizaba.

Un pinchazo se apoderó de su pecho al contemplar el cuerpo inerte sobre la camilla. Había gritado tantas veces su nombre que el hecho de susurrarlo le dolía demasiado. Incluso deseaba que él se despertara para que volvieran a discutir como dos idiotas que estaban demasiado enamorados el uno del otro para admitirlo sin sentir miedo.

¿Miedo?

La había perseguido toda su vida, pero el sentimiento era incomparable a la agonía que le producía su posible pérdida. A veces era necesario que la realidad te abofeteara para que la contemplaras en toda su mediocridad. Con tus errores salvables y tus victorias factibles. Con todo lo que podías perder si no tenías valor para afrontar aquellas inseguridades que quizás merecieran la pena.

Entre el quizás y el miedo se había movido su vida. Un camino de probabilidades condicionadas en el que siempre eligió el atajo fácil. El

atajo fácil del engaño feliz y pasajero. El de las lágrimas lloradas en silencio y a oscuras.

Se había esforzado en no demostrar debilidad. ¿Y todo para qué? Para terminar llorando en el pasillo de un hospital, rogándole a Dios y a los médicos, a la vida y a la muerte, que no se llevaran al hombre del que se había enamorado de manera irremediable.

Una mano trezó la suya. Aquel gesto de apoyo la conmovió, porque en aquel momento no existía para ella mayor enemiga que la muerte. Abrazó a la mujer que tenía a su lado y sollozó como una niña pequeña y angustiada. Como una chiquilla enamorada, al fin y al cabo.

—Tiene que vivir —exigió conmovida—. Lo necesito...

Asu lado, Martina continuaba con los ojos clavados en el pasillo por el que se habían llevado a Erik. Todavía no se había recompuesto de haber disparado su arma, pues era la primera vez que mataba a un hombre, y esperaba que también la última.

—Es fuerte. Él es fuerte —le aseguró a Mónica.

La mujer rubia, tan pálida como las paredes de la sala en la que se hallaban, asintió con los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—¿Familiares de Erik Rodríguez? —preguntó un hombre ataviado con la bata de médico.

Mantén el gesto grave, lo que auguraba sus peores sospechas.

Ambas corrieron hacia él, temiendo la noticia.

—Dóctor, ¿Cómo se encuentra? —preguntó Mónica en un susurro.

El médico inclinó la cabeza hacia abajo con verdadero pesar.

—Hemos hecho todo lo que ha estado en nuestras manos, pero no ha respondido a las maniobras de reanimación. Lo lamento.

El corazón de Mónica se paralizó. Martina se tiró al suelo y comenzó a gritar, maldiciendo al Dios que se lo había llevado consigo. Mónica,

inerte e incapaz de reaccionar, sacudió la cabeza sin ser capaz de creer las palabras del médico. Aquello, sencillamente, no podía ser posible.

—Miente... —susurró.

Una lágrima discurrió lenta por su mejilla.

—Lo siento mucho, señorita. Cuando los paramédicos lo atendieron, carecía de pulso y no pudieron hacer nada por él.

Mónica retrocedió horrorizada, sin fuerzas para aceptar la cruel realidad. Erik no podía estar muerto. No podía... era imposible.

—¡Miente! ¡Está mintiendo! —explotó enloquecida.

Martina se aferró a sus rodillas y trató de tranquilizarla. Él médico apoyó las manos sobre sus hombros, pero ella estaba poseída por una fuerza arrolladora.

—¡Quiero verlo! Él no está muerto... ¡No! ¡Me está engañando! —rugió, corriendo hacia el pasillo.

Nadie pudo detenerla cuando abrió la puerta de la habitación en la que él se encontraba. Lo que vieron sus ojos la derrumbó. Sollozando, se aproximó al hombre pálido e inerte que yacía sobre la cama con los ojos cerrados. Le tomó la mano y depositó un tembloroso beso sobre su piel.

—Me prometiste que regresarías a mí —le reprochó dolida—. Tú... me lo prometiste.

En el umbral de la puerta, Martina y el médico la contemplaron incapaces de interrumpirla. Aquel era un momento íntimo y demasiado doloroso.

—Erik —lloró su nombre, aferrando aquella mano contra su pecho—.

Erik...

Las lágrimas empañaron su rostro, que se cobijó sobre el pecho

masculino, desnudo y muerto. Incluso sin vida, él siempre sería su mejor refugio. El hogar que había encontrado tras tantos años deambulando en soledad. La persona que había sanado todas sus heridas con paciencia y cariño. El hombre al que amaba.

—Vamos, despierta —lo agarró del hombro para zarandearlo ansiosamente—. Tienes que despertar. Por favor...

El cuerpo inmóvil de Erik no provocó que ella lo abandonara. Durante largos minutos, permaneció con la mejilla pegada a su pecho, buscando aquel latido que lo devolviera a la vida. Suplicando. Hasta que alguien la agarró con delicadeza para apartarla del cadáver. Temblando y sobrecogida por el dolor, suplicó que la dejaran a solas un rato más en la habitación.

—Quiero estar con él un poco más... sólo un poco más... —se negó a dejarlo marchar.

Conmovidó, el médico aceptó aquel ruego desesperado.

Mónica contempló a Erik una última vez, a los pies de la cama. Rota por el dolor, marcó un número de teléfono porque era incapaz de actuar de manera razonable.

—¿Quién es? —la voz somnolienta de Sara consiguió que volviera a llorar.

Alas cinco y media de la mañana en la ciudad de Manhattan, Sara Santana se incorporó angustiada al reconocer aquellos sollozo.

—¿Mónica? Mónica sé que eres tú. Por favor, tranquilízate y cuéntame lo que ha pasado —pidió asustada.

Mónica clavó los ojos en el hombre que yacía en aquella cama de hospital.

—Sara... —consiguió pronunciar su nombre, rota de dolor.

—Mónica, cariño...

Sin ser capaz de soportar aquellas lágrimas, lloró desconsolada sin que las palabras de su amiga pudieran tranquilizarla. No existía consuelo para su alma, que se hallaba destrozada.

—¡Mónica! ¿Qué ha pasado? —exigió angustiada.

Aella le pareció que la mano que antes había apretado movía un dedo.

Consciente de que estaba delirando, susurró:

—Es Erik.

Entonces fue Sara quien comenzó a llorar.

—Por favor, dime que no le ha sucedido nada malo —suplicó aterrorizada.

—Está muerto. Está muerto por mi culpa.

Sara gritó. Mónica apenas pudo sostener el teléfono contra su oreja.

De nuevo, aquella mano reaccionó. Aquella vez, Mónica se acercó dubitativa hacia el cuerpo de Erik y clavó los ojos en su mano.

Nada. Ni un sólo movimiento.

—Oh... Dios... —lamentaba Sara—. Tenemos que viajar de inmediato a Sevilla —le decía a su marido

—. ¿Mónica?

Pero Mónica no la escuchaba, pues había olvidado el teléfono por completo. Había recobrado la esperanza gracias a una vaga señal que tal vez hubiera imaginado.

—Vamos... vamos... —imploró.

—¿Mónica? —insistía Sara en el teléfono.

—Puedes hacerlo, Erik. Sé que puedes hacerlo —apretó su mano contra la de él, que no emitió ninguna señal.

Se la llevó a la boca, cada vez más ansiosa. Lo había visto. Tenía que ser cierto...

La vida sin Erik se le antojaba demasiado cruel. Demasiado...

Los ojos de Erik se abrieron de par en par, provocando el alarido de Mónica. La boca masculina se abrió para buscar aire, y respiró de manera dificultosa. Ansiosa. Violenta, Desorientado, contempló todo lo que había a su alrededor hasta clavar los ojos en Mónica con desconcierto.

—¡Un médico! —pidió ella. Fascinada. Con el corazón latiendo desbocado en su pecho.

Alterado, Erik rechazó su contacto.

—¿Quién coño eres tú? —fue lo primero que dijo tras regresar de entre los muertos.

En el hospital todo era caótico y rápido. Los médicos no acertaban a darles ninguna respuesta mientras hacían los estudios pertinentes a Erik como si fuera un conejillo de indias. Había estado clínicamente muerto durante veintidós minutos.

Ni siquiera Mónica había tenido tiempo de preguntarse qué era lo que

había sucedido. Erik estaba vivo, y eso era todo lo que le importaba. Erik, el hombre del que estaba enamorada sin remedio, había resucitado. Había sucedido de manera tan vertiginosa que Mónica seguía con el corazón desbocado, pero con una felicidad que lo arrasaba todo. Tenía tantas cosas que decirle cuando volviera a verlo. Planes de futuro, la promesa de no separarse de él, la intención de trasladarse a Sevilla porque ahora veía las cosas claras. La vida con Erik se le antojaba fascinante y prometedora, pues era aquella oportunidad que había esperado desde hacía años. Sus anteriores dudas carecieron de sentido. Jamás lo tuvieron, pero se había dado cuenta de ello en el momento que lo había perdido.

Junto a Martina, la madre de Erik y su marido, todos esperaban impacientes un diagnóstico que nunca llegaba. Mónica todavía se sentía confusa y algo asustada, pero pervivía en ella la dicha desmedida que le había producido la resurrección de Erik.

Erik estaba vivo.

Había tenido que explicarle a Sara algo que ella tampoco lograba comprender. Su amiga, que lloró y gritó al mismo tiempo mientras escuchaba sus explicaciones aceleradas, fue empacando las maletas mientras ordenaba a su marido que le consiguiera el primer vuelo de la mañana. Si no veía que Erik estaba vivo con sus propios ojos, jamás se lo creería.

Al cabo de una hora que se le hizo eterna, el médico irrumpió en la consulta con una maravillosa noticia.

—Se encuentra en perfecto estado. Fuera de peligro. Sano y salvo
—les informó.

La madre de Erik comenzó a llorar de felicidad, y abrazó a Mónica para compartir aquella dicha que la embargaba.

—No entiendo nada, doctor. ¿Cómo es posible? —inquirió Mónica. Seguía algo asustada, como si el destino pudiera arrebatárselo de nuevo.

—Es un misterio incluso para nosotros. La literatura médica lo ha denominado “Efecto Lázaro”, pues no es el primer caso que sucede. Los más desdichados han llegado a ser enterrados para luego resucitar en sus propios ataúdes —les explicó. Mónica se horrorizó de sólo imaginarlo—. Un fenómeno de estas características es imprevisible y muy raro, pero a veces sucede. Las maniobras de reanimación fallan y se certifica la muerte de la persona. Extraordinariamente, algunos regresan de entre los muertos. Minutos e incluso horas después de que sus signos vitales se detuvieran. No tiene explicación para nosotros, aunque existen algunas teorías. Pero supongo que lo que les interesa saber es que Erik se encuentra completamente fuera de peligro.

Mónica apretó la mano de Trini, que dio gracias al cielo porque se hubiese obrado tal milagro.

—Puede recibir visitas, pero no deben atosigarlo. Se encuentra desconcertado y no recuerda nada de lo sucedido. En situaciones tan traumáticas como esta, es lo más normal del mundo.

Mónica se sintió algo angustiada. Aunque no le había concedido importancia a las primeras palabras de Erik porque creyó que se debían a la desorientación de regresar de la muerte, la explicación del médico auguró sus peores presagios.

—¿No recuerda... nada?

—El efecto lázaro trae consigo una mayor actividad neuronal, lo que puede desembocar en daños cerebrales graves. En el caso de Erik, tan sólo sufre amnesia postraumática. Es un tipo de amnesia retrógrada

que hace olvidar los sucesos inmediatamente anteriores a la vivencia traumática.

Mónica asintió, un tanto inquieta. Aquello no significaba que Erik hubiese olvidado los momentos vividos en su compañía. Tal vez sólo había olvidado lo sucedido en la nave, lo cual era positivo para él.

—¿Por qué no entras a darle un abrazo? —la animó Trini—. Estoy segura de que eres la primera persona que quiere ver.

Se moría de ganas de verlo, por lo que agradeció aquel ofrecimiento y se dirigió hacia la habitación de Erik. Sentado en la cama, Erik mantenía la vista fija en la pared con una expresión difícil de desentrañar.

—Dicen que he estado muerto durante veintidós minutos —le dijo a la presencia que notó a su espalda.

—Así es —confirmó ella.

—Me han electrocutado. Eso es lo que he oído.

Su tono de voz denotó inquietud. Tras todo lo sucedido, se sentía demasiado desconcertado para medir sus propias emociones.

—Es una larga historia. ¿No recuerdas nada?

Erik se giró hacia ella. Al contemplar a aquella mujer, arrugó la frente y trató de hacer memoria. Aquella belleza rubia y escultural se le antojaba familiar. La recordaba vagamente de haberla visto en una ocasión.

—Disculpa, ¿Quién eres tú?

Mónica tuvo que agarrarse al borde de la cama para hacer frente a aquella pregunta. Desconsolada, lo miró a la cara y comprendió el absoluto desconocimiento que brillaba en aquellos ojos pardos.

—¿No sabes quien soy? —musitó horrorizada.

Erik se frotó el rostro con las manos, bastante irritado. No es que

aquella mujer no le resultase extraordinaria, pero no comprendía por qué se preocupaba de una manera tan dramática por él.

—Soy yo, Mónica.

<<Como si significase algo>>, pensó agotado.

—Hemos pasado por tantas cosas...

Erik recordaba a una Mónica. Una habitación de hospital, la cercanía de una apetitosa boca... y poco más.

—Eres amiga de Sara —memorizó, bastante confuso—. ¿Está Sara aquí? Dile que se tranquilice. En ocasiones puede ser demasiado pesada.

—Sara está en Nueva York —le recordó ella.

—Oh, sí. Se fue a vivir con Héctor, es cierto.

—Acaba de dar a luz.

Erik soltó una carcajada atónita. Mónica se llevó las manos a los labios. Aquello no podía estar sucediendo...

—¿Embarazada? Vaya... la última vez que la vi estaba a punto de casarse.

<<Oh, Dios>>, se acongojó Mónica al entender lo que aquello significaba.

La memoria de Erik estaba estancada hacia más de nueve meses. Ni siquiera recordaba la boda de Sara, los momentos mágicos que habían compartido en aquel balcón...

—Soy yo, Mónica. ¿Me recuerdas del hospital verdad? —inquirió esperanzada.

Erik asintió de mala gana.

—Sí, ¿Qué pasa? ¿Se supone que debe significar algo para mí? —le espetó de malhumor. No sabía por qué, pero tras despertar se hallaba furioso y molesto con todo el mundo—. Oye, no te lo tomes a mal... pero

no entiendo por qué razón la única persona que había llorando mi muerte eras... tú. Mó...

—Mónica

—Sí, eso.

El gesto desdeñoso con el que acompañó sus palabras le provocó un agudo dolor en el pecho. ¿Toda la pasión y el amor que habían compartido había sido relegado al olvido? No podía soportar que él la observara sin una pizca de cariño. Con un malestar palpable porque su presencia lo incomodaba.

Mónica se acercó a él y le tocó la mano.

—Acabo de despertar de la muerte, maldita sea. Déjame en paz —le ordenó, apartando la mano.

—Soy yo —susurró débilmente.

Él hizo una mueca.

—Ese es el problema, que eres tú. Necesito ver a mi madre, a mi hermano... a la gente que quiero. Y no a una completa desconocida como tú, ¿Te ha quedado claro?

Dolida, Mónica se echó hacia atrás.

—Tú no eres así.

—No me conoces.

—Por supuesto que te conozco. Porque te quiero.

Erik parpadeó asombrado.

—Oye, me siento halagado porque una chica tan preciosa como tú parezca sentir cosas tan profundas por mí. Pero si yo sintiera lo mismo, ¿No crees que lo recordaría?

El hombre hosco y sin sentimientos al que se enfrentó provocó que ella quisiera salir huyendo de aquella habitación. Sin embargo, decidió volver a intentarlo porque en el interior de aquel extraño pervivía el

hombre del que se había enamorado.

—Tú también me quieres.

Erik rio atónito.

—Esa sí que es buena. Supongo que echamos un polvo y tú te hiciste ilusiones, ¿No?

—¿Crees que soy la clase de persona que te haría recriminaciones absurdas? —replicó ella.

Erik la miró algo turbado.

—No lo sé, porque eres una completa extraña —determinó impaciente—. Mi madre estará preocupada por mí. ¿Por qué no te vas y nos dejas a solas?

—¿Cuándo me recordará? —preguntó desesperada al médico.

No había podido soportar durante más tiempo el sincero rechazo que le demostraba Erik. Al final, tuvo que huir de la habitación mientras se tragaba las lágrimas.

—Es difícil de medir. Puede que en unos días, meses o semanas. La amnesia tiene efectos distintos en cada persona —le explicó el médico—. Lamento decirle que puede que no lo haga nunca. Algunos pacientes no recuperan los recuerdos.

Mónica sintió que una pesada loza le oprimía el estómago. ¿Erik jamás la recordaría?

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarlo a recordar? —insistió esperanzada.

—Lo más importante en este momento es su recuperación. Es normal que se sienta irritado, furioso y desconcertado. Ha perdido a su mejor amigo, el estado de su madre es irreversible y acaba de despertar en una realidad que le es completamente ajena. Puede mostrarse gruñón

y despectivo con las personas que hay a su alrededor.

—Quiere decir que imponerle mi presencia sería un error —comprendió ella con tristeza.

—Si él quiere verla, la buscará.

—Pero doctor...

—Si yo fuera usted, le concedería su propio espacio. Permítale que piense y que se adapte a sus nuevas circunstancias. Ahora todo es desconocido para él.

¿Qué se marchase lejos de Erik?

En aquel instante, escuchó la violenta discusión que Erik mantenía con Martina.

—¡Mientes! —gruñó cabreado—. ¡Gonzalo no es ningún asesino! Por el amor de Dios, ¡Es mi amigo!

—Era... —musitó Martina, que desconocía como calmarlo.

—¿Cómo dices?

La perplejidad de Erik la dejó sin palabras. ¿Cómo iba a decirle que había sido ella quien le había disparado a Gonzalo para salvarle la vida?

—Hijo, tranquilízate —le pidió su madre.

—Me tranquilizaré cuando alguien me explique de una puta vez porque he despertado en un hospital después de que alguien me electrocutara.

—¿Y nos trataras de la misma forma que a la pobre Mónica? —le echó en cara su madre.

Erik resopló.

—No conozco de nada a esa mujer.

—No la recuerdas —lo corrigió con dulzura—. Si te hubieras visto hace

unos días... cómo la mirabas... parecía que habías encontrado lo que habías estado buscando toda la vida.

—Por favor... —desdeñó cabreado—. Si fuese tan importante para mí, no la habría olvidado.

—Fui yo quien disparó a Gonzalo —soltó Martina sin poder contenerse. Atónito, Erik clavó los ojos en su compañera.

—No es momento para bromas, Martina —la censuró.

—No es ninguna broma, Erik. Él era el asesino que andábamos buscando, y llegué a tiempo de que no acabara con tu vida. Fue Mónica quien me avisó. Sí, esa mujer a la que has despachado sin contemplaciones. Estoy muy segura de que tú la amabas, por cierto. Mareado, Erik se levantó de golpe.

—¿Has matado a Gonzalo?

Olvidió sus últimas palabras. Gonzalo, su mejor amigo, no podía estar muerto. Y mucho menos haber sido asesinado por su compañera Martina.

¿Acaso el mundo se había vuelto loco? ¿En qué realidad se había despertado? ¿Y por qué todos lo miraban como si él fuese el verdadero lunático?

—Quiero ver a Gonzalo —insistió.

—Está muerto, Erik. Por favor, tranquilízate y te lo explicaré todo...

—Fuera —le ordenó dolido—. Vete. ¡Largo!

Temblando, Martina salió de la habitación tras dedicarle una mirada cargada de rabia. Al sorprender a Mónica escuchando tras la puerta, sacudió la cabeza en señal negativa.

—¡Erik Rodríguez, cálmate de una vez! —le ordenó su madre—. No crié a mi hijo para que se comportase de una forma tan ruin con las mujeres.

—Una es una asesina, y la otra me mira como si yo estuviera obligado a amarla. Sólo quiero estar solo, maldita sea. No entiendo una mierda. Tras la puerta, Mónica comprendió que jamás volvería a encontrarse con aquel Erik cariñoso y que se desvivía por hacerla feliz. Había desaparecido para siempre.

Decidió marcharse de la ciudad una semana después. Durante aquellos siete días, había tratado de contactar con Erik en vano. Él se negaba a recibirla, como si fuera un cero a la izquierda. Ni siquiera la insistencia de su madre o Sara lograron disuadirlo.

Erik se sentía frustrado con el mundo. Aduras penas, comprendió que el amigo en el que confiaba había resultado ser un traidor asesino. Además, tuvo que enfrentarse a la pérdida de Roldán. Aquellas dos verdades tan dolorosas lo convirtieron en un ser amargado y maleducado. Si tenía pocas contemplaciones con su familia y amigos, con Mónica directamente se mostraba inflexible. No quería saber nada —y mucho menos oír hablar— de aquella mujer que para él no significaba nada en absoluto.

Resignada, Mónica le había dado a Sara aquella foto que le tomó en el parque de María Luisa con la intención de que se la hiciera llegar. En el reverso, había apuntado su número de teléfono por si él quería hablar con ella en algún momento.

Era consciente de que había perdido el amor de Erik, pero puede que con el tiempo, cuando sanaran todas sus heridas, él la buscara para entablar una amistad. No podía renunciar al único hombre al que había amado. No podía.

Dos meses más tarde

Enfocó con la cámara a aquella pareja rebotante de felicidad que posaba abrazada en el centro del puente de Segovia. Mónica le indicó al hombre que colocara el brazo alrededor de la cintura, y a la mujer que posara la mano sobre el pecho de su pareja.

—Actuad como si yo no estuviera —les aconsejó.

Con una sonrisa fiel reflejo del amor que profesaba a su futura esposa, el hombre clavó la mirada en aquella mujer con cariño. Aella le brillaron los ojos con una emoción que Mónica conocía de sobra, pues no hacía demasiado, ella misma había mirado de la misma forma a Erik. Las cosas distaban mucho de ser iguales ahora. Hacía meses que no recibía noticias de Erik, salvo la escasa información que Sara le ofrecía de tanto en tanto. Por boca de su amiga, descubrió que el hombre al que amaba se había convertido en un ser amargado y solitario que se encerraba en sí mismo. No superaba la muerte de Roldán, ni comprendía la traición de aquel amigo más parecido a un hermano. Tampoco quería saber nada de Mónica, a la que equiparaba con una realidad demoledora que lo había recibido tras regresar de la muerte. Esto, aunque nadie se lo había dicho a la cara, Mónica lo intuía en el semblante triste de Sara, que siempre maquillaba sus palabras para no hacerle daño. Si decía que Erik se mostraba reservado al respecto, Mónica adivinaba que él la había enviado al infierno. Si murmuraba que Erik le había mandado recuerdos, Mónica sospechaba que le

había gritado que no quería saber nada de aquella completa extraña que decía amarlo.

Su vida, aunque más tranquila que de costumbre, se le antojaba aburrida y agria. Era cierto que ya no tenía que preocuparse de mirar con miedo en cada esquina, ni de temer que aquel maniaco que llevaba años acosándola regresara para hacer de las suyas, pero no podía evitar echar en falta aquello que le fue regalado durante aquellas maravillosas semanas en Sevilla.

Había saboreado las mieles del amor. La parte amable y dulce del romanticismo. La sensación dichosa de ser querida por alguien, sin medidas y con un cariño infinito. Y todo para que el destino se lo hubiera arrebatado

—Con esto ya está. Tengo material de sobra para vuestro reportaje

—informó a la pareja.

—Gracias Mónica. Hemos pasado una tarde estupenda. Estoy deseando ver el resultado de tu trabajo, seguro que no nos decepciona —respondió agradecida la futura novia.

Mónica se despidió de ellos con palpable envidia.

—Os deseo un feliz enlace —estrechó sus manos.

De regreso a casa, recordó que tenía que seguir buscando piso de alquiler. Llevaba unos días viviendo en casa de su madre hasta que encontrase un apartamento más modesto, pues su ático se le antojaba demasiado grande y solitario. . Asu regreso a Madrid, no había dudado en abandonar el trabajo en Musa para establecerse como freelance. Ganaba muchísimo menos, pero era lo que en realidad le gustaba.

Tras lo sucedido, no habría podido regresar a su trabajo en la revista como si nada. Sara lo había comprendido y la había apoyado en todo lo posible.

Por su parte, Mónica era positiva al respecto. Sabía que con sus contactos en el mundo del periodismo, pronto encontraría un trabajo en alguna revista fotográfica. Por el momento, se conformaba realizando colaboraciones esporádicas y empleándose por su cuenta. Ocupando el tiempo en aquello que tanto disfrutaba: fotografiar paisajes, personas y cualquier detalle que llamaba su atención. Capturar la belleza en una imagen perpetua. Vivir sin miedo De regreso al pueblo que la vio nacer, su madre la recibió con los brazos abiertos. No podía creer que aquella hija que se empeñaba en evitarla hubiera decidido pasar tiempo en su casa hasta que se establecía en otra parte. Respecto a los secretos, Mónica no había sido del todo sincera.

¿Para qué?, se preguntaba siempre que la acuciaban las dudas sobre si hacía lo correcto.

La verdad habría desolado a su madre. La habría echo sentir culpable y atroz. Y Mónica lo único que deseaba era olvidar de una vez por todas. Por primera vez en años, podía empezar de cero sin sentir miedo. Con David muerto, sus temores se habían esfumado para siempre. Tan sólo quería restablecer la relación con su madre y ser feliz en la medida de lo posible. Contarle la verdad solo le habría hecho daño. La habría destrozado.

A veces, había cosas que era mejor callar.

Después de todo, no era el momento para sacar a relucir toda la basura que llevaba años enterrando. Siendo muy joven, había asumido una responsabilidad que no le pertenecía: la de proteger a su madre. Joven, inconsciente e ilusa, había cargado con un peso devastador sobre sus hombros. Ahora la vida le había enseñado a pasar página, más aún si su madre iba a casarse con su pareja en un

par de semanas

En ocasiones, la descubría observándola con un gesto dubitativo y preocupado. Solía preguntarle si le ocultaba algo, a lo que su hija respondía con un rotundo *no* y una falsa sonrisa.

—¿Has elegido ya tu vestido? —se interesó—. Los tonos terracotas te sientan muy bien. Serás mi madrina, y quiero que seas la más hermosa de la fiesta.

Parloteaba a todas horas, incapaz de ocultar la felicidad que le producía haber encontrado a un hombre que la amaba sin hacerle daño. Mónica se alegraba por ella. Después de todo, la vida había sido justa con su madre.

—Se supone que no debo ir más guapa que la novia —le guiñó un ojo.

—¡Tonterías! Si tengo una hija tan bonita, quiero presumir de ella —le aseguró su madre.

La abrazó antes de bajar las escaleras para discutir con su pareja sobre la decoración floral de la iglesia.

Cosas de enamorados, pensó con aquella envidia que la acuciaba siempre que contemplaba a una pareja. El amor la perseguía en cada rincón. Si tomaba fotos, descubría que todas capturaban a una pareja rebotante de felicidad. Al parecer, su subconsciente le jugaba malas pasadas.

—Mónica cariño, tienes visita —la informó su madre desde el pie de las escaleras.

Intrigada, bajó las escaleras a toda prisa para encontrarse con Dominique, que lucía tan majestuoso como siempre. La visitaba cada semana aludiendo que la echaba de menos, pero Mónica sabía que Dominique estaba preocupado por ella. Demasiados cambios se habían producido en su ordenada vida para que él no se alarmara.

Había renunciado el trabajo, se había trasladado al pueblo y llevaba una cámara colgada del cuello a todas horas. La mujer sofisticada de negocios que él conocía había dado paso a una Mónica renovada que no huía. Ya no.

No habían vuelto a acostarse. Mónica sabía que jamás podría verlo de la misma forma, y él lo había comprendido sin hacerle recriminaciones absurdas, lo cual era todo un alivio. Su relación había evolucionado hacia una amistad sincera y repleta de cariño.

Sencillamente, no era capaz de sentir interés por ningún otro hombre. Pese a que sabía que mantenía una esperanza ridícula, quería creer que Erik y ella aún tenían una posibilidad.

¿Y si él la recordaba? ¿Y si la buscaba sencillamente porque la necesitaba tanto como ella a él?

—¡Dominique!

Él abrió los brazos para recibirla.

—Ma douce... tan bella como siempre.

—Me ves con buenos ojos —lo besó en la mejilla.

—Sé reconocer la belleza, querida. Por eso me hice artista —respondió, con aquel toque pedante que lo hacía único.

—¿Por qué no damos un paseo? —sugirió, encantada de disfrutar de su compañía—. En esta época, el paseo de los castaños ofrece unas vistas maravillosas.

—Así podré darte una buena noticia —aceptó.

Se agarró al brazo que él le ofrecía y emprendieron el camino pisando el manto de hojas de color ocre. Tonos verdes, marrones apagados y anaranjados se daban cita en un otoño que desnudaba los árboles poco a poco.

—Ah... el pueblo. Tan pintoresco... tan encantador... —el desdén de su

voz la hizo reír.

—Para ser un artista, tienes muy poco apego por todo lo que te rodea

—lo censuró.

—Lo mío son los retratos, ya lo sabes.

—Pues a mí me parece un lugar perfecto para perderse —determinó encantada.

Perderse, justo lo ella había ido a hacer allí. Se decía que para encontrarse a uno mismo, primero había que perderse, ¿No?

—¿Recuerdas el tipo del que te hablé? ¿El mismo para el que realizaste aquel trabajo puntual fotografiando expresiones humanas contra el maltrato animal?

—Claro que sí. Ese reportaje fotográfico fue un caramelo —rememoró satisfecha—. Lo necesitaba para confiar en mis posibilidades,

—Bueno, pues él piensa lo mismo.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó sin entender.

Dominique se detuvo para darle la buena noticia.

—Quiere contratarte, Mónica —la sorprendió—. Uno de sus fotógrafos se ha jubilado, y está buscando a alguien joven que se comprometa con su revista independiente. En cuanto vio tu trabajo, quedó maravillado. Eres justo lo que necesita, esas fueron sus palabras exactas.

—¿Estás bromeando? —preguntó sin dar crédito.

Aquella era la oportunidad que llevaba meses buscando.

—Espera tu respuesta, Mónica. En cuanto digas que sí, podrás empezar a trabajar.

Mónica no pudo disimular su alegría.

—Oh... Dios...

Se llevó las manos al rostro, maravillada. Entonces, Dominique se puso

serio para contarle aquello que sabía que ella no recibiría de buen grado.

—Es en Dublín.

La expresión de Mónica cambió, del entusiasmo inicial a la incertidumbre que la embargó. Dominique comprendió lo que callaba, y se esforzó en hacerla cambiar de parecer.

—¿Acaso hay algo que te ate a este lugar? —trató de hacerle ver—. Necesitas pasar página, ma belle. No puedes permanecer estancada en este país, esperando a un hombre que no te busca.

—Lo sé... es sólo que...

—Todavía mantienes la esperanza —concluyó él.

Lo molestaba que Mónica bebiera los vientos por un hombre que no demostraba ningún tipo de aprecio hacia ella. Su amiga era una mujer todoterreno que podría tener al hombre que quisiera a su lado, sin embargo, estaba empeñada en esperar al tipo equivocado. O eso creía él.

—¿Tú nunca te has enamorado?

Dominique hizo una mueca.

—El amor es para los bobos.

—Tienes una sensibilidad exquisita para ser un amante del arte

—masculló irritada

Dominique bostezó

—Prefiero preocuparme por la salud mental de mi amiga —apretó el pulgar contra su frente—. No quieres ser la loca del muelle de San Blas, ¿Verdad?

—Sólo es una canción, Dominique —respondió abochornada—. ¿Tan ridícula te resulto?

—No eres ridícula, Mónica —respondió asombrado—. Eres una mujer

fuerte, independiente y capaz de afrontar cualquier reto que se proponga. Por eso quiero que pases página de una maldita vez. Han pasado dos meses. Él no va a buscarte, ma douce. No quiero ser cruel, pero se supone que los amigos tienen que ser honestos.

Puede que él tuviera razón y que lo único que Mónica necesitaba era un golpe de atención, pero maldita sea, dolía. Dolía muchísimo.

—Dile que acepto —susurró al fin.

Domique la estrechó entre sus brazos

—No te arrepentirás. La vida está llena de oportunidades y ahora es tu momento de aprovecharlas.

Mónica asintió recelosa. Entonces, ¿Por qué tenía la impresión de haber renunciado a la única que le importaba?

Era un hombre obstinado y orgulloso. Se conocía a sí mismo lo suficiente para saber que se estaba comportando injustamente con las personas que se preocupaban por él. Martina, a la que había tratado como una sicaria, no le dirigía la palabra desde su última discusión. Su madre, a la que trataba con mayor tacto debido a su enfermedad, le recalca que debía cambiar su actitud. Sara, que lo atosigaba con sus continuas visitas como si se tratara de un niño pequeño, lo había dejado por imposible.

En el trabajo le habían concedido una excedencia, que más que excedencia eran unas vacaciones debido a su estado de irritabilidad. Todos se empeñaban en tratarlo como un idiota, y él se afanaba en comportarse como tal.

Aún se sentía demasiado desconcertado para hacer frente a la realidad en la que había despertado. Roldán estaba muerto, y debido a su amnesia, Erik no había podido despedirse de su maestro como era

debido. Gonzalo había resultado ser un asesino perturbado, verdad a la que todavía no daba crédito. El último recuerdo que tenía de él era el de unas cañas en La Sureña. ¿Y se suponía que su amigo lo había odiado lo suficiente para matarlo?

Y luego estaba la rubia. No sabía por qué, pero no podía quitársela de la cabeza. Aquel hecho lo irritaba hasta límites insospechados, pues no comprendía la razón de que una completa desconocida ejerciera tanto poder en su subconsciente. Y en su polla.

Se sentía vulnerable la mayor parte del tiempo, sentimiento que enmascaraba bajo un humor huraño y un comportamiento frío. Sara, que adivinaba sus verdaderos sentimientos, recalcaba que la única forma de ordenar sus ideas era telefonar a Mónica para preguntarle todas aquellas cosas que se moría por saber.

—¿Por qué no la llamas, estúpido? ¿Acaso crees que va a tirarse a tus brazos a la menor oportunidad? Pues no la conoces en absoluto.

Porque tengo miedo, se guardaba para sí.

Miedo de que una mujer como aquella hubiera poseído tanto poder sobre él. ¿Se había convertido en un monigote que corría tras sus faldas? ¡Maldita fuera!

Necesitaba volver a trabajar para emplear su tiempo en algo productivo. Por desgracia, tras la suspensión —hecho del que todavía no se había recuperado de la impresión cuando se lo habían contado— llegó aquella excedencia forzosa.

Su jefe se mostraba tajante al respecto: "Estuvo muerto, Rodríguez. Váyase a hacer puñetas y no aparezca por la comisaría en varios meses. Necesita ordenar sus ideas y asimilar todo lo que ha sucedido. No hay nada más que hablar".

Al infierno con todos.

Agarró la foto que Sara le había hecho llegar de parte de Mónica y la guardó en el cajón de su mesita de noche. Ni siquiera comprendía por qué la guardaba. Lo más sensato sería arrojarla a la basura, pero siempre se echaba hacia atrás. Había algo en aquella foto... en aquella condenada mujer...

En realidad, nunca le habían gustado las fotos. Sentía que ponía cara de panoli cuando un fotógrafo se empeñaba en fotografiar su perfil bueno. Así que Mónica había obrado un milagro para que él se atreviera a posar para ella sin sentir un ápice de pudor, tal y como reflejaba su expresión en aquella fotografía.

Decidió hacerle una visita a su madre porque empeoraba por momentos. Erik sufría de impotencia al no poder ayudarla, y consolaba en vano a su hermano, que no comprendía por qué su madre tenía que morir. Su madre era una mujer extraordinariamente fuerte que no temía a la muerte. Solía decir que había vivido una existencia plena y feliz, con dos hijos maravillosos y dos buenos hombres a los que amar. Daba gracias por todo lo que la vida le había ofrecido, y jamás experimentaba un sentimiento de rencor hacia el Dios en el que creía. Durante aquellos dos meses, bromeaba respecto a su estado de ánimo. "He debido de ser muy buena contigo para que sea la única que merece tu sonrisa", lo reprendía de buen humor. Entonces añadía "cuando te des cuenta de todos los errores que has cometido, tendrás que pedir perdón a mucha gente. Ojalá que esa preciosa mujer te perdone si llegas demasiado tarde".

"Eso no sucederá, mamá. Lamento defraudarte, pero no albergo sentimientos hacia ella. Las cosas son así", solía responderle él. Ante aquella respuesta tan descorazonadora, su madre le dedicaba una sonrisa enigmática.

Aquel día, no fue su madre quien le abrió la puerta como de costumbre. Solían almorzar todos los días juntos para expresar el tiempo al máximo. Erik la besaba a todas horas porque necesitaba paliar todas las veces que no lo había hecho. Salía de aquella casa cada día con el temor de que a la mañana siguiente, su madre no lo recibiera como de costumbre.

Hasta ese día.

Con el gesto repleto de pesar, no fue necesario que X le diera la mala noticia.

—¿Cuándo? —logró encontrar su voz.

—Hace unos minutos. La ambulancia aún no ha llegado —intentó detenerlo para evitar que tuviera que encontrarse con el cuerpo sin vida—. Sucedió tal y como ella quería. Sin sufrir. Erik, mírame.

A duras penas, Erik logró contener las lágrimas.

—A ella le hubiera gustado...

—Ya sé lo que le hubiera gustado —lo interrumpió, con el corazón destrozado—. Pero no está aquí... no está...

Mónica adivinó que Sara le traía malas noticias en cuanto la vio llegar. Estaba cenando con Dominique en el porche de la casa cuando Sara y Héctor, acompañados por aquella criatura rosada y rechoncha, bajaron del coche y se dirigieron hacia ellos.

—¡Cuánto me alegro de veros! —*los saludó* entusiasmada.

Se fundió en un cálido abrazo con su amiga, y luego se dirigió a Héctor para saludarlo. Sara y su marido hacían una pareja excepcional. Él la miraba con tanto amor que producía envidia en aquellos que los observaban.

—Espero que la estés tratando bien —le advirtió en broma—. Te la llevaste demasiado lejos de mí.

Héctor contempló a su mujer con orgullo.

—Es ella quien lleva puestos los pantalones, yo sólo obedezco —respondió con tono angelical.

Sara puso los ojos en blanco. Mónica estiró los brazos para acoger a la pequeña Laura, que era tan morena como sus padres. Había heredado los ojos verdes de Héctor, y la boca carnosa de su madre. Cuando creciera, aquella niña sería el centro de todas las miradas. Héctor, que temía aquel momento, murmuraba entre dientes que la encerraría antes de que alguien le pusiera una mano encima a su pequeña. Tenía que protegerla de los buitres, solía decir.

—Ssshhh... —calmó a la pequeña cuando esta comenzó a quejarse—. Tendrás que disculpar mi falta de costumbre.

—No se te da tan mal —le aseguró su amiga, pese a que la niña

comenzó a llorar con una fuerza descomunal.

Mesiéndola sin saber cómo calmarla, Mónica comenzó a impacientarse mientras Dominique se echaba a reír sólo para irritarla.

—Vaya, ha salido a su madre —se quejó.

Sara la fulminó con la mirada, y la carcajada de Héctor le concedió la razón. Al final, logró calmar a la niña sosteniéndola de manera que no perdiera detalle de los rostros que había a su alrededor. Aquella mocosa era tan curiosa como su madre.

—¿A qué estás esperando? Dispara —le ordenó impaciente.

Su amiga suspiró.

—La madre de Erik falleció esta mañana. Supuse que querías saberlo. Ella solía hablar de ti con mucho cariño.

El semblante de Mónica se ensombreció. De manera automática, pensó en Erik y supuso que él se encontraría derrotado. Adoraba a su madre y la idea de perderla lo había aterrorizado.

—Pobre Erik... imagino cómo debe sentirse —lamentó encontrarse a tantos kilómetros de distancia, pese a que él no le había concedido otra opción—. Creo que no debería asistir al funeral. Erik no quiere verme, e imponerle mi presencia en un momento tan íntimo y duro...

—Trini me dijo que quería que estuvieses allí —la sorprendió Sara—. Me resultó muy incómodo hablar del tema, pero fue ella quien lo sacó en un momento que nos quedamos a solas. Dijo que lo hicieras por ella.

Mónica suspiró.

—No es justo. Negar la última voluntad de un difunto...

—¿Qué es lo que te dicta tu corazón?

Mónica sabía lo que le dictaba su corazón. No obstante, ¿Sería capaz de no derrumbarse cuando volviera a reencontrarse con Erik?

Consolando a su hermano, mostró una entereza que no poseía por dentro. La visión del ataúd de madera consiguió turbarlo. Jamás volvería a ver a su madre, y no había consuelo que lo preparase para tal realidad. En un corto plazo de tiempo, había perdido a tres personas muy importantes para él. Roldán, Gonzalo y su madre. Pese a la rabia que sentía, lamentaba la pérdida de Gonzalo y había optado por no recordarlo con rencor. Habría sido más difícil, y sencillamente prefería quedarse con los buenos momentos que habían vivido juntos. Martina depositó un beso en su mejilla para transmitirle el pésame. Azorado, la retuvo para disculparse con su amiga.

—Martina, siento mi comportamiento y ...

Ella le apretó el brazo con cariño.

—No seas tonto, Erik. He venido porque soy tu amiga. No hay ningún problema entre nosotros, a no ser que tú pienses lo contrario.

—Por supuesto que no —respondió, aliviado de recuperar a su amiga y compañera.

—Bien —se alegró ella.

Con un gesto de cabeza, señaló hacia la entrada de la iglesia, donde una mujer rubia permanecía rezagada y con la cabeza gacha. Había viajado desde Sevilla a Madrid para ofrecerle su último adiós a su madre, pero no quería colocar a Erik en una posición comprometida. Temiendo su posible rechazo, no hizo notar su presencia para no incomodarlo.

Erik la reconoció de inmediato. Aquel porte, aquel cabello dorado y brillante, la elegancia innata. Algo poderoso se removió en su interior. Tragando con dificultad, logró despegar los ojos de aquella mujer para devolverlos hacia Martina, que esbozaba una media sonrisa.

—¿A qué estás esperando? —lo animó—. No la pierdas otra vez. Impulsado por una fuerza que no sabía a qué respondía, Erik sorteó a la gente que trataba de ofrecerle el pésame y se dirigió hacia Mónica, que acababa de salir de la iglesia para dirigirse hacia el taxi. Sofocado, gritó su nombre. Ella no lo oyó, pues se encontraba demasiado lejos. Corrió tras ella y volvió a llamarla. Necesitaba hablar con aquella mujer. Tenía demasiadas preguntas que formularle. Por el amor de Dios, sin ser consciente la había echado de menos.

—¡Mónica, espera! —le pidió desesperado.

Sus palabras quedaron silenciadas por el interior del taxi. Sin percatarse de que él la buscaba, Mónica le pidió al taxista que arrancara el coche. Erik corrió, saltó y le hizo una señal con las manos, pero aquel día ella no miró atrás.

—¡Joder! —gruñó, pateando una piedra que había sobre el asfalto.

En ocasiones como aquella se sentía más solo que de costumbre. La falta de su madre dolía, pero había una ausencia que no comprendía y que le producía un profundo desasosiego en el alma.

¿Cómo se podía echar de menos aquello que no se recordaba?

A veces, se sorprendía a sí mismo en mitad de la noche agarrando aquella foto que ella le había tomado. Malhumorado, volvía a guardarla en el interior del cajón y trataba de olvidar el tema.

Sal de mi cabeza, ordenaba furioso.

Lo único que necesitaba era estar solo, ¿No?

Cerró los ojos y trató de conciliar el sueño. Apenas dormía, estaba constantemente de un humor de perros y no le apetecía hacer nada. Si al menos trabajase para mantener la mente ocupada...

Por su mente, vagaron imágenes sin sentido cuando se quedó

dormido. La de una barca sobre el agua, el sonido de una risa femenina y una boca recorriendo un cuello esbelto. Aferró las uñas y esbozó una mueca de dolor. Su cerebro estaba colapsado por imágenes que no sabía descifrar.

Palabras sueltas. Escenas de sexo desenfrenado. Pasión incombustible.

Te deseo como nunca antes he deseado a otra mujer. Las cosas dejaron de ser lógicas o simples cuando tú llegaste a mi vida, pero me da igual.

Erik se retorció en la cama.

Pídemelo que te toque y no pararé de hacerlo...

Su frente estaba perlada de sudor a causa del esfuerzo.

Regresa a mí, Erik. Regresa a mí...

Erik abrió los ojos de par en par. Respirando con dificultad, se dobló por la mitad y gritó:

—¡Mónica!

Porque lo recordaba todo. Absolutamente todo.

La boda de su madre se había convertido en una auténtica verbena. En el momento que la orquesta tocó Paquito el chocolatero, supo que era el instante de retirarse discretamente. Con los zapatos de tacón en la mano, caminó sobre las hojas en dirección al puente de piedra edificado sobre un precioso lago que confería al paisaje un aspecto de cuento de hadas.

Sólo que su vida, de cuento de hadas, tenía más bien poco.

—¿Dónde está mi final feliz? —musitó, arrojando una piedra al agua.

La piedra se hundió hasta el fondo, al igual que sus esperanzas.

No pudo evitar un paralelismo muy doloroso. En un lugar muy parecido, había compartido un momento maravilloso con Erik. Al menos, le quedaría el bonito recuerdo.

Tal vez en Dublín, respondió para sí aquella pregunta.

En un par de días, tomaría un avión y se despediría de España. Dejaría atrás los recuerdos, los quizás y las esperanzas para comenzar una nueva vida. Al fin y al cabo, Dominique tenía razón. Erik la había olvidado y no pretendía recordarla. Que cada uno hiciera su vida o lo intentara en la medida de lo posible era lo más razonable, ¿No?

Sí, era razonable, al igual que un verdadero asco.

Apoyó las manos sobre el puente y suspiró. Incluso podía escuchar la melodía de aquella canción. Parecía que Ellie Goulding sólo cantaba para fastidiarla.

*You're the light, you're the night
You're the color of my blood
You're the cure, you're the pain
You're the only thing I wanna touch
Never knew that it could mean so much, so much
/Eres la luz, eres la noche
Eres el color de mi sangre
Eres la cura, eres el dolor
Eres la única cosa que quiero tocar
Nunca supe que podía significar tanto, tanto.../*

Se borró una lágrima traicionera que discurrió por su mejilla. Cerró los ojos con tanta fuerza que se hizo daño. Entonces, a su espalda, sintió una presencia delatada por una ramita que se quebraba bajo la suela de unos zapatos masculinos. Una voz masculina comenzó a cantar, cada vez más cerca:

—You're the fear... I don't care... Cause I've never been so high... Follow me to the dark... Let me take you past our satellites ...You can see the world you brought to life, to life...

Mónica reconoció aquella voz antes de darse la vuelta para encontrarse con Erik. Frente a ella, con voz temblorosa, él no cesaba de cantar su canción. Mónica parpadeó alucinada, sin creer del todo que él estuviera allí. Cantando. Por y para ella.

—¿Qué...?

Erik no pudo disimular su nerviosismo, pues Mónica tenía todo el derecho del mundo a rechazarlo tras haberse comportado como un imbécil. Dejó de cantar, pero la música siguió sonando a lo lejos. Todos los invitados comenzaron a cuchichear. Sara, Héctor y su madre los

observaron complacidos.

—Una vez me dijiste que toda historia de amor debía tener su propia banda sonora —le recordó emocionado—. Si todavía sientes algo por mí, entonces esta es la nuestra.

Avanzó hacia ella con paso vacilante.

—Te dije que el tiempo contigo jamás sería tiempo perdido. No mentí —esbozó una sonrisa repleta de sincero temor ante su posible rechazo—. Porque te quiero.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó ella en un susurro.

—Cada minuto, cada segundo... absolutamente todo. Puede que durante un tiempo los recuerdos no estuvieran aquí —dijo, señalándose la frente—; pero siempre permanecieron donde debían estar.

La mano señaló el centro de su pecho, sobre el corazón.

—Me culparé a mí mismo toda la vida por no haber reconocido a la mujer de la que estoy perdidamente enamorado —le aseguró con pesar, y a ella no le cupo duda de que hablaba en serio—. Pero hoy estoy aquí, pidiéndote una segunda oportunidad, porque quiero construir nuevos recuerdos a tu lado. Vuelve a mí.

Casi se lo suplicó. Mónica, parada a escasos metros de él, logró encontrar su voz.

—Pasado mañana me voy a Dublín. ¿Pretendes que renuncie al trabajo de mis sueños por un futuro incierto a tu lado?

Erik esbozó una mueca indecisa que a Mónica le resultó la expresión más tierna del mundo. Había ido a buscarla para pedirle una segunda oportunidad, a sabiendas de que ella podía rechazarlo.

—Sí —admitió esperanzado—. Sé que no tengo ningún derecho...

Mónica no lo dejó concluir. Corriendo hacia él, se echó a sus brazos y

lo besó como llevaba meses deseando. Erik la apretó por la cintura porque no tenía la intención de volver a dejarla escapar.

—Trabajos hay muchos, pero sólo existe un hombre como tú.

Erik la estrechó más fuerte.

—Dios, qué suerte tengo —comentó maravillado.

Asu alrededor, la gente aplaudió y Sara comenzó a llorar, abrazada a su marido. Por fin la vida había sido justa con su amiga. Aquellos dos, vaticinó muy segura, les esperaba una relación repleta de amor, oportunidades y mucha pasión.

Cogiéndolo de las solapas de la camisa, Mónica lo atrajo hacia su rostro para decirle algo que sólo ellos pudieran escuchar.

—No vuelvas a cantar en público nunca más, lo digo muy en serio —le ordenó avergonzada. Él se echó a reír. Los ojos de Mónica llamaron con una mezcla de furia y amor incondicional—. Y por lo que más quieras, jamás vuelvas a olvidarte de mí.

—El médico dice que soy incapaz de recordar las discusiones... pero que la mejor cura para mi estado son las emociones fuertes y placenteras. ¿Se te ocurre alguna forma?

Mónica soltó una carcajada. Él le mordió el labio inferior, imaginando la de cosas que harían en cuanto se quedaran a solas.

—Erik, nos está mirando todo el mundo....

—Pues que miren —concluyó.

Y la besó.

EPÍLOGO

Dos meses más tarde

—Tiene Derecho a guardar silencio no declarando si no quiere; a no contestar alguna o algunas de las preguntas que le formulen, o manifestar que sólo declarará ante el Juez

—Uhm...

Aquellas manos fuertes aferraron las suyas, inmovilizándola por completo.

— Tiene derecho a no declarar contra sí mismo y a no confesarse culpable.

—Ajá...

Una de las manos que la sostenía se deslizó peligrosamente hacia la curva de su cintura. Ella emitió un jadeo que a él lo satisfizo en lo más profundo de su orgullo.

—Tiene Derecho a designar un abogado y a solicitar su presencia para que asista a las diligencias. Si no tiene un abogado , se le designará uno de oficio.

Los dedos, cálidos y hábiles, le recorrieron la columna vertebral. Ella percibió aquel conocido calor que la embargaba siempre que él la tocaba. Sabía dónde hacerlo, en eso era todo un expertos.

—Lo voy pillando... —musitó con voz ahogada.

—Señorita —la sermoneó, apretando el bulto de su entrepierna contra sus nalgas—. Aquí soy yo quien hace las preguntas. Usted permanezca callada.

—¿No hay algún tipo de derecho sobre...?

—No —determinó, con una voz ronca que lo traicionó.

La boca de Erik se posó sobre su nuca. Arrastró los labios por su piel, ofreciéndole una caricia lenta y cálida que envió una sensación eléctrica y apremiante a su bajo vientre. Mónica entrecerró los ojos y respiró con dificultad.

Dios... podía acostumbrarse a aquello todas las mañanas del resto de su vida. Despertar con el cuerpo de Erik inmovilizándola tras aquel juego seductor era tan sensual...

—Esto... es abuso policial.

Percibió la sonrisa que se ladeaba sobre su piel.

—¿Sí? —la contradijo él, encantado de como el cuerpo de ella respondía espontáneo a sus caricias—. Puedo mostrarte lo que es abuso policial.

Mónica arqueó la pelvis para buscarlo.

—Está jugando con fuego, agente.

Él hundió la cabeza en su pelo y aspiró su olor. Madre mía, aquella mujer siempre olía de maravilla. Apeado y dulce. Un bocado al que hincarle el diente antes de dedicarse a sus obligaciones.

—Contigo siempre me quemó, rubia.

Ella ahogó una risa contra la almohada.

—¡Eh! —protestó él.

Le hizo cosquillas justo donde sabía que sus manos obraban el milagro. Mónica se retorció, riendo a carcajadas. Enrolló las piernas alrededor de su cintura y le mordió el hombro, provocándole una mezcla de dolor y placer.

—Auch...

Él fingió una mueca dolorida.

—Pero subinspector... qué pensarían sus compañeros de usted si lo vieran lloriqueando.

—Tendrás que guardarme el secreto.

Ella lo meditó en broma.

—¿Qué me das a cambio?

—Eso que tanto te gusta de mí.

Mónica lo contempló con inocencia.

—¿Me harás esas tostadas francesas que tanto me gustan y me las llevarás durante una semana a la cama?

—¡Mónica! —exclamó abochornado.

Ella se rio.

—¿Qué?

Erik sacudió la cabeza. Los ojos le brillaban, risueños. Era extraño, pues nunca había sido tan feliz. En un momento de su vida en el que se había sentido tan perdido, a veces volvía a sobrecogerlo la nostalgia. O la tristeza. La pérdida de su madre y la de Roldán había sido un duro golpe para él. La traición de Gonzalo no la había superado. Pero con Mónica, todo era pasional y excitante. Tal vez, todo era como siempre debía haber sido.

Tan sólo echaba en falta a su madre y a Roldán para que pudieran compartir su felicidad. Las sensaciones que Mónica provocaba en él sin ni siquiera preverlo. Aquella mujer era maravillosa. Y suya.

—No es justo. Sabes lo que provocas en mí —dijo avergonzado, pero con una sinceridad aplastante—. Estoy en desventaja.

—Anda tonto... cállate y bésame.

Enroscó las manos alrededor de su cuello y lo atrajo hacia sí. Sus labios se rozaron.

—No puedo. Tengo que ir a trabajar. Si empiezo, no querré parar.

—Pero yo necesito algo de lo que alardear con mis compañeras de trabajo —insistió ella.

Erik abrió los ojos como platos.

—¿Cómo?

Mónica le acarició el pecho desnudo con un dedo.

—Antes no tenía muchas cosas de las que alardear... —lo miró fascinada. Tan enamorada —y de verdad—, que a él se le hinchó el pecho con una sensación deliciosa—. Pero ahora...

—Tú... no hablas con tus amigas de lo que hacemos... uhm... ya sabes... en la cama....., ¿No?

La timidez de su expresión la hizo sonreír.

—Tranquilo, te dejo en buen lugar.

—¡Serás!

Ella se echó a reír. Él le soltó un pequeño mordisco en la barbilla.

—Con que me dejas en buen lugar...

—Por méritos propios, subinspector —lo halagó, dedicándole una mirada pícaro—. Pero tendrás que seguir ganándote mis halagos. Tal vez la pasión se esfume dentro de un tiempo y tú dejes de dar la talla. Erik tuvo un súbito ataque de tos. Mónica se mordió el labio inferior, aguantándose la risa. Tan sólo pretendía incordiarlo un poco, pues estaba segura de que la fogosidad de Erik sería interminable.

—Brrr... me esforzaré mujer, te lo aseguro —prometió indignado—. No quiero ser la comidilla de un puñado de mujeres que hablen sobre la falta de virilidad de mi p...

Mónica lo calló con un beso. Intenso, arrollador y caliente. Erik frunció el ceño, un tanto irritado por ser el blanco de sus burlas. Pero a los pocos segundos, sucumbió a aquel beso y se tumbó encima suya. Una de sus manos no pudo resistir la tentación de acariciar el interior del

muslo de ella. Una risita nerviosa, de anticipación, le comunicó a Mónica lo que estaba a punto de suceder entre ellos.

El sonido del teléfono de él los separó. No era la primera vez que sucedía, así que Mónica ya estaba acostumbrada. Con un asentimiento, le indicó que contestara mientras él le dedicaba una mirada de disculpa. Erik tensó la mandíbula en cuanto le comunicaron lo sucedido.

—Tengo que irme.

Se vistió a toda prisa. Recostada en la cama, Mónica lo contempló embelesada. Él le dedicó una mirada fugaz antes de abrir la puerta del dormitorio para marcharse a atender sus obligaciones.

El cuerpo de la ley, pensó ella. ¡Pero qué cuerpo!

—Esta noche terminaremos lo que hemos empezado —le aseguró él, con un brillo intenso en los ojos.

Mónica le lanzó un beso.

—Cuídate —le pidió.

—Siempre —la tranquilizó él, guiñándole un ojo.

En ese instante, supo que el miedo jamás la abandonaría. Siempre tendría que lidiar con el trabajo de Erik, peligroso y absorbente. Pero se había enamorado de él con todas sus consecuencias.

Atrapó el pomo de la puerta y sonrió de aquella manera que la volvía loca.

—Oye, respecto a mi virilidad y los comentarios de tus amigas...

Ella se echó a reír.

—Anda, vete.

Remoloneó en las sábanas durante algunos minutos más. Cada

mañana, disfrutaba de la placentera sensación de no verse obligada a madrugar. Durante años, se había sumido en una rutina asfixiante que la convertía en una persona normal, o eso se había hecho creer a sí misma. En aquel momento, sin embargo, volaba por libre mientras esperaba que la vida le deparase una nueva oportunidad laboral. No se rendía, aunque en ocasiones se sentía un tanto decepcionada. Quería encauzar su trayectoria profesional hacia la fotografía, pero aún no le había llegado la oferta que andaba buscando. Mientras tanto, tiraba de sus ahorros. Había sido una mujer previsora, así que poseía una holgada colchoneta que le permitiría vivir sin preocupaciones durante los próximos dos años. Erik le había asegurado que no era necesario que compartiesen los gastos, pero Mónica no estaba dispuesta a dejarlo todo en manos de él. Por primera vez, su vida le pertenecía. Encontraría un trabajo. Uno que le gustara de verdad. Y puede que algún día se atreviera a pedirle matrimonio a Erik. Sí, no esperaba a que él diera el primer paso. Quería ser ella quien deslizara el anillo por su dedo anular. Romántico o no, no era de las que pensaba que la mujer jamás debía dar el primer paso. Sobre todo, si había encontrado a un hombre por el que merecía la pena atreverse. Actuar. Vivir.

Pensó en la cara que pondría Erik el día que ella lo sorprendiera con un anillo de compromiso. Seguro que diría que eso era cosa de hombres sólo para mortificarla. De todos modos, Mónica estuvo muy segura de cuál sería su respuesta. Ahora, sólo tenía que reunir valor para tomar aquella decisión que se le antojaba irremediable. Se echó el bolso al hombro y salió al aire otoñal de aquella ciudad. A diferencia del verano, con su odioso y asfixiante calor, el otoño le resultaba una estación preciosa. Hacía una temperatura perfecta para

caminar con un sencillo cardigan, y el paisaje de ramas desnudas y tonos acres le resultaba precioso. Mientras se dirigía hacia el supermercado, cogió la cámara que siempre llevaba colgada del cuello y se dedicó a tomar fotos de aquello que llamaba su atención.

En el supermercado saludó a todo el mundo. En poco tiempo, se había familiarizado con todo lo que la rodeaba. Su familia política, compuesta por el hermano de Erik y su padrastro la trataban de manera acogedora y cariñosa. Su amiga Sara había convencido a su marido para pasar una larga temporada en la ciudad, así que Mónica disfrutaba de su compañía cuando el trabajo se lo permitía. Incluso su relación con Martina había mejorado. La chica, que había conseguido pasar página respecto a Erik, la trataba con cordialidad y se alegraba sinceramente de que su amigo fuera feliz al lado de una mujer que lo amaba de una forma irrefutable.

Dominique se había enfadado un poco por haber rechazado la oferta de trasladarse a Dublín, pero Mónica se había mostrado tajante al respecto. Su vida —y estaba muy segura de ello—, no estaba en Dublín, sino en Sevilla. Ahora que había encontrado lo que llevaba tantos años buscando, no estaba dispuesta a soltarlo por un simple trabajo. "No te reconozco, ma belle" comentó enfurruñado antes de marcharse. "Entonces algo estoy haciendo bien" respondió ella.

Al cabo de unas semanas, Dominique la había visitado y había estudiado a Erik con una mezcla de desconfianza y acusación. Culpaba al policía del fracaso laboral de Mónica y no lo disimulaba. Tan sólo fue necesario que Erik dejase a un lado su orgullo —después de que Mónica le insistiera sobre lo importante que Dominique era para ella—, para que convenciera a Dominique de que no era tan mal partido como pensaba.

Unas cañas en La Sureña, risas y el compadreo de los dos hicieron el resto. Al día siguiente, Dominique le dio un abrazo antes de marcharse hacia París y le dijo que estaba encantado de que disfrutara de una vida tranquila junto a un hombre que la quería de verdad.

Cargada como una mula con las bolsas de la compra, regresó al apartamento sintiéndose cada vez más fuerte. No tenía nada que ver con los kilos que había engordado, y que según Erik le sentaban de escándalo. Había tenido que hacerlo, más por él que por ella misma. No soportaba que Erik la observara preocupado cuando ella medía cada cucharada que se llevaba a la boca. Las sesiones con Marta, su nueva psicóloga, habían aumentado la confianza en sí misma. Ahora mostraba un cuerpo más saludable. Esbelto como siempre, pero con unas curvas sanas que parecían enloquecer a Erik.

—¡Eh!

Aquella voz conocida hizo que se detuviera. Se dio la vuelta para encontrarse con Sara, que caminaba deprisa empujando el carrito de bebé de la pequeña Laura.

—¿No deberías estar en la revista?

—Privilegios de ser la jefa —le guiñó un ojo—. Me dirigía a tu casa.

—Bueno, pues aquí me tienes.

Sara le arrebató una de las bolsas y la cargó sin dificultad mientras empujaba el carro. Mónica la contempló asombrada. Su amiga era una mujer extraordinariamente fuerte, de eso no cabía la menor duda.

—Un amigo de mis tíos va a jubilarse dentro de un par de años. Tiene un estudio fotográfico y está buscando a alguien a quien traspasarle el negocio. Pero no quiere a cualquiera. Busca a alguien joven, tenaz y con ganas de aprender para que trabaje codo con codo junto a él hasta que se jubile —le dedicó una mirada cómplice—. ¿Conoces a

alguien que encaje con el perfil?

Mónica dio gracias por tener amigos tan maravillosos.

—Se me ocurre una persona que tiene muchas ganas de que le den una oportunidad

Los días pasaron deprisa sin que se diera cuenta de ello. El otoño dio paso al invierno, y con el invierno llegó la navidad. Una época que siempre había detestado se convirtió de repente en una fiesta maravillosa para romper de una vez por todas con su pasado. Habían acordado pasar el día 24 con su madre, mientras que celebrarían el año nuevo en Sevilla acompañados por la familia de Erik. Las cosas, por primera vez, pintaban muy bien.

No podía estar más satisfecha con su nuevo trabajo. Su jefe, un hombre mayor pero con una mente muy avanzada para su edad, le permitía dar rienda suelta a su creatividad. Parecía satisfecho de contar con la ayuda de aquella mujer joven que se mostraba ansiosa por aprender de su experiencia. Mónica no le importaba hacer horas extras, ni llevarse parte del trabajo a casa. Se empleaba al máximo en cualquier proyecto que él le confiaba porque de verdad disfrutaba al dedicarse a su verdadera vocación.

Respecto a Erik... bueno, él no dejaba de sorprenderla. A veces se presentaba en su trabajo sin avisar para recogerla tras la jornada e invitarla a uno de aquellos restaurantes escondidos en un bonito rincón de la ciudad. Otras, la agasajaba con una escapada en moto hacia alguna playa recóndita donde dar rienda suelta a su pasión. O la sorprendía con un ramo de sus flores

el colchón, acompañado por una tarjeta escrita a mano con una de aquellas notas tan descaradas que conseguían ruborizarla. Era

perfecto. Sencillamente perfecto.

El tiempo la había ayudado a conocerlo. Poseían ciertas similitudes, como las de llevarse el trabajo a casa y permitir que el otro los sermoneara. Al igual que ella, Erik siempre mantenía la cabeza ocupada con temas relacionados con su trabajo. Así que se distraían mutuamente, ¡Y de qué manera!

Se pelearon por colgar la estrella en el árbol de navidad, un precioso abeto de dos metros con las puntas nevadas. Ambos habían optado por aquel árbol enorme, quizá porque estaban contentos y no podían ni querían disimular la felicidad que les producía pasar las primeras navidades juntos.

—Tú has puesto al niño Jesús en el portal de belén —le recordó él, dispuesto a salirse con la suya.

Mónica agarró la estrella dorada con codicia.

—Y tú al muñeco cagón —le reprochó.

Erik suspiró.

—De acuerdo, pero seré yo quien cuelgue la corona de navidad en la puerta —decidió molesto.

Con una sonrisa de triunfo, Mónica se colocó de puntillas para colocar la estrella en la cima del árbol. Erik se burló de ella al ver que no llegaba, pero al final la ayudó aupándola del trasero. Al hacerlo, palpó la cajita cuadrada que ella guardaba en el interior del bolsillo trasero del pantalón.

—¿Qué llevas ahí?

Mónica se sonrojó. Ahora que lo pensaba, se sentía como una idiota. No había podido evitarlo al pasar por aquella joyería. La alianza de oro blanco, elegante y sencilla, había captado su atención como por arte de magia. Se mordisqueó el labio inferior, y se llevó una mano al

bolsillo, deslizando los dedos por la cajita que guardaba el anillo de compromiso que guardaba para Erik.

—¿Me has comprado un regalo? —preguntó entusiasmado.

Parecía un niño pequeño esperando la llegada de Papá Noel. A Mónica le tembló la sonrisa, pero logró asentir. Él le decía que sí. Por supuesto que le decía que sí. De lo contrario, lo estrangularía con la corona de navidad y fingiría que había sido un suicidio.

—Algo así.

—¿Algo así? —inquirió curioso—. Aún no es navidad, te me has adelanto.

Mónica se encogió de hombros.

—Mi regalo será tu respuesta.

Erik frunció el ceño, sin entender aquel juego.

—Cualquier cosa que venga de ti me gustará, ya lo sabes.

—Vaya... eso es un alivio —musitó nerviosa, sacando la caja de terciopelo de su bolsillo.

Erik la contempló intrigado. Con el rostro sonrojado, Mónica abrió la cajita y le mostró el elegante anillo que había elegido.

—Cásate conmigo, Erik.

Fue un susurro tembloroso, pero él lo escuchó a la perfección. No miraba el anillo, sino a Mónica, como si se hubiera convertido en un álien. La expresión de desconcierto dio paso, poco a poco, a unos ojos abiertos de par en par que pasaron del pasmo a resultar maravillados. La contempló embobado, mudo por la impresión.

—Ahora no me salgas con que una mujer no puede pedir matrimonio, porque hace unos segundos me resultaba una idea original y...

—No me lo esperaba —admitió impresionado.

Mónica se clavó las uñas en la palma de la mano, mortificada por la

vergüenza.

—No... no tienes que decir que sí.

—Ha sido una sorpresa —murmuró él, acercándose hacia ella—. Una sorpresa muy agradable, Mónica.

Ella suspiró aliviada.

—Entonces...

Erik atrapó su rostro con las manos, mirándola a la cara con un amor que le embargó el alma. Ser amada de aquella manera era el principio de su cuento de hadas. Y su final feliz.

—Nunca dejes de sorprenderme, rubia. Antes la vida era aburrida.

Ahora, la vida contigo es mejor. Jodidamente mejor.

Con delicadeza, agarró el anillo deslizándolo por su dedo anular.

Contempló como le quedaba de una manera presumida y satisfecha que a ella le hizo mucha gracia.

—Te me has adelantado —bromeó—. Nunca creí que una mujer me pediría matrimonio, la verdad. Ha sido un shock. Me siento el tipo más halagado del planeta, ¿Sabes?

A Mónica le brillaron los ojos.

—Esa era la idea —musitó.

Erik le rozó los labios.

—Lo quiero todo contigo, ya lo sabes. Y por si aún crees que sería tan estúpido como para decirte que no... —le estampó un beso en la boca. Una corto, profundo y cálido—. Esto es un sí, Mónica. Porque te quiero. Simple y llanamente, porque te quiero.

Abrazada a su futuro marido, Mónica pensó en todas las cosas que estaban por venir. Sonrió. La vida al lado de Erik iba a ser una aventura maravillosa.

Sobre mí

Escribir siempre fue mi gran pasión. Soy una adicta al suspense, las novelas románticas y en definitiva, cualquier buen libro que me transporte a una realidad cautivadora. Escribir me hace libre. Leer me apasiona. Publicar mis historias ha sido la mejor decisión que he tomado en la vida.

Intriga, erotismo, romanticismo, pasión y humor, en mis novelas encontrarás buenas dosis de lo que a mí me encanta. Porque escribo lo que a mí me gustaría leer, así de sencillo.

He publicado la trilogía erótica *Atracción Letal*, mi primera introducción literaria en este mundo tan apasionante. De allí saqué a Erik y Mónica, dos personajes que me fascinaron pese a ser secundarios.

Despierta, una novela repleta de un suspense oscuro y romántico, es un drama policíaco repleto de acción y amor.

Cupido es un lobo feroz es mi novela más gamberra, en la que un demonio llamado Dante y una ingenua veterinaria te harán sonreír. *Los días que no nos amamos* es una historia corta, dulce y con final feliz para esos días en los que uno necesita irse a la cama con una sonrisa.

¿Y después? No lo sé. Te aseguro que vendrán historias adictivas y sorprendentes. Hace un par de años que desenfundé la pluma, y ya no pienso guardarla...

